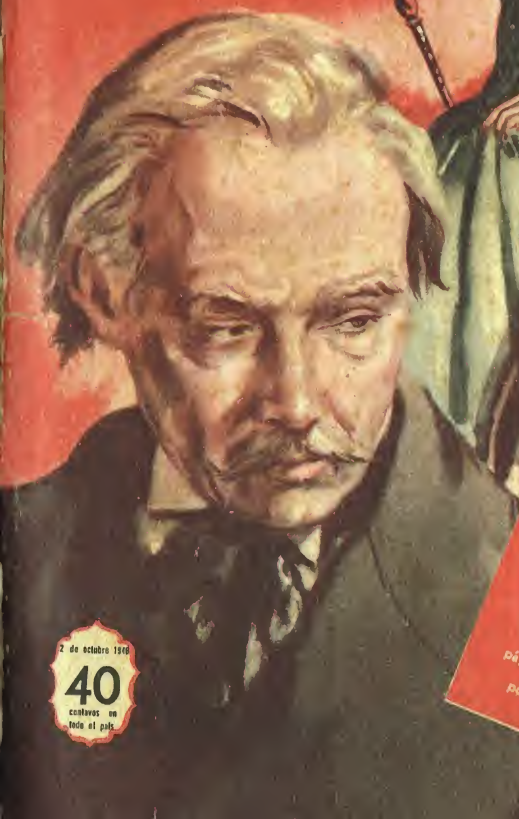


LEOPLAN

Magazine Popular Argentina



En este número:

EL PADRE GORIOT

célebre novela de
HONORATO DE BALZAC

DESPUES DE CASEROS...

páginas dramáticas de la historia argentina,
por HECTOR PEDRO BLOMBERG

2 de octubre 1970

40

colores en
todo el país

HACIA UN FUTURO MEJOR

Yo soy
"esa"
persona...

"NECESITO PERSONA
CON CONOCIMIENTOS,
PARA DESEMPEÑAR
PUESTO BIEN RENTADO".



¿Puede usted contestar así?... El puesto es bueno y el sueldo, tentador. Ahora bien; ¿posee usted los conocimientos requeridos?... Si es así, le felicitamos. Pero si no los tiene, comience a estudiar hoy mismo algún curso práctico y especializado, de los que enseña por correspondencia la acreditada **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA**.

IMPORTE TOTAL DE LOS CURSOS QUE SE ABONAN EN COMODAS CUOTAS MENSUALES*

Teneduría de Libros . . . \$ 80	Aritmética Comercial \$ 32	Montador Electricista \$ 85	Química Industrial . . . \$ 155
Auxiliar Mercantil . . . \$ 255	Redacción y Ortografía \$ 50	Electricista de Usinas \$ 143	Vinos y Cervezas . . . \$ 112
Técnico Mercantil . . . \$ 180	Escr. Com. y Caligr. \$ 30	Electricista, Bobinador \$ 174	Pinturas y Barnices . . . \$ 60
Empleado Bancario . . . \$ 150	Inglés . . . \$ 155	Telegrafía . . . \$ 110	Grasos y Aceites . . . \$ 90
Empleado de Comer. \$ 40	Procurador . . . \$ 179	Radiotelegrafía . . . \$ 180	Jabones y Perfumes . . . \$ 112
Cajero . . . \$ 50	Adm. de Hoteles . . . \$ 119	Construcción . . . \$ 198	Agonomía . . . \$ 219
Secretariado . . . \$ 155	Balanc. y Martillero . . . \$ 65	Arquitectura . . . \$ 198	Admín. de Estancias \$ 127
Corresponsal . . . \$ 50	Dibujo Artístico . . . \$ 125	Obras Sanitarias . . . \$ 75	Técnica Tambero . . . \$ 80
Taquigrafía . . . \$ 52	Dibujo Industrial . . . \$ 125	Moteres a Explosión \$ 170	Mecánica Agrícola . . . \$ 140
Mecanografía . . . \$ 18	Dibujo Comercial . . . \$ 119	Moteres Diesel . . . \$ 160	Avicultura . . . \$ 45
Taqui-Mecanografía . . . \$ 72	Proyeci. de Muebles \$ 87	Mecánica de Autom. \$ 170	Jardin. y Arboricult. \$ 98
Jefe de Oficina . . . \$ 140	Radiotelefonía . . . \$ 205	Tannería . . . \$ 200	Argumentos de Cine \$ 130

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Bs. As.

GRATIS ESTE LIBRO. ¡PIDALO!

COLOMBIA
Alfonso Fernández Q.
Edificio Salsaranga 52/58,
Of. 9 - Medellín

REPRESENTANTES EN:

BOLIVIA
Calle M. Camacho 310
C. Correo 1307 La Paz

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabrita
Brasil 142, Asunción

PERU
Rafael Alvarado P.
Arzobispo 284 (of. 7)
Lima



Sr. Ing. B. Marquillán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
Rivadavia 2465 - Bs. As.
Remítame GRATIS y sin compromiso, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE",
que me enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE..... 15

DIRECCION.....

LOCALIDAD..... L. 297

LEOPLÁN

Magazine Popular Argentina

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - N° 287
2 de octubre 1948

CORREO
ARGENTINO
Exempt 10

FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 78

TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3016

ESMERALDA 114
B. T. 33 - 6841
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 218.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

EL PADRE GORIOT

célebre novela de HONORATO DE BALZAC.... 50

Literarias

- EL TORO COLORADO, cuento, por Marcelo G. Hopff..... 10
EL NIETO, un cuento de Jacinto Octavio Picón..... 14
UN ANGEL EN EL BARADO, cuento, por Elias Carpena..... 20
UNA TRANCA DE DIEZ PESOS, por Manuel Castro..... 28
UN DOMADOR, un cuento de Ana Nieva..... 109

Notas y artículos

- DESPUES DE CASEROS... primer artículo de la serie en que
Héctor Pedro Blomberg evocará hombres y hechos del pasado
argentino..... 4
NORUEGA SONRIE CON SUS MUJERES, por Svend Nielsen..... 12
LA DANZA TIENE ALAS, bella nota gráfica..... 12
AQUI SE INVENTAN CRIMENES, la nueva escuela de detectives
de Scotland Yard, por Henry Clarson..... 18
"PIROS CIELOS DE DIOS... PLACIDOS MONTES", la tierra de
Mendoza, por Valentín de Pedro..... 24
LA NIÑA MILAGROSA DE HOLLYWOOD, nota de cine, por
Alfonso S. Betancourt..... 26
LAS ISLAS DEL PARAISO, donde se lleva una vida ajena a todos
los inquietudes contemporáneos, por Mary Seston..... 30
EL CID ESPAÑOL Y "LE CID" FRANCES, estudio de los valo-
res de ambos héroes, por Niceto Alcalá Zamora..... 34
¡AQUI NACERA LA PAZ DEL MUNDO!, amplia y curiosa nota
gráfica sobre los entretelones de la Conferencia de la Paz..... 45
EL VIENTO, BROMISTA... O ASESINO, un artículo de divulga-
ción científica del Doctor Syntax..... 106

RISA Y SONRISA

una nueva contribución de Conrado Nalé Roxlo con su
POR EL ESTILO DE... ENRIQUE JARDIEL PONCELA,
animó la sección consagrada al buen humor..... 37

Secciones

- CINE, por Amelia Monti..... 16
ACTUALIDADES GRAFICAS..... 32
LA GRANJA, temas de campo, por Emilio Pérez..... 112
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "LeoPlán"..... 114

ILUSTRACIONES DE:

ARTECHE - VALDIVIA -
RAUL VALENCIA - GU-
BELLINI, etc.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

VALENCIA - VILLAFARE
GONZALEZ FOSSAT - JA-
NIRO - CHRISTIE - JAN
KIEL - ANDRINO - LO-
DRIGUEZ - MARTINEZ.

En el próximo número:

EL ARCHIPIELAGO DE LAS SIRENAS

novela de pasión y de muerte, de W. SOMERSET MAUGHAM

EL TORRERO

novela corta de ENRIQUE SIENKIEWICZ.

Un nuevo artículo de DESPUES DE CASEROS, de Héctor Pedro Blomberg, y un nutrido sumario de notas de actualidad y cuentos de conocidas firmas argentinas y extranjeras.



DESPUES DE



HISTORIA Y FINAL DE "EL CARANCHO DEL MONTE"

VICENTE GONZALEZ, A QUIEN ASI APODARON, SURGE, SOBRE EL FONDO DE BATALLAS Y DE CRUELDAD DE SU TIEMPO, COMO EL GUERRERO QUE ALIABA A LA FIERREZA MILITAR EL CORAZON JUSTO DE UN HOMBRE BUENO

Por **HECTOR PEDRO BLOMBERG**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE VALDIVIA



Estos artículos de Héctor Pedro Blomberg, escritor tan conocido como apreciado por el público argentino, evocarán un mundo para siempre ido, pero sobre el cual vuelve con curiosidad y con entusiasmo. Caído Rosas, los hombres que lo ayudaron dispersáronse a los cuatro vientos del país. Unos fueron crueles y otros no; algunos merecieron el horror con que circunda sus memorias la leyenda, y otros fueron gentes de lucha, nacidas en una época bravia, donde poco apego se tenía a la propia vida y menos a la ajena, por cierto. Esos hombres y esas mujeres prolongaban el dramático recuerdo de la dictadura rosalista en barrios céntricos y solitarios suburbios. Volverán aquí, conjurados por la pluma de Héctor Pedro Blomberg, tras de Caseros, hasta el final de su camino en esta tierra.

A principios del año de la Independencia apareció en la Guardia de Luján un hombre de regular estatura, más bien delgado, pero hercúleo, de rostro descarnado, encorvada nariz y ojos vivos y penetrantes. Se llamaba Vicente González, y vestía el uniforme de capitán de las milicias de campaña en la provincia de Buenos Aires.

Había nacido en Montevideo, donde su padre fuera contador en las cajas reales, en una fecha imprecisa de fines del siglo, y contaba ya con una regular foja de servicios cuando su destino lo trajo a la provincia de don Juan Manuel de Rosas. Fué uno de los guerrilleros que combatió contra los ingleses en 1807. Cuatro años más tarde, abandonando su oficio de sastre, se incorporó al ejército que sitiaba Montevideo. Rondeau lo hizo capitán y el Triunvirato lo confirmó en su

grado. Fué uno de los beneméritos de 1814.

El capitán González prestó servicios en la frontera durante largos años. Alejado ocasionalmente de las actividades militares, parece que instaló una pulpería en la Guardia del Monte, donde fué nombrado juez de paz durante el gobierno de Martín Rodríguez. Fué por esa época cuando conoció a Rosas, que era entonces comandante general de las milicias de campaña, y lo incorporó a las mismas con su antigua graduación.

El capitán Vicente González era ya el "Carancho del Monte", para sus contemporáneos y para la historia. El pueblo le dió dicho apodo por su acentuado perfil y sus ojos vivísimos. Pero el nombre de esta ave de rapina no incomodaba en lo más mínimo a don Vicente, que en la vida privada era el más bondadoso y manso de los hombres.

CASEROS



El hombre de Rosas

Con la caída de Dorrego, el "Carancho" hizo la campaña contra Lavalle a las órdenes de Rosas, que lo distinguió con su estimación y amistad y habíalo ascendido a comandante, confiándole el mando del regimiento número 2 de milicias, que se batió bravamente en las Vizcacheras y Puente Márquez.

En 1829 volvía al juzgado de paz de la Guardia del Monte. Gran perseguidor de bandidos y activo guardián de la frontera, era grande su popularidad cuando Rosas regresó de la famosa campaña del desierto y comenzó a preparar la conquista del poder supremo, consumada en 1835.

EN ESTE PATIO DE LA CASA DE "EL CARANCHO DEL MONTE" RAILO MANUELITA BAJO LA MIRADA DE DON JUAN MANUEL.



El "Carancho" era ya coronel y "federal apostólico". Sus intensas actividades en la campaña a favor del dictador en cieme estrecharon la amistad de ambos, el valiente jefe de milicias y el poderoso Restaurador de las Leyes.

Uno de los aspectos más curiosos de este pintoresco personaje, que nunca hizo mal a nadie, sino todo lo contrario mientras le fué posible, es su nuanía epistolar. Su correspondencia con Rosas, hasta la vispera de Caseros, es copiosísima, y contiene, en su estilo desaliñado y confuso, revelaciones por demás interesantes sobre muchos de los acontecimientos de la época.

De él se sirvió Rosas — dice Angel J. Carranza en su obra "La revolución del 39" — para explorar, entre convites, bailes y serenatas, el estado de la campaña del Sur, el año antes de la insurrección, sobre el bloque francés y para saber si era cierto que se incubaba un movimiento revolucionario entre los hacendados de esa zona de la provincia, movimiento al que no era ajeno su hermano Gervasio.

La guerra unitaria

Cuando el general Lavalle invadió Buenos Aires, en agosto del 40, el coronel González nació a Santos Lugares con su famoso 3 de caballería, que se batió en el Quebracho y Rodeo del Medio.

Durante los cinco años que siguieron, anduvo el "Carancho del Monte" en las guerras unitarias, distinguiéndose por su arrojo en los combates y su humanidad con los vencidos. En Córdoba, Santa Fe, Corrientes, por dondequiera iba, se le presentaban numerosos paisanos y hasta clases y soldados de otros cuerpos, atraídos por la fama del bravo coronel, solicitando ser dados de alta en su célebre regimiento.

Federal opóstico

La mujer de Rosas, lo mismo que éste, distinguía y apreciaba altamente al fidelísimo federal que tanto había contribuido a la exaltación del Restaurador desde los primeros inciertos y agitados días de los tumultos "apostólicos".

Cada vez que el coronel llegaba de su feudo pampeano, lo cual ocurría con frecuencia, era recibido en la casa con los más amistosos y cordiales agasajos, y regresaba llevando consigo los mejores vinos y

otros valiosos obsequios de don Juan Manuel.

Al ocurrir el fallecimiento de doña Encarnación, en 1839, fué el coronel González quien inició la idea de que los militares llevasen el luto militar, consistente en una cinta roja alrededor del quepis, luto que se generalizó también entre los civiles y se denominó "el cintillo federal".

Las anécdotas que se recuerdan de este personaje son tan numerosas como pintorescas. Muchas de sus cartas y notas terminan como sigue: "Dado en el Monte Sepulcro de los tiranos por Su Majestad Caranchísima, Marqués de la Calavera y Federal Apostólico".

Llanaba "montaraces" a los vecinos de la Guardia del Monte, sobre quienes ejercía una autoridad absoluta, pero sin alardes de dureza y mucho menos de crueldad, aun en las circunstancias más extremas. Riguroso en la disciplina militar, sólo era implacable con los vagos y maleantes que pululaban por los campos y pueblos del Sur, mientras que con la población civil mostrábase siempre considerado.

Tenta don Vicente sus rasgos de excéntrico. Cuenta el citado doctor Carranza que a principios de 1835, al celebrarse una ceremonia solemne en la capilla del partido, discento con el sermón del cura, subió al púlpito y pronunció una oración gauchil-federal, en la que salieron a relucir santo Tomás de Aquino y el Restaurador de las Leyes.

Gustaba en grado sumo de los festivales, bailes y serenatas, pero no por inclinación egoísta y personal, pues muchas veces no concurría a ellos, sino porque en su carácter alegre y risueño quería ver divertirse honestamente a los demás.

Los últimos años de la Federación

A su regreso de las guerras unitarias se dedicó, según se ha dicho, a combatir constantemente contra las invasiones de los indios y a perseguir sin tregua a las bandas organizadas de los ladrones del desierto, que llevaban sus "malones blancos" no sólo sobre los grandes y ricos estancieros, sino también sobre las poblaciones. En el año 1848 salió al encuentro y destruyó en los campos de Laguna Larga a la más poderosa y temible de estas bandas, en las que figuraban varios centenares de pampos.

Esta guerra de frontera, de carácter más bien policial que militar, prosiguió hasta 1851. Inmediatamente del pronunciamiento de Urquiza,

el coronel González recibió el mando de una división rosista integrada por los regimientos 1 y 6 de caballería, y se hallaba con ella en Rosario cuando en la noche del 9 de diciembre de aquel año algunos de los cuerpos se sublevaron y fueron a incorporarse a las fuerzas enemigas en Diamante.

Después de Caseros, sin ser molestado por los unitarios victoriosos, sin ser acusado por nadie de las exorbitancias y crueldades atribuidas, con razón o sin ella, a varios de los jefes militares de la Federación, el coronel González, que ya comenzaba a sentir el peso de los años, se retiró a la vida privada.

Había sido un partidario fanático de Rosas, como tantos otros a quienes no alcanzó la calumnia ni el rencor.

Pero eran aquellos días en que los antiguos servidores de Rosas no estaban seguros de la inquina popular. El coronel había visto pasar por las calles de Buenos Aires, abrumado por el desprecio de los transeúntes y vecinos, como algunos otros, al célebre don Pedro de Angelis. Sabía que en allá, en su antiguo feudo del Sur, iba a verse libre de las demostraciones rencorosas, y resolvió buscar un refugio en el convento de San Francisco, entregándose a las prácticas religiosas.

Fue allí donde, poco antes de su muerte, un escritor y político unitario de alto rango fue a verlo para devolverle una colección de cartas fechadas muchos años atrás, y le dijo:

—Destruya usted esta correspondencia, señor don Vicente, porque al escribir estas cartas y notas a Rosas usted se dejó llevar por su imaginación y su entusiasmo federal y pueden ser interpretadas de un modo muy poco favorable para quien las escribió. Se las devuelvo porque yo, como muchos otros unitarios, sé que usted nunca comenó acto alguno contra las reglas de la humanidad.

El fin del "Corancho"

Comenzaba el frígido invierno de 1861 cuando se supo en Buenos Aires, y pocos días después en los campos del Sur y en las provincias, que el coronel Vicente González, el famoso "Corancho del Monte", uno de los personajes más destacados de la época de Rosas y de los más allegados al Restaurador, había dejado de existir en una celda de San Francisco.

Así terminó sus días, en la quietud y la penumbra de un convento, el federal de primera fila y antiguo guerrero de la Independencia, que sobrevivió dos lustros a Caseros. ♦

En el próximo número:

"EL TRAGICO "TATA DIOS" DEL TANDIL"



EN SAN FRANCISCO BUSCO REFUGIO Y HALLO PAZ EL GUERRERO INDOMABLE.

YO TAMBIEN LO TOMO !

Dicen en
SANTA FE

CANSADO

nervioso, malhumorado
¿oí Tome GENIOL

Verá que cambiá
GENIOL tranquiliza

los nervios, reanima
y da buen humor.

Tome GENIOL que
es mejor y... es ar-
gentino.



GENIOL

¡MILLONES DE PERSONAS LO TOMAN!

POR L. R. 1 RADIO EL MUNDO

Todos los días Informativos GENIOL, con las últimas noticias nacionales y extranjeras, a las 13.22 y 24 horas.

NORUEGA SONRIE

LAS CONDICIONES DE VIDA SON DURAS AUN, PERO
LA ESPERANZA EN DIAS MEJORES ANIMA Y ESTIMULA
AL ABNEGADO PUEBLO NORDICO

Por

Svend Nielsen

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



VIDRIERAS PLENAS, CON ARTICULOS QUE NO SE VENDEN.



LA SONRISA DE LA MUJER ANUNCIA TIEMPOS NUEVOS.

La mirada tiene un azul de lago, la luz del sol riebla bruciando las áureas ondas de su cabellera, y lo vivo del rojo de sus labios pintados rima con el tono prescrito por la última moda. Se hacía arduo para mí el pensar que aquella atractiva mujer hubiera sido uno de los espectros de ojos cavados y facas terrosas que vi hace poco más de un año, cuando marché precipitadamente a Noruega para asistir a la liberación de los patriotas que habían yacido en el tristemente famoso campo de concentración de Grini.

Y el cambio operado en esta mujer, y que ha de sorprenderme al encontrarlo una y otra vez consumado en otras, descollará siempre para mí como plástico símbolo vivo de que Noruega renació, rebrotando de una serie de años de destroz y horrores.

Triunfo de la femineidad

Y en la actualidad, un año de libertad, de sol y aire libre, de visitas al peluquero y a la casa de belleza, han realizado la increíble transformación. En un mundo aun estremecido por las penalidades de la post-guerra, la femineidad ha cobrado el laurel de una esplendente victoria.

Y lo mismo ha ocurrido con la mujer noruega en general, con las amas de casa del país que supieron luchar su guerra, que hicieron cosas desde las



cinco de la madrugada en los lóbregos amaneceres invernales, soportando con frecuencia el flagelo de la celisia, para recoger una mísera ración de nabos y de maloliente pescado en conserva de salazón. Y entretanto, sus hombres sufrían en los campos de concentración, bregaban clandestinamente en la resistencia contra el invasor, vivían exiliados en Inglaterra y en Suecia. Pero las mujeres, sus esposas, madres o hijas, soportaban con ánimo bravo lo pesado de su carga.

He regresado a la Noruega que conocí durante los dos meses del período de invasión de 1940 y al tiempo en que se consumó la liberación del país en 1945, para comprobar por mí mismo cómo viven en el día de hoy los hombres y las mujeres que integran el heroico pueblo.

Y he encontrado que son aún duras sus condiciones de vida, que tales condiciones se asemejan mucho a las imperantes en Gran Bretaña. Todo género de comida, incluso el pescado, se halla racionado. Se forman colas ante las tiendas cada vez que llegan carne o pescado; pero ahora se trata de pescado fresco y de real



SE HA REINICIADO LA VIDA

CON SUS MUJERES

carne, aun cuando no pocas veces sea carne de caballo. Tras cinco años sin carne, fruta, pan realmente comestible, leche ni margarina, hasta las reducidas raciones de hoy día parecen una bendición del cielo. Los huevos, grasas, carne y verduras vienen de Dinamarca. La ración se complementa, a veces, con paquetes de provisiones que remiten amigos de Suecia, tierra de abundancia.

Las tiendas vacías

Los noruegos acreditan su gratitud a la ayuda que reciben de Dinamarca enviando cigarrillos a los amigos daneses, que se quejan de que los suyos son los peores de Europa.

Pero los grandes almacenes de Oslo se hallan casi vacíos, salvo en lo que concierne a libros, revistas y mobiliario de madera. Pasando a lo largo de Karl Johan, la bella arteria principal de la ciudad, se encuentran tiendas de lujosa presentación desplegada en sus escaparates. Allí se ven elegantes vestidos, bien cortidos albornoces, primorosas faldas de pelo inglés; pero todas estas prendas están marcadas con pequeñas etiquetas que rezan "muestra", "No para venta", o "Solamente en exhibición". No es fácil gastar ni siquiera los contados cupones de que se dispone.

Vestidos nuevos de tropas viejos

Por todas partes se ven batas sueltas y mamelucos. La gentil figura predominante entre los tipos noruegos, producto de su pasión por el esquí, contribuye a que hasta las ropas flácidas les caigan bien. Coloridos atuendos deportistas, faldas y jerseys se encuentran también muy difundidos, se llevan a diario. Y los vestidos, cualesquiera que sean, implican, de ordinario, esfuerzo, laboriosidad, ideación y paciencia. El señor y la señora se han afanado horas y horas en convertir cortinas, sábanas, ropa de desecho y hasta saquitos de harina, en vistosas prendas que ponerse. No digamos respecto a la sed de los paracaídas con que los británicos enviaron armas a la Resistencia durante los días gloriosos y sombríos de la ocupación. ☉



ESTUDIANTIL EN NORUEGA

El toro colorado

Cuento, por
Marcelo G. Hopff

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA



ANDRÉS ROJAS, el peón, andaba de recorrida. El golpe de su overo lo llevaba a través del campo agreste y solitario. El aire fresco de la mañana azotaba su rostro y hacía flamear, alegremente, las puntas del pañuelo que llevaba anudado al cuello. A menudo, el jinete rozaba, al pasar, las ramas de algún arbusto, haciendo que el rocío depositado sobre ramos y hojas cayera como una pequeña lluvia en menudas y brillantes gotas.

Pájaros de todos tamaños y colores se posaban sobre los escasos arbustos que poblaban la planicie. Alguno que otro caído solitario anunciaba la proximidad del monte, mancha azulada e inferne que se dibujaba a distancia sobre el horizonte. La repentina aparición de un ave-cruz, que disparó gambereando, indujo al mozo a cerrarle las piernas al overo, que se lanzó, veloz, en persecución del tímido clarabón.

Pero el sentimiento del deber fue más fuerte que el placer de la caza, y el peón sujetó su cabalgadura que mordía, piafando, el freno pugnando por seguir la carrera. Había que revisar los flotantes del bebedero en el jagüel del bajo, y además... al patrón no le gustaban las corridas de avestruces.

Rojas refrenó, pues, los arrestos de su montado y reanudó su marcha en dirección al bajo. El sol había progresado en su ascenso, y una rápida mirada, calculadora, al firmamento le dijo al peón que debía apurarse si quería volver a las casas antes que apretara el calor.

Andrés Rojas era nuevo en el establecimiento, pero su diligencia y su buena voluntad pronto le permitieron hacerse "baquianazo" en el campo del "Rincón". Hábil jinete y diestro en todas las faenas rurales, el patrón lo estimaba y hasta el capataz, el viejo y gruñón don Márquez, lo distinguía confiándole los trabajos más delicados.

Al traspasar la cima de una cuchilla, la mirada del mozo abarcó el salvaje paisaje del "bajo". El jagüel, perdido entre un matorral de jarillas y piñillines, apenas era visible en la lejanía.

El jinete descendió al valle y se internó en una huellita que serpenteaba entre los achaparrados arbustos. Por ese camino llegó a un descampado, entre cuya rala vegetación un piñillín frondoso se destacaba de las plantas menores, el espinoso ramaje cargado de pequeños y sabrosos frutos rojos. Un piche, sorprendido en el festín que le brindaban los frutos



maduros desprendidos de la planta, huyó al trotcito, refugiándose en un alpataco vecino.

De pronto, el toro apareció plantado en la huellita, inmóvil y amenazante. Su repentina aparición provocó una sentada del overito, que bufó espantado, tiesas las patas y las orejas rígidas, apuntando hacia el peligro.

Rojas lo reconoció en seguida, aunque lo veía por vez primera.

—El colorao —murmuró, mientras su mano derecha trataba de desatar el riendo que sujetaba el lazo.

El toro colorado gozaba de fama, casi legendaria, en los pagos del "Rincón". De costumbres solitarias, arisco y bravo, era temido por los paisanos que recorrían el campo, quienes preferían apartarse de su camino, y lo evitaban con temor supersticioso. La astucia del "colorao" le ponía a cubierto de toda sorpresa, y más de una batalla había fracasado, organizada por los paisanos para darle caza con el fin de destruirlo y degradarlo, raboneándolo y castrándolo sin lastima. La bestia, astuta, ganaba el monte y de allí no lo sacaban ni con los perros.

Luego volvía a las andadas y ¡pobre del carrero o arriero que, a pie, se alejara del camino en busca de leña, o guay del paisano que abandonara el montado para empeñarse en alguna carrera pedestre en pos de un piche gorlo o para atrapar un "charito" que llevaría de regalo para la novia o para enriarlo en "las casas"!... El "colorao" aparecía repentinamente, salía de detrás de un quijón o un alpataco, o sorpija de un pajonal, desde el cual parecía haber acechado a su víctima. Solamente una rápida fuga hacia el caballo, o el amparo que podía ofrecer algún árbol cercano, libraban al infeliz caminante, de la furia asesina de la traidora bestia.

Todas estas reflexiones pasaron, vertiginosamente, por la mente del peón mientras enpuñaba el lazo que, por fin, había librado de su amarra. Sigilosamente preparó la armada, pero no tuvo tiempo de revolearlo siquiera. El toro, con un sorbo mugido, lo atropelló, partiendo con velocidad extraordinaria y feroz empuje. Rojas aplicó un violento talonazo a su caballo y la reacción del noble pingo lo salvó de un desastre completo.

La enorme y aguda "guampa" del toro golpeó fuertemente en la ancha cincha de cuero crudo que protegía, como un escudo, el vientre del caballo, y resbalando hirió levemente al overo en un cuarto, cerca del anca. Con todo, el encontrón fué tan vigoroso que el caballo costó a medias, despidiendo al jinete. Rojas cayó parado, mientras el overo, rehaciéndose, disparó con el lazo a la castra.

El mozo comprendió la gravedad de la situación, y, orientándose rápidamente, se lanzó en loca carrera hacia un caldén solitario situado a una distancia como de cincuenta metros, que le ofrecía seguro refugio.

Fue una trágica carrera en la cual la furia bestial y el instinto de conservación se disputaban un premio: la vida de un hombre.

Rojas corrió por su exigencia. El tremendo esfuerzo de la huida ponía sus dídos de zumbidos confusos y el corazón le martillaba en el pecho con ritmo cada vez más acelerado. A sus espaldas sintió el ruidoso jaderar y las pisadas del bruto que le daba alcance. Lanzando un alarido salvaje, reunió todas sus fuerzas y traspuso, como una tromba, los últimos metros que lo separaban del árbol salvador, una de cuyas ramas ofreció sostén a sus manos para elevarse del suelo. Con desesperada

(CONTINUA EN LA PAGINA 108)

ALERTA...

para el brindis!



...y en el fino cristal

la Sidra ALERTA, elaborada

para su paladar y su exigencia,


será una expresión burbujeante

de su alegría.



VIEWTE 3853-57; U. T. 31-3615 — BUENSALES: FLORES; RIVADAVIA 7728
LANUS: PAVON 4485 — LOMAS: ORAL. RODRIGUEZ 173-177.

La danza



HE aquí que un buen día a la danza le crecieron unas alas invisibles y se trocó en pájaro majestuoso, pleno de gracia y de armonía...

Desde entonces hasta hoy, los espíritus delicados que gustan de la música de un Tchaikovsky o de un Strauss, al conjuro de cuyas notas vuelan las mágicas danzarinas y se mueven en el escenario apoyadas milagrosamente en la punta de sus pies encantados, cual estatuas que hubieran despertado de un ensueño; desde entonces hasta ahora, decimos, el mundo ha regalado sus ojos con el espectáculo maravilloso que ofrecen esas auténticas reinas del "ballet", intérpretes ideales de la exquisita sensibilidad de aquellos grandes maestros, creadores de las más hermosas obras musicales.

La cámara, eterna captadora de lo bello y efímero, ha perpetuado en el celuloide estas escenas sugestivas, en algún lugar del reino de Terpsicore...



tiene alas



El nieto

Un cuento de
JACINTO OCTAVIO PICON

ILUSTRACION DE ARTECHE

EL general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimo-cuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de Durobando, noble hasta la médula de los huesos, senador por derecho propio, modelo de caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo de rostro y hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose querer inspiraba respeto, mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo, en una palabra, tan montado a la antigua, que parecía la viva encarnación de todos aquellos ideales que, cumplida su misión en la vida, van quedando honrosamente almacenados en la historia por la inflexible mano del tiempo.

A bueno nadie le ganaba, a severo le aventajaban pocos, y en punto a reaccionario no había quien le igualase. Fué feliz durante casi toda su vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo para él en la juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer amante y luego sumisa compañera; únicamente en la vejez, cuando creía tenerla más sujeta, comenzó a mostrársele rebelde, como hembra cansada de ser fiel mucho tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su prestigio y cuanto defendió con su espada se iba desmoronando. La fe se bastardeaba convirtiéndose en devoción superficial y mundana; las clases sociales se fundían derretidas por la fiebre del oro; el principio de autoridad cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró esclarecido y alto tendía a oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo a brillar y subir; lo poco, antes calificado de utopía, era casi realidad; los sueños se hacían tangibles y a las amenazas se respondía con reformas; lo que en su mocedad se dominaba a tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver a su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques a lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano hasta votar la tolerancia religiosa e importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y en seguida que la idea de Patria era consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios; y, finalmente, a punto estuvo de desheredarle, sabiendo que durante las elecciones asistió a una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados.

Mas como todo está compensado en la vida, la amargura ocasionada por aque-



llas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta recompensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito, y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su geniecillo voluntarioso, indicaba que había de parecerse, no a su padre, sino a su abuelo.

El general experimentaba impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando referir o presenciando y oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaban de meras insolencias infantiles y que a él se le antojaban claros indicios de ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica.



Pepito era, indudablemente, a sus ojos, un caso notabilísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez de pedir merienda, la sacaba del aparador: espíritu de conquista, decía el general. Agradábase sobremanera ir limpio, bien vestido y majo: gustos aristocráticos, pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo reñir a dos muchachos y caer debajo al más débil, se arrojó a su defensa: clara muestra de comprender la misión de su nobleza. Finalmente, un día en una tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepito llamó ladrón al comerciante: horror al mercantilismo, imaginó el abuelo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades no se debilitaran ni maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni al contacto de malas compañías, el general, desconfiando del criterio y carácter de su propio hijo, resolvió encargarse de la educación del chico; y no pusieron los reyes de Francia más cuidado en buscar maestro a un Delfín que puso él para admitir preceptor a su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño a quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida.

—Quiero —le dijo el general— que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñas... y aunque no ha de cantar misa, ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de boaterías: espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. Cristiano, de verdad! ¡En fin, que sea todo un hombre!

El capellán —nadie le llamaba por su nombre en la casa— era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro; tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente; bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilloso espíritu de unidad. Adaptándose a la tierna imaginación propia de la edad del niño, hizo considerarle la ciencia como trabajo humano que pugna por acercarse a lo divino; el arte como emanación y resplandor de lo bueno; la

historia como inmenso campo al través del cual marchan las razas guiadas por Dios a su destino; y la vida como valle de amarguras en que para las más acerbadas lágrimas y los más intensos dolores hay consuelo cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren ser caritativo el poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuerte, humilde el débil, y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligencia y la claridad con que se expresaba el capellán, que el discípulo prometía honrar al maestro. Varias veces examinó el general a Pepito; en más de una ocasión le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realidad encaminadas a ver el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempre quedó, aparte pasión de abuelo, que es padre doble, maravi-

llado del instinto con que se asimilaba cuanto trascendiese a hombría de bien y sentimiento de justicia.

—¿Qué aguinaldo quieres, monín? —le dijo pocos días antes de Navidad.

—Un nacimiento —repuso el chico.

Su abuelo fué con él a Santa Cruz, le dejó escoger cuanto quiso, pagó contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron a casa el peñasco lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que habían de representarla.

Al día siguiente, gracias a la febril actividad del niño y mediante algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de estudio. Nunca vieron ojos de muchacho cosa tan bonita. ¡Qué "propio" estaba!

(CONTINUA EN LA PAGINA 104)



EL ULTIMO DETALLE

...en la toilette de la mujer elegante son unas gotas de Colonia Rusa de Preal cuya suave e insinuante fragancia realza los naturales atractivos de su personalidad.

Por su aroma noble y aristocrático Colonia Rusa de Preal es incomparable.

En venta en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

**Colonia Rusa
de PREAL**

INDUSTRIA ARGENTINA

Capital 9.000.000 mls.

Canáuer & Cia., Soc. de Resp. Ltda.

Inclan 2839/47 Buenos Aires.

CINE

por AMELIA MONTI



"Su mejor alumno", la producción retrata, dentro de Artistas Argentinos Asociados, que evoca la vida de Domingo Faustino Sarriena, tal designada por el Superior Gobierno de la Nación para ser presentada al Festival Internacional de cine de Cannes, que se llevó a cabo el 20 en aquella ciudad de Francia. Como se sabe, dicho film tiene por protagonistas a Enrique Muro y Atilio Mapha.



Se ha dado comienzo al rodaje de la primera película de Saslavsky, "Asangre fría", que tiene como protagonista a Amelia Bence. Mucho y bueno se anticipa sobre este film.



Pedro López Lagar ha insistido en el deseo de no aceptar más personajes "barbudos". Por lo menos por el momento. Tiene bastante con los protagonistas de "Celos" y de "Albéniz".



Vuelve a insistirse en que es muy probable que Luis Arco sea el protagonista de "Quiero", la celebrada pieza teatral que estrenó Pepe Arias y que salió con éxito de un año de reposición. Pero parece resuelto que sea Arco el favorecido, ya que la concepción lo tiene San Miguel, estudio que no tiene contrapartida a Pepe Arias.



Ahora están escurriendo la terminación del ensamble y compaginación de "Lauracha", para poderse dar cuenta de cómo ha quedado, finalmente y después de tantos inconvenientes, esta producción que ha sufrido interrupciones y cambios en su historia. Amelia Bence y Arturo García Duhr asumen las responsabilidades del reparto.

EL ELENCO DE "CORAZÓN"

Productores y artistas de América S. A. y Films Andes, de Mendoza, se han embarcado en una empresa de grandes proporciones: la filmación de "Corazón", de Edmundo D'Amato. La dirección creativa a cargo de Carlos Berzique y la producción Alberto de Zavalla. Además de los cincuenta niños que intervendrán en primerísimo plano, figuran en el elenco de "Corazón" Narciso Ibáñez Menta, en el papel de maestro Perbani; Juan Carlos Barbieri, en Enrique; Salvador Lelito, en Garrón; Luis Zavalla, en César; Félix Gil, en Cortina; Enrique Lora, en Franti; Juanito Fantozzi, en Nibbi; Carlos Daniel Reyes, en el papé de Enrique; Corina Lombardi, en la maestra de Enrique; Diego Marcello y Diana Legros, en el de los padres de César.

¿UNA SONRISA, MISS KEYES?

Tal pare cual. Una preciosa foto y una hermosa estrella. De la colección de retratos de Evelyn Keyes que poseemos, éste, tomado desde arriba, es seguramente uno de los más sugestivos. Por eso lo publicamos. Las figuras populares de la Meca del cine han de aguzar el ingenio a fin de no aparecer siempre en la misma actitud y rodeadas del mismo ambiente. A Evelyn, sin embargo, jamás la encontraríamos "monótona", ¿verdad?

OTRA OBRA DE KAISER

Artistas Argentinos Asociados está preparando el rodaje de "Un día de octubre", que, con "Gas" y "De la mañana a la medianoche", completa la trilogía de la producción teatral de Georg Kaiser, uno de esos autores que nos brindó la Alemania de la anterior posguerra.

Como detalle, diremos que el laureado autor estuvo entre nosotros, ocupando un modesto cargo en una oficina local.

"Un día de octubre" será supervisado por Lucas Demare y tendrá como protagonistas a Francisco Petrone, Mirtha Legrand y Sebastián Chiola.

ENTRE ASTERISCOS

Es curioso saber que Judy Garland encontró su destino durante la filmación, precisamente, de "Las campanas del destino". Su director, Vicente Minnelli, conoció recién en esa oportunidad a Judy como actriz, y la eligió como esposa antes de terminar la filmación. Pero se casaron después.

Es muy probable que Katharine Hepburn sea productora de su próxima película. No le anima ningún interés comercial. Sólo desea no estar aislada o contralada fíjase, que le culpan horrores y días de labor sin descanso. No quiere dejar su trabajo escénico. Sólo así podría conciliar el cine y el teatro, sin dolores de cabeza.

Ann Sheridan ha puesto de moda una nueva clase de medias finísimas tejidas con tela de araña adaptada expresamente para esos fines. Estas medias están teniendo una extraordinaria aceptación, pues son de un resultado excelente.

Greer Garson está orgullosa de ser irlandesa. Nació en el Condado de Down. Digamos un 29 de septiembre. Desde luego que también siente íntima satisfacción en haber sentido sus reales en los Estados Unidos de Norteamérica, donde ha gozado su estrellato brillante.

Es famosa la colección de piezas de arte que posee Edward G. Robinson. Incluye obras maestras de Renoir, Picasso, Dürer y otros pintores igualmente notables. Se la considera como la más importante de todas las colecciones privadas.

UNA BRAVA ABUELA

Adeline de Walt Reynolds, que acaba de cumplir 84 años, y que comenzó su carrera cinematográfica hace sólo cuatro, interpretando un papel de primer agua en "La comedia humana", está tomando lecciones de esgrima. Es, como se ve, una brava abuela capaz de hacer palidecer de envidia a más de una mujer en la flor de la edad, pues, además, anda a caballo como una experta amazona y no le da tregua a nadie en el casero deporte de arrojar la herradura (algo parecido a la "clavada" entre nuestros gentes, campesinos). Hollywood está admirado de ella y son muchos los curiosos que se arman al serodio cuando ella filma, pues es cosa de verla cómo, antes de ponerse frente a las cámaras, practica su horita de florete y su horita de natación.

Adeline de Walt Reynolds está filmando ahora "Gallant Journey", con Glenn Ford y Janet Blair, donde encarna el personaje de una anciana ciega.



BUEN DESCUBRIMIENTO

Vean ustedes qué mona es esta chica y cómo sonríe. Se llama Virginia Mayo, y fué descubierta por Sam Goldwyn hace poco tiempo. Actualmente yo se halla trabajando en una comedia musical que hace los delirios del público neoyorquino. No cabe, pues, duda de que se trata de un valioso hallazgo.



AQUI SE INVENTAN CRIMENES

YA NO ES POSIBLE IMAGINAR AL DETECTIVE AFICIONADO, PUES LA CIENCIA Y LA ESPECIALIZACION A QUE LLEGAN EN SCOTLAND YARD, DESECHA TODA POSIBILIDAD DE INTELIGENCIA CAPAZ DE SUPERAR LO QUE PROPORCIONA LA SUTILEZA DE LA TECNICA

Por
Henry Clarkson

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Los detectives no salen únicamente de la imaginación de los novelistas, tomo pudiera suponer el lector de obras policíacas, sino también de las escuelas de policía. Aunque acaso sea inútil que vaya allí un autor en busca de un detective, para hacerlo protagonista de sus novelas. Más fácil es que la ficción del escritor encarne en un policía de verdad. Nos bastará recordar lo ocurrido a Georges Simenon, maestro del género y creador del detective Maigret, a quien el director de la oficina de investigación criminal de la Policía Judicial de París le presentó un día a... Maigret. Y el novelista belga pudo comprobar el extraordinario parecido del inspector



UN CRIMEN INVENTADO. CON INDICIOS QUE ESTUDIARAN LOS ALUMNOS



EL ESPECTROGRAFO, UNO DE LOS APARATOS DEL LABORATORIO



MR. OWEN ENSEÑANDO A SACAR MOLDES DE PISADAS



EJERCITANDOSE PARA RECORDAR FISIONOMIAS

Guillaume con el personaje creado por su imaginación, hasta el extremo de que sus compañeros lo identificaban con él, dándole su nombre. La realidad había coincidido con la fantasía.

¿En quién se ha inspirado Simenon para la creación de su personaje? No lo sabemos. Pero sabemos, en cambio, que el famoso Sherlock Holmes le fué sugerido a Conan Doyle por el recuerdo de un profesor de la Universidad de Edimburgo. Y no deja de ser curioso que sea un hombre, por completo ajeno a la policía, quien sirva de canon para el primer gran prototipo de detectives.

Había, además, otras razones para que Conan Doyle no se inspirara en un detective profesional, y acaso la más importante, el que iba a situar el personaje creado por él frente a los profesionales de Scotland Yard, dando al detective una importancia de que carecía antes de su aparición.

Desde luego, su situación tenía que ser muy extraordinaria, para poner en evidencia a aquel imponente organismo de la policía inglesa, que por significativo azar estrenaba su edificio del Embankment, donde funciona actualmente, al mismo tiempo que Sherlock Holmes daba fe de vida en la literatura inglesa: el año de 1888.

Por otro azar, no menos significativo, simultáneamente con el traslado de Scotland Yard a su nuevo edificio se produjo en Londres uno de los casos policiales más singulares que registra la historia de la criminalidad: el de Jack el Destripador. Scotland Yard no pudo evitar a Londres varias semanas de terror. Y su poco éxito, frente a un criminal que se permitía mandar a los jefes de la policía londinense las orejas de sus víctimas, y gastarles otras bromas más o menos macabras, contribuyó, sin duda, a que la gente se fuera con Sherlock Holmes.

(CONTINUÓ EN LA PÁGINA 105)



EL MICROSCOPIO COMPARATIVO, UNO DE LOS APARATOS MAS MODERNOS

Secreto de elegancia

GOMINA

UNICO FABRICANTE

BRANCATO

y ahora:



UN
Parker
DE LAPICERAS
IMPORTADAS DE EE.UU.

No. 1 - *Esterbrook* - Vd. puede seleccionar la pluma que más se adapta a su estilo de escritura; la pluma "MAS-TER" con punta de OSMIRIDIO le garantiza máxima duración. En colores negro, rojo, verde, azul y marrón a \$ 20.- gris a \$ 20.-

No. 2 - *Eversharp* - con pluma de oro, colores negro, azul y marrón a \$ 30.-

No. 3 - *Waterman's* - el resultado de 60 años de experiencia en lapiceras, con pluma de oro, colores negro, marrón y azul a \$ 36.-

No. 4 - *Parker*, una lapicera de gran calidad a un precio sumamente económico. En colores negro, gris, verde y azul a \$ 40.-

Optica
LAPICERAS · CINE · FOTO
Boston
DIAG. NORTE 611 - Bs. AIRES

Un ángel en



JAMÁS hombre alguno tuvo un recibimiento tan hostil ni dió en un ambiente tan áspero como el cura Juan Bautista. Cruzáronse a su paso las zarzas y los espinales. Hasta el duraznillo maduro le ofreció los frutos para atosigarlo. Pisó el bajo una calurosa tarde de febrero, en los instantes de más bochorno, cuando la golondrina buscaba la sombra vegetal, jadante y abierta de alas. La adversidad del medio en que debía actuar, erizó las espinas y aguzó las puyas. Iba el cura con ánimo de reconquistar tanta alma extraviada como existía en aquel lugar donde Dios no entraba. Bien sabía qué clase de ideales sustentaba la gente aquella. El que menos bulla metía y además era tolerante para con los otros ideales, profesaba el liberalismo, era un libre-pensador; y si creía en Dios, no creía en la iglesia ni en sus ministros. Los demás eran ateos. Allí estaban los anarquistas y los comunistas anárquicos, siempre de sesiones secretas, siempre de conciliabulos, buscando el modo de poner la justicia sobre sus carriles. Era, según el decir del cura, gente explosiva que un día habría de minar el bañado para hacerlo desaparecer.

El cura Juan Bautista era un mocetón apuesto, de gallardía: alto, grueso, fornido. Tenía un rubio claro como la flor de la retama. Regordeta la cara. Su vida al aire libre, al sol, le había dado un fuerte color tostado que le agraciaba el rostro y le daba campo adecuado a sus ojos garzos. Pulcro en el vestir, ni el polvillo de la arena tenía paz en los zapatos: siempre les buscó el reluciente brillo.

Desde lo alto del puente del Ferro Carril Oeste, sobre la avenida Campana, puso los ojos codiciosos en el verde claro, en la inmensa sabana del bajo. Era como si desde una montaña contemplara un valle. Allí, bien abajo, descubría el caserio y, dentro, las almas por conquistar. Detúvose a la sombra de los ombúes de los ranchos de Correa. Dejó en una horqueta de árbol el libro y los papeles que traía bajo su brazo. Desdobló cuidadosamente un blanco pañuelo y se quitó el sudor de la cara, del cuello, de la cabeza y de las amplias muñecas. Recogió la cadena, y en el reloj de oro miró las dos de la tarde con un gesto de asombro. Luego se echó a caminar por la avenida blanda de arena quemante. Crujieron los tablones resacos y carcomidos del puente del arroyo Cildañes, porque al llegar allí dió fuerte con el pie para sacarse tanto polvo como llevaba. Debajo,

el bañado

Cuento, por
Eliás Carpena

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

en el lecho del arroyo, vió huir las ratas que buscaban entre el agua los desperdicios llegados de los mataderos. Luego, yendo por la senda que conduce al caserío, iba espantando, a su paso, a las verdes lagartijas que se entraban veloces en la umbría de los abrojaes.

Antes de comenzar su prédica y conquista, su magisterio divino, tuvo que reponerse, porque la emoción le quitaba las fuerzas hasta doblarle las piernas y retenerle la respiración. Iba de casa en casa, de rancho en rancho. Hablaba con palabra sencilla y luminosa. A cada frase, con ademán simple, indicaba el cielo y decía que el Señor lo enviaba para salvarlos. Mas los impíos no lo creyeron. Halló desprovistos de fe a todos los corazones y sin creencia religiosa a las almas. Bravas fueron las luchas verbales que debió sostener. Lo aturdió con citas de Michelet. Poníanlo en aprietos nunca sospechados, porque aquellas personas eran estudiosas, dadas a los libros, a los debates, a la polémica y muy prontas en el discurrir y hábiles en el contestar.

El cura Juan Bautista echaba la simiente con pasión, aunque pensaba y advertía que más que en la gleba feraz, caía en estériles arenas.

Ahora parte a redimir mujeres. Dialoga con la vieja del rancho, que es mordaz y burlona, y, buscando la novedad del recién llegado, también lo rodean las hijas. Ellas son livianas, hermosas y grandes pecadoras. El desalino de Clelia le hace que enseñe las carnes blancas. El cura se turba viendo esas flores de la sensualidad. Pronto se recupera y entra en su menester con dulces palabras fluidas. Es maravillosa la forma como expone su prédica y cautivante la voz temblorosa que emerge de su garganta. Frente a las deidades parece, el suyo, el clamor de un divino enamorado. Pero las mujeres despójano de la investidura eclesiástica, pues sólo ven al hombre de cuerpo atlético al varón hermoso y limpio. Clelia, con un acento desgarrado y triste, echa desalentada su reproche: "Si los hombres lindos se meten a curas, ¿qué haremos las mujeres?"

El cura Juan Bautista huye del rancho persiguiéndose y dándolo todo por perdido. Después, en medio del campo, con las rodillas en la arena, pide al Señor que perdone tanta inocencia, tanta incomprensión.

El sol tuesta la arena y requema las rodillas del penitente. Las palomas montesas, como si aquel fuera un bronce en el arenal, comen y trotan a su alrededor. Queda en éxtasis hasta que unas brisas pluviales le acarician el rostro angélico. Las nubes de una tormenta veraniega llenan de sombras el bañado. El cura se persigna, se pone de pie y camina después ligeramente. Va por el caminito que conduce a lo del anarquista Germinal Santos. La casa se oculta entre árboles y enredaderas y sólo se ve un macizo de vegetación. El anarquista, escondido entre las plantas, aguarda siniestro y alevoso.





Cuando lo tiene cerca le chumba los perros, dos corpulentos daneses, de gran cabeza y recias mandíbulas. El cura, viendo que lo acometen, huye espantado hacia la casa cercana. Pero no podrá escapar, que ya los perros lo alcanzan. En tanto el marqués ríe y festeja la broma con saltos y palmas, la señora Concepción pide auxilio para el hombre atacado. No sabe quien es, no sabe de la llegada furtiva del cura. Se asomó en instantes en que los perros se echaban feroces sobre el bulto y lo llevaban de revolcón en revolcón. La voz de la señora sale de la casa y se extiende por el campo. Su grito es un clamor: "¡Socorro!, ¡socorro!, que los perros matan a un hombre".

Nunca mejores pies, ni más ligeros, tuvo de la Vega. Con un listón que agarró de la carpintería, llega dando voces, gritando a los perros. Los daneses abandonan la presa, no por el que los acomete, sino porque oyeron la voz del amo y regresan refunfuñando por haberlos llamado en lo mejor del festín.

Jadeando, tomándose la tetilla en las manos, como si fuera el corazón, que dice sufrir de él, entra en la casa. Se sienta y echa como un resuello. La señora Concepción quiere darle ánima, yodo, pero él sólo pide un batido de sal y aceite para las heridas sangrantes, y se lo aplica sin piedad. Job redivivo, con sus llagas, no tiene un reproche, una sola palabra contra el agresor. Avelina zurce la sotana rasgada: es la bandera negra de algún combate. Le dice, mientras le da a la aguja: "¡Señor cura, esto serviría más para cola de barrilete que para sotana!".

De la Vega reprocha el acto desconsiderado y asesino. El cura, con ánimo resig-

nado, responde: "Esto nada importa, buen hombre; más padeció el Señor en el Calvario".

Ya tiene instalada su capilla el cura Juan Bautista. Es un rancho de cinc, con una rústica cruz y una campana, tan pequeña, que bien podría ser un cenorro. Adentro, entre velones, un Cristo mal decorado, luego la Virgen y el Niño. El altar es de lo más simplísimo. Los bancos toscos, sin pulir, y el piso de arena. Tiene un pequeño armonio y en él toca, sólo los domingos, un quintero de Tapiales que es, ni más ni menos, un gemelo de Cuasimodo.

Se van del bañado las últimas neblinas de la noche. Es la hora del alba. La aurora se hace de luz y colores en el cielo y bajan las luces a la tierra. Pasan los reseros llevándose con gritos y a golpes de cana para el remate de los mataderos. Los reseros, con sus gritos alocados y con sus mugidos la novillada, aborrotan el amanecer. Aquiles despierta, y como ya tiene un pasatiempo, se desayuna y sale disparado hasta la capilla: es el encargado de la campanita. Se agarra de la cuerda y se cansa de tanto darle al esquilón. El cura camina leyendo y anda su marcha al mismo compás que quiere Aquiles. El campanero se tira a descansar en un banco y le dice al lector caminante:

—Señor cura, a esta capilla nadie llega... Y eso que yo le doy a la campanita con todas mis ganas. Míreme... mireme las manos como las tengo llagadas.

Y Aquiles muestra las palmas de las manos como estalladas.

El cura se estremece y piensa. El muchacho lo ha puesto en la realidad. Entonces contesta, para él, no para su compañero: "Este bañado está yermo de almas crédulas. Está maldito por el Señor." Llega la vieja Lisandra, vendedora de achuras. Va cargada con una pesada canasta de menudencias vacunas, que reparte por ese caserio. Viéndola llegar, el párroco se sulfura y Aquiles oye su queja:

—Has visto, muchacho, ni un alma nos viene del bajo. La única que oye misa es esta pobre vendedora y no es de aquí, sino de la parte alta.

La vieja vendedora de achuras, es ayudada por el mismo cura, que le baja la canasta. Agradece la gentileza del padre, y señalando para la entrada de la capilla, habla con acento conmovido: "¡Qué pobreza!... ¡Qué pobreza!... Ay, padre, usted es un santo...". Entra, y arrodillada frente a la virgen reza el padrenuestro. Luego se incorpora. Retiene la vista en cada cosa y sale repitiendo: "¡Qué pobreza!... ¡Qué pobreza!... ¡Pero cuánto luz!..."

Cumplida la misión, parte el campanero, pensando en el poco éxito de la capilla. En seguida, el cura asegura la puerta con un candado y sale a caminar por los campos. Le place disfrutar de la mañana veraniega. Haila encanto en la virgen naturaleza del bañado. Todo lo va descubriendo y observando. Se extasia mirando el vigoroso planeo de los halcones y de las golondrinas. Llama su atención el acaudamiento de los pájaros cuando se revolar a los sinistres gavilanes. Pónese cerca del caracero. Este pájaro, desde los postes del alambrado, que se meten en la laguna, pone el ojo sagaz sobre las aguas, descubriendo la presa. Los caracoles son grandes y negros. Lárgase, el ave, a pescarlos en un vuelo y, unas veces con el pico y otras con las garras, regresa traquilándolos de uno en uno. Se ingenua para quitar el oculo bicho que se hunde en la caparazón. Cuando lo arranca, lo sorbe, levantándolo hacia el cielo en el pico, en momentos que tira el cascarón al agua.

Duño de la soledad y de la naturaleza, y con afición pictórica, toma en un cuaderno de apuntes hasta las mariposas navegando en los camalotes. Oculto entre los juncos, cauteloso, se acerca a la garza mora que, ahita de pesca, desahoga losojos del agua. Hay gracia y arte en el dibujo de la garza y del paisaje. En otro dibujo luce una orilla con juncos y, fuera de los juncos floridos, una tortuga levanta su cabeza de vibora.

Vase caminando, caminando, con la lentitud del fino observador, por los bajos campos, hasta dar con los terrenos municipales que orillan el río Matanza. Allí disfruta viendo la doma de mulas. ¡Qué torzudas son!... Plantanse sin querer andar, sin movimiento, muy largo rato y de pronto comienzan a dar cerces contra el pescante, y hasta no hacer saltar algunas de las maderas no cesan. Después tiran del curro, arrancan losas, demostrando buena voluntad. El cura dice a los carreros domadores no haber visto en su vida cosa más terca. Pero a él le atrae, y siente predilección por ello, la doma de caballos de andar. La doma especial, especialísima, de los frisones para los cuarteadores. Tito se llama el domador. Es un hombre chico, pero de reciedumbre y de mucha firmeza en las piernas, el cual parece perderse en la mole alta que, a saltos y corcovos, recorre toda la extensión del potrero municipal.

Simpatizó el cura con el domador, de

primer intento, porque apenas lo descubrió, en vez de subir al potrero que tenían preparado, acercóse y le pidió: "Padrecito, déme una medalla, pa' que sea mi suerte y no me tire el potrero..."

El cura Juan Bautista hurguetó en los amplios bolsillos y nada encontró. Entonces, ¿qué hacer?... Se quitó la medalla que adornaba su cadena de oro y se la obsequió, con estas palabras: "Santa Juana de Arco, domadora de ejércitos y de caballos..." Luego le previno: "Confíe en la medalla, pero más en sus piernas..."

Tito, el domador, se regocija de ver llegar al cura. Acaba de montar un potrero de pelo pangaré. Apenas si se ve su cuerpocito encima del recado. Sueltan los peones el potrero y comienza por hacerse el remolón. Mas en los ojos vivísimos se descubren las intenciones de no entregarse. Empieza a piafar, a demostrar su rabia. En cada manotón ahonda un pozo en la arena. Cuando se cansa de escurbar, de hacer saltar por el aire el pasto y la arena, se hincha como un escuerzo, como si quisiera romper la cincha. Se encoge, junta las cuatro patas y enarca el lomo como un dromedario. En una de esas, Tito, el domador, le sacude un chirlo que se hace sonoro en el aire. El pangaré sale a volar. Saltando y corcovando, da vueltas por todo el potrero. Al domador no lo despegan del recado las tretas del pangaré, por más de sopetón y bruscas que sean. De pronto parece el potrero buscar el espectáculo. Se detiene frente al alambrado donde está el capataz municipal con la gente y, metiendo la cabeza entre las manos, comienza a dar vueltas rápidas. El domador nada puede con las riendas, la cabeza no se levanta. En una de aquellas ve levántase con furia la cabeza del potrero y le da con el mango del rebenque un potente golpe. Suena a hueco, como si el hierro se le hubiera hundido en los sesos. El animal, rabioso, se empuja verticalmente, en una abalanzada brutal. Tito se aferra al recado y echa medio cuerpo hacia arriba, pegándose al cogote del pangaré, que parece buscar equilibrio sobre las dos patas. Como el domador no se desprende, el potrero se tira para atrás de lomo, tratando de apretar al jinete. Oyese el clamoroso grito: "Se boleó el potrero..."

Cuando la gente da el grito de terror, presintiendo la muerte del domador, sale Tito de un salto, lejos del caballo, sino parado, bien caído, gateando. Puesto de pie, la primera sonrisa de triunfo es para el cura.

De regreso, el párroco busca la laguna grande y tiéndese a descansar encima de la muelle vegetación de la orilla. Desde allí mira cómo se profundizan en el agua las nubes blancas que empiezan a cubrir el cielo. Su curiosidad y observación descubre bajo la quieta claridad del agua, a un bagre cabezón: lo ve aletear nadando, a través de la entraña líquida. Todo lo recorre y sube de pronto y roza la quieta superficie; ve luego llenarse la laguna de círculos, que se agrandan de una a otra orilla. Observa cómo llega la cubrebra estirándose despaciosamente, astuta, buscando su alimento, la rana; y cómo al descubrirla se echa velozmente sobre ella. Estando en esta quietud, de pronto retumba un profundo escopetazo que hace que se estremecan la tierra y el espacio. Una inmensa bandada de patos pasa rozándole la

cabecera. Salen a volar los pájaros asustados y vuelan y vuelan en largos planeos, antes de asentarse de nuevo. Una curiosidad que no existe en el cura Juan Bautista, hace que se levante e indague de qué lado partió el tiro. Lo primero que toman sus ojos es el humo que se desparra en pequeña nube por el ambiente. En seguida descubre al cazador y lo ve que se toma la cabeza, que grita, encogiendo-se, arqueándose de dolor. Lo ve ir de un lado para otro, aturullado. Sale a escape en su auxilio, con toda la velocidad que le dan sus pies ligeros y se encuentra con una escena desoladora. Halla al cazador con media cara deshecha. Se le había reventado la escopeta y cañón y perdigones tenía incrustados en la carne. En aquella soledad, lejos, tan lejos del mundo, ¿qué haría? Listo, muy listo, improvisó un vendaje. Carga con el herido hasta sacar-

lo del campo, y en Escalada, sobre un caballo, de los que pastorean sueltos por la calle, lo sube. Hace con el cinto bucado y rienda, pone al cazador delante y él se encaña. Abraza al herido y parte en un rápido galope. Realiza el viaje hasta Flores-ta con el moribundo.

Día de triunfo y de gloria para la capilla del bañado. Hase difundido la tremenda nueva con todos sus agregados y su mucha fantasía. Cunde como si el aire lo fuera echando en los oídos de los moradores del bajo. Acude la gente, terrible de curiosidad, quiere ver de cerca al héroe, oír su voz, oírle narrar el episodio heroico, y después, tocarlo, tocarlo, para saber si aquello es una realidad humana.

(CONTINUA EN LA PÁGINA 111)

Provenzal

simplex 21



La belleza y solidez de los muebles PROVENZAL que ofrecemos, constituye un testimonio de nuestra capacidad y ratifica el prestigio de que goza MUEBLES BARZI desde el año 1864 en miles de hogares.

Muebles Barzi

Fábrica fundada en el año 1864
RIVADAVIA 2201



Para conservar mejor su ropa, indispensable en su dormitorio. Precio especial: \$ 35.-
REMITIDOS CONTRA GIRO

"PUROS CIELOS

Pocos paisajes más bellos que el mendocino, cantado por todos los poetas, preferido por los pintores y embellecido por el trabajo de sus hijos

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

UN poeta de Cuyo ha escrito esta copla:

*Las tres Marias del cielo
ya no se nombran así;
el Señor las llama ahora
San Juan, Mendoza y San Luis.*

¿Qué tienen estas tres provincias, para que así luzcan tan bellamente en el cielo de la patria? Por lo pronto, el aparecérsenos agrupadas nos revela su destino común, desde la hora de su nacimiento. Y la que rige el destino de las tres, adelanta al de las demás, es Mendoza, cuna del poeta que así ha cantado.

Mendoza preside esta pequeña constelación. Y la historia quiso darle singular brillo, en la hora de la Independencia, que es la del nacimiento de la nación. Entonces era Cuyo una región un tanto olvidada, sin una especial significación, hasta que San Martín fijó sus ojos en ella. Y su "ínsula cuyana", fué Mendoza.

En el año de 1560, el capitán Pedro del Castillo, con cien hombres de guerra, pasaba la cordillera hacia el oriente de Chile y fundaba la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja. El Libertador desandaría su ruta, para llegar al centro mismo desde donde otrora partió la conquista y donde más arraigado estaba el poder virreinal: Lima. Por el camino de Chile habían llegado los conquistadores a Mendoza. Por aquel mismo camino llegaría San Martín al Perú.

Los Andes tenían ese destino histórico, que él supo ver como nadie, que por algo fué el más grande de los argentinos. De ese modo, él hizo historia de la geografía, trayendo el lejano paisaje andino a un primer plano, dándole una emoción de patria insuperable.

Más tarde, el ferrocarril se encargaría de acercar aquel paisaje a las orillas del Plata, donde confluyen todas las corrientes indígenas y extranjeras que forman nuestra nacionalidad: el ferrocarril y la laboriosidad de sus habitantes, que crearon su formidable industria vitivinícola.

Pero si su industria se encargó de acercarnos su paisaje de viñedos y pomares, sus poetas nos dieron una visión más amplia de él, y especialmente aquel a quien podemos considerar como su poeta. Casi no es necesario nombrar a Alfredo R. Bufano. El nos ha dado esta síntesis poética del la tierra mendocina:

*...campo y viña al Este
al Sur y al Norte, y allá en el Oeste,
bajo el claro cielo siempre en primavera
el gran dromedario de la cordillera.*

Al pie de ese gran dromedario, la ciudad de Mendoza levanta sus modernas arquitecturas iluminadas de sol. Entre la ciudad y la cordillera hay todavía algún espacio que es grato recorrer hasta encontrarnos con toda la magnificencia del paisaje:

ALAMOS DE JUAN COBO, FONDO FLEXIBLE DEL PAISAJE



DE DIOS, PLACIDOS MONTES.."

*Blanca, violeta y rosa la montaña,
azul celeste y luminoso el cielo;
ocre profundo las trincheras de álamos
y verdes los pletóricos viñedos;
negruzcos los inmensos jarillales
y pardos los caminos polvorientos.
Mis ojos están llenos de colores:
la vid, el campo, la montaña, el cielo!*

Esta sinfonía de colores es lo que caracteriza al paisaje mendocino, que halla su más cabal expresión en sus valles maravillosos:

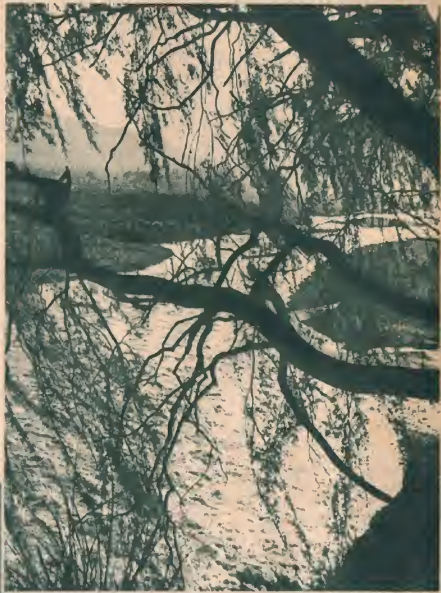
*Las montañas rodean al valle solitario,
violeta, rojo, azul, ocre, gris, esmeralda.
El oro de los álamos suaviza la paleta
vibrante y tumultuosa de la limpia mañana.*

¡Gloria a aquel buen español don Juan Cobo, que en el año de 1808 hizo traer de la Península unas estacas de álamo que plantó en Mendoza, donde él vivía y donde los nuevos árboles se reprodujeron magníficamente!

Pocos años bastaron para que el pueblo mendocino advirtiera el gran bien que aquel hombre había hecho a la provincia, pues en 1814 el Cabildo de Cuyo le otorgó el título de ciudadano argentino, lo que prueba —por otra parte— su identificación con la causa de la independencia. Y no sólo se le honró con la ciudadanía, sino que, además, se le eximió de pagar impuestos

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)

Y EL AGUA BAJA DE LAS CUMBRES COMO DEIDAD ANTIGUA



LA NIÑA MILAGROSA DE

ASI SE LE LLAMABA EN LA MECA DEL CINE, HACE AÑOS, A LA ESTRELLA ANN SHIRLEY,

Por

Alfonso S. Betancourt

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

EN un reportaje que cierto cronista de cine le hiciera a Ann Shirley, no ha mucho, la bonita estrella confesó:

—A mí —era una jovencita— "Stella Dallas" me causó una profunda impresión, y cuando oigo hablar enfáticamente de la Mujer, así con mayúscula, en abstracto, con tono de pedantescas definiciones, pienso en las múltiples mujeres que cada mujer entraña y significa para los demás sin dejar de ser ella misma: hija y hermana, amiga y prometida, esposa y madre...

Psicología femenina

Recogemos en esta nota dicha declaración, porque viene muy a cuento, ya que, precisamente, la distribuidora Guaranteed Pictures acaba de anunciar la próxima reposición en nuestras salas de esa famosa película que constituye, sin duda, uno de los más legítimos orgullos del séptimo arte.

Como los lectores no ignorarán, seguramente, "Stella Dallas" es el título de una novela de la escritora Olive Higgins Prouty, autora también de "La extraña pasajera" y de otras obras de vasta popularidad. "Stella Dallas" fué llevada a la pantalla por Sarah Y. Masson y Victor Sherman. En castellano, el film aludido recibió el sugestivo título de "Madre".

¿Cuál es la trama de esta novela, adaptada tan magníficamente al cinematógrafo? Ante todo, digamos que "Stella Dallas" es de una vigorosa factura literaria, que encierra todo un alarde de técnica descriptiva. Cabe añadir, además, que Olive Higgins Prouty es una mujer que conoce a fondo la compleja psicología de su sexo. Y no solamente la conoce de verdad, sino que tiene autoridad suficiente como para dictar cátedra de dicha

ELEGANTE, DE BELLEZA SERENA, ANN SHIRLEY ES, SIN DUDA, UNA ESTRELLA QUE GOZA DE GRAN SIMPATÍA ENTRE LOS AMANTES DEL SÉPTIMO ARTE.



UNA ESCENA DE LA PELÍCULA QUE REPONDARÁ LA GUARANTEED PICTURES.

HOLLYWOOD

INTERPRETE DE TANTAS CINTAS INOLVIDABLES



materia, a través de todo el desarrollo de la novela, desde el principio hasta el fin.

En resumidas cuentas: en "Stella Dallas" se narra la evolución que sufre el cándido espíritu de una muchacha vulgar que llega casi a lo sublime, guiada por el más puro y noble de los sentimientos: el amor maternal... Pero no vamos nosotros ahora a "contar" a los lectores cómo y por qué se vuelven, "a piacere" de su creadora, los personajes de la obra, cuáles son sus tropiezos, sus desventuras y sinsabores. No queremos pecar de indiscretos.

Nace Evelyn Paris

Preferimos hablar de una de las notables intérpretes de la cinta, de Ann Shirley, estrella que en "Madre" realiza una labor sobresaliente, junto a la gran Bárbara Stanwick.

Evelyn Paris, más conocida por Ann Shirley, nació en Nueva York el 17 de abril de 1918. Sus ojos se abrieron en un hogar feliz, iluminado por la diáfana luz del amor. Sin embargo, el destino quiso que Evelyn perdiera a su madre antes de que la pequeña aprendiera a decir su nombre y a caminar solita. Temprano había de probar las anurugas de la vida. Caminó catorce meses de edad, ya aprestándose a luchar por la existencia...

En efecto, un buen día un vecino de los París se acerca a la niña, que estaba jugando en el portal de la casa, y le acaricia las sonrosadas mejillas. "¿Qué preciosidad de bebé!", exclama sonriendo a la feliz madre. En seguida formula las preguntas de rigor: "¿Qué edad tiene? ¿Cómo se llama? ¿Se porta bien?", etc. La señora París está la mar de orgullosa y responde satisfecha al amable interrogatorio del caballero. Sintetizando: el vecino resulta ser jefe de publicidad de una importante empresa de productos alimenticios. Quiere que la chiquilla

(CONTINUA EN LA PAGINA 104)



LA
PRIMAVERA
LE INVITA A DEPURARSE
HAGALO BIEN!



En sus 3
formas:
JARABE
POLVO
SELLOS

Girolamo

PAGIANNIO

PURGANTE - DEPURATIVO

UNA OBRA DE GRAN UTILIDAD PRACTICA RECOPIACION DE CODIGOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA - 1942

(2 TOMOS)

Edición prolijamente revisada y puesta al día por el Dr. VICTOR L. CINGOLLO VERNENGO

CONTIENE: Código de Procedimientos Civil y Comercial de la Capital, Código de Procedimientos en la Criminal, Código Rural de la Provincia de Buenos Aires, Leyes y Decretos Sobre Justicia Federal, Código de Comercio, Código de Minería, Código Penal, Código Civil, Código de Procedimientos en materia Penal de la Provincia de Buenos Aires, Ley de Debetores, Ley de Warrants, Ley de Registro Civil de la Capital y Territorios Nacionales, Ley de Arrendamientos Agrarios, Constitución de la República Argentina, Código de Procedimientos en materia Civil y Comercial de la Provincia de Buenos Aires, Organización de los Tribunales de la Capital, Código Rural para Territorios Nacionales, Código de Justicia Militar, Código de Procedimientos de lo Contencioso Administrativo de la Provincia de Buenos Aires, Ley de Prenda Agraria, Ley de Patronato de Menores, Derechos civiles de la mujer, Ley sobre Jornada Legal de Trabajo.

Precio del ejemplar..... \$ 18.-

(Para envíos por correo, agregar 75 cts.)

2116 páginas. Tamaño: 21 x 15 cm. Encuadernados en tela.

SOLICITE A LA
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Capital: \$ 3.800.000

ESMERALDA 116

BUENOS AIRES

Una tranca de diez pesos...

Por
Manuel Castro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACION DE GUBELLINI

El decorado de este monólogo, que se disfrazó de "sketch" para presumir, representa el despacho de bebidas de cualquier almácén y se sintetiza en dos trastos: uno figura la estantería, llena de botellas y latas; otro es simplemente el marco de la puerta al exterior y un pedazo del muro de ladrillo, sin revoque. (Este último trasto no resulta imprescindible). De lo que no puede prescindirse es de un mostradorcito con tapa de estafío, colocado delante de la estantería y tras el cual un tipo arremangado, el Patrón, seca vasos y acomoda botellas. A derecha e izquierda, primer término, casi pegadas a las respectivas "cajas", dos mesas de pino, más o menos blancas, y algunos bancos redondos. En una beben dos bigotudos. En la restante, tres criollos juegan a las cartas.

Acodado en una punta del mostrador, el Mamao contempla un vaso vacío y una botella mediada. Es otro criollo pobre. Viejo, bichocho, con barba de una semana. Lleva bombacha gris, alpargatas, camisa mugrienta, sombrero informe. En cambio, no usa rebenque ni cuchillo. Tanto él como los restantes personajes parecen escapados de un almanaque de Florencia Molina Campos.

Hay una pausa, durante la cual cada personaje acciona silenciosamente en la forma apuntada: los bigotudos, chocan los vasos y beben; el Mamao, llena el suyo; los jugadores, arrajan, dan, juegan; el Patrón, arregia botellas y copas. El Mamao, volviéndose y dirigiéndose por turno a cada uno de los parroquianos, como respondiendo a preguntas que nadie le formula:

MAMAO:

Y bueno... Si me mamo, me mamo con mi plata.

(A uno):

¿Que me quele sin medio?

(A otro):

¿Que la caña me mata?

(En general):

Son macanas, muchachos, nada más que macanas. A criollos y a duraznos nos conserva la caña.

¿Pa' que sirven entonces, si no es para gastarlas, la moneda y la vida? Contesten... (Pausa). Para nada.

(Tranquición):

Decía mi comadre, que tampoco era manca:

(En falso):

"No te achiqñes, Ulogio. Metele mientras baiga. Gacemos esta noche, después... ¡Viva la patria!..."

(Con tono natural):

Y tenía razón.

(Pensativo):

¡Qué me importa mañana!...

(Por la comadre):

¡Dios la tenga en la gloria, aunque era muy zafada!...

(Sentenciosamente, después de una breve pausa):

Maliceen, les digo, de aquel que no se mama y no se juega entero por hembras o a una carta.

(Bien en Viejo Vizcacha):

El que no se enamora, juega ni se emborracha, alguna cosa fea escuende, o bien le falta algo de macho. Tiene como embichada el alma.

(Comunicativo, alegre):

Y les voy a contar una historia buena... Pero... ¡Se ahugó la fiesta!...

(Con rabia):

¡Guarda!... ¡Viene la rana!...

Vuelve a su primitiva posición, recostándose en el mostrador. Finge indiferencia. Entra un Vigilante. Saluda con la mano, sin decir palabra. Se recuesta indolentemente en la otra punta del mostrador. Y, mudamente, con un gesto y una sonrisa, pide una copa. También sonriendo y en silencio, se la sirve el Patrón. Escena muda. Como al levantarse el telón, cada uno atiende a lo suyo. Pausa. El Mamao, con intención y socarronería gaucha:

¿Andará por llaver que ya vino la... manja de al... guaciles al pueblo?

(Observa el efecto de la indirecta con cierto temor. Nadie la ríe ni la comeneta. Nadie le ha oído en realidad. Nadie le mira, siquiera. Intenta otro tono. Déjasele importancia):

Mañana a la mañana tengo que dar a verlo —le pauda me cuadra— a mi hermano de leche, el comensario Payva.

(CONTINUA EN LA PÁGINA 103)





LAS ISLAS

CERCA Y LEJOS DEL MUNDO SE HALLAN LAS ISLAS DE ARAM, DONDE LA VIDA TRANSCURRE SERENA Y APACIBLE COMO EN REMOTOS DIAS MENOS DRAMATICOS

Por

Mary Seaton

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



EL ATLANTICO GOLFEA CONTRA LAS ISLAS DONDE NO REINA EL TIEMPO



AQUI VIVEN, COMO HACE SIGLOS, PACIFICAMENTE

-Sí —me dijo un funcionario de esta ciudad—. Es cierto que en dos de las tres islas Aram, y en Inishboffin, la gente no paga impuestos. Solamente un ejército pudo sacarles dinero hace años, cuando estábamos bajo la dominación inglesa. Solamente un ejército podría conseguirlo de nuevo. Eso significa para nosotros una pérdida de más de 700 libras por año.

Se trata de unas islas de paz, donde sobreviven extrañamente fragmentos de un mundo antiguo, más feliz, donde los pescadores y campesinos no quieren pagar impuestos por un progreso que no desean.

A la mañana siguiente, salí del puerto de Galway en una barca de 15 toneladas. Cuatro horas más tarde, las tres islas de Inishmore, Inishmaan e Inishceer aparecieron en el mar verdoso como fortalezas rocosas. Pudimos ver en la parte superior de los acantilados de Inishmore, casi perpendicular-



DEL PARAISO

res y de unos cien metros de altura, un fuerte inmenso de piedra, que se yergue allí desde hace 3.000 años. Más abajo están las ruinas de primitivas iglesias cristianas y casas, que se remontan a los tiempos en que el Eire, con Roma, iba a la cabeza de la cultura europea... Las casitas blancas de los isleños están rodeadas por pequeños campos cultivados laboriosamente.

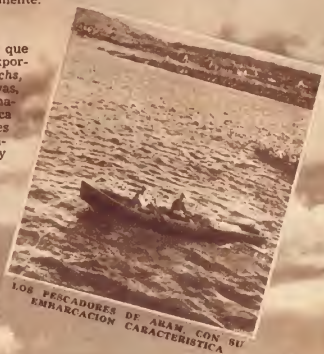
Vida petriarcal

Todos los productos y artículos que llegan a esas islas, y los que se exportan, son transportados en currachs, tradicionales embarcaciones nativas, hechas de varillas y lona alquitranada. Llegaron junto a nuestra barca cuando anclamos, y los pescadores gritaban en gaclico mientras saharina, té, utensilios agrícolas y otros productos, eran trasbordados a sus embarcaciones. Los hombres llevaban pantalones grises, de paño tejido a mano, sujetos a la cintura con fajas de lana multicolores. Calzaban unas especies de alpargatas de cuero, sin tacón, que se usan allí desde hace millares de años. Las mujeres usan todavía largos

zagalejos rojos y chales negros, y los domingos van a la iglesia católica, mana con sus cabellos castaños sueltos cubriéndoles las espaldas.

Desembarqué en el pequeño muelle de piedra en Inishmore. Toda la población de la isla había acudido para re-

(CONTINUA EN LA PAGINA 110)



UNA CHARLA JUNTO AL FUEGO CORDIAL

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS

Todo persona tarde o temprano necesitará cuidar dientes artillosos, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

Ne hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. Pido inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase o conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesion lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
NO SE DICAN CLASES POR CORRESPONDENCIA
Nombre
Calle
Localidad L. 297

IMPLEMENTOS de APICULTURA



CERA ESTAMPADA - REJILLAS EXCLUIDORAS - AHUMADORES



EXTRACTORES
Desde 2' cuadros fijos a 8 cuadros reversibles automáticos.

Además hacemos los radiales desde 10 cuadros a la cantidad que se desee.

Extractor Nº 251, 1/2 des-
embraque... \$ 66
Con desembrague... \$ 77

Nº. 357, \$ 275.-

COLMENAS

Tipo Standard, en pino

Piramid, de 3 cujas, 1

techo con interior de insu-

lante forrado en chapa,

1 entrapa de material

"Hardboard", 10 cuadros,

1 piso con piqueta, cla-

vos y rieles, desarmada,

a..... \$ 22

COMPRAMOS MIEL Y

CERA.

Enviamos mercaderías

por contra reembolso.



Solicite nuestro "Manual del Principiante", en donde hallará útiles interesantes indicaciones, a..... \$ 150

GRATIS

CATALOGO ILUSTRADO

mencionando esta revista.

ENVIAMOS MERCADERIAS POR CONTRA REEMBOLSO.
"INFRAP" SUCESORES DE M. S. ELDES
COMERCIAL e INDUSTRIAL S.R.L. CAPITAL \$ 485.000.-
UT. 79-1562 BUENOS AIRES
GASCON 822-28



SOLEMNE ACTO

En el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, con asistencia de los delegados del Reino Unido, el embajador de S. M. Británica, sir Reginald W. Leeper, el presidente de la República, general Juan D. Parón, ministros y otros altos funcionarios, realizase el solemne y trascendente ceremonia de la firma del convenio comercial entre Gran Bretaña y nuestro país, cuyo texto fuera publicado momentos después simultáneamente en Londres y Buenos Aires.

S. E. el presidente de la República saluda al presidente de la misión comercial británica, sir Wilfrid Eady.

★

Instantes en que firmaban el histórico documento, el embajador de Gran Bretaña y nuestro ministro de Relaciones Exteriores.



HOMENAJE A HONDURAS.—En ocasión de cumplirse el 125° aniversario de la Independencia de la República de Honduras, el Consejo Nacional de Educación realizó un acto, en homenaje a dicho país, en la escuela N° 25 del C. E. 13. En la foto aparece S. E. el Ministro Plenipotenciario de Honduras, doctor Arturo Mejía Nieto, haciendo uso de la palabra.



BANQUETE.—Días antes de partir para Inglaterra en viaje de negocios, el señor Norman Penicook, director general de la empresa Norpan, fue agasajado en un restaurante de nuestra ciudad por un núcleo de colaboradores y amigos.

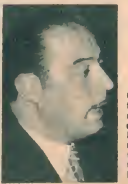
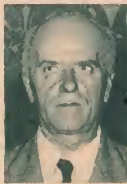


PICTORICAS.—En la Galería Van Riel tuvo lugar, con mucho éxito, la inauguración de la muestra de cuadros del pintor Santos Leguizamón, compuesto de paisajes serranos de las provincias de Tucumán y Catamarca.



COMERCIALES.—El señor Dewon Chapman Lal, jefe de la misión comercial hindú, que nos visita, pronunció una interesante conferencia en la sala de actos del Club Sirio Libanés Honor y Patria, sobre "Lo Indio".

LETRAS.—El conocido filósofo italiano Guido de Ruggero, que se encuentra en esta capital invitado por la Facultad de Filosofía y Letras para dictar una serie de conferencias, los primeros de las cuales fueron ya muy elogiadas por la prensa.



DISERTACION.—Sobre "Don Miguel de Unamuno y la crisis de la cultura contemporánea" disertó, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, el distinguido escritor escocés, presidente de la Facultad de Teología de Princeton, doctor Juan A. Mackay.

CONFERENCIA.—En torno al tema "Geografía e historia del mitp de Don Juan" pronunció una amena conferencia en la Biblioteca del Consejo de Mujeres, con el auspicio de la Institución Cultural Española, el catedrático español, doctor Guillermo Díaz-Floja.



GRAFICAS



LITERARIAS.—En el Círculo de Cultura Literaria llevóse a cabo la primera reunión pública para incorporar como socio de número a la doctora Clara Comas, quien después de ser presentada por el señor Fernando Duño Cervero en nombre de la mencionada entidad, pronunció una brillante disertación acerca de la "Influencia de los misticos en la prosa y la lirica del Siglo de Oro Español".



AUTOR.—El notable escritor don Pedro Masso, cuyo magnifico libro de ensayos "Espíritu y Color de España", ha sido acogido con vivo aplauso por la critica y el publico.



DE CINE.— Los celebrados actores del cine norte-americano Tyrone Power y Cesar Romero, que realizan una gira de buena voluntad por los republicos sudamericanos, fotografiados durante la recepción que ofrecieron a los periodistas metropolitanos a poco de su arribo a nuestra ciudad.



ACADEMICO.—La Academia Nacional de la Historia celebró una sesión privada y publica, en cuya oportunidad el academico correspondiente doctor Alfredo Gargoro dió una conferencia sobre el tema "La Batalla de Pozo de Vargas y la pacificación del pais durante la guerra del Paraguay".

O PACA, O...



"PARLI" se impone. Avanza sin el contrapeso de latas, frascos o botellas. Son paños que condensan en sólo 50 gramos el equivalente de 2 litros de substancia para limpieza de metales, muebles, cristales, piezas oxidables, manos engrasadas, lentes, calzado y ahora también pisos encerados ("Trapiso"). Un tipo para cada uso.

ES LO PRACTICO QUE AVANZA

Pídalos en Harrods, Gath & Chaves, Ciudad de México, Casa Tova, La Piedad, Las Filipinas, Dos Mundos, Bignoli, Barbera Matoni, Robson Weiss Zappa, Casa "América", Tanturi, Kay Grandjean y en todos los bazares, ferreterías y almacenes de barrio.



— VALPES —

S. R. L.

JUNTA 1379

U. T. 63-4445

BUENOS AIRES



Paradoja literaria

Si no estuviésemos habituados desde la niñez a la idea de que Corneille escribió una obra maestra e inmortal, cuyo protagonista que le da título es "Le Cid", nos causaría asombro ver en esa cumbre del teatro francés a un personaje que nos parece, y con motivo, símbolo reservado para las

tomándolo de la obra del español Guillén de Castro. El éxito de la tragedia francesa fué tan grande, que no sólo en Francia, sino a través de ella en la literatura universal y en los ecos de su fama, produjo el eclipse del modelo español, a pesar de estar citado y confesado por el propio e insigne trágico francés, y de que tal oscurecimiento no es justo, sin mengua de la

gloria de aquel autor, perfectamente conciliable con la del nuestro.

Diferencias entre las dos obras teatrales.

Son tres las principales que pueden señalarse: de extensión o asunto; de escuela, tendencia o preceptiva; y más en detalle en lo tocante al número de personajes.

alturas de la historia y de la poesía españolas. Nuestra idea arraigada, y con fundamento, es que Rodrigo comparte con el ingenioso Hidalgo la personificación del alma española; y casi nos imaginamos las dos figuras subiendo a las cumbres del Guadarrama, para unirse y enfrentarse allí como expresiones características de las dos Castillas, siéndolo de la Vieja el Campeador, y de la Nueva don Quijote. Más extraño aun parece a primera vista la incorporación definitiva y gloriosa a la dramática francesa del héroe español, porque éste desarrolló la extensa e intensa energía de su vida aventurera y prodigiosa dentro del suelo español, sin expediciones ultrapiroceicas. Podrán los eruditos examinar y distinguir las influencias literarias que la épica francesa de la Edad Media pudiera haber ejercido sobre el Poema del Cid y el Romancero, pero ese enlace meramente literario, y que es relación, pero nunca coincidencia, no trasciende a la realidad histórica de la vida, ni siquiera nimbada ni alterada ésta por la leyenda. No es el caso muy distinto de los héroes hispánicos reales o fabulosos cercanos al Pirineo, asociados a la evocación del nombre de Roncesvalles, e incorporados con éste al famoso ciclo de Carlemagno con todas sus tradiciones poéticas.

A pesar de todo, el hecho extraño prodúcese de modo muy sencillo, que el propio Corneille refirió con la ingenuidad veraz y noble que caracteriza la simpatía de su personalidad moral. Sentía él la vocación de las musas y la atracción del teatro, pero no estaba satisfecho él mismo, ni tampoco lo parecía el público, de sus primeros ensayos, y vacilaba para buscar su orientación literaria definitiva. No le convenían los modelos nacionales todavía defectuosos, y a su vez vacilantes o mal encaminados, y en el fondo de su espíritu sentía cierta resistencia hacia la preceptiva clásica, a la cual hubo en definitiva de plegarse bajo la influencia regia, o mejor dicho cardenalicia, la de Richelieu, rectora en todo de la grandeza francesa, y como una de sus formas del nascente teatro, que en Francia fué cortésano, a diferencia de España, donde era popular. En medio de esas fluctuaciones de su espíritu, Corneille oyó y siguió el sano consejo de buscar modelos en el teatro español, cuyo siglo de oro precedió como es sabido al francés. En aquella riquísima fuente de inspiración, a la cual acudió luego a beber Corneille en varias ocasiones, recogió el asunto para "Le Cid",



"LE CID" FRANCES

Fué acierto de Corneille reducir la extensa y total obra dramática de Guillén de Castro a la primera parte de ésta, o sea a los amores de Rodrigo con Jimena, estorbados, al parecer con obstáculo insuperable, pero en definitiva superado, cuando el galán, por vengar la afrenta de su anciano padre, mata en desafío al de su amada, cuyo primer impulso como hija es romper la relación amorosa y reclamar venganza al rey de Castilla. De ese modo suprimió el autor francés todo el resto de la obra española, la cual es en la suma de sus partes el traslado a la escena de la vida del Cid en todos sus episodios más importantes: o sea un tránsito de la épica (Poema del Cid, Romancero, crónicas y leyendas) a la dramática, siguiendo el curso natural de un género a otro, que ya inspira y determina en su parte principal la formación de las tragedias griegas.

La diferencia de escuela literaria es clarísima y explicable. En pocas obras como en la de Guillén de Castro nuestra dramática, tan libre y pre-romántica, se emancipa más abiertamente de las famosas unidades del teatro clásico, a las cuales tuvo que someterse Corneille, a pesar de íntimas, profundas y sinceras resistencias de su espíritu. Pero no podía luchar en eso también contra el criterio de Richelieu, y agravar los choques con éste, y sus temibles enojos, que ya le ocasionó "Le Cid", por la arbitraria y apasionada censura de inmoralidad en la tendencia de la obra, principalmente en su desenlace, aunque real e histórico, en el cual la hija del muerto en duelo se casa con el matador.

La variación del asunto, reduciendo en mucho la extensión del mismo, llevó lógicamente a la supresión de gran número de personajes, o sea cuantos aparecen en los cuadros o partes posteriores; pero en cambio Corneille introdujo dos, inventados arbitrariamente para satisfacer el gusto cortesano, al que deleitaban las rivalidades y contradanzas amorosas. Fueron esos personajes una supuesta infanta de Castilla, enamorada de Rodrigo, y un noble caballero castellano, prendado de Jimena, figuras ambas innecesarias, aunque pintadas con el acierto de Corneille, que estudiaba todos los caracteres con atención y los españoles con visible simpatía.

Mérito y aciertos de cada obra.

Hay que prescindir, para apreciarlos, de las exaltaciones del nacionalismo francés, que casi olvida y borra a Guillén de Castro, a pesar de la evidencia y de la confesión del propio Corneille, y de algunas españolas que quieren presentar a éste con la talla sólo de un plagiario.

En cuanto a originalidad, evidentemente la obra más antigua es la española, y se explica que lo fuera, pero eso no es mérito decisivo nunca, y además, aquí ha de apreciarse relativamente, porque ya Guillén de Castro siguió las fuentes épicas e históricas por él escenificadas.

Un criterio imparcial y objetivo disciere los respectivos méritos como resultado de las distintas preceptivas, y por

consecuente del respeto u olvido de las unidades teatrales. Fué acierto de Corneille observar la de acción o asunto, viendo que había bastante en los amores de Rodrigo y Jimena, sin añadirle nada más incoherente. Había sido en cambio error de Guillén de Castro creer que esa unidad de fondo y esencia es tan accidental como las de lugar y tiempo, pretendiendo sustituirla por la de protagonista, la cual no es suficiente, y ahí están para mostrarlo, en los grandes modelos clásicos: Esquilo, que presenta a Orestes en dos

obras distintas: "Las Coeforas" y "Las Euménides"; Sófocles, con "Edipo Rey" y "Edipo en Colona"; y Eurípides, teatralizando primero a "Ifigenia en Aulis" y luego a "Ifigenia en Taurida". La limitación de asunto hecha por Corneille era tan lógica, que con ella coincidió un tanto literario por muy pocos conocido, de un famoso abogado español, muerto hace más de treinta años, y que antes de consagrarse al foro, donde labró su gloria, sintió veleidades dramáticas de juventud. En cambio dañaron a Corneille las otras



EN POCO TIEMPO...
ESTUDIANDO EN SU CASA
Y EN SUS HORAS LIBRES

SERA USTED EXPERTO EN RADIO

TELEVISION - CINE SONORO
y demás Aplicaciones Electrónicas

Esta oportunidad está al alcance de su mano, mediante el famoso sistema "ROSENKRANZ" de estudio por correspondencia, que se imparte en forma amena, fácil y práctica por excelencia.

Establecido en Los Angeles, California desde 1905
Sucursales por todo el continente

NATIONAL SCHOOLS
(de los Angeles California)

Pida este Libro GRATIS

NATIONAL SCHOOLS

SUCURSAL en la REP. ARGENTINA Dept. Núm.
VICTORIA Núm. 1556 - BUENOS AIRES RG 10 - 300

Mandame su Libro **GRATIS** sobre RADIO - TELEVISION.

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ PROV. _____

¿ES CORRECTO PREGUNTAR COMO ESTA USTED?...

La pregunta lógica sería: ¿cómo funciona su bígado?... ¿qué tal su intestino?... ya que en el perfecto funcionamiento de estos órganos radica nuestro bienestar.

Por ello evite los excesos alimenticios, sobre todo si su edad ya pasa de los cuarenta años, sea cauto en el consumo de bebidas alcohólicas y tome las cosas con calma...

Si a pesar de ello, su bígado le causa alguna pequeña molestia, que ella sea una advertencia de que la salud no debe descuidarse. En esos casos una visita oportuna al médico contribuirá a conjurar peligrosas contingencias. No olvide, además, la pequeña dosis diaria de YODOSALINA (sales yodadas) como factor de bienestar. La YODOSALINA contiene sales que contribuyen a eliminar las toxinas acumuladas en el intestino, estimulando, además, las funciones hepáticas; mientras que el Yodo, elemento de imponderable valor, puede ser incorporado en dosis adecuadas.

dos unidades, por él rigurosamente observadas, de lugar y de tiempo, sobre todo esta última, porque aquélla la pudo respetar manteniendo conforme a realidad la acción dentro de Castilla la Vieja en vez de trasladarla a Andalucía, motivo de patentes e injustificados anacronismos. Basta observar que el Cid es personaje del siglo XI, cuando todavía la reconquista castellana está en el valle del Duero o se asoma al del Tajo, mientras que la recuperación cristiana del valle del Guadalquivir tiene lugar a mediados del siglo XIII. Corneille se dio cuenta de estos errores, puesto que aun señala como árabe, y era verdad, el reino de Toledo, pero comete el anacronismo, como otros referentes a los reinos de Portugal y Granada, obligado por la absurda unidad de tiempo, que le lleva a precipitar el desenlace en veinticuatro horas, inventando para ello que la acción se desarrollara en un puerto interior como Sevilla, donde puede presentarse por sorpresa una escuadra enemiga marítima. El dislate histórico, que literariamente podría alcanzar bula de indulgencia, lleva a la inverosimilitud psicológica y teatral de forzar en tan corto plazo la carrera militar del Cid aun mozo, el perdón de Jimena, el resurgimiento de sus amores, y la inclinación personal del rey pasando de la severidad a la gracia. Así Corneille pecó por reducción en el tiempo cuanto había pecado Guillén de Castro por dilatación, presentando a Rodrigo desde adolescente a viejo y casi muerto, con lo cual esta exageración censurable cae bajo los duros reparos formulados por Cervantes en la primera parte del Quijote, y que creeríamos hechos a la medida cabal de Guillén de Castro, si no surgiesen dudas por las fechas de las respectivas ediciones.

En lo tocante a caracteres y ambientes, naturalmente es mejor por más fiel la obra española, cuyo autor se mueve en su propio elemento, si bien es justo reconocer o recordar la maestría que en ese punto distinguió al trágico francés.

Por lo que se refiere a versos, los hay admitibles en las dos obras. Están más divulgados por la fama los de Corneille, pero Guillén de Castro los tiene magníficos, y citaré, para acabar mostrándolo, unos, en que define con más precisión que ningún jurista el delirio concepto, que el código penal argentino llama determinación, y el español inducción, y que estaría mejor llamado impulso, cuando una persona prepara y desea el delito que otra comete, siendo de ésta los medios de ejecución, y de aquélla el fin con sus móviles. El padre de Rodrigo, al reclamar para sí el castigo del rey, dice al dirigirse a su justicia:

*"Hazla en mí, rey soberano,
porque es propio de tu Alteza
castigar en la cabeza
los delitos de la mano."*

No cabe nada más breve, exacto y perfecto, y lo propio ocurre cuando a continuación define la singularidad específica de ese problema penal tratándose de ascendente viejo que impulsa a delinquir a descendiente joven:

*"y sólo fué mano mía,
Rodrigo, pues fui cruel,
queriendo buscar en él
fuerzas que yo no tenía."*

Reconozcamos con justicia, transaccional pero no acomodatista, que se trata de dos obras distintas, pero admirables, cada una con sus aciertos y con sus yerros. ♦



UNA REPRESENTACION AL AIRE LIBRE DE "LE CID"

RISA Y SONRISA

OPORTUNO

por Andriño



- Che, Antonio, si no molesto te acompaño



Escribe *Conrado Malé Roxlo*

POR EL ESTILO DE... E. JARDIEL PONCELA

LA MANZANA DEL PARAISO ERA UNA PERA MELBA

ILUSTRACIONES DE
RAÚL VALENCIA

ELLA se llamaba Generosa Muñeira y había nacido en Orense, pero se hacía llamar Muiñ de Lagardere y decía ser natural de Roti-Sur-Saïne.

Cuando hablaba, a la mesa le decía *meje*; a los churros, *churres*, y los cinco duros, que era lo que decía con más frecuencia, *cinque dures*.

Todo esto para hacerse pasar por francesa.

Resultado: la creían catalana.

Era una chica a la que le tiraba el teatro. Pero el teatro le tiró a ella hasta con un coche que estaba parado a la puerta el día que debutó en Cuenca, como vicetiple en una de las veinte mil compañías que a la sazón se habían formado para explotar "Las Leandras".

De aquel meneco salió la vicetiple en brazos de un viccalmirante. Este almirante le puso un piso, y vivió con ella un año, feliz y engañado. Pero una tarde de primavera le oyó decir "becicleta", y se desilusionó. Con el pretexto de que se iba de maniobras, la abandonó. Pero ella, que había comprendido la maniobra, armó tal escándalo en el Ministerio de Marina, que para que se callara le regalaban un crucero, con lo cual se encontró otra vez a flote.

El se llamaba Manolo Perdiz y era un señorito andaluz, con vocación de chulo. Pero como no tenía aptitudes, sus padres lo hicieron estudiar medicina. Pero Perdiz tenía también vocación de cantor, y, en lugar de calomelanos o cualquier otra porquería, en las recetas escribía coplas. Al principio todo fué bien, porque a los boticarios lo mismo les da para vender sus productos que les lleven una receta en forma de una sarta, el Himno de Riego o una novela de Pérez de Ayala.

Pero un mal día lo llamaron para asistir a un paciente de Calatayud. Y Manolo le recetó aque-

*Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores, etc.*

Y la familia del paciente perdió la paciencia y le tiraron con todo lo que tenían a mano y con otras cosas que fueron a buscar. Aquello parecía un nar revuelto, entre cuyas enredadas olas se debatía

el pobre Manolo. Por fortuna, alguien derramó un frasco de aceite de hígado de bacalao, y como todos sabían que el aceite calma las tempestades, claro está, se calmaron. Pero Manolo perdió allí su carrera de médico y el ojo derecho.

Le recetaron un ojo de vidrio. Pero él, que acababa de heredar al obispo de Filipinas, se dedicó a coleccionar ojos de vidrio. Tenía uno diferente para cada día de la semana y para cada ocasión. Si se sentía romántico, se ponía uno color crepúsculo de 1830; para los pic-nics usaba el de color verde heno, en el que se veía muy bien pintada una pastora con una vaca; para andar de picos pardos, un ojo pardo; para despedir un duelo por tarjeta, uno de azabache. En fin, tenía ojos de todo y para todo, con decir que tenía uno rosado y otro celeste, para ir a dar la bienvenida a los recién nacidos, de acuerdo con el sexo del interesado.

—Chico — le decían los amigos —, tienes una colección magnífica.

A lo que él respondía, invariablemente:

—Es verdad, pero me cuesta un ojo de la cara.

Un día...

Un día, él y ella se encontraron. (Pero no vayan ustedes a creer que se encontraron en la Bombilla, tomando una chufa con pajita o en el Ateneo oyendo una conferencia de Ortega y Gasset. No, no voy yo a haber creado dos personajes tan interesantes para darles un destino tan vulgar. ¡No faltaría más!) Se encontraron en una cacería de cocodrilos en el Missipi.

Manolo Perdiz le salvó la vida. ¿Cómo? Del modo más emocionante que darse pueda. Del metro sesenta que media ella, por lo nuevos ochenta centímetros se hallaban dentro de la boca de un enorme saurio. Manolo, sin perder la serenidad, se acercó a la fiera y le dijo:

—¡Vamos, suelta eso!

—¡Que no! — respondió el cocodrilo con la boca llena.



—No seas tonto, cocodrilo del Missipí —repuso él con tono persuasivo—. ¿No ves que si ahora te comes la chica, luego te vas a pasar la noche llorando?

—Y a mí ¿qué?, si son lágrimas de cocodrilo —murmuró el saurio.

La cosa tomaba mal cariz, pero Mimi de Lagardere (llamémosla así, ya que nada nos cuesta darle el gusto) tuvo una idea genial: se puso a cantar un tango argentino, sacado de una habanera, que a su vez había sido sacada de un chotis, y el animal saltó inmediatamente su presa y se alejó río abajo, enjugándose la boca.

Se amaron frenéticamente durante ocho días.

Pero una noche, Manolo leyó el libro de Marañón sobre Don

pistas.)

Prosigamos.

Cuando Manolo Perdiz llegó, caballero en un camello, junto a la Gran Pirámide, desmontó, se pasó por la frente un pañuelo bordado e hizo ésta profunda reflexión:

—¡El talento que debía tener el tío que hizo esto! Porque, vamos, que si les llega a poner la punta hacia abajo, cualquiera se entra de que son las pirámides.

—¡Ladrón! —exclamó una voz a su espalda.

Era ella.

Era ella.

—¡Chical! ¿tú por aquí?

Y la estrechó en sus brazos, murmurando para sus adentros:

—¡Que diga lo que quiera el tío ese (se refería al doctor Mara-



Juan, y dijo:

—¡Refrito, que había sido feo el donjuanismo! ¡En mi vida vuelvo a tener una aventura donjuanesca!

Lió sus petates y se fué a las Pirámides de Egipto.

Mimi de Lagardere, al verse sola y abandonada, se mesó los cabellos el primer día. Al segundo se los hizo ondular y partió tras él.

El le-mfwy shrd etain ET OI x (El lector no disculpará, pero como es inevitable que en un libro aparezca una línea engastada, prefiero ponerla yo mismo y no dejarla al criterio de los linoti-

ñón), ésta está de primera.

Arrullándose estaban al pie del monumento egipcio, cuando una voz varonil dijo con acento extranjero:

—Cuarenta siglos os contemplan.

—¡Y guardia! —exclamó ella sobresaltada.

—¡Napoleón! —dijo él dando un respingo.

Pero los dos se equivocaban: era una inglesa que andaba por allí evocando la Historia.

Buscaron un lugar más a propósito... ¡Y allí sucedió lo inevitable! Sí, caro lector; lo que sucede siempre en esos casos, sucedió: se retrataron sobre los camellos. ☼

DESAGRADECIMIENTO

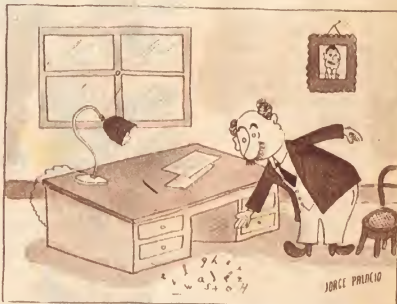
por Carlos Rodríguez



—¡Lo acabo de salvar y no me dió ni las gracias!

TRAGEDIA

por Jorge Palacio



—¡Caramba! ¡Otra vez me olvidé de cerrar un paréntesis!

**No es inflamable
No forma aureola
No deja olor**

URATOL

**3 Gotas... y
se va la mancha
No Contiene Nafta ni Bencina**

PRODUCTO NORTEAMERICANO, FRACCIONADO POR LA QUIMICA DEL SOLVENTE

Garay 1901 U. T. 23-3568 - Bs. As.

¿LA NARIZ DE CYRANO VALE 2.000 PESOS?

Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, el aspecto del mundo habría cambiado..., y el de ella también, como decía Alphonse Allais. Sin la nariz de su héroe, tampoco la obra de Rostand habría tenido sentido, ni siquiera hubiese existido. Es imposible concebir un Cyrano sin una nariz protuberante.

El actor francés Claude Dauphin va a interpretar ese papel en el cine, pero a cualquiera le sorprenderá enterarse de que su nariz escénica significó un gasto enorme.

Se hizo un molde de yeso de la forma deseada, aplicándose sobre él un pergamino con una pasta y colores. Así hicieron tres narices, previendo los accidentes siempre posibles.

Luego hubo que conseguir una cantidad de "pasta para narices", de un color idéntico, para fijarla en forma invisible sobre la cara de Claude Dauphin. Esto solamente importa veinticinco mil francos.

En total, la nariz ha costado unos 2.000 pesos.



SIN APURO

Un joven tomaba unos apertivos hechos con ginebra de calidad mediocre. Un amigo pasó por allí, y palmoteándole el hombro le advirtió:

—¿Es que no sabes que lo que estás bebiendo es un veneno lento?

—¡Bah! — respondió el joven —, ¡Yo no tengo ninguna prisa!



ASTRONOMICA
por
VILLAFANE

—¿Estos
prismáticos?
Son para
mirar a la
mucamita
de enfrente.



EL dueño de la tienda "Cien mil guantes para damas", decidió el mes pasado añadir dos vendedores a sus dieciocho vendedoras. Un cierto Julio Sabouret y yo fuimos los agraciados.

Inmediatamente, Julio se conquistó la estimación de todas aquellas señoritas.

Una semana después de nuestra entrada en la tienda de la calle San Martín, no se oía desde la mañana a la noche más que exclamaciones de este género:

—¡Ah! ¡Qué señor Julio éste! ¡Qué divertido!

—¡Ah, este señor Julio es impagable!

—¡Ah, este señor Julio no tiene igual para engatusar a la gente!

II

El viernes, después de almorzar, atravesaba yo la plaza de la República para volver a la tienda.

Al pasar ante el puestecillo de un anciano que vendía golosinas, me dieron ganas de comprarme un piruli. En la caja de hojalata colocada sobre el mostrador, escogí uno. Lo llevé a mis labios.

Acababa de alargarle un sueldo al vendedor. Iba a alegrarme... ¿A qué estúpida inspiración obedecí súbitamente? A fuerza de oír alabar las proezas del señor Julio, experimentaba yo también el deseo de ser: "un hombre divertido, impagable"... Volví a colocar en la caja el piruli que había comenzado a chupar ya. Murmure:

—Verdaderamente, éste no



EMULACION

Un cuento de
MAX y ALEX FISCHER

DIBUJOS DE RAUL VALENCIA

me gusta — y agarré otro. Esperaba que el vendedor se enojara.

Con una sonrisa amable, me dijo:

—Adiós, señor. Hasta la vista.

Al correr de la tarde, conté este incidente en la tienda. Mi relato obtuvo un gran éxito.

—¡Ah, ah, ah!... Es... (Ah, ah, ah!... Es locamente divertido... exclamaban a un tiempo todas aquellas señoritas... ¡Es impagable! ¡Qué chiste! ¡Qué gracia! El pobre señor Julio no lo hubiera hecho mejor.

Experimenté cierto orgullo. Con tono desdenoso, el señor Julio, visiblemente irritado, declaró:

—¡Yo no veo que eso tenga gracia!... Ese pobre viejo, sin duda habrá mirado, pero seguramente no ha visto lo que usted ha hecho.

III

Al día siguiente, el señor Julio y yo almorzamos juntos por casualidad.

Al atravesar la plaza de la República, a eso de la una, pasamos cerca de mi vendedor.

—Tengo ganas de un piruli — le dije al señor Julio —, ¿Quiere usted hacer el favor de acompañarme hasta aquel puestecillo?

Sentía gran ansiedad. ¿Me permitiría el vendedor repetir mi maniobra de la víspera? ¿Me proporcionaría la posibilidad de confundir a mi detractor?

Mis aprensiones no tardaron en disiparse.

Sin atreverse a formular la más mínima protesta, el viejo me permitió probar sucesivamente uno de limón y otro de frambuesa, sin atreverse a emitir la menor observación. Aceptó el único sueldo que le tendí cuando me detuve definitivamente sobre un piruli

de un verde ajeno. Hasta se creyó obligado a murmurar:

—Adiós, señor. Hasta otra vez.

A mi vuelta a la tienda, me apresuré a narrar mi nuevo éxito.

Cuando se apagaron las risas laudatorias de aquellas señoritas, tuve la satisfacción de poder añadir:

—Y hoy no puede quedar ninguna duda: el vendedor, me ha visto. Me ha mirado... Pregúntele al señor Julio.

El señor Julio estaba verde de cólera, más verde que mi piruli. Con muy mala idea insinuó:

—Sí, sí. Ese pobre hombre le ha mirado a usted. Desde luego. Pero no se ha fijado usted bien en sus ojos. Lo ha mirado a usted como miran

siempre los ciegos. ¡Le ha mirado sin ver!

IV

Los domingos se cerraba la tienda antes del almuerzo.

Ayer a mediodía, cuando se bajaron los cielos, propuse:

—¿Quieren ustedes, señoritas, que nos lleguemos al puestecillo de mi vendedor de pirulis? Así podrán ustedes darse cuenta de si es verdad como lo pretende el señor Julio, que está atacado de ceguera.

Mi proposición fué aceptada con gran entusiasmo.

Un cuarto de hora más tarde, las señoritas, el señor Julio y yo, nos deteníamos ante el puestecillo de la plaza de la República.

Habla tendido mi mano hacia la caja de hojalata, me ha-

bia apoderado del primer piruli y lo había chupado ostensiblemente. Me disponía a dejarlo en su sitio y a probar uno, dos, tres, cinco, diez más, cuando, ante mi gran asombro, el vendedor previó mi designio y con un gesto brusco cubrió la caja con su tapadera.

—¡No, señor, no! — exclamó vivamente —. Lo ha escogido usted; quédese con él.

Mi rostro debió dejar, sin duda, traslucir una sincera estupefacción. Entonces, explicó:

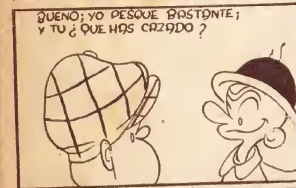
—¡Sí! Le he dicho: "Quédese usted con él". No le permitiré chupar otro, no. Generalmente, usted viene a la una. Hoy son apenas las doce y cuarto. Tengo la costumbre de chuparme yo como postre. ¡Y todavía me he almorzado!

Me quedé atónito.

Luego añadí, suavizando el tono:

—Pero sentiría muchísimo perder un cliente, y si a usted le resulta eso agradable, puede usted volver un poco más tarde, a su hora habitual. *





¡OH, LAS MUJERES!

Esposo. — ¿Pero vas a tomar a esa mucama, sabiendo que en poco tiempo la ha servido como en diez casas?

Esposa. — ¡Mucho mejor, querido! Es una magnífica oportunidad de conocer en unas horas los secretos de varias familias.

Hace unos años, durante una visita que la ex reina

Elena de Italia hizo a la aldea del sur de la Península, fué obsequiada por una campesina con una bonita carpeta tejida a mano. Una vez en Roma, la soberana, agradecida, hizo enviar a la aldea un magnífico par de medias de seda de la mejor calidad; una de ellas llena de dinero, y la otra de golo-

UN REGALO BIEN APROVECHADO

sinas. A los pocos días, la reina recibió una esquila concebida en los siguientes términos:

—Majestad, vuestro presente me ha hecho derramar muchas lágrimas. Mi padre se quedó con las liras, mis hermanos se comieron las golosinas y en cuanto a las medias de seda..., las está usando mi madre.

Y ERA CIERTO



—Nosotros siempre nos llevamos muy bien con los vecinos... Antes de venir aquí, estuvimos 20 años en el mismo lugar.

NAPOLEON Y SU FICHA

Parece que la antropometría fué empleada ya en la época de Napoleón. El famoso "retrato hablado", que los magistrados y la policía judicial transmiten en todas direcciones para capturar a un fugitivo, habría sido usado durante el Imperio, y por el ministro de Policía, Fouché.

Resultado interesante revelar cuáles eran los rasgos de Napoleón I°, señalados en 1812 a las tropas rusas, durante la campaña en ese país, para que se pudiera

reconocer al emperador si se le hacía prisionero.

He aquí los datos: "Estatura baja, rechoncho. Cabellos cortos. Barba negra y gruesa, afeitada hasta debajo de las orejas. Cejas bien arqueadas, pero fruncidas cerca de la nariz. Mirada atrabiliaria o fogosa. Nariz aguilina, que muestra constantemente huellas de tabaco. Mentón muy saliente. Lleva siempre uniforme de diario, y a corto sobretodo gris para pasar inadvertido. Hay un detalle especial: va siempre con un mameleuco.

LOS BUENOS CONSEJOS



Un padre reprende a su hijo.

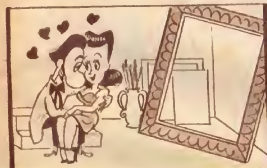
—...y estoy cansado de decirte que el trabajo es el mayor placer que existe para los hombres.

—Es cierto, ¿pero no te acuerdas que también me dijiste que no es conveniente abusar de los placeres?

PINCELITO PURAPOSE

Recurso

por DOMINGO VILLAFANE



LADRON INGENUO



—¡Ah, canalla, mentiroso!... ¡Solo tiene figuritas de chocolates!

DEPORTISTA SERIO



—No se lo está tomando demasiado a pecho, González?

SEÑORA INCONMOVIBLE



—Vamos, Tiburcio, tírate y verás la de paños que doy luego...

UN BROMISTA

Es extraordinario comprobar hasta qué punto y con qué recursos es posible sacarle

dinero a la gente.

Robert Bonshley, que acaba de morir en Nueva York y fué actor y cronista divertido, batió todos los récords del abuso de confianza. Hicé varios años hizo una colecta para "la viuda del soldado desconocido". Nadie protestó, y antes de que se dieran cuenta de que era una broma, había recibido ya mil cien dólares.

OJO POR OJO...

Por González Fossat



TAMAÑO NATURAL



En una feria, entre dos quioscos pintorescos, un fotógrafo inglés instaló su puesto con gran éxito, pues por un chelín realizaba ampliaciones de "tamaño natural".

El otro día se le acercó un marinero, preguntándole:

—¿Es cierto que usted hace ampliaciones de tamaño natural por un chelín?

—Sí.

—Pues bien: aquí tiene el dinero. ¡Amplíe esta foto!

Y sacó del bolsillo una fotografía de su marco, el Ajaz.

SENTIR PARA CREE

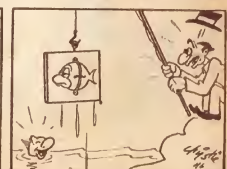
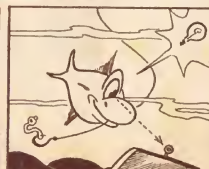


... Y la más graciosa es que las muchachos ya me lo advirtieron.

AGALÉTA

Pesca milagrosa

por J. CHRISTIE M.



TOXICO Y BIBERON

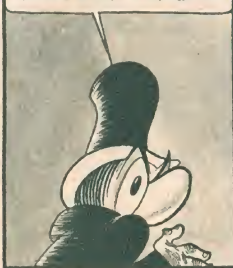


por Janiro

¡LA SUERTE ESTÁ ECHADA! MI VÍCTIMA DE HOY SERÁ UN CAMIONERO! ¡NADIE PODRÁ DETENERME, SOY BESTIAL!



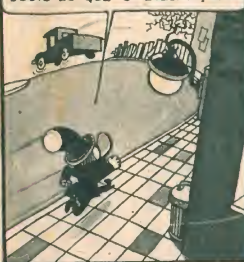
¡ESTOY DE PARABIEÑES! MI VÍCTIMA YA SE HA PRESENTADO



¡LA VÍCTIMA!



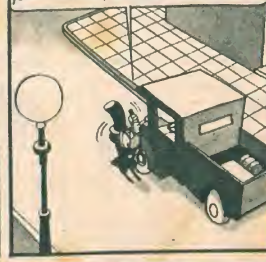
¡NO DEBO DEJARLO ESCAPAR!...ES JUSTO LO QUE YO NECESITO! ¡JE-JE!



¡MALDITO! ME HA HECHO CORRER SESENTA Y DOS CUADROS, PERO... ¡MORIRA!...SÍ, MORIRA!!



¡MI TRABAJO ES SENCILLO Y PRODUCTIVO! ¡SIMPLEMENTE, AFLOJAR DOS RUEDAS!



¡YA HE CUMPLIDO CON MI DEBER!



¡AHORA A ESPERAR LA NOTICIA QUE DIFUNDIRÁ LA RADIO! YA LA OÍGO!... ¡UN CAMIÓN ESTRELLÓSE CONTRA UNA CASA Y...

¡OH, SE VAN!



¡MALDICIÓN MALDITA!



¡AQUI NACERA LA PAZ DEL MUNDO!

EN EL PALACIO DEL LUXEMBURGO LOS REPRESENTANTES DE LAS NACIONES DISCUTEN LAS BASES DE UNA FUTURA CONVIVENCIA ARMONIOSA



LA PAZ AGUARDA

Aquí, en este salón de bellas molduras y estatuas de clásicas líneas, la paz aguarda a que se le otorgue el derecho de regir los destinos del mundo. Delgados de más de veinte naciones discuten entre ellos las condiciones que han de regir en el futuro la delicada convivencia internacional.

AQUI SE GESTA EL FUTURO

En este viejo palacio del Luxemburgo, ante la plaza donde los niños juegan sin tener conciencia de ello, los hombres serios de este mundo convulso luchan y discuten paradójicamente por lograr armonía entre sus intereses.



UN HOMBRE NOTABLE James Byrnes es una de las figuras descollantes de la conferencia, indudablemente dominada por la presencia tutelar de los que se ha dado en llamar Cuatro Grandes, y representa a una de las naciones más influyentes y poderosas.



EL AGUERRIDO DIPLOMÁTICO

Quizá pocas personas gocen de mayor notoriedad y sean más discutidas que el delegado ruso Molotov. Es el hombre que plantea ante el mundo la irreductible posición de una nación a quien la fuerza de las circunstancias ha hecho poderosísima.



ARMONIA GASTRONÓMICA

No todo ha de ser guerra en la Conferencia de la Paz del Luxemburgo. Hay momentos en que todas las necesidades de las naciones todos los gustos posibles, contemplando quizá los hábitos gastronómicos de gentes que se hallan reunidas allí después de haber arribado desde los cuatro puntos cardinales de un globo que necesita de paz... y también de comida. Siete mil comidas por día se sirven a personas allegadas a la conferencia. ¡Es que la paz cuesta al mundo!



BUSCANDO ANTECEDENTES La tan nutrida como selecta biblioteca de palacio sirve a los delegados para enriquecer su argumentación con todo lo que acumularon en ella generaciones de pensadores, a quienes preocupó, también como ahora, el insalvable y delicadísimo problema de la paz perpetua, panacea que la humanidad persigue desde hace siglos con más afán y con mayor éxito que los alquimistas de otras épocas en trance de buscar en la piedra filosofal los secretos básicos del universo y la inmutabilidad de sus leyes físicas.

REVOLUCION en la enseñanza

EN LOS NUEVOS TIEMPOS SE IMPONEN NUEVOS SISTEMAS. Hoy día surge un nuevo sistema de enseñanza moderno, gracias a los Cursos Parera, editados por la Editorial Cultura, por medio de los cuales puede usted aprender en su casa una carrera por lo que le costaría un buen libre y con igual resultado. ¿Para qué, entonces, gastar mucho dinero en un curso por correspondencia cuando puede adquirir igual instrucción con pocos pesos?

Los Cursos Parera son verdaderos cursos completos de enseñanza por correspondencia, pero sin revisión de exámenes. Cada uno de los textos de que está compuesto el curso es completo: lecciones en las que todo ha sido previsto con numerosos ejemplos que no dan lugar a dudas, explicaciones amplias, ejercicios resueltos y exámenes con su clave en lugar aparte para su confrontación y cotejo, no teniendo necesidad de enviar exámenes ni esperar las lecciones; un Curso Parera comprende todos los libros necesarios, exámenes y claves que se envían, todo junto al adquirir el curso. Es como tener el profesor en su casa. Usted es a la vez alumno y profesor.

Lo que vale \$ 100.— puede obtenerlo, hoy día gracias al nuevo sistema de enseñanza por \$ 10.—.

PRECIOS DE LOS CURSOS EN ARGENTINOS

(Los gastos de franquencia son por nuestra cuenta. En ítre paréntesis figura el número de libros de cada curso)

Teneduría de Libros (6).....	\$ 12.—
Contabilidad Superior (11).....	18.—
Práctica Judicial del Contador (8).....	8.—
Caligrafía Comercial (5).....	6.—
Ortografía y Relación (9).....	8.—
Aritmética Comercial (7).....	8.—
Correspondencia Comercial (9).....	10.—
Dibujo Artístico (25).....	18.—
Dibujo de Letras y Adornos (15).....	12.—
Dibujo Artístico y Comercial (39).....	25.—
Dibujo Lineal (5).....	2.—
Dibujo de Máquinas (8).....	10.—
Dibujo Arquitectónico (10).....	12.—
Avicultura (12).....	10.—
Procuración (73).....	50.—
Chauffeur (10).....	10.—
Perito Mecánico (10).....	17.—
Perito Electricista (16).....	23.—
Taguigrafía (10).....	12.—
Curso completo de Radiotécnico, de 100 lecciones con sus claves, en 100 folletos tamaño oficio, más de 1.000 páginas y 1.500 grabados.....	60.—
Libros sueltos de un solo volumen.....	
Tratado Etiqueta y Distinción Social.....	\$ 1.—
Eficiencia Personal.....	1.—
Teneduría de Libros Elemental.....	2.—
Escritura a Máquina.....	2.—
Noiones de Metalurgia.....	1.—
Fundición y Trabajo de los Metales.....	2.—
Instalaciones de Alumbrado Eléctrico.....	2.—
Galvanoplastia y Electrolisis.....	2.—
Electrotermia.....	2.—

EDITORIAL CULTURA

Avda. de Mayo 981 * Buenos Aires

CUPON

Incluyo \$ para los siguientes cursos:

Nombre.....

Dirección..... L.



PASEO POR EL BOSQUE En las pausas, cuando las preocupaciones no lo aterracan, mister Evatt, delegado de Australia, famoso por sus duelos verbales con el ruso Vishinsky, pasea por el bosque de Bolonia, en compañía de su esposa, émulo tranquilo de los pescadores, para quienes la felicidad es un corcho flotante sobre el agua.



LLEGA UN PERSONAJE Mister Bevin, representante de una de las cuatro grandes potencias, desciende del avión en el aeródromo de Le Bourget, presto a intervenir decidida y enérgicamente en los debates de la conferencia donde se ventila el futuro del mundo.



LA PAZ VIGILA Desde la parte alta del palacio del Luxemburgo, sobre el bucólico y apacible decorado de los jardines, mientras tranquilos pasantes sólo consagranse a la tarea de pensar en los problemas mínimos de su vida, también mínima y anónima, los gendarmes cuidan de la seguridad de los delegados a la conferencia de la paz. Como todo lo de esta época, hecha a base de

colores chillones y contrastes violentos, la paz, para nacer dificultosa y dolorosamente, necesita, en vez de las hadas tutelares de los nacimientos felices, la guardia austera de los fusiles que señalan el cielo de París, esperando el momento en que han de ser considerados como instrumentos perniciosos e inútiles.



LLEGADA DE LOS DELEGADOS Suntuoso es el decorado que rodea a los representantes cuando llegan en sus autos; suntuoso y con una reminiscencia de épocas de boato y esplendor. Los que padecen por ello son los gendarmes, constantemente en trance de rendir homenaje a los ilustres asistentes.



HUMO DE NOTICIAS Una tenue nube de humo señala el trabajo del aparato transmisor de radio que funciona en el palacio, y mediante el cual el mundo se enterará de cómo sus representantes laboran por su felicidad. Tres millones de francos cuesta el aparato. Pero, ¿la paz no vale más?

Imponga SU PEINADO!

DISTRIBUIDORES:

LABORATORIOS ERYX
Suc. Resp. Ltda. - Cap. \$ 219.000

FABRICA

J. J. BIEDMA 1986
U. T. 59-6798

ESCRITORES

J. J. BIEDMA 1746
U. T. 59-2798

SOLICITADA

ALGO SOBRE EL ENGAÑO DE UNA MUJER

Si... ¡la engañaron!.. Salió de su casa contenta, preocupada. Iba decidida a comprar un nuevo frasquito de su perfume preferido. El extracto que usa hace mucho tiempo, y cuya delicada fragancia parece identificarse con todo su ser.

Solicitó la marca de su extracto en una lujosa perfumería. Y allí, tras de desacreditárselo con mil argumentos, la convencieron de que comprara otro similar. Le faltó voluntad. Procedió como automática. Cuando salía del negocio presintió que la habían engañado, vendiéndole un perfume ordinario. Y así fué, no más!

Hoy... mañana... tarde o temprano, querrán engañarla a Jd. también en forma parecida. Sepa defender sus gustos. Al propósito descal, al consejo interesado, oponga su fortaleza de espíritu. Se lo recordamos, en nombre de la



CAMPAÑA
PRO-COMERCIO LEAL



EL PADRE

celebre novela de

HONORATO DE BALZAC

I

La señora Conflans de Vauquer es una anciana que desde hace cuarenta años tiene establecida en París una pensión familiar en la calle Nueva de Santa Genoveva, entre el Barrio Latino y el arrabal San Marcelo. Esta pensión, conocida bajo el nombre de la casa Vauquer, admite lo mismo a hombres que a mujeres, a jóvenes que a viejos, sin que jamás la maledicencia haya atacado las costumbres de este respetable establecimiento. Cierta es que desde hacía treinta años no se viera allí ninguna joven, y, para que un joven se hospedase allí, era necesario que fuese muy reducida la cantidad que le enviase su familia. Sin embargo, en 1819, época en que comienza este drama, se hospedaba en dicha pensión una pobre muchacha.

El edificio en que está establecida la pensión pertenece a la señora Vauquer y está ubicado en la parte baja de la calle Nueva de Santa Genoveva, donde el terreno descendiendo hacia la calle del Arbalète por una pendiente tan brusca y tan ruda, que los caballos rara vez la suben o la bajan. Esta circunstancia favorece el silencio que reina en aquellas calles comprendidas entre la iglesia de Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera, comunicándole tonos amarillentos y sombreándola con los tintes severos que proyectan sus cúpulas. Allí las aceras están secas, los arroyos no tienen barro ni agua, y la hierba crece a lo largo de los muros. El hombre más indiferente se entristece en aquel lugar en que el ruido de un coche se convierte en un acontecimiento, en que





GORIOT

TAPA E ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

las casas son tristes y las paredes huelen a cárcel.

La fachada de la pensión da a un jardincito, de suerte que la casa forma un ángulo recto con la calle Nueva de Santa Genoveva, desde donde se ve en toda su profundidad.

A lo largo de esta fachada, y, entre la casa y el jardín, vese un empedrado acanalado de poco más de un metro de ancho, ante el cual existe un enarenado paseo, bordeado de geranios, de laureles-rosas y de granados plantados en grandes tiestos de porcelana azul y blanca. En este paseo se entra por una puerta de dos hojas, en cuya parte superior se lee: CASA VAUQUER, y debajo: *Pensión familiar para ambos sexos y otros.* Durante el día, una puerta con claraboya, armada de una campanilla, deja ver, al extremo de la acera,

sobre la pared opuesta a la calle, una arcada pintada en mármol verde por un artista de barrio; y debajo de esta arcada se eleva una estatua representando el Amor.

Al oscurecer, la puerta con claraboya es reemplazada por una puerta completa. El jardincito, tan ancho como larga es la fachada, está cerrado por el muro de la calle y por la pared medianera de la casa vecina, a lo largo de la cual zigzaguea un manto de hiedra que la cubre totalmente y atrae las miradas de los transeúntes por su efecto, que resulta pintoresco en París. A lo largo de cada pared vese un estrecho paseo que conduce a una bóveda de tilos. Entre los dos paseos laterales hay un huerto de alechufas rodeado de árboles frutales, de acederas, lechugas o perejil. Bajo la bóveda de tilos hay una mesa redonda pintada de verde, rodeada de asien-

tos. Allí, durante los días de calor, los huéspedes más pudientes se permiten el lujo de tomar el café, saboreándolo en medio de un calor capaz de incubar huevos. La casa, de tres pisos y rematada en buhardillas, está construida con ladrillos y embadurnada de ese color amarillo que da un carácter innoble a casi todas las casas de París. Las cinco ventanas que se ven en cada piso tienen vidrios pequeños y todas están provistas de celosías diferentes; de manera que sus líneas contrastan entre sí. La profundidad de aquella casa sólo da espacio para dos ventanas, que en el piso bajo tienen por adorno entrelazados barrotes de hierro. Detrás del edificio existe un patio de unos veinte pies de ancho, donde viven en buena armonía tercos, gallinas y conejos, y en el fondo del cual existe un cobertizo para

guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina había la despensa, bajo la cual caen las aguas del vertedero. Aquel patio tiene una estrecha puerta que da a la calle Nueva de Santa Genoveva, puerta por donde la cocinera arroja la basura de la casa, teniendo que limpiar aquella sentina con gran refuerzo de agua, so pena de pestilencia.

El piso bajo, destinado, como es natural, a la explotación de la pensión, compónese de una primera pieza iluminada por las dos ventanas de la calle, y a la cual se penetra por una puerta vidriera. Este salón se comunica con un comedor que está separado de la cocina por la caja de la escalera. Nada más triste que aquel salón amueblado con sofás y sillas tapizadas de tela a rayas mate y relucientes alternativamente. En medio se ve una mesa recubierta de mármol, que soporta una gran bandeja de porcelana blanca. Esta habitación, bastante mal entarimada, tiene zócalos de madera, y el resto de la pared está tendido con un papel que representa las principales escenas de Telémaco. La chimenea de piedra, cuyo hogar limpio revela que no se prende fuego en ella más que en las grandes ocasiones, está adornada con dos floreros con flores artificiales viejas que hacen compañía a un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor sin nombre en el idioma, y que sería preciso llamar *olor a pensión*; huele a encerrado, a embohecado, a rancio. Pues bien, no obstante estos horrores, si comparásemos aquella habitación con el comedor, que le es contiguo, la encontraríamos enteramente nueva. Aquel comedor, enteramente recubierto de madera, fúe pintado de un color indistinto hoy, que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas de tal manera, que crea curiosas figuras. Está amueblado con armarios grañentes, en los cuales se ven algunas festonaduras y pilas de platos de porcelana con bordes azules, fabricados en Tournay. En el ángulo se halla una caja con compartimientos numerados que sirven para guardar las servilletas, manchadas o vinosas, de cada pensionista. Se encuentran allí muebles indestructibles, proscritos de todas partes. Veremos allí un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve, grabado en cera, que quitan el apetito; un reloj de pared incrustado en cobre; una estufa pintada de verde, quinqués de Arganda donde el polvo se combina con el aceite; una gran mesa cubierta con tapete de hule grañente; unas sillas medio rotas, pequeñas alfombras de esparto que se van gastando sin romper nunca y miserables brasilerillos, cuya madera está ya consumida. El pavimento, de ladrillo, está lleno de valles causados por el frole. En una palabra, que allí reina la miseria sin poesía.

Esta pieza está en todo su esplendor a las siete de la mañana, hora en que el gato de la señora Vauquer precede a su ama, salta sobre la alfombra, olfatea la leche que contienen varias jarras y los platos, y deja oír su *rururur* matinal. La viuda no tarda en presentarse, cubierta con su gorro de tul, bajo el cual pende un moño postizo; camina arrastrando sus agrietadas pantuflas. Su faz vieja y regordeta, de cuyo centro sale una nariz en forma de pico de loro; sus pequeñas manos rojas; su persona rechoncha y su cuerpo demasiado grueso, están ya a la altura, como aquella sala que destila desgracia, que sirve de asiento a la especulación, y donde la señora Vauquer respira su aire fétido.

do sin experimentar náuseas. Su figura, fresca como una primavera helada de otoño; sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita a las bailarinas al amargo ceño del usurero; en fin, toda su persona explica la pensión, como la pensión implica la persona. El presidio no marcha sin el capataz, y no podríamos imaginarnos el uno sin el otro. La gordura fofa de aquella pequeña mujer es el producto de su vida, del mismo modo que el tufus es la consecuencia de las exhalaciones de un hospital. Su falda, de punto de lana, que cubre su primer refajo hecho de una falda vieja, resume el salón, el comedor y el jardincito, anuncia la cocina y hace presentar los pensionistas. Cuando ella está allí, el espectáculo es completo. La señora Vauquer, que tiene unos cincuenta años, se parece a todas las mujeres que han tenido desgracias. Sus ojos son vidriosos y tiene el aire inocente de una alcahueta que se irrita para que la paguen más caro, pero que, por lo demás, se presta a todo para mejorar su suerte. Sin embargo, es buena en el fondo, según dicen los pensionistas, que la creen sin fortuna al oír la gemir y toser como ellos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? La viuda no se explicaba jamás respecto al difunto. ¿Cómo había perdido él su fortuna? "En las desgracias", respondía ella. El mundo se había portado mal con él; no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no com-

PARA APRENDER IDIOMAS LINGUAPHONE

PIIDA FOLLETS
FLORIDA 209 + U. T. 32-6851

paderse de ningún infortunio, porque, según ella, había sufrido todo lo que es posible sufrir. Al oír trajar a su patrona, la gruesa Silvia, la cocinera, se apresura a servir el almuerzo a los pensionistas internos.

Generalmente, los pensionistas externos sólo se abonaban a la comida, que costaba treinta francos por mes. En la época en que comienza esta historia, los internos eran siete. El primer piso contenía las dos mejores habitaciones de la casa. La señora Vauquer ocupaba la menos considerable, y la otra pertenecía a la señora Couture, viuda de un comisario ordenador de la República francesa, que tenía consigo a una joven llamada Victorina Taillefer, a quien servía de madre. La pensión de estas dos señoras ascendía a mil ochocientos francos. Las dos habitaciones del segundo estaban ocupadas, una por un anciano llamado Poiret, y la otra por un hombre de unos cuarenta años de edad, que llevaba una peluca negra, tenía las patillas, decía "¡vive la república!" y se llamaba el señor Vautrin. El tercer piso compónase de cuatro piezas, dos de las cuales estaban alquiladas, una por una vieja dama llamada la señorita Michonneau, y otra por un antiguo fabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, a quien llamaban el padre Goriot. Los otros dos pisos eran reservados para las aves de paso, a esos infortunados estudiantes que como el padre Goriot y la señorita Michonneau, sólo pueden gastar cuarenta y cinco

francos al mes en alimentación y albercage, por lo cual la señora Vauquer decía poca cosa por ella y sólo los tomaba cuando no había otros, pues, según ella, comían demasiado pan. En ese momento, uno de estos dos cuartos estaba ocupado por un joven de los alrededores de Angulema, llegado a París para estudiar la carrera de derecho, cuya familia se sometía a las más duras privaciones a fin de enviarle mil doscientos francos al año. Eugenio de Restagnac, que se llamaba era uno de esos jóvenes amoldados al trabajo por la desgracia, que comprenden desde la más tierna edad las esperanzas que sus padres cifran en ellos, y que se preparan para un hermoso destino.

Encima de este tercer piso había un granero para tender ropa y dos buhardillas donde dormían un criado llamado Cristóbal, y la gruesa Silvia, la cocinera. Además de los siete pensionistas internos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de derecho o de medicina y dos o tres parroquianos que vivían en el barrio y que solamente se abonaban a la comida. El comedor tenía capacidad para dieciocho personas y podía admitir una veintena; pero por la mañana lo ocupaban siete, que se reunían durante el almuerzo ofrecía el aspecto de una familia de familia. Todos bajaban en zapatillas, se permitían observaciones confidenciales acerca de la indumentaria o del carácter de los externos y sobre los acontecimientos de la noche precedente, expresándose con la confianza propia de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, debido a la cifra de sus respectivas pensiones. Aquellos seres, reunidos por la casualidad, estaban afectados de un mismo grado de apecho por parte de la patrona. Los dos huéspedes del segundo no pagaban más que setenta y dos francos al mes. Esta baratura, de la que sólo era una excepción la señora Couture, anunciaba que aquellos sujetos debían estar bajo el peso de desgracias más o menos aparentes. Asimismo, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de aquella casa repetíase en los trajes igualmente deteriorados de sus moradores. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había hecho problemático, calzado deteriorado, ropa blanca repasada y trajes que no tenían más que los brazos. Las mujeres, vestían paños sencillos y destididos, encajes remendados, guantes gastados por el uso, gorros siempre rojos y manteletas deshilachadas. Mas si las ropas eran así, en cambio los cuerpos mostraban contexturas sólidas y constituciones privilegiadas que habían resistido las tempestades de la vida, y caras frías, duras y gastadas como las de las monedas antiguas. Sin embargo, muchas llevaban armadas de ávidos dientes. Aquellos huéspedes hacían presentir dramas realizados o en acción, pero no dramas representados a la luz de las arañas entre bastidores, sino dramas positivos y mudos.

La solterona Michonneau tenía sobre sus cansados ojos una grañente visera de tafetán verde ribeteado de alambre. Su chal con fraldas negras parecía una alfombra, un esqueleto, tan angustiosa como las formas que tapaba. ¿Qué ácido había despojado a aquella criatura de sus formas femeninas? Debía haber sido bonita y bien formada; había sido el vicio, las penas a la avaricia? ¿Había amado demasiado o había traficado con el amor? ¿Expiaba los triunfos de una insolente juventud, anticipando a la vejez una desesperanza que ahuyentaba a los voluntariosos? Su descolorida mirada causaba frío, su esmirrado

rosto amenazaba, y tenía la voz chillona de la cigarra que canta en su maternal al acercarse el invierno. Decía que había estado al cuidado de un anciano enfermo, abandonado por sus hijos, que le creyeron sin recursos. Este anciano le había dejado mil francos de renta que periódicamente le disputaban los herederos, de cuyas columnas era víctima. Aunque el fuego de las pasiones hubiese estropeado su cara, veíanse en ella ciertos vestigios de un blanco y una finura en los tejidos, que permitían suponer que el cuerpo aun conservaba algunos restos de belleza.

El señor Pairet era algo así como mecánico. Viéndole deslizarse como una serpiente a lo largo de un paseo del jardín cubierto con una mala gorra, llevando en la mano su bastón con puño de marfil, dejando flotar los descoloridos faldones de su levita que apenas ocultaban un pantalón casi vacío, y mostrando su blanco chaleco sucio y su pechera planchada, que se unía imperfectamente a su corbata arrollada a su cuello de pavo, muchos se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía a la raza audaz de los hijos de Jafet, que ambulaban por el bulevar Italiano. ¿Qué trabajo podía haberle aveallado de aquel modo? ¿Qué pasión había alterado su bulbosa faz que, pintada en caricatura, hubiera parecido inverosímil? Que ¿qué había sido? Tal vez recaudador en las puertas de algún teatro o sub-inspector de salubridad. En fin, aquel hombre parecía haber sido uno de los asnos de nuestro molino social, algún eje sobre el cual habían girado los infortunios de las indecencias públicas; en una palabra, uno de esos hombres que nos hacen exclamar: "¡Solo puede servir para algo así!".

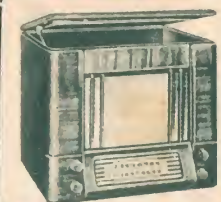
Dos figuras había allí que formaban un notable contraste con la mesa de los huéspedes y de los concurrentes asiduos. Aunque la señorita Victorina Taillefer tuviese una blancura enfermiza semejante a la de las muchachas cloróticas, y aunque participase del sufrimiento general que constituía el fondo de aquel cuadro, con su tristeza habitual, con su tímida actitud y sus aires pobres y raquíticos, sin embargo su cara no era vieja y sus movimientos y voz eran ágiles. Su pálida fisonomía, sus cabellos de un color rubio amarillento, su tallo demasiado delgado trasuntaban esa gracia que los poetas modernos encuentran en las estatuas de la Edad Media. Sus ojos grises, mezclados de negro, revelaban una dulzura y una resignación cristianas. Sus ropas sencillas cubrían formas jóvenes aun. Victorina resultaba benita por yuxtaposición: feliz, hubiera sido encantadora. Su historia podía dar tema para escribir un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, negábase a tenerla a su lado, le pasaba seiscientos francos anuales, y había desnaturalizado su fortuna a fin de poder legarla por entero a su hijo. Lejana pariente de la madre de Victorina, que había ido a morir desahogada a su casa, la señora Couture cuidaba de la huérfana como si fuese hija suya. Desgraciadamente, la viuda del comisario ordenador de los ejércitos de la República sólo poseía su viudedad y su pensión, y ya podía dejar algún día a aquella pobre muchacha sin experiencia y sin recursos a merced del mundo. Todos los domingos la pobre mujer llevaba a Victorina a misa y a confesar cada quince días, a fin de hacer de ella una muchacha piadosa. Tenía razón: los sentimientos religiosísimos eran un alivio para aquella muchacha abandonada que amaba a su padre, que se encaminaba todos los años a casa de éste para lograr el perdón de su madre,

pero que se acurrucaba todos los años a la puerta de la casa paterna, inexorablemente cerrada para ella. Su hermano, su único mediador, no había ido a verla ni una sola vez en cuatro años ni le enviaba socorro alguno, y ella, la pobre, rogaba a Dios que abriese los ojos a su padre y entreciese el corazón de su hermano. La señora Couture y la señora Vauquer no encontraban palabras bastante injuriosas para calificar tan bárbara conducta; pero cuando maldicían a aquel millonario infame, Victorina pronunciaba cariñosas palabras.

Eugenio de Rastignac tenía un rostro totalmente meridional, cutis blanco, cabellos negros y ojos azules. Sus maneras denotaban al hijo de una familia noble.

Entre estos dos personajes y los demás pensionistas, servía de transición Vautrin, el hombre de cuarenta años, con tenidas

patillas, que era uno de esos sujetos que hacen exclamar a la gente del pueblo: ¡Vaya un tipo! Poseía archas espaldas, busto desarrollado, músculos aparentes y manos gruesas, cuadradas y provistas en las falanges de abundante vello rojizo. Su cara, surcada por prematuras arrugas, ofrecía señales de dureza que desmentían sus insinuantes y corteses modales. Su voz de bajo, en armonía con su buen humor, resultaba agradable. Era muy servicial y muy risueño. Si alguna cerradura andaba mal, él la desmontaba en seguida, la aceitaba, la limaba, y la volvía a colocar diciendo: *Yo entiendo de esto*. Por otra parte, él era entendido en todo. Si alguno se quejaba demasiado, él le ofrecía inmediatamente sus servicios, y algunas veces le había prestado dinero a la señora Vauquer y a algunos pensionistas. La manera que tenía de escupir, anunciaba



Regio Combinado de Mesa, modelo 1946. Equipado con 8 válvulas, parlante superconiente, elegante mueble enchapado de gran presentación. Onda corta y larga de alcance mundial, ambas corrientes y todos los adelantos técnicos de la post-guerra.

Pida hoy mismo nuestro catálogo ilustrado, aprovechando las ofertas de venta-presentación.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS
UNIVERSAL

B.M.E. MITRE 2587

BUENOS AIRES

Señor Gerente de Grandes Establecimientos UNIVERSAL
Bartolomé Mitre 2587 — Buenos Aires

Ruego me envíe catálogo ilustrado y lista de precios confidencial.

Nombre

Dirección

Ciudad

Sobresito receptor de onda corta y larga, ambas corrientes, equipado con válvulas americanas de último diseño. Una manecilla tonal, a prueba de ruidos. Modelo 1946.



Precisamos agentes activos. Solicite condiciones y lista de precios para representantes.

ba una sangre fría imperturbable y una resolución poderosa y férrea. Como un juez severo, su mirada parecía penetrar el fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias y de todos los sentimientos. Sus costumbres eran éstas: salir después de almuerzo, volver a comer, escribir una vez haber comido y retirarse a las diez doce de la noche, entrando en la casa con un lavín que la señora Vauquer le había confiado. El era el único que gozaba de este favor; pero también hay que advertir que estaba con ella en la mejor inteligencia y que la llamaba mamá asiendo por el tallo. Un rasgo de su carácter consistía en pagar generosamente lo que le costaba al meterse por el café con aguardiente que tomaba después de comer. Gentes menos superficiales que aquellos jóvenes absorbidos por los torbellinos de la vida parisienne o que aquellos ancianos indiferentes a lo que no les tocaba directamente, no se habrían conformado con la dudosa impresión que les causaba la vida. Este sabía o adivinaba los asuntos de los que se ocupaban; mientras que nadie podía penetrar los suyos. Aunque él emplease su aparente honradez, su constante complacencia y su alegría, como una barrera entre los demás y él, muchas veces debía ver la profundidad azorrosa de su carácter. Frecuentemente, una salida digna de Juvenal, con la cual parecía complacerse en escarmentar las leyes, le enzotaba a la elevada sociedad y en acusarla de inconsecuencia consigo misma, debía hacer suponer que guardaba rencor al estado social, y que en el fondo de su vida existía algún misterio cuidadosamente oculto. Atráida, quizá sin saberlo, por la fuerza del uno o por la belleza del otro, la señora Tallfeur repetía sus visitas a las milicias y sus secretos pensamientos entre este cuarentañ y el joven estudiante; pero ni uno ni otro parecían pensar en ella. Por otra parte, ninguna de aquellas personas se tomaba el trabajo de examinar si las degracias de sus compañeros de pensión eran falsas o verdaderas. De todas aquellas almas desoladas, la más fría era la de la señora Vauquer, que reinaba en aquel hueco libre, y que consideraba como frondoso y ameno lugar aquel jardincito que el silencio y el frío, la humedad y la sequía, convertían en una estepa.

Entre los dieciocho huéspedes hallábase, como en los colegios y en el mundo, una pobre criatura rechazada, un *aufreletado*, sobre el cual pesaba la desgracia. Al principio de su segundo año, aquella figura pasó a ser, para Eugenio de Rastignac, la más relevante de todas aquellas en cuya compañía estaba condenado a vivir dos años más aun. Aquel hazmerreír era el antiguo fabricante de fideos, el padre Goriot, en el cual hubieran fijado sus miradas lo mismo un pintor que un historiador. ¡Por qué causas de tanta importancia, el antiguo huésped aquel rencoroso desprecio, aquella persecución mezclada de piedad y aquella falta de respeto a la desgracia? ¿Había dado lugar él a esta conducta con alguna de esas ridiculeces o extravagancias que castiga el mundo con más severidad que si fueran vicios?

El padre Goriot, anciano de sesenta y nueve años, había retirado en 1813 a la casa de la señora Vauquer, después de haber abandonado los negocios. Al principio tomara la habitación ocupada por la señora Couture, y pagaba mil doscientos francos de pensión; como hombre para quien cinco lises más o menos resultaban una bagatela. La señora Vauquer había arreglado los tres cuartos de aquella habitación mediante una indemnización pre-

via, que sirvió para pagar el valor de un mal mobiliario compuesto de cortinas, de algodón amarillo, sofás de madera barnizada cubiertos de terciopelo de Utrecht, algunas pinturas y papeles que no había sido admitido a las tabernas del barrio. La indiferente generosidad que adoptó en dejarse atrapar el padre Goriot, que por aquella época era llamado respetuosamente el señor Goriot, contribuyó tal vez a que le considerasen como un imbécil que no entendía los negocios. Goriot llegó muy bien trajeado, llevando el repelejo usual del negociante que no se priva de nada al retirarse del comercio. La señora Vauquer había admirado dieciocho canisnas de Holanda, cuya finura hacían resaltar más dos ricos bolones de oro provistos de sendos diamantes que llevaba en la pechera. Vestido habitualmente con levita azul, todos los días se ponía un chaleco de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su vientre generoso y prominente, que sostenía una gruesa cadena de oro llena de dije. Su cigarrera, de oro también, contenía un medallón lleno de cabellos, que le hacían culpable, en apariencia, de felices conquistas. Cuando su patrona le acusó de gaiteador, el padre Goriot dejó aflojar a sus labios la alegre sonrisa del hombre cuyo flaco se ha halagado. Sus armarios estaban repletos de platos de plata de la casa. Los ojos de la viuda chispearon de codicia cuando complacientemente le ayudó a desembalar los cucharones, las cucharas, los cubiertos, los platos, las bandejas de plata sobredorada y otra porción de piezas más o menos bellas, de las cuales no quería deshacerse. Aquellos regalos le recordaban la solemnidad de su vida doméstica. Los ojos de la señora Vauquer mostrándole un plato y una escudilla de plata, cuya tapa representaba dos tortolitos besándose—, esto es el primer regalo que me hizo mi esposa el día del aniversario de nuestro casamiento. ¡Pobrecilla!, gastó en ellos todas sus economías de soltera. ¿Ve usted, señora?, preferiría morir de hambre antes que separarme de este objeto de mis ideas, creo que podré tomar mi café toda mi vida en esta escudilla, pues espero que no ha de faltarme nada para el resto de mis días.

Finalmente, la señora Vauquer había visto algunos pliegos de papel del Estado, que hacían suponer que aquel excelente Goriot debía tener de ocho a diez mil francos de renta. Desde aquel día se le confiaron de Vauquer, que a la sazón tenía cuarenta y ocho años efectivos, pero que sólo confesaba treinta y nueve, empezó a formar sus planes. Aunque el lagrimal de los ojos de Goriot estuviese inflamado, lo cual le obligaba a enjugárselo bastante a menudo, su patrona comenzó a hallarlo agradable y digno de ser perseguido. Este, sin embargo, se sentía pavorrífico ante su como su nariz grande y cuadrada, pronosticaban cualidades morales que agradaban a la viuda, y que confirmaban la bondad e infelicidad del señor Goriot, el cual debía ser un animal sólido—mente constituido, incapaz de gastar en sentimiento todo su ingenio. Aunque un poco palturo, el viudo iba siempre tan bien vestido como ricamente el rapé y estaba tan seguro de que nunca le faltaría nada, que el día que se instaló en la casa de la señora Vauquer, ésta acostóse acariciando y proyectando la idea de dejar el sudario Vauquer para renacer Goriot. Casarse, vender su casa de pensión, dar el brazo a aquella flor de la burguesía, llegar a ser una dama notable de sus modas, he aquí lo que fue objeto de sus medita-

ciones. La señora Vauquer no había confesado a nadie que poseía cuarenta mil francos amontonados centavo a centavo, y desde el punto de vista de la fortuna, se consideró un partido aceptable. «Por lo demás, yo valgo tanto como él», se dijo dando una vuelta en la cama, como para demostrarse a sí misma los encantos que la gruesa Silvia encontraba moldeados todas las mañanas en el colchón. Desde aquel día, durante tres meses, la viuda Vauquer hizo algunos gastos en su tocado. Trabajó mucho para cambiar de peinados, resaltando la pretensión de no aceptar en lo sucesivo más que gentes distinguidas por todos conceptos. Si algún extraño se presentaba, ella hacía presente la preferencia que le había concedido el señor Goriot, uno de los negociantes más notables y más respetables de París. Distribuyó prospectos, a la cabeza de los cuales leíase: Casa Vauquer. Estos anuncios le trajeron a la señora condesa de Ambermesnil, mujer de treinta y seis años que esperaba el final de una liquidación para cobrar una pensión a que tenía derecho como viuda de un general muerto en los campos de batalla. La señora Vauquer esmeróse en la mesa, prendió fuego en los salotes por espacio de seis meses, y cumplió tan bien con las obligaciones que tuvo que gastar más de lo que ganaba. Así se concibe que la condesa dijese a la señora Vauquer, llamándola querida amiga, que le traería a la baronesa de Vauverland y a la viuda del coronel conde de Piquoiseau, dos amigas suyas que acababan el plazo que tenían pagado en el Marais en una posada mucho más cara que la de la señora Vauquer. Por su parte, aquellas damas estarían en muy buena posición cuando las oficinas del Ministerio de Guerra terminasen su trabajo, en cuyas dependencias, según decía la condesa, se daban poca prisa para el despacho de asuntos de la índole del suyo. Después de comer, las dos viudas subían al cuarto de la señora Vauquer, allí pasaban y puto charlando, bebiendo café, comiendo golosinas reservadas para la boca de la patrona. La señora de Ambermesnil aprobó los proyectos de la posadera respecto al padre Goriot, proyectos excelentes que ella había adivinado desde el primer día.

—¡Ah! querida mía, es un hombre sano como una manzana —le decía la señora Vauquer la condesa—, un hombre perfectamente conservado.

La condesa hizo generosas observaciones a la señora Vauquer acerca de su indumentaria, que no estaba en armonía con sus pretensiones.

—Tiene que ponerse en pic de guerra —le dijo.

Después de muchos cálculos, las dos viudas salieron juntas hasta el Palais-Royal, comprando allí un sombrero con plumas y una capota. La condesa arrastró a su amiga al almacén de la Petite-Jeanette, donde eligieron un traje y un chal. Cuando estas municiones fueron empleadas y la viuda estuvo sobre las armas, encontráronse tan favorecida con su nueva indumentaria, que se juzgó obligada a la condesa, y, aunque era poco dadivosa, le regaló que accediera a una oferta de vestidos franceses. A decir verdad, la posadera contaba con ella para que secase a Goriot y le inculcase la idea de hacerle la corte. La señora de Ambermesnil prestóse gustosa a este manejo y cercó al antiguo fabricante de fideos, logrando tener con él una conferencia; mas después de haberle encontrado púdico, por no decir efrafrata a las tentativas que le dirigiera su deseo particular de seducirle por cuenta

acecho y sorprendieron algunas palabras tiernamente pronunciadas durante la visita, que duró algún tiempo. Cuando el señor Goriot salió a acompañar a la dama, la gruesa Silvia tomó inmediatamente su canasto y fingió ir al mercado para seguir a la pareja amorosa.

—Señor Goriot al volver, a su patrona—, muy rico debe ser el señor Goriot para permitirse ese lujo. Figúrese que le estaba esperando un magnífico coche en la esquina.

Durante la comida, la señora Vaquer fue a correr una cortina para impedir que el sol molestase a Goriot, cuyos rayos le daban en la cara.

—Señor Goriot, el sol lo busca, y ya se conoce que usted es amado por las bellas—, le dijo, haciendo alusión a la visita que acababa terminado.

—Es mi hija—, dijo Goriot, con una especie de orgullo en el que los demás pensionistas quisieron ver la fatuidad del anciano que guarda las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que había ido a verle la primera vez en traje de mañana, fue, después de comer, vestida como para ir de visita. Los huéspedes, ocupados en charlar en el salón, pudieron ver a una bonita rubia, esbelta y elegante y demasiado distinguida para ser hija del padre Goriot.

—¿Y, van des—, dijo la gruesa Silvia, que no la reconoció.

—Algunos días después, otra joven bien formada, alta, morena, de negros cabellos y ojos vivos preguntó por el señor Goriot.

—¿Y van tres!— exclamó Silvia.

Esta segunda muchacha, que había ido también a ver a su padre por la mañana, volvió algunos días después por la noche en traje de baile y en carruaje.

—¿Y van cuatro!— dijeron al unisono la señora Vaquer y la gruesa Silvia, que no vieron en aquella gran dama ningún vestigio de la joven vestida con sencillez la mañana en que había hecho su primera visita.

Goriot aun pagaba mil doscientos francos de pensión; la señora Vaquer encontró muy natural que un hombre rico tuviese cuatro o cinco amantes y las hiciese pasar por hijas, y no se formalizó ni se enojó porque las llevase a la casa Vaquer. Únicamente que como aquellas visitas le explicaban la indiferencia de su huésped respecto a ella, a principios del segundo año permitísele llamar a la puerta. Por la mañana cuando acabó de desahogar los novecientos francos, le preguntó muy insolentemente al ver bajar de su cuarto a una de aquellas damas, qué se figuraba que era su casa. El padre Goriot le respondió que aquella dama era su hija mayor.

—¿Tiene usted, por ventura, treinta y seis hijas?— le dijo con acritud la señora Vaquer.

—No tengo más que dos— replicó el padre Goriot.

A últimos del tercer año, el padre Goriot redujo aún más sus gastos, traslució al tercer año, pagando cuarenta y cinco francos al mes, privóse del tabaco y despidió al peluquero, dejando de empolvase los cabellos. Cuando el padre Goriot apareció por vez primera sin estar empolvado, su patrona dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver el color gris verdo de su pelo. La fisonomía del anciano, que se había vuelto más triste a causa de tristes pesares, parecía la más desolada de todas las que rodeaban la mesa. Entonces ya no hubo duda. El padre Goriot era un viejo verde, cuyos ojos sólo habían sabido preservar de la melancolía influencia en invierno que existía por sus enfermedades, merced a la habilidad de un médico. El color desagradable de sus cabellos provenía de sus excesos y de los remedios que había tomado para continuarlos. El estado físico y moral del buen hombre daba razón a estos desatinos. Cuando su ajuar estuvo gastado, compró tela barata de algodón para reemplazar su hermosa ropa blanca. Sus diamantes, cadena, cigarrera de oro y sus joyas fueron desapareciendo una a una, y ahora llevaba el mismo color marrón, un chaleco de piel de cubra y un pantalón gris. Progressivamente había ido adelgazando; sus pantalones habían desaparecido; su cara arrugóse desmesuradamente, su frente se llenó de pliegues, y sus mandíbulas comenzaron a dibujarse. Durante el cuarto año de su instalación en la calle Nueva de Santa Genoveva, ya no parecía el mismo. El buen fabricante de fideos, antes bien plantado y rozagante, parecía ahora alelado, vacilante y amarillento. Sus animados ojos azules se empañaron, palidecieron, y su rubio pelo se tornó rojo como el rubí, como el sangre. Una noche, después de cenar, como la señora Vaquer preguntara de una manera burlesca: "¿Cómo, ¿ya no vienen a verle sus hijas?", el padre Goriot se estremeció, y le respondió con conmovida voz:

—Sí, a veces viene.

—¿Ahí, ¡ah!, ¿conque las ve aún a veces?— exclamaron los estudiantes.— ¡Bravo!, ¡bravo, padre Goriot!

Pero el señor no oyó las bromas que motivó su respuesta,

pues había caído en un estado meditabundo que los que le observaban superficialmente tomaron por embotamiento senil.

Respecto a las mujeres que decía que eran sus hijas, todo el mundo participaba de la opinión de la señora Vaquer, la cual decía:

—Si el padre Goriot tuviese hijas tan ricas como parecen serlo las que vienen a verle, no estaría en mi casa en el tercer piso pagando cuarenta y cinco francos al mes y no iría vestido tan pobremente.

Nada podía desmentir estas deducciones; así que al finalizar el mes de noviembre de 1819, momento en que estalló este drama, todos los pensionistas tenían formado concepto acerca del pobre anciano: nunca había tenido mujer ni hijas, y el abuso de los placeres lo había llevado al estado en que se hallaba. Poré, al lado de Goriot, era un águila, un elegante. Tal vez hablaba, razonaba, respondía y aunque al hablar, razonar y responder no dijese nada— pues tenía la costumbre de repetir en otros términos lo que los demás decían—, al menos contribuía a la conversación.

Eugenio de Rastignac había vuelto en una disposición de ánimo totalmente distinta. Durante el primer año de su permanencia en París, el poco trabajo que exigen los primeros exámenes en la facultad le había dejado tiempo para gustar las delicias del París material. Eugenio había sufrido ya este aprendizaje cuando se fué de vacaciones, ya hecho bachiller en letras y en ciencias. Sus ilusiones de la infancia y sus ideas de provincia habían desaparecido. Su inteligencia modificada y su ambición exaltada le hicieron ver con precisión el ambiente del hogar paterno, el seno de la familia. Sus padres, sus dos hermanos y una tía, cuya fortuna consistía en pensiones, vivían en la pequeña tierra de Rastignac. Esta propiedad, que producía aproximadamente una renta de tres mil francos, estaba sometida a la incertidumbre que rige al producto industrial de la vida, y, sin embargo, de ella tenían que sacar todos los años mil doscientos francos para él. El aspecto de aquella constante angustia que le ocultaban generosamente, el porvenir inseguro de aquella numerosa familia que confiaba en él, excitaban su deseo de progresar y le dieron sed de distinciones. Como todas las almas grandes, quiso deberlo todo a su propio mérito; pero su espíritu era eminentemente meridional, y en la realización, sus determinaciones tenían que ser víctimas de esas dudas que se apoderan de los jóvenes cuando se hallan en plena mar sin saber a dónde dirigir sus fuerzas, ni hacia qué punto examinar sus pasos. Si en un principio se esforzase de llevar a cabo, conduciendo más tarde por la necesidad de erasarse relaciones, notó a gran influencia que tienen todas las mujeres en la vida social y decidió lanzarse de pronto al mundo a fin de conquistar protectoras en él. Su tía, la señora de Marcella, había frecuentado la corte y trabara relaciones con las eminencias aristocráticas. El ambicioso joven la interrogó acerca de los lazos de parentesco que podían reanudarle aún. Después de haber escurridado las ramas del árbol genealógico, la anciana dama le indicó que de todas las personas comprendidas entre el número de los parientes ricos y egoístas que podrían servir a su brino, la vizcondesa de Beausant sería la menos recalcitrante. En consecuencia, le escribió una carta y se la entregó a Eugenio, diciéndole que si la vizcondesa lo acogía bien, ella misma le iría presentando a otros parientes. Algunos días después de su llegada, Rastignac envió la carta de su tía a la vizcondesa de Beausant y ésta le respondió remitiéndole una invitación de baile para el siguiente día.

Tal era la situación general de la casa de pensión a fines de noviembre de 1819. Algunos días más tarde, Eugenio, después de haber asistido al baile de la vizcondesa, se retiró a las dos de la madrugada, y a fin de ganar el tiempo, perdido, el valeroso estudiante, al mismo tiempo que bailaba, prometiase trabajar hasta el amanecer. Eugenio permaneció pensativo algunos momentos antes de sumirse en sus libros de derecho: acababa de reconocer en la vizcondesa de Beausant a una de las reinas de la moda de París, cuya casa pasaba por ser una de las más agradables del arrabal Saint-Genève. Aquella dama era una de las eminencias del mundo aristocrático, que el pobre estudiante, merced a su tía Marcella, había sido recibido en aquella casa sin reconocer la extensión de tal favor. Ser recibido en aquellos dorados salones equivalía a un privilegio de nobleza, y al frecuentar aquella sociedad, la más exclusiva de todas, Rastignac había conquistado el derecho de concurrir a todas partes. Deslumbrado por aquella asamblea brillante y después de haber cambiado apenas algunas palabras con la vizcondesa, Eugenio había contentado con observar a una de esas mujeres que debe adorar primero un joven. La condesa Anastasia de Restaud, alta y bien formada, gozaba fama de poseer uno de los cuerpos mejor

**¡UNA HISTORIA
DE PASION Y DE MUERTE!**

"EL ARCHIPIELAGO DE LAS SIRENAS"

de W. SOMERSET MAUGHAM

podrá ser gustado por los
lectores de

LEOPLÁN

en su próximo número

RECUERDELO...

EL 16 DEL ACTUAL

DIARIO DE LA MAÑANA

Clarín

deportivo

el sensacional éxito periodístico, el más rotundo acierto en materia de información deportiva,

Afirma su triunfo extraordinario y se agota en las primeras horas de la mañana de los lunes.

Síntesis magnífica de un esfuerzo sin precedentes, destinado a servir a inmensos sectores de público en su justificado afán de disponer el lunes —a pocas horas de la vibrante jornada de la víspera— de la más amplia, acabada y minuciosa visión del panorama de todos los deportes, CLARIN DEPORTIVO ha batido todos los records de difusión.

Los lectores deben reservar con tiempo su ejemplar: a las 10 de la mañana del lunes, CLARIN está virtualmente agotado en los cuatro puntos cardinales de Buenos Aires y de sus alrededores. La demanda creciente de CLARIN DEPORTIVO exige tiradas excepcionales, que acusen curvas ascendentes que no se detienen. No obstante, CLARIN DEPORTIVO SE AGOTA.



Es la más elocuente y definitiva consagración de su éxito

RESERVE SU EJEMPLAR

proporcionados de París. Tenía unos ojos grandes y negros, unas manos magníficas, un pie chiquito y mucha viveza en los movimientos: tal era la mujer apellidada por el marqués de Ronquerolles: *Yegua de pura sangre*. Esta finura de nervios no le restaba ningún mérito: la condesa tenía las formas llenas y redondas sin que pudiese por eso ser acusada de gordura. Para Rastignac, la condesa Anastasia de Restaud fué la mujer deseada. Había logrado inscribirse para dos bailes en la lista de los caballeros anotada en el abanico y pudo hablarle durante la primera contradanza.

—Señora, ¿dónde hallaré a usted en lo sucesivo? —le había preguntado bruscamente con ese fuego pasional que tanto complace a las mujeres.

—En el Bosque, en los Bufones, en mi casa, en todas partes —le respondió ella.

Y el aventurero meridional habíase apresurado a trabar amistad con aquella deliciosa condesa dentro de la amistad que cabe trabar con una mujer durante una contradanza y un vals. Al decir que era primo de la vizcondesa de Beauseant, fué invitado a ir a su casa por aquella mujer, a quien él tomó por una gran dama. Por la última sonrisa que la condesa le dirigió, Rastignac creyó necesaria su visita. El estudiante había tenido la dicha de hallar un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal de que adolecían los imperitinentes de la época, que gozaban allí de la gloria de sus fatuidades en medio de las mujeres más elegantes. Afortunadamente, pues, el sencillo estudiante cayó en manos del marqués de Montriveau, el amante de la duquesa de Langeais, un general sencillo como un niño, el cual le comunicó que la condesa de Restaud vivía en la calle del Helder. ¡Ser joven, tener sed de mundo y hambre de mujeres, y ver que se le abren a uno dos cosas! ¡Poner los pies en el arrabal de Saint-Germain, en casa de la vizcondesa de Beauseant y la rodilla en la calzada de Antin, en casa de la condesa de Restaud! ¡Sumir una mirada en los salones de París y creerse bastante apuesto para encontrar en ellos ayuda y protección en un corazón de mujer! Su distraído pensamiento saboreaba con tal delicia los gozos futuros, que ya se creía al lado de la señora de Restaud, cuando un suspiro semejante a un ¡ch!, turbó el silencio de la noche. Eugenio abrió con cuidado la puerta, y cuando estuvo en el corredor, vio una línea de luz trazada en la parte baja de la puerta de la pieza del padre Goriot. Eugenio temió que su vecino estuviese indispuerto, y mirando por el agujero de la cerradura, vio al anciano ocupado en labores que le parecían demasiado criminales para no creyese prestar un servicio a la humanidad examinando lo que el fabricante de fideos maquinaba nocturnamente. El padre Goriot, que había estado a la pata de una mesa tumbada un plato y una sopera de plata, arrollaba una soga en torno de estos objetos, ricamente esculpidos, apretándolos con tanta fuerza, que indudablemente los retorcia para convertirlos en lingotes.

—¡Diablos!, ¡qué hombre! —se dijo Rastignac al ver los nervudos brazos del anciano—. ¿Por qué con ayuda de aquella cuerda amasaba sin ruido, cual si fuese una pasta, la dorada plata? —¿Será acaso un ladrón o un encubridor que, para entregarse con más seguridad a su comercio, finja estupidez e impotencia y viva mendigando? —se preguntó Eugenio irguiéndose.

De nuevo aplicó el ojo al agujero de la cerradura, y vio que el padre Goriot tomaba la masa de plata y la enrollaba para convertirla en barras, operación que realizó con una rapidez asombrosa.

—¿Tendrá acaso tanta fuerza como el rey Augusto de Polonia? —se dijo Eugenio cuando vio eso.

El padre Goriot miró su obra con aire triste; algunas lágrimas brotaron de sus ojos; apagó la lámpara y se acostó lanzando un suspiro.

—¡Está loco! —pensó Eugenio.

—¡Pobre hija mía! —exclamó en voz alta el padre Goriot. Al oír estas palabras, Rastignac juzgó prudente guardar silencio acerca de lo que viera y no condenar desconsideradamente a su vecino. Ya iba el joven a retornar a su cuarto, cuando oyó de pronto un ruido bastante difícil de expresar y que debió ser producido por hombres que subían la escalera calzados con escaupines. Puso atención y reconoció en efecto el sonido alternativo de la respiración de dos hombres. Sin haber oído el chirrido de la puerta ni los pasos de los dos hombres, Eugenio de pronto vio un débil resplandor en el segundo piso, en la pieza del señor Vautrin.

—¡Vaya unos misterios que encierra una casa de pensión! —se dijo al mismo tiempo que se bajaba a su cuarto. Después se puso a escuchar y percibió el sonido del oro.

La luz no tardó en ser apagada, las dos respiraciones volvieron a oírse en seguida sin que la puerta hubiese chillado, y luego, a medida que los dos hombres descendían, el ruido fué debilitándose.

—¿Quién está ahí? —gritó la señora Vauquer abriendo la ventana de su cuarto.

—Soy yo, ya vengo de retirada, señora Vauquer —dijo Vautrin con su gruesa voz.

—¡Es raro! Cristóbal ya había echado los cerrojos —se dijo Eugenio, entrando en su cuarto.

En París, para saber lo que pasa en torno de uno, es necesario velar.

Desviado por estos pequeños acontecimientos de su meditación ambiciosamente amorosa, Eugenio se puso a trabajar. Distruido aún por las sospechas que el padre Goriot le inspiraba y más distraído aún por la figura de la señora de Restaud, que se le aparecía de cuando en cuando como la mensajera de un destino brillante, el estudiante terminó por acostarse y dormir a pierna suelta.

A la mañana siguiente cubría a París una de esas espesas nieblas que ocultan de tal modo la claridad, que las gentes más puntuales se engañan respecto a la hora. Casi todo el mundo falta a las citas que se dieron, pues cuando uno cree que son las ocho, oye dar las doce. Eran las nueve y media, y la señora Vauquer aún no se había movido de la cama; Cristóbal y la gruesa Silvia, retrásada también, tomaban tranquilamente su café, preparado con la nata de la leche destinada a los pensionistas.

—Silvia —dijo Cristóbal mojando la primera tostada—, el señor Vautrin, que es un buen hombre, esta noche regresó con otras dos personas. Para que la señora no se inquiete, es necesario que usted no le diga nada.

—¿Le dio algo a usted?

—Me dio los cinco francos de cada mes, que es como decirme que me calle.

—Salvo él y la señora Couture, que no son tacaños, los demás quisieran sacarnos con la mano izquierda el aguinaldo que nos dan con la derecha el día de Navidad —dijo Silvia.

—¡Y vaya aguinaldo que dan! —dijo Cristóbal—, una sola moneda, y de cinco francos. El padre Goriot hace ya dos años que se limpia las botas él mismo. Ese avaro Poiret se pasa sin betún. Respecto al estudiantillo, me da dos francos, con lo cual no tengo ni para cepillos, y además de esto, vende la ropa vieja. ¡Qué barraca de gigantes!

—¡Bah! —dijo Silvia, sorbiendo poco a poco el café—, nuestras colocaciones aun son las mejores del barrio; aquí se está bien. Pero a propósito de papá Vautrin, Cristóbal, ¿no le dijo a usted algo alguna vez?

—Sí, hace algunos días encontré a un señor en la calle que me dijo: "¿No se hospeda en su casa un señor grueso que se tiñe las patillas?" Y yo le respondí: "No, señor, no se las tiñe, porque un hombre alegre como él no tiene tiempo para hacerlo." Yo se lo conté al señor Vautrin, y él me dijo: "Hístele bien, hijo mío, y siempre debes responder lo mismo. Nada es más desagradable que dejar que conozcan nuestras debilidades, lo cual puede estropear alguna buena boda".

—Pues bien, también a mí quisieron embaucarme en el mercado para que dijese si le veía ponerse la camisa... ¡Díabolo!

—dijo interrumpiéndose—, ya dan las diez menos cuarto en Val-de-Grâce y nadie se mueve.

—¡Oh!, es que salieron. La señora Couture y la joven se fueron a las ocho a San Esteban a comerse el buen Dios; el padre Goriot salió con un paquete. El estudiante no vendrá hasta eso de las diez, después de la clase. Yo los vi salir a todos mientras barría la escalera. Por cierto que el padre Goriot me dio un golpe con lo que llevaba, que era duro como el hierro. ¿Qué diablos hará ese buen hombre? Los demás lo manejan como a una pelota, pero de todos modos es un buen hombre que vale más que todos juntos. No da gran cosa; pero las señoras a cuya casa me envía, a veces me largan magníficas propinas, ¡y que gastan lujo de verdad!

—¿Las que él llama sus hijas? Lo menos deben ser una docena.

—Yo no fui más que a casa de dos, que son las mismas que vinieron aquí.

—Ya se mueve la señora: tendré que ir a ayudarle a vestirse. Cristóbal, tenga cuidado de que el gato no se tome la leche.

Silvia subió a la habitación de su patrona.

—¿Cómo, Silvia!, son las diez menos cuarto; usted me dejó dormir como una marmota. Nunca me pasó cosa igual.

—Es la niebla, señora, que se puede cortar con un cuchillo.

—¿Y el almuerzo?

—¡Bah!, los huéspedes se han ido muy temprano.

—Silvia, es raro, ¿cómo habrá entrado el señor Vautrin después de haber echado Cristóbal los cerrojos?

—Usted se equivoca, señora; es que Cristóbal lo oyó y bajó a abrirle.

—Bueno, dame mi blusa y vete a preparar el almuerzo.



COLONIA
BRANCATO
El perfume
de moda

FABRICA

Homedes y Matilla

PRESENTA

SUS
MODELOS

Art. 221. Pantufla Panina, suela de goma, en cinco colores; la misma en suela.

Art. 124. Pantufla de cuero, suela de goma, cinco colores; la misma en suela.

Un producto de
HOMEDES y MATILLA

Representante en Tucumán: Calandón "Bostov" Maipú 137

Art. 116. Chinela de cuero, tacón pinet, en cinco colores.

Ventas al por mayor en la capital y pedidos al interior, dirigirse directamente a sus fabricantes.

OLAVARRIA 1921 - U. T. 21-2347 - Bs. As.

Arregla el resto del cordero con patatas y pon a cocer peras de las baratas.

Momentos después, la señora Vauquer bajó al preciso instante en que su gato tiraba de un zapazo el plato que cubría una taza con leche y disponiase a beberla.

—¡Mistigris! —exclamó la patrona.

El gato se escapó y luego volvió a acercarse a su ama.

—Si, sí, ven con monerías, granuja, ¡Silvia! ¡Silvia! —gritó.

—¿Qué hay, señora?

—Míre lo que se bebió el gato.

—Tiene la culpa ese zopenco de Cristóbal, que le dije que tuviese cuidado. ¡Oh!, no se apure, señora, es el café del padre Goriot. Como el pobre hombre no hace caso de nada, ni aun de lo que come, le pondré agua y no lo notará.

—¿Adónde fue ese chino? —dijo la señora Vauquer.

—¿Quién lo sabe, si se trae unos manojos del demonio?

—He dormido demasiado —dijo la señora Vauquer.

—Pero está usted fresca como una rosa. En ese momento sonó la campanilla y Vautrin entró en el comedor cantando, con su voz profunda, una canción picaresca.

—Oh!, ¡oh!, buenos días, señora Vauquer —dijo advirtiéndole la presencia de la patrona y tomándola en sus brazos.

—Vamos, hombre. —Diga usted impertinente —repuso él;— vamos, dígame. Mire, voy a poner mi cubierto al lado del suyo. ¿Verdad que soy muy amable?... Acabo de ver una cosa muy curiosa.

—¿Qué? —dijo la viuda.

—El padre Goriot, a las ocho y media estaba en la calle de la Delfina en casa del platero que compra galones y cubiertos viejos. Le vendió por una buena suma un objeto de plata sobredorada todo enrollado.

—¿De veras?

—Yo regresaba de acompañar a un amigo y esperé al padre Goriot para ver lo que hacía. Es para morirse de risa. El padre Goriot subió a este barrio, a la calle de los Grés, y entró en la casa de un conocido usurero llamado Gobeck, un pillastre capaz de hacer dominós con los huesos de su padre.

—¿Verdadero, ¿qué hace con tales manojos ese padre Goriot?

—No hace nada —repuso Vautrin—, deshace. Es un imbécil bastante tonto para arruinarse por las mujeres.

—Ya está ahí —dijo Silvia.

—Cristóbal —gritó el padre Goriot—, sube conmigo.

Cristóbal siguió al padre Goriot y al poco rato bajó.

—¿Adónde vas? —preguntó a su criado la señora Vauquer.

—A hacer un encargo para el señor Goriot.

—¿Qué es eso? —dijo Vautrin arrancando de las manos de Cristóbal una carta en la cual leyó: "A la señora condesa Anastasia de Restaud". Y ¿adónde vas? —repuso devolviéndole la carta a Cristóbal.

—A la calle de Helder, y tengo orden de no entregar esta carta más que a la señora condesa.

—¿Qué lleva dentro? —dijo Vautrin poniendo la carta al trasluz. Un billete de banco, ¿no?

—Después, entreabriendo el sobre, exclamó:

—¡Diabli! ¡Una letra pagada! Es galan-

te el viejo. Anda, anda, corre, que te darán una buena propina.

La mesa estaba puesta y Silvia hervía la leche. La señora Vauquer prendía la estufa con ayuda de Vautrin, que tarareaba una canción. Cuando todo estuvo dispuesto, llegaron la señora Couture y la señorita Taillefer.

—¿De dónde viene tan de mañana, hermosa mía? —preguntó la señora Vauquer a la señora Couture.

—De San Fieban, de hacer nuestras devociones, porque tenemos que ir hoy a casa del señor Taillefer. ¡Pobrecilla!, tiembla como una hoja —repuso la señora Couture sentándose ante la estufa y acercando a la boca de la misma los zapatos, que comenzaron a humear.

—¿Por qué no se calienta también usted, Victorina? —dijo la señora Vauquer.

—Señorita, no está mal que le ruegue a Dios para que abandone a su padre —dijo Vautrin presentando una silla a la huérfana—; pero eso no basta. Necesitaria un amigo que se encargue de decirle cuatro frescas a ese salvaje que, según dicen, tiene tres millones y que, sin embargo, se niega a darle, todo. En los tiempos que corremos, una muchacha bonita necesita dote. —¡Pobre chica! —dijo la señora Vauquer.

—Pero debe usted, que el monstruo de su padre se está atrayendo la desgracia. Al oír estas palabras, los ojos de Victorina humedecieron y la viuda se detuvo ante una señal que le hizo la señora Couture.

—Si pudiésemos verle, si yo pudiese hablarle y entregarle la última carta de su esposo —repuso la viuda del comisario ordenador—. Nunca he querido arriesgar a mandarla por el correo, porque conoce mi letra...

—¡Oh, mujeres inocentes, desgraciadas y perseguidas! —exclamó Vautrin interrumpiéndola—: ya ven ustedes cómo se hallan. Dentro de algunos días me ocuparé de sus asuntos y todo marchará bien.

—Oh, señor —dijo Victorina a Vautrin dirigiéndole una ardiente mirada—, si usted conoce algún medio de hablar a mi padre, dígame que su cariño y el honor de mi madre me interesan más que todas las riquezas del mundo. Si lograse culmar su rigor, yo rogaria por usted toda mi vida y se lo agradecería eternamente.

Vautrin comenzó a torcer una canción con voz irónica, y en aquel momento asintieron bajaron Goriot-Poirt y la señorita Michonneau, atraídos sin duda por el olor del gusano que preparaba Silvia con los restos del cordero.

En el momento en que los siete huéspedes se sentaban a la mesa daban las diez, y se oían en la calle los pasos del estudiante.

—¡Ah!, muy bien, señorito Eugenio —dijo Silvia—, hoy amorzará usted con todo el mundo.

El estudiante se sentó al lado del padre Goriot.

—Acaba de ocurrirme una aventura singular —dijo Eugenio sirviéndose cordero en abundancia y cortándose un pedacito de pan que era masticado siempre con la vista por la señora Vauquer.

—¿Una aventura? —exclamó Poirt.

—¿De qué se asombra usted, majadero? —repuso Vautrin a Poirt—. El señor es bastante apuesto para tener aventuras.

La señorita Taillefer dirigió una tímida mirada al estudiante.

—Buena, cuéntenos la aventura —pidió la señora Vauquer.

—Ayer estaba en el baile de la viz-

condesa de Beauseant, que es prima mía, y nos dió una fiesta magnífica donde me divertí como un rey...

—¡Echilo —dijo Vautrin interrumpiéndole.

—Caballero —repuso vivamente Eugenio—, ¿qué quiere usted decir?...

—Digo Echilo porque los reyecillos se divierten más que los reyes.

—Es verdad, preferiría ser pajarito sin cuidados que rey, porque... —dijo Poirt.

—En fin —repuso el estudiante cortándole la frase—, baile con una de las mujeres más hermosas del baile, una condesa encantadora, la criatura más deliciosa que he visto en mi vida. Pues bien, esta mañana, a las nueve, encontré a aquella divina condesa a pie por la calle de los Grés. ¡Oh!, el corazón me latió. Yo me figuraba...

—¿Qué venía aquí? —dijo Vautrin lanzando una profunda mirada al estudiante—. Sin duda iba a casa de papá Gobeck, el usurero. Si escudriñásemos el corazón de las mujeres en París, siempre encontraríamos en él al usurero antes que al amante. La condesa que usted dice, se llama Anastasia de Restaud, y vive en la calle de Helder.

Al oír este nombre, el estudiante miró fijamente a Vautrin. El padre Goriot irguió bruscamente la cabeza y fijó en los dos interlocutores una mirada luminosa y llena de inquietud que sorprendió a los pensionistas.

—Cristóbal llegará demasiado tarde! ¡Ella ya había ido! —exclamó dolorosamente el padre Goriot.

—He adivinado —dijo Vautrin hablando al oído a la señora Vauquer.

El padre Goriot como maquinalemente sin saber lo qué. Jamás había parecido tan estúpido ni tan distraído como en aquel instante.

—¿Quién diabli pudo decirle su nombre, señor Vautrin? —le preguntó Eugenio.

—¡Ah!, ¡ah!, amigo mío —respondió Vautrin—, ¿Por qué no he de saberlo yo, sabiéndolo el padre Goriot?

—Señor Goriot! —exclamó el estudiante.

—¿Qué? —dijo el pobre anciano—, ¿estaba muy linda ayer!

—¿Quién?

—La señora Restaud.

—Mire cómo se le encandilan los ojos al viejo verde —dijo la señora Vauquer a Vautrin.

—La mantendrá, por ventura él? —preguntó en voz baja la señorita Michonneau al estudiante.

—¡Oh!, sí, estaba encantadora —repuso Eugenio, a quien el padre Goriot miraba ávidamente—. Si la vizcondesa de Beauseant no hubiese estado allí, mi divina condesa hubiera sido la reina del baile. Los jóvenes solo tenían ojos para ella, que bailaba todas las contradanzas; yo estaba inscrito en su lista con el número 12...

—Ayer, en lo más alto de la sociedad, en casa de una duquesa —dijo Vautrin—; esta mañana sumida en lo más bajo, en casa de un prestamista. He aquí a las parisenses. Si sus maridos no pueden sostener su desenfrenado lujo, se venden, y si no saben venderse, desbarban a sus madres para arrancárselas algo con que brillar. Conozco, conozco todo eso.

La cara del padre Goriot, que se había iluminado al oír al estudiante, se tornó sombría ante la cruel observación de Vautrin.

—Buena —repuso la señora Vauquer—, y ¿cuál fue su aventura?, ¿le había usted?

—No, ella no me vió —dijo Eugenio—.

Pero, ¿no es singular encontrar a las nueve de la mañana, en la calle de los Grés, a una de las mujeres más hermosas de París, que salió del baile a las dos de la madrugada? Sólo aquí se ven estas cosas.

—¡Oh!, hay mucho más raras —exclamó Vautrin.

La señorita Taillefer estaba tan preocupada con la tentativa que iba a hacer, que apenas había escuchado. La señora Couture le hizo señas de que subiese a vestirse, y cuando ambas salieron, el padre Goriot las imitó.

—Vaya, ¿lo han visto ustedes? —dijo la señora Vaquer a Vautrin y a los demás pensionistas—. ¿Se convencerán de que se ha arruinado por esas mujeres?

—¡Jamás me hará creer nadie que la hermosa condesa de Restaud pertenece al padre Goriot —exclamó el estudiante. —No tenemos ningún interés en convencerle! —le dijo Vautrin interrumpiéndole—. Pero usted es demasiado joven para conocer bien París y sus mujeres de pasión...

Al oír estas palabras, la señorita Michonneau miró a Vautrin con aire de inteligencia.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Vautrin interrumpiéndose para dirigirse una profunda mirada—. ¿también nosotros tuvimos nuestras pasiones?

La solterona bajó los ojos como una religiosa que ve estatuas desnudas.

—Pues bien, esos hombres aferráanse a una idea, a una pasión, y para salir con la suya serían capaces de vender sus mujeres, sus hijos, o de entregar su alma al diablo. El padre Goriot es uno de esos hombres. La condesa lo explota porque es discreto, y ahí tiene el gran mundo. El pobre hombre no piensa más que en ella. Aparte de su pasión, ya lo ve, es una bestia estúpida. En cambio, háblele usted de esto, y verá que su cara se ilumina como un diamante. El secreto no es difícil de adivinar. Esta mañana llevó plata a la fundición, y yo lo vi entrar en casa de papá Gobseck, en la calle de los Grés. Al volver, envió a casa de la condesa de Restaud a ese estúpido de Cristóbal, que nos mostró la dirección de la carta, dentro de la cual había una letra. Es claro que si la condesa iba también a casa del usurero, es porque dicha letra corría prisa. No se precisa mucho talento para entender esto. Conque, joven estudiante, no me negaré que esto prueba que, entre las condesas balabala, rela y hacia monerías luciendo su hermoso vestido, su corazón estaba oprimido por el recuerdo de sus letras de cambio protestadas, o las de su amante.

—Me despierta usted unas ganas atroces de saber la verdad —exclamó Eugenio. —Mañana iré a casa de la señora Restaud.

—Sí —dijo Poirot—, hay que ir mañana a casa de la condesa de Restaud.

—Y quizá encuentre allí al buen Goriot, que saldrá de cobrar el importe de sus galanterías.

—¡Pero este París es un lodazal! —exclamó Eugenio con disgusto.

—¡Y qué lodazal! —repuso sentenciosamente Vautrin—. Los que se enlodan en coche, son gentes honradas; los que se enlodan a pie, son unos bribones. Tenga la desgracia de quitar cualquier cosa, y será usted mostrado en el palacio de Justicia como una curiosidad; por el contrario, robe usted un millón, y será respetado en los salones como un hombre lleno de virtudes. ¿Qué le parece?

—Sin embargo se pagan treinta millones a la gendarmería y a la justicia para mantener esta moral!

—¡Cómo! —exclamó la señora Vaquer—, ¿habrá fundido su servicio de plata el padre Goriot?

—¿Y cómo dos loriotitos en la tapa? —preguntó Eugenio.

—Sí.

—Pues se conoce que apreciaba mucho esos objetos, porque antes de fundirlos lorío; yo lo vi por casualidad —dijo Eugenio.

—Los apreciaba como su propia vida —respondió la patrona.

—Vea usted si es apasionado el buen hombre —exclamó Vautrin—. Se conoce que esa mujer se lo halagará.

El estudiante subió a su cuarto. Vautrin salió. Algunos instantes después, la señora Couture y Victorina subieron a un coche que Sylvia había ido a buscar. Poirot ofreció el brazo a la señorita Michonneau; y ambos fueron a aprovechar las dos horas de sol, paseando por el Jardín de Plantas.

—Vaya, ahí los tiene casi casados —dijo la gruesa Silvia—. Hoy sales luego por primera vez. Están los dos tan secos, que si se rozan mucho van a sacar chispas como un eslabón.

—Y cuidado con el chal de la señorita Michonneau, que ardería como la yesca —dijo riéndose la señora Vaquer.

A las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vio, a la mortecina luz de dos humeantes lámparas, a Victorina, cuyos ojos estaban entorpecidos por el llanto. La señora Vaquer escuchaba con profunda atención el relato que la señora Couture le hacía de la infructuosa visita que ella y Victorina habían hecho aquella mañana al señor Taillefer, quien, fastidiado por la insistencia con que su hija y aquella vieja querían ser recibidas, accedió a ello, con el fin de tener una explicación con ambas.

—Señora mía —decía la Couture a su patrona—, figúrese que ni siquiera le hizo sentarse a Victorina. A mí me dijo que podía ahorrarme el trabajo de ir a su casa; que la señorita, sin llamarla hija, se perjudicaba yendo a importunarle; que como la madre de Victorina se había casado pobre, nada tenía que reclamar. En fin, las cosas más duras, que hicieron derramar abundantes lágrimas a esta pobre niña, la cual se arrojó a los pies de su padre y le dijo que sólo insistía tanto por su madre, que obedecería su voluntad sin murmurar; pero que le suplicaba que leyese el testamento de la pobre difunta. Después tomó la carta y se le presentó diciéndole las más hermosas cosas del mundo y las más sentidas. Yo no sé de dónde las sacó, parecía que Dios se las dictaba, porque la pobre niña estaba tan inspirada, que yo lloraba como una tonta oyéndola. ¿Sabe usted lo que hacía entretanto aquel monstruo de hombre? Se cortaba las uñas, después tomó aquella carta que la pobre señora Taillefer había empapado con sus lágrimas, y la arrojó al fuego diciendo: "Está bien". Ha querido levantar a su hijo, pero él tomó las manos para besárselas, pero él las retiró. ¿Ha visto usted mayor infamia? El majadero de su hijo entró sin saludar siquiera a su hermana.

—¡Pero esas gentes son unos monstruos! —exclamó el padre Goriot.

—Después —añadió la señora Couture sin hacer caso de la exclamación del buen hombre—, el padre y el hijo se fueron, saludando y rogándose que les dispensase, porque tenían asuntos urgentes. He

IMITAR no es DIBUJAR



DIBUJAR SIGNIFICA

CREAR
SER ARTISTA

Nuestro Curso de Dibujo, además de enseñar, desarrolla las aptitudes, la imaginación, la facultad creadora.

Así el estudio resulta no sólo entretenido, sino fácilmente. Aprende DIBUJO Y PINTURA en POCO tiempo y con POCO gasto, aprovechando sus ratos de ocio. Solicite nuestro folleto gratuito con informes completos de todos nuestros Cursos por Correspondencia para niños, sexo: Castellano, Teogografía, Vendedor, Construcciones, etc.

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL
SARANDI 1273 Buenos Aires

Nombre

Dirección L. 297

"COBRA MAS BARATO Y ENSEÑA MEJOR"

CONSULTORIOS DENTALES

"BRISANOFF"

Odentólogos: JUAN y MOISES BRISANOFF
LAYALLE 959 - 2º piso - 35-0634

Goce de
una vida
activa
... sin
achaque!



UN BUEN DIURÉTICO

Para asegurar una mejor eliminación urinaria, que ayude a liberar el organismo de los desechos y venenos nocivos, puede recurrirse a un diurético, como las Píldoras De Witt.

Las Píldoras De Witt son diuréticas, es decir activan la función renal.

Al mismo tiempo que favorecen una mayor eliminación urinaria, ejercen una suave acción antiespástica y balsámica en los conductos urinarios.

ocasionan molestia alguna y son fáciles de tomar.

Se expenden en frascos de 40 y 100 píldoras. Las hallará en la farmacia de su localidad.

PILDORAS
DEWITT



PRATICOS Y MODERNOS

ORO y PLATA

REPASADORES

COLORES FIRMES

GARANTIZADOS

CINE MAGICO Gane el cine por cien vendiendo este aparato maravilloso, sin explotar y de gran atracción. Precio con embalaje, \$ 1.65. Se remite c/crédito. Fábrica "Fan" - Paraguay 978 - Rosario


Dr. ROBERTO UBALLES (H)
Abogado, ESTUDIO JURIDICO, SUCESIONES - FAMILIA - SOCIEDADES. Corresponsales en Europa, Diap. R. S. Peña 1119
4 - Esqr. 401 - B. Aires - Abonos a plazos para comerciantes.

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO
ENFERMEDADES DEL PULMON
Ex Médico del Hosp. Militar

HUMBERTO I, 1947 U. T. 26 - 3420

Dr. ANGEL E. DI TULLIO
MEDICO CIRUJANO
Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta
NUEVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.- mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le entregamos gratis su máquina. Visite o solicite folletos ilustrados. Venta de hilados y medias.

THE KNITTING MACHINE OF
Salta NY 482 Buenos Aires

"MEDIA HORA CON MARIBEL"

Una audición distinta destinada a las lectoras y a los hogares de todo el país, brindada por MARIBEL, la revista de la mujer argentina.

Canciones, música y poesía en espacios animados por las más populares figuras del cine, el teatro y la radio. Sintonice todos los LUNES, MIERCOLES y VIERNES, de 15 y 30 a 16 horas, por L. R. 3 Radio Belgrano, el interesante y ameno programa que le ofrece la revista "Maribel", en sus audiciones.

aquí el resultado de la visita. Menos mal que ha visto a su hija. Yo no sé cómo puede renegar de ella, pareciéndosele como se le parece.

Los pensionistas internos y externos fueron llegando uno tras otro, diciéndose esas insignificancias que constituyen en ciertas clases parisienas un espíritu picaresco. Esta clase de jerga varía continuamente. La reciente invención del diorama originó en ciertos talleres de pintura la broma de hablar en *rama*, que fué introducida en la posada Vauquer por un joven pintor que la frecuentaba.

—¡Hola, señor Poirot! —dijo uno de los concurrentes—, ¿cómo va ese *taladro* de señoras, ¿están ustedes apenadas? —añadió después dirigiéndose a la señora Couture y a Victorina.

—¿Vamos a comer? —exclamó Horacio Bianchón, estudiante de medicina muy amigo de Rastignac—. Tengo ya la comida en los talones.

—¡Hace un friolero enorme —dijo Vautrin—. ¡Diable, papá Goriot, deje usted sitio, que aprovecha toda la estufa con sus pies!

Aquí está su excelencia el marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido —exclamó Bianchón tomándolo por el cuello y apretándolo cuanto pudo.

La señorita Michonneau entró muy pausadamente, saludó y fué a colocarse al lado de las tres mujeres.

—Esa vieja que parece un murciélago me hace temblar —dijo en voz baja Bianchón a Vautrin, señalando a la señorita Michonneau—. Yo, que estudio el sistema de Gall, le he encontrado las protuberancias de Judas.

—¿La ha conocido el señor? —preguntó Vautrin.

—¿Quién no la ha encontrado? —dijo Bianchón—. Palabra de honor que esa vieja blanca me hace el efecto de esos gigantes grandes que terminan por roer una vieja.

—¡Vea usted lo que es la vida, joven —dijo el cuarentón atusándose las patillas:

*Y rosa, ha vivido lo que viven las rosas,
Tan sólo una mañana.*

—¡Ah!, ¡ah!, aquí tenemos nuestra magnífica *cenorama* —dijo Poirot al ver que Cristóbal entraba trayendo la sopa.

—Perdone usted, caballero —dijo la señora Vauquer—, es una sopa de coles. Todos los jóvenes saltaron una carcajada.

—Le ha reventado a usted, Poirot.

—Apuntéle dos tantos a la señora Vauquer —dijo Vautrin.

—¿Se fijaron en la niebla de esta mañana? —dijo un empleado del Museo.

—Era una niebla frenética y sin par, una niebla lúgubre, melancólica, verde, repulsiva, una niebla Goriot —dijo Bianchón.

—*Goriorama* —dijo el pintor—, porque no se veía nada.

—¡Eh!, milord Goriot, le hablan a usted aquí.

Sentado a un extremo de la mesa, cerca de la puerta de entrada, el padre Goriot levantó la cabeza olfateando un pedazo de pan.

—¿Cómo, ¿caso no encuentra bueno el pan? —le gritó alegremente la señora Vauquer—, con voz que dominó el ruido de las cucharas y los platos.

—Al contrario, señora —respondió—. Está hecho con harina de Etampes y e primera calidad.

—¿En qué lo conoce? —le preguntó Eugenio.

—En la blancura y en el gusto.

—En el gusto de la nariz, porque lo huele usted —dijo la señora Vauquer—. Se vuelve tan económico, que acabará por encontrar el medio de alimentarse aspirando el aire que sale de la cocina.

—Si es así, ¿sabe usted patente de invención y hará una buena fortuna —le dijo el empleado del Museo.

—Si, déjelo, hace eso para persuadirnos de que fué fabricante de fideos —dijo el pintor.

—¿¿¿Caso una retorta su nariz? —le preguntó el empleado del Museo.

—¿Re qué? —dijo Bianchón.

—Re-cuerno.

—Ré-mora.

—Re-molacha.

—Re-doma.

—Re-toma.

—Re-taco.

—Re-pisa.

—Re-pollorará.

Estas ocho respuestas salieron de todos los ámbitos del comedor con la rapidez de un rayo y se prestaban tanto más a risa, cuanto que el pobre Goriot miraba a los otros pensionistas con aire estúpido, como hombre que procura entender una lengua extranjera.

—¿Re qué? —le preguntó a Vautrin, que estaba a su lado.

—Re-tonto —dijo Vautrin dando un golpe en el sombrero al padre Goriot y hundiendo las alas de las orejas.

El pobre anciano, estupefacto ante tan brusco ataque, permaneció inmóvil un momento, y Cristóbal se llevó su plato creyendo que había acabado la sopa: de suerte que cuando Goriot tomó la cuchara después de haberse levantado el sombrero, tocó con ella en la mesa creyendo meterla en el plato, lo cual fué motivo de que todos los pensionistas soltaran una carcajada.

—Señor —dijo el anciano—, es usted un mal bromista, y si se permite de nuevo tales libertades...

—¿Qué, papá? —le preguntó Vautrin interrumpiéndolo.

—Que llegará un día en que lo pagará muy caro.

—En el infierno, ¿verdad? —dijo el pintor.

—¿Qué es eso, señorita!, ¿no come usted? —preguntó Vautrin a Victorina—.

—Acaso se ha mostrado su papá recalcitrante?

—De una manera horrosa —respondió la señora Couture.

—Habrá que hacerle entrar en razón —dijo Vautrin.

—Señorita, puesto que usted no come, podrá intentar un pleito pidiendo alimentos —le dijo Rastignac—, que se hallaba al lado de Bianchón—.

—¡Eh!, ¡eh!, miren ustedes cómo contempla el padre Goriot a la señorita Victorina —agregó riendo.

El anciano se olvidaba de comer para mirar a la joven, cuyas facciones trasuntaban un dolor verdadero, el dolor de la hija desconocida que ama a su padre.

—Querido mío, nos hemos equivocado acerca del padre Goriot —dijo Eugenio en voz baja a Bianchón—. No es un imbécil ni un hombre sin sentimientos. Aplique tu sistema de Gall y dime lo que opinas. Esta noche lo vi retorcer un plato de plata como si fuese de cera, y en este momento su cara revela sentimientos extraordinarios. Su vida me parece demasiado misteriosa para que no sea digna de ser estudiada. Si, Bianchón, no te rías, te hablo en serio.

—De acuerdo — dijo Bianchón —, este hombre es un caso curioso... de medicina; si quieres, lo disecaré.
—No, examínale la cabeza.
—¡Dios me libre!, su estupidez podría ser contagiosa.

Al día siguiente, Rastignac vistiéndose elegantemente, y a eso de las tres de la tarde se encaminó a casa de la señora de Restaud, entregándose por el camino a esas locas esperanzas que tan gratas emociones comunican a la vida de los jóvenes.

Eugenio marchaba con mil precauciones para no mancharse de barro; pero iba pensando en lo que le diría la señora de Restaud, y haciendo acopio de gracia, inventaba respuestas para una conversación imaginaria y preparaba frases agudas a lo Talleyrand, suponiendo circunstancias favorables a la declamación en que fundaba su porvenir. En esto, distraído, manchó las botas, y se vio obligado a hacer tránsalos en la tienda de un limpiabotas.

—Si yo fuese rico — se dijo al mismo tiempo que cambiaba una moneda de veinticinco francos — iría en coche y podría pensar a mi gusto.

Al fin llegó a la calle de Helder y preguntó por la condesa de Restaud. Con la fría rabia del hombre seguro de triunfar algún día, Eugenio aguantó la displicente mirada de los criados que le habían visto atravesar el patio a pie sin haber oído el ruido de un coche a la puerta. Aquella mirada le reveló su inferioridad al entrar en aquel patio, donde pafaba un hermoso caballo, ricamente encajado en un cabriolé de lujo. El solo ya empezó a ponerse de mal humor, y los depósitos de su cerebro, que él creía llenos de gracia, se vaciaron de pronto dejándole como alado. Esperando la respuesta de la condesa, a la que un ayuda de cámara fuera a comunicar el nombre del visitante, Eugenio se cruzó de piernas apoyando el codo en una faldita y miró maquinalmente al patio.

—Caballero — le dijo el ayuda de cámara —, la señora está muy ocupada en su gabinete y no ha respondido; pero si quiere pasar al salón, allí hay algunos que la aguardan.

Al mismo tiempo que admiraba el poder de aquellos criados que con una sola mirada juzgan o acusan a sus amos, Rastignac abrió deliberadamente la puerta por donde había salido el ayuda de cámara a fin de hacerle creer, sin duda, que se concedía a las señoras de la casa; pero fué a dar a una habitación donde había lámparas, armarios y un aparato para calentar las toallas para el baño, habitación que se comunicaba con un corredor obscuro, a cuyo extremo encontrábase una escalera oculta. Las risas ahogadas que oyó en la antesala le llenaron de embarazo.

Caballero, el salón es por aquí — le dijo el ayuda de cámara con ese falso respeto que parece ser una burla mas.

Eugenio dio la vuelta con tal presteza, que chocó contra una bañera; pero detuvo a tiempo su sombrero para impedir que cayera en el agua. En este momento abrió una puerta en el fondo de un largo corredor iluminado por una lámpara, y Rastignac oyó la voz de la señora de Restaud, la del padre Goriot y el ruido de un beso. Después entró en el comedor, lo cruzó después del ayuda de cámara y penetró en el primer saloncito, quedándose en él y asomándose a una ventana al ver que ésta daba al patio. Eugenio quería saber si aquel padre Goriot era realmente el padre Goriot de

Resotil FUCUS

JARABE
EXPECTORANTE
PARA NIÑOS

la pensión. Recordaba las asombrosas reflexiones de Vautrin y el corazón le latía violentamente. El ayuda de cámara esperaba a Eugenio en la puerta del salón; pero de pronto, de éste salió un joven, diciendo impaciente:

—Mauricio, me voy. Dígale a la señora condesa que le esperé más de media hora. Dicho esto, aquel impertinente tararé una canción italiana, al mismo tiempo que se dirigía a la ventana que ocupaba Eugenio, e hizo esto tanto para ver la cara del estudiante como para mirar al patio.

—El señor conde haría mejor en esperar un momento, porque la señora ya ha adivinado — dijo Mauricio volviendo a la antesala.

En aquel instante, el padre Goriot iba a entrar por la puertecita cochera que se comunicaba con la escalera de escape. El buen hombre disponiase a abrir su paraguas, sin reparar que la puerta principal estaba abierta para dar paso a un joven condecorado que guiaba un tilburi. El padre Goriot sólo tuvo tiempo de echarse atrás para no ser aplastado. La tela del paraguas había asustado al caballo, que dio un ligero salto. Entonces, el joven que lo guiaba volvió la cabeza con aire iracundo, vió al padre Goriot, y antes de que saliese le hizo un saludo que denotaba la consideración forzosa que se concede a los usuarios cuando se les necesita, o ese respeto necesario debido a un hombre desacreditado cuya amistad nos hace enrojecer más tarde. El padre Goriot respondió con un saludo amistoso lleno de bondad. Demasiado atento y preocupado para notar que no estaba solo, Eugenio oyó de pronto la voz de la condesa, que con tono de reproche y de respeto decía:

—¡Ah!, Máximo, ¿se marchaba usted ya?

La condesa no había notado la entrada del tilburi. Rastignac volviéndose bruscamente y vió a la dama coquetamente vestida con un peinador de cachemira blanca y peinada con negligencia. Aquella mujer exhalaba un grato perfume; su belleza parecía más voluptuosa y sus ojos estaban húmedos.

Eugenio vió a Máximo, y la condesa notó la presencia de aquél, diciéndole con ese aire a que saben obedecer las gentes de ingenio:

—¡Ah!, ¿es usted, señor de Rastignac? ¡Cuánto celebro verle!

Máximo miraba alternativamente a Eugenio y a la condesa de una manera bastante significativa para que el intruso se largara. —¡Ah!, querida mía, espero que pondrás a ese tipo a la puerta". Esta frase era el traslucido claro y evidente de las miradas del joven impertinente que iba a quien la condesa Anastasia había llamado Máximo. Rastignac sintió un odio terrible por aquel joven. En primer lugar, los hermosos y bien rizados cabellos ru-

bios de Máximo le hicieron ver cuán horribles eran los suyos, y además, Máximo llevaba botas finas y limpias, mientras que las suyas, no obstante el cuidado del limpiabotas, se habían manchado un poco de barro. Finalmente, Máximo llevaba una levita que le estrechaba elegantemente el tallo, mientras que Eugenio llevaba traje negro a las dos y media de la tarde. Sin esperar la respuesta de Eugenio, la condesa se trasladó al otro salón dejando flotar los pliegues de su peinador, que se enrollaban y desenrollaban de una manera que le daban la apariencia de una mariposa, y Máximo la siguió. Eugenio, furioso, siguió a Máximo y a la condesa. Aquellos tres personajes encontráronse, pues, juntos al llegar a la chimenea situada en medio del salón. El estudiante sabía que iba a molestar a aquel odioso Máximo, pero a riesgo de desagradar también a la señora Restaud, quiso molestar al petimetre. De pronto, acordándose de que había visto a aquel joven en el baile de la señora de Beauséant, advinió lo que era Máximo para la condesa, y con esa audacia juvenil que hace cometer grandes torpezas u obtener grandes éxitos, se dijo:

—He aquí mi rival. Quiero vencerlo. ¡Imprudente! El ignoraba que el conde Máximo de Trailles se dejaba insultar, tiraba primero y mataba a su contrincante. Eugenio era diestro cazador; pero no había derribado nunca veinte muñecos de veintidos trios. El joven conde dejó caer en una poltrona la curva de la chimenea, tomó las tenazas e empezó a atizar el fuego con movimientos tan violentos y nerviosos, que la hermosa cara de Anastasia se entristeció de pronto, y volviéndose hacia Eugenio le dirigió una de esas miradas frías e interrogativas que dicen con tanta claridad: "¿Por qué no se va usted?"; pero Eugenio no se dio por enterado, y afectando un aire muy amable, dijo:

—Señora, tenía verdadero afán de verla para...

E interrumpió la frase. Abrióse una puerta. El señor que guiaba el tilburi se presentó de pronto sin sombrero, no saludó a la condesa, miró con curiosidad a Eugenio y tendió la mano a Máximo, dándole los buenos días con una expresión paternal que sorprendió extraordinariamente al estudiante. Los provincianos ignoran lo agradable que resulta el matrimonio de tres.

—El señor de Restaud — dijo la condesa al estudiante presentándole a su marido.

Eugenio hizo una profunda inclinación de cabeza.

—Este caballero es el señor de Rastignac — dijo Anastasia completando la presentación —, pariente, por los Marcellac, de la vizcondesa de Bousseant, la cual me lo presentó en su último baile.

Pariente, por los Marcellac, de la viz-

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Poder...

Por JAN-KIEL



condesa de Beauseant; estas palabras, que la condessa pronunció casi enfáticamente, fueron de un efecto mágico, pues el conde dejó su aire friamente ceremonioso, y saludó al estudiante diciéndole:

—Caballero, experimento un verdadero placer en conocerle.

El mismo conde Máximo de Trailles fijó en Eugenio una mirada inquieta y abandonó de pronto su aire impertinente. Aquel golpe de varita mágica debido a la intervención de un nombre, devolvió al meridional todo su ingenio y aplomo. Un rayo de luz le hizo ver claro en la atmósfera de la alta sociedad parisiense, tenebrosa aun para él. La casa Vauquer y el padre Goriot, estaban entonces muy lejos de su pensamiento.

—Yo creía extinguidos a los Marcellac —dijo a Eugenio el conde de Restaud.

—Sí, caballero —le respondió éste—. Mi tío, el caballero de Rastignac, casóse con la heredera de la familia de Marcellac, y no tuvo más que una hija, que contrajo enlace con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauseant. Nosotros somos de la rama mayor, rama tanto más pobre, cuanto que mi tío, el vicelmirante, lo perdió todo por servir al rey, y el gobierno revolucionario no quiso admitir nuestros créditos en la liquidación que hizo de la compañía de las Indias.

—¿Mandaba su señor tío El Vengador antes de 1789?

—Precisamente.

—¡Ah!, entonces conoció a mi abuelo, que mandaba el Warwick. Máximo encogióse de hombros mirando a la señora Restaud y pareció decirle: "Si se pone a hablar de marina con éste, estamos perdidos". La condessa comprendió la mirada del señor de Trailles, y con ese admirable poder que poseen las mujeres, se sonrió diciendo:

—Venga usted, Máximo, tengo que hacerle un encargo. Caballeros, los dejamos a ustedes navegando en el Warwick y en El Vengador.

Dicho esto, levantóse, y seguida de Máximo se encaminó hacia el gabinete. Apenas había llegado a la puerta aquella pareja morganática —bonita expresión alemana que no tiene equivalencia en francés—, el conde interrumpió su conversación con Eugenio, para gritar:

—Anastasia, quédese usted, querida mía, se lo ruego; ya sabe que...

—Ya vuelvo, ya vuelvo —dijo Anastasia interrumpiéndole—; tengo que darle un encargo a Máximo.

Y en efecto, volvió poco después. Como todas las mujeres que saben reconocer hasta donde pueden llegar a fin de no perder una confianza preciosa, la condessa, obligada a estudiar el carácter de su marido para poder obrar a su capricho, vió, por las inflexiones de la voz del conde, que ninguna seguridad habría permanecido en el gabinete. Tales contratiempos eran debidos a Eugenio; así es que la condessa le miraba con aire lleno de desprecio, y Máximo dijo al conde, a su esposa y a Eugenio con tono epigramático:

—Bueno, señores, ustedes están hablando de sus asuntos y yo les molesto. Adiós. Quédese usted, Máximo —exclamó el conde.

—Venga a comer con nosotros —dijo la condessa, la cual, dejando de nuevo a Eugenio y al conde, siguió a Máximo al saloncito, donde permanecieron juntos bastante tiempo para creer que el señor de Restaud despediría a Eugenio.

Rastignac los oía riéndose, charlando y callando sucesivamente; pero el malicioso estudiante sostenía animada conversación con el señor de Restaud y le halagaba o le empeñaba en discusiones, a fin de ver de nuevo a la condessa y de poder saber la clase de relaciones que la unían con el padre Goriot. Aquella mujer, que evidentemente estaba enamorada de Máximo; aquella mujer dueña de su marido y liada secretamente con el fabricante de fides, le parecía todo un misterio, que él quería descubrir, esperando así poder reinar como soberano sobre aquella mujer tan esencialmente parisiense.

—¡Anastasia! —dijo el conde llamando de nuevo a su esposa.

—Vamos, mi pobre Máximo —dijo la condessa al joven—, hay que resignarse. Hasta la noche.

—Tasia, espero —le dijo Máximo al oído— que despediría a ese jovenito cuyos ojos se encandian como brasas cuando se entrecruza su peinador. Le haría declaraciones, la comprometería y me vería obligado a matarle.

—¿Está usted loco, Máximo? No ve, por el contrario, que esos estudiantes son excelentes pararrayos? Ya verá cuán pronto lo grará que Restaud sienta aversión por él.

Máximo soltó una carcajada y salió seguido de la condessa, la cual se puso a la ventana para verle partir. La condessa no volvió hasta que el carruaje no traspuso la puerta.

—Mire usted, querida mía, la tierra en que vive la familia del señor no está lejos de Verteuil, y su tío y mi abuelo se conocieron.

—Celebre la noticia —dijo la condessa, distraída— y que el señor sea de país conocido.

—Más de lo que usted se figura —le dijo en voz baja Eugenio.

—¿Cómo! —apresuróse ella a decir.

—Sí, porque acabo de ver salir de esta casa a un señor que vive en la misma casa que yo, el padre Goriot —repuso el estudiante.

Al oír este nombre precedido de la palabra padre, el conde, que atizaba el fuego, dejó caer las tenazas de sus manos como si le quemasen, y se incorporó.

—Caballero, podía decir usted el señor Goriot —exclamó.

En un principio, la condessa palideció al ver la impaciencia de su marido, y después se puso roja, permaneciendo en la sala algunos instantes. Mas esto duró poco.

—No podía usted conocer a persona que más apreciásemos —exclamó con voz que quiso hacer que fuera natural.

Luego miró al piano, cual si despertase en ella algún capricho, y dijo:

—¿Le gusta a usted la música, caballero?

—Mucho —respondió Eugenio, que se había puesto como la grana y que sufría grandes apuros ante la idea de haber cometido alguna torpeza.

—¿Canta usted? —le preguntó la condessa sentándose al piano y atacando violentamente a todas las teclas de modo que produjesen toda la escala.

—No, señora.

El conde de Restaud paseábase por el salón a grandes pasos.

—Es lástima, porque se ve privado de un gran medio de éxito. Ca-a-ro, ca-a-ro, ca-a-ro, non du-bi-ta-re —cantó la condessa.

Pronunciando el nombre del padre Goriot, Eugenio había dado un golpe de varita mágica, cuyo efecto era inverso al que habían producido las palabras parientes de la señora Beauseant, y hallábase en

una situación violenta. Hubiera querido que se lo tragase la tierra. La cara de la señora de Restaud permanecía fría e indiferente, y sus ojos evitaban las miradas del torpe estudiante.

—Señora —dijo Eugenio despidiéndose—, como usted tendrá que hablar con el señor Restaud, me despidió; dígnese recibir mis respetos y permítame...

—Siempre que venga usted —dijo precipitadamente la condesa interrumpiendo con un gesto a Eugenio— tenga la seguridad de que nos causará un verdadero placer, lo mismo al señor de Restaud que a mí.

Eugenio dirigió un profundo saludo a los dos y salió seguido del señor de Restaud, el cual lo acompañaba hasta la antecámara, a pesar de sus protestas.

—Ni la señora ni yo estamos en casa cuando el señor vuelva a presentarse —dijo el conde a Mauricio.

Al pisar la escalinata exterior, Eugenio notó que llovía.

—Vamos —se dijo—, he venido a cometer una torpeza cuya causa desconozco, y por si esto no fuera bastante, ahora voy a estropearle el traje y el sombrero. Debería permanecer en un rincón cultivando el Derecho, pensando únicamente en llegar a ser magistrado. Puedo yo, por ventura, frecuentar el mundo necesitando, como se necesita, cabriolé, botas lustradas, cadena de oro, guantes de gamo por la mañana, y guantes amarillos por la noche? ¡Vaya al diablo ese extravagante padre Goriot!

Cuando llegó a la puerta de calle, el cochero de un vehículo de alquiler hizo una seña a Eugenio al verle sin paraguas, con levita negra, guantes amarillos y botas lustradas. Eugenio aceptó el ofrecimiento del cochero y subió al coche.

—¿Adónde va el señor? —le preguntó el cochero.

—¡Pardiez! —dijo Eugenio—, ya que me hundo, es preciso al menos que esto me sirva de algo. Vaya al palacio de Beauseant —añadió en voz alta.

—¿A cuál? —dijo el cochero.

Pregunta que confundió a Eugenio, pues no sabía aún que había dos palacios de Beauseant, e ignoraba cuánto rico era en parientes que no se ocupaban de él.

—Al del vizconde de Beauseant, calle de... —Sí, de Grenelle —dijo el cochero moviendo la cabeza e interrumpiéndolo—. Como que hay además el palacio del conde y del marqués de Beauseant, situado en la calle de Santo Domingo... —añadió cerrando la portezuela.

—Ya lo sé —respondió Eugenio con sequedad—. Parece que todo el mundo se empeña en burlarse hoy de mí —dijo arrojando el sombrero sobre el asiento—. He aquí una salida que va a costarme un ojo de la cara; pero al menos visitaré a mi prima de una manera sólidamente aristocrática. Ese maldito padre Goriot me cuesta ya lo menos diez francos. Pero le contaré mi aventura a la señora de Beauseant y tal vez le haga reír. Ella debe saber el misterio de las relaciones criminales de ese viejo estúpido con la condesa. Vale más agradar a mi prima, que estrellarse contra esa mujer inmoral, que me parece muy cara.

Al apearse del coche, Eugenio oyó risas ahogadas que salían del peristilo, donde tres o cuatro criados se habían divertido ya a costa de su coche. Aquellas risas iluminaron al estudiante, el cual las comprendió al comparar su vehículo con uno

de los cupés más elegantes de París, tirado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero con librea, muy estrado.

—¿Quién estará aquí? —se preguntó Eugenio comprendiendo un poco tarde que debía haber pocas mujeres en París que no estuviesen ocupadas—. ¡Diantre!, ¿tendrá también mi prima su Máximo?

Eugenio subió las escaleras llenas de inquietud, y en la antecámara encontró a los criados, serios como jueces. La fiesta a que había asistido se había dado en las habitaciones de recepción, situadas en el piso bajo del palacio de Beauseant. Como no había tenido tiempo, entre la invitación y el baile, de visitar a su prima, aun no había entrado en sus habitaciones, y, por consiguiente, iba a ver por primera vez las maravillas de aquella elegancia personal que descubre el alma y las costumbres de una mujer distinguida. A la cuatro y media la vizcondesa estaba invitada; pero cinco minutos antes no hubiera recibido a su primo. Eugenio, que ignoraba las diversas leyes de la etiqueta parisense, fué conducido por una gran escalera llena de flores, con alfombra roja y barandilla dorada, a la habitación de la señora de Beauseant, cuya biografía ignoraba, no obstante ser una de esas interesantes historias que se cuentan todas las noches al oído en los salones de París.

La vizcondesa estaba en relaciones de hecho hacía tres años con un célebre y rico señor portugués llamado el marqués de Adjuda-Pinto. Tratabase de una de esas inocentes relaciones que tantos atractivos tienen para las personas así relacionadas, que éstas no pueden soportar la intervención de un tercero. Así que el vizconde de Beauseant había dado él mismo el ejemplo, respetando en público, de grado o por fuerza, aquella unión orgánica. Durante los primeros días de aquella amistad, las personas que visitaron a la vizcondesa fueron recibidas con tanta frialdad, que todo el mundo comprendió que molestaba. Cuando se supo en París que se estorbaba a la señora de Beauseant yendo a verla de tres a cuatro, acabaron por dejarla en la más completa soledad. La vizcondesa iba a los Bufones y a la Ópera en compañía de su esposo y del señor de Adjuda-Pinto; pero, como hombre que sabe vivir, el señor de Beauseant dejaba a su esposa y al portugués después de haberlos instalado en el palco. El señor de Adjuda tenía que casarse con una señorita de Rochefide, y, de toda la elevada sociedad, sólo una persona ignoraba este matrimonio, y ésta era la vizcondesa de Beauseant. Algunas amigas suyas le habían hablado de eso vagamente; pero la vizcondesa se había reído, creyendo que sus amigas querían turbar su dicha por celos. Y, sin embargo, ya iban a publicarse las proclamas. Aunque el portugués había ido a notificar su matrimonio a la vizcondesa, no se había atrevido a decirle palabra.

En este momento, pues, el señor de Adjuda-Pinto marchaba sobre espaldas diestras que sería mejor escribirle comunicándole tal nueva.

Cuando el ayuda de cámara de la vizcondesa anunció al señor Eugenio de Rastignac, el marqués de Adjuda-Pinto estremecióse de alegría. Sabedlo bien: la mujer miente, cuando está a punto de ser abandonada, adivina fácilmente el



FUERTE Y MUY ABSORBENTES

PAÑALES

BEBETEX

En 2 tipos "Super-absorbentes" de doble capa, sin costuras; y un tipo económico "Ojo de perdiz".

ES UN PRODUCTO SUDAMTEX

REPARACION Y AJUSTE MOTORES DE AUTO

Tratado claro, preciso y muy ilustrado, técnica de reparación, carburación, encendido, válvulas, m. explosión, termidráulica, inst. verificación, fórmulas, cálculos, tablas, etc. \$ 8.-

Se manda "pagar en destino", \$ 6.-

A. WARD

S. del Estero 1519 y Talcahuano 410 - St. Aires

TRASTORNOS CIRCULATORIOS VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459

U. T. 35-6190 - Cons. de 16 a 20 horas

APRENDA A REDACTAR

con estilo y corrección

ÚNICAMENTE SABIENDO ESCRIBIR BIEN

podrá abrirse camino en la vida y ocupar en ella un

PUESTO DESTACADO

De nada le servirá su oficio o profesión si usted no sabe escribir correctamente.

GANE DINERO - ESCRIBANOS

A. D. E. L.

ACADEMIA DE ESTUDIOS LITERARIOS

SOLIS, 1752. - BUENOS AIRES

y sin compromiso alguno le remitiremos nuestro folleto explicativo.

Cursos especiales de: periodismo, poesía, novela, dramaturgia, secretariado, argumentación, cinematográfico, etc. Curso económico y rápida de redacción y ortografía.

ENSEÑAMOS ÚNICAMENTE A ESCRIBIR, PERO ENSEÑAMOS BIEN.



Historia del Libertador don José de San Martín



EXCEPCIONAL e interesantísima en todos los órdenes: geográfico, militar, político, etc., esta admirable HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN ha sido desarrollada en 4 tomos a fin de ofrecer, sin limitaciones ni mutilaciones de ningún género, la información más completa. Y no obstante su extensión, el lector puede hallar con suma facilidad el nombre, el lugar o la fecha que más particularmente le interesen, pues cada capítulo está precedido de una adecuada síntesis de su contenido.

Edición especial ilustrada con numerosos grabados en negro y hermosas láminas en color. 4 espléndidos volúmenes con un total de 2.600 páginas, tamaño 18 x 27 centímetros, impresas con gran nitidez sobre excelente papel, y encuadernados en rica tela inglesa con estampaciones en oro. Los 4 volúmenes se presentan en un práctico y atractivo portafolios de fino roble americano.

Hay mismo solicite prospecto y condiciones de compra, lleno y envío al cupón o lo

EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA S. R. L.

Capital \$ 3.800.000
ESMERALDA 116
U. T. 33, Avenida 0063
Buenos Aires

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116 - Buenos Aires -

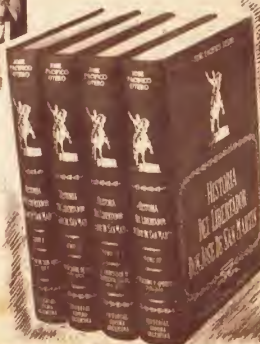
Si desea enviarme, sin compromiso, prospecto y condiciones de adquisición de LA HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN.

Nombre M. Z. A. P.
Calle
Población L. 297

La vida gloriosa y heroica del insigne capitán, sus grandes campañas emancipadoras, su genio militar y político y su grandeza cívica y moral, magistralmente descrita por uno de sus más esclarecidos biógrafos: JOSÉ PACÍFICO OTERO, cuyo nombre es ilustre en la historiografía de América.

Destaca esta Obra, con la máxima amplitud e imparcialidad basada en una severa revisión histórica, el amplísimo y agitado escenario de América en la época de la Independencia, y la figura egregia, ejemplar y señera del Prócer.

LA HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN es tan notable por su alto valor intrínseco como por la amenidad y transparencia de su estilo.



sentido de un gesto, de suerte que la señora de Beausant comprendió aquel estremecimiento involuntario y ligero, pero sumamente espantoso.

—Adiós —dijo el portugués apresurándose a tomar la puerta cuando Eugenio entró en un salicoteo, de color gris y rosa.

—Pero hasta la noche, ¿eh? —dijo la señora de Beausant volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada al marqués—. ¡Iremos a los Bufones!

—No puedo —dijo el portugués tomando el pomo de la puerta. La señora de Beausant levantóse y le llamó a su lado sin hacer el menor caso de Eugenio, el cual, de pie y aturdido por el brillo de una riqueza maravillosa, no sabía donde colocarse. La vizcondesa había extendido el índice de su mano derecha y designaba al marqués un asiento delante de ella. Hubo en aquel gesto tan violento despotismo de pasión, que el portugués dejó el pomo de la puerta y acudió. Eugenio lo contemplaba con cierta envidia.

—Vaya —se dijo—, el hombre ha accedido. Pero, ¿será necesario tener fogosos caballos y oro a raudales para obtener la mirada de una mujer de París?

Y dicho esto, el demonio del lujo le mordió en el corazón, la fiebre de riquezas apoderóse de él y la sed de oro le secó la garganta. Sólo tenía ciento treinta francos para pasar su trimestre. Su padre, su madre, sus hermanos y su tía sólo gastaban doscientos francos al mes entre todos. Esta rápida comparación entre su situación presente y el logro de sus aspiraciones contribuyó a darle este efecto.

—¿Por qué no puede usted venir a los Bufones? —dijo la vizcondesa, sonriendo.

—Los negocios. Ceno en casa del embajador de Inglaterra. —Pues déjale usted de ir.

Cuando un hombre engaña, se ve obligado inevitablemente a acumular mentiras sobre mentiras; así que el señor de Adjuda le dijo sonriendo:

—¿Lo exige usted?

—Sí.

—Eso era precisamente lo que yo deseaba oír —dijo el portugués dirigiendo a su anada una de esas miradas que hubieran inutilizado a cualquiera otra mujer.

Después tomó la mano de la vizcondesa, la besó y partió.

Eugenio pasóse la mano por los cabellos y se preparó para saludar, creyendo que la señora de Beausant iba a fijarse en él; mas de pronto observa que su prima echa a correr hacia la galería, abre la ventana, mira al señor de Adjuda mientras éste sube al coche, presta oído a la orden y escucha que el lacayo repite al cochero:

—A casa del señor de Rochefide.

—Estas palabras y la manera en que el marqués se metió en el coche fueron un rayo para aquella mujer, que abandonó la ventana presa de mortales aprensiones. En el gran mundo las catástrofes más horribles no son más que esto. La vizcondesa penetró en su dormitorio, sentóse ante una mesita, y tomando papel escribió lo siguiente:

—Puesto que come usted en casa de Rochefide, y no en la embajada inglesa, me debe una explicación y lo espero.

Después de haber trazado algunas letras, desfiguradas por el convulsivo temblor de su mano, puso una C que quería decir Clara y llamó.

—Jaime —ordenó a su ayuda de cámara, que se presentó al momento—, a las siete y media iré usted a casa del señor de Rochefide y preguntará por el marqués de Adjuda-Pinto. Si respuesta, y no está, vuelve aquí y me la entrega.

—En el salón hay gente que espera a la señora vizcondesa.

—¡Ah!, es verdad —dijo ella empujando la puerta. Eugenio ya empezaba a impacientarse, cuando vio a la vizcondesa, que le dijo con tono cuya emoción le removió las fibras del alma:

—Dispénsame, caballero; tenía que escribir dos palabras. Pero ahora soy de usted.

Aquella mujer no sabía lo que le decía, porque lo que pensaba era esto:

—¡Ah!, ¿quiere casarse con la señorita de Rochefide? ¿Acaso es libre para hacerlo? Esta noche se deshará el matrimonio, o... Pero ¡no!, mañana no se hablará ya de él.

—Prima mía... —dijo Eugenio.

—¿Eh? —exclamó la vizcondesa lanzándole una mirada cuya incoherencia dejó helado al estudiante.

Eugenio comprendió este *eh*. En tres horas había aprendido tantas cosas, que al instante se puso en guardia.

—Señora —dijo, encorvado—, dispénsame, tengo necesidad de tanta protección, que invoco nuestro pequeño parentesco.

La señora de Beausant sonrió, aunque tímidamente, y sentía ya la desgracia que se cernía sobre su cabeza.

—Si conociese usted la situación en que se encuentra mi familia —dijo Rastignac, prosiguiendo—, no se negaría usted ciertamente a desempeñar el papel de una de esas hadas lu-

minosas que se complacen en disipar los obstáculos en torno de sus ahijados.

—Vamos a ver, primo, ¿en qué puedo serle útil? —preguntó, riéndose, la vizcondesa.

—¿Lo sé yo acaso? Estar unido a usted por un lazo de parentesco que se pierde en la sombra, es ya toda una fortuna. Me ha turbado, y ya no sé lo que venía a decirle. La única persona que conozco en París es usted. ¡Ah!, quería pedirle que me aceptase como un pobre hijo que se cose a sus faldas y que sabría morir por usted.

—¿Mataría usted a uno por mí?

—Y a dos —replicó Eugenio.

—¡Niño!, sí, usted es un niño —dijo la vizcondesa conteniendo las lágrimas—. No dudo que usted amaría sinceramente.

—¡Oh! —exclamó el estudiante, moviendo la cabeza. La audaz y ambiciosa respuesta de Rastignac coadyuvó a que la vizcondesa se interesase vivamente por él. El meridional estaba en su primer cálculo de Longéas. Entre el gabinete azul de la señora de Restaud y el salón de rosa de la señora de Beausant, había aprendido tres años de *esse derecho parisien*, cuyo estudio no se recomendaba, aunque constituye una elevada jurisprudencia social.

—¡Ah!, ya voy entendiendo —dijo Eugenio—. En su baile me fijé en la señora de Restaud y esta mañana fui a su casa.

—¿No debí molestarla? —dijo la señora de Beausant sonriendo.

—¡Oh! sí, soy un ignorante que me indispondré con todo el mundo si usted me niega su auxilio. Creo que en París es muy difícil encontrar una mujer joven, hermosa, elegante y rica que esté desocupada, y yo necesito una que me enseñe lo que las mujeres saben explicar tan bien: la vida. En todas partes encontraré un señor de Trailles. Venia, pues, a preguntarle la solución de un enigma, y a rogarle que diga de qué naturaleza es la torpeza de Longéas —dijo Jaime cortando la palabra al estudiante, que hizo un gesto de desagrado.

—La señora duquesa de Longéas —dijo Jaime cortando la palabra al estudiante, que hizo un gesto de desagrado.

—Si quiere salir airoso, en primer lugar no sea tan violentamente demostrativo —le dijo la vizcondesa—. ¡Hola!, buenos días, querida mía —exclamó, saliendo al encuentro de la duquesa, cuyas manos estrechó con cariñosa efusión, siendo correspondida del mismo modo.

—¿Y aquí dos buenas amigas —se dijo Rastignac—. Desde hoy tendré dos protectoras.

—¿A qué agradable suceso debo la dicha de verla, querida Antonieta? —preguntó la señora de Beausant.

—He visto entrar al señor de Adjuda-Pinto en casa de los Rochefide y pensé que estaba usted sola.

La señora de Beausant no se mordió los labios, ni se inmuto; su mirada siguió siendo la misma mientras la duquesa pronunciaba esas fatales palabras.

—Si hubiera sabido que estaba usted ocupada... —agregó la duquesa volviéndose hacia el estudiante.

—El señor es Elenorio de Rastignac, un primo mío —explicó la vizcondesa—. ¿Ha tenido usted noticias del general Montriveau? Serizy me dijo ayer que no le veía por ningún lado. ¿Ha recibido usted hoy su visita?

La duquesa, de la que se murmuraba que había sido abandonada por el señor de Montriveau, de quien estaba perdidamente enamorada, sintió toda la maldad de esta pregunta y le respondió roja de rabia:

—Ayer estaba en el Elíseo.

—De servicio —dijo la señora de Beausant.

—Clara, supongo que usted ya habrá oído que mañana se publican las proclamas del matrimonio del señor de Adjuda-Pinto y de la señorita de Rochefide —repuso la duquesa lanzando fuego por sus chispeantes ojos.

Este golpe era demasiado violento, así que la vizcondesa palideció y le respondió sonriendo:

—¡Bah!, esos son rumores que sólo creen los tontos. ¿Por qué el señor de Adjuda ha de dar a los Rochefide uno de los nombres más hermosos de Portugal? Los Rochefide son nobles de ayer.

—Pero, según se dice, Berta tiene doscientos mil francos de renta.

—El señor de Adjuda es demasiado rico para pararse a hacer esos cálculos.

—Querida mía, tenga en cuenta que, además, la señorita de Rochefide es encantadora.

—¡Ah!

—En fin, hoy cena en su casa, y ya están pactadas las condiciones. Me extraña mucho que usted no sepa nada.

—Conque, ¿qué tontería hizo usted, majaderito? —preguntó la señora de Beausant—. Mi querida Antonieta, este muchacho empieza ahora a frecuentar el mundo y no sabe lo que decimos. Sea usted buena para con él y yáplacemos esa conversación. Además, ¿qué mañana sea todo oficial y usted podrá ser seguramente oficiosa.

La duquesa fijó en Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven a un hombre de pies a cabeza, lo aplastan y lo dejan frío.

—Señora, sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. ¿No sabe, he aquí mi falta—dijo el estudiante, que con su tristeza había sabido ver las muradoras intenciones que ocultaban las afectuosas frases de aquellas mujeres—. Si bien se mira, puede temerse a las gentes que saben el mal que hacen; mientras que el que hierde ignorando la profundidad de la herida es considerado como un necio, y todo el mundo le desprecia.

La vizcondesa de Beauséant dirigió al estudiante una de esas miradas de agradecimiento y dignidad que saben dirigir las grandes s'mas. Esta mirada fue como un bálsamo para el estudiante.

—Figúrese usted—prosiguió Eugenio—, que acababa de conquistarme la benevolencia del conde de Restaud, porque he de advertirle, señora—agregó, volviéndose hacia la duquesa con aire humilde y malicioso a la vez—, he de advertirle que soy un infeliz estudiante, solo, pobre...

—Señor de Rastignac, no diga eso, nosotras las mujeres nunca queremos lo que nadie quiere.

—¡Bah!—exclamó Eugenio—, sólo tengo veintidós años y debo saber suportar las desgracias de la edad. Por otra parte, estoy confiriéndome y es imposible ponerse de rodillas en confesionario más bonito: se cometen aquí los mismos pecados de que viene uno a confesarse.

La duquesa adoptó un aire frío al oír este discurso antirreligioso, cuyo mal gusto evitó diciéndole a la vizcondesa:

—¿Este Beauséant se rió francamente de su hijo y de la duquesa?

—Sí, querida, llega ahora y busca una institutriz que le enseñe el buen gusto.

—Señora duquesa—repuso Eugenio—, ¿no es natural que uno quiera iniciarse en los secretos de lo que le encanta? Vamos—se dijo para sus adentros—, estoy seguro de que sólo estoy diciendo frases de peluchero.

Per la señora de Restaud creó que es ahora discípula del señor de Trailles—dijo la duquesa.

—Sí, señora, pero yo lo ignoraba y por eso me interpuso aturdidamente entre ellos—repuso el estudiante—, En fin, me había entusiasmado bastante bien con el marido y era asportado a intervalos por el marido y era asportado a intervalos por la esposa, cuando tuve la ocurrencia de decirle que conocía a un hombre que acababa de ver salir por una escalera de servicio y que había besado a la condesa en el pasillo.

—¿Y quién era ese hombre?—preguntaron a coro las dos mujeres.

—Un anciano que paga dos luises al mes al arrabal de San Marcello y que vive en la misma pensión que yo, un verdadero desgraciado que es la burla de todo el mundo y al que nosotros llamamos padre Goriot.

—Pero ¡qué quichillada hizo usted!—exclamó la vizcondesa—. ¡Si la señora de Restaud se apellida Goriot!

—Sí, y es hija de un fabricante de seda, completó la duquesa—, una mujercita que se hizo presentar el mismo día que la hija de un pastelero, ¿no se acuerda usted, Clara? El rey se echó a reír y dijo en latín una palabra acerca de la harina. Gentes... ¿cómo dijo, señoras...

—Eugenio, ¿cómo dijo Eugenio.

—Ese mismo—asintió la duquesa.

—¡Ah!, ¿es su padre!—exclamó el es-

tudiante haciendo un gesto de asombro.

—Sí, así buen hombre tenía dos hijas y está loco por ellas a pesar de que una y otra son tan renegado de él.

—La segunda no está casada con un banquero cuyo nombre es alemán, un barón de Nucingen?—dijo la vizcondesa mirando a la duquesa de Langeais—. ¿No se llama Delina? ¿No es una rubia que tiene un palco en la Ópera y que asíte escandalosa, para llamar la atención?

—Pero, querida mía, les admito a ustedes; ¡por qué se ocupan tanto de esas gentes? Se necesita estar enamorado locamente como Restaud lo estaba para mancharse de harina con el contacto de la señorita Anastasia. ¡Oh!, ya se arrepentirá. Su esposa está entregada al señor de Trailles, y no le faltarán disgustos.

—¡Han renegado de su padre!—repitió Eugenio.

—Sí, de su padre, del padre, un padre—repuso la vizcondesa—, un buen padre que se lo dió todo, según se dice, que desembolsó quinientos o seiscientos mil francos para hacer su dicha a sus dos hijas bien, y que no se había reservado para él más que ocho o diez mil francos, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas; que él se había creado dos existencias y que tendría dos casas donde sería mimado y adorado; pero en dos años sus yernos lo desterraron de su compañía como si fuera el último de los miserables.

Eugenio estaba intensamente emocionado.

—¡Oh!, sí, Dios mío, esto es muy horrible, y sin embargo lo vemos todos los días—exclamó la señora de Langeais—. ¿No obedecerá a alguna causa? Dígame usted, querida mía, ¿ha pensado alguna vez en lo que es un yerno? Un yerno es un hombre para el cual usted y yo educamos a una criatura a la que estamos obligados por mil lazos...

...que seré durante diecisiete años por mil lazos de la familia y que después pasará a ser su desgracia, toda vez que cuando el yerno se ha apoderado de ella, emplea su amor contra nosotros, cual si fuese un hacha, a fin de cortar todos los lazos que unen a su esposa con la familia. Ayer nuestra hija era todo para nosotros y nosotros éramos todo para ella; y hoy se constituyen contra nuestra enemiga. ¿No presenciamos todos los días esta misma tragedia?

Me doy perfecta cuenta de lo que le ha ocurrido a ese anciano fabricante de pastas. Creo recordar que ese Goriot...

—Goriot, señora.

—Bueno; que ese Goriot, durante la Revolución fue perseguido por su sección y que empezó a hacer fortuna vendiendo la harina a un precio diez veces mayor que el que le costaba y en la cantidad que quería. Ahora bien, ese Goriot que vendía trigo a los verdugos no tuvo más que una pasión. Según se dice, ahora a sus hijas. A la mayor la casó con el príncipe de la casa de Nucingen, rico banquero que se llama Trailles. Ya comprenderán ustedes que durante el Imperio, los dos yernos no se opusieron a tener en su casa a ese viejo Noventa y tres, toda vez que el hecho podía pasar con Bonaparte; pero cuando los Borbones volvieron, el buen hombre vióse abandonado por...

Las hijas, que tal vez según mandando a sus yernos, quisieron nadar entre dos aguas halagando al padre y al marido, y recibieron a Goriot cuando no había nadie en casa, buscando pretextos de ternura y diciéndole que fuese cuando estuviesen solas, porque estarían mejor, etc. Yo, que,

rida mía, que opino que los sentimientos tienen ojos e inteligencia, imagino que el corazón de ese pobre Noventa y tres debía sangrar de dolor. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él y que él ellas amaban a sus maridos, él perjudicaba a sus yernos. Era preciso, pues, sacrificarse, y se ha sacrificado, al propio de sus padres. Al ver a sus hijas contentas, comprendió que había hecho bien. El padre y las hijas fueron cómplices de este pequeño crimen. Esto lo vemos todos los días. ¡No habría sido una mancha en los salones de sus hijas el padre Goriot? El infeliz se habría sentido molesto y habría querido que le ocurriese a sus hijas lo que le puede ocurrir a la mujer más bonita con el hombre a quien más ama: si lo aburre con su amor, él huye de ella, y para nulo comete las mayores cobardías. Con todos los sentimientos puso lo mismo.

—El mundo es muy infame—dijo la vizcondesa sin levantar la vista, pues se sentía herida por las palabras con que la duquesa de Langeais le había aludido en el relato.

—Infame, no; sigue su curso, y nada más—repuso la duquesa—. Y si yo le hablo de este modo, es para demostrarle que el mundo no me engaña. Yo pienso como usted—agregó estrechando la mano a la vizcondesa—. El mundo es un lodazal...

...en los que procuramos nosotros permanecer en las alturas—continuó, levantándose; luego la besó en la frente—. Querida mía, en este momento está usted muy hermosa y tiene unos colores divinos.

Dicho esto salió, después de haber inclinado ligeramente la cabeza dirigiéndose al estudiante.

—El padre Goriot es sublime—dijo Eugenio acordándose de la en que se había visto retorcer el cuerpo de su padre.

La vizcondesa de Beauséant no le oyó, porque estaba muy pensativa. Transcurrieron algunos momentos de silencio, durante los cuales el pobre estudiante no se atrevía a irse, a quedarse, ni a hablar.

—El mundo es malvado y ruin—dijo por fin la vizcondesa—. Tan pronto como nos ocurre una desgracia, siempre se encuentran un amigo dispuesto a venir a decinarnos a consolarnos el corazón con un puñal, al mismo tiempo que nos lanza al rostro sarcasmos y burlas. ¡Ah! me defende—añadió levantando la cabeza y con los ojos chispeantes—. Pero, ¡ah!, ¿está usted aquí?—dijo al ver a Eugenio.

—Todavía—repuso Rastignac con tono lastimero.

—Bueno, señor de Rastignac, trate a este mundo como se merece. Si quiere medrar, yo le ayudaré, y ya verá cuán profunda es la corrupción femenina y cuán inmensa la miserable vanidad de los hombres. No acepte a los hombres y a las mujeres más que como caballos de posta, que puede estar reventados cuando se releen a fin de llegar a la meta de sus deseos. Mil fin, nada será si no tiene una mujer que se interese por usted, y esta mujer ha de ser rica, joven y elegante. Si llega a sentir por ella un cariño verdadero, ocúltelo como un tesoro y no lo deje traslucir, porque estaría perdido, y en lugar de ser verdugo pasaría a ser la víctima. Algunas vez ama, cuando bien el secreto y no lo entore que me da de mirar mucho a quien abre su corazón. Escuche, Miguel... (la vizcondesa equivocaba el nombre sin advertirlo). Existe algo más espantoso que el abandono de un padre cuyas hijas le desientan tal vez la muerte, y este algo es la rivalidad de dos hermanas. Restaud es de este y su esposa fue presentada a la nobleza y adoptada por ella; pero su hermana,

Jabón ITTORGÉN,

SU BEBE ESTARA CONTENTO PRUEBELO Y LO ADOPTARA

su rica hermana, la hermosa señora Delfina de Nucingen, esposa de un hombre adinerado, se muere de pena y se consume de envidia porque está a cien leguas de la de Restaud. Su hermana ya no es para ella (a) hermana y estas dos mujeres se reniegan entre sí como reniegan de su padre. La señora de Nucingen limpiaría todo el barro que hay entre la calle de San Lázaro y la de Grenelle por entrar en tal salón. Ha creído que de Marsay le han logrado su objeto y se lo había enviado de aquí, pero de Marsay se ocupa muy poco de ella. Si usted me la presenta, será su Benjamin y le adorará. Después ámela si puede, y si no, sírvase de ella. Yo la recibiré una o dos veces en días que haya mucha gente en mi casa, pero no la recibiré nunca por la cafetina. Con esto y con que la saludó habrá suficiente. Por haber pronunciado el nombre del padre Goriot, usted se ha cerrado la puerta de la casa de la condesa. Si, querido mío, veinte veces que fuese a casa de la condesa de Restaud, veinte veces la hallaría ausente. Ahora bien, que el padre Goriot le presente a la señora Delfina Nucingen, y ésta podrá ser su hermana. Sea un hombre a quien ella distinga, y las mujeres se volverán locas por usted. Sus rivales, sus amigos, sus mejores amigas se lo disputarán. Tendrá usted éxitos. En París, el éxito lo es todo, es la llave del poder. Si las mujeres lo juzgan gracioso y listo, los hombres lo juzgarán lo mismo, y entonces podrá quererlo todo y tenderlo en todas partes. Entonces sabrá que el mundo es una reunión de bribones y de engañados. No pertenezca usted ni a los unos ni a los otros. Para entrar en este laberinto le doy mi nombre como un hilo de Ariadna. No lo comprometa, procure devolvérmelo intacto. — agregó dirigiendo al estudiante una mirada de soberbia. — Bueno, díjeme ahora, porque también nosotros los hombres tenemos que librar nuestras batallas.

—Si necesita usted un hombre de buena voluntad para poner fuego a una mina... — dijo Eugenio interrumpiéndola.

—¿Qué? — le preguntó ella.

El joven llevóse la mano al corazón, dirigió una sonrisa a su prima y salió.

Rastignac sintiase anonadado en aquel momento por estas palabras: «Usted se ha cerrado las puertas de la casa de la condesa».

—Sin embargo — se dijo —, iré, y si la señora de Beauséant tiene razón, si he sido despedido..., la condesa de Restaud me encontrará en todos los salones adonde vaya. Aprenderé a manejar el rifle y a tirar a pistola y le mataré a su Máximo.

¿Y el dinero?, ¿quién le lo sacará? — le gritaba su conciencia.

De pronto, la riqueza que había visto en casa de la condesa de Restaud brilló ante sus ojos. Rastignac vio allí el lujo que tanto debía envidiar a la señorita Goriot. Objetos de gran precio, el brillo de la mujer entretenida; pero aquella fascinadora imagen quedó eclosionada por la grandiosidad del palacio de Beauséant. Su imaginación, transportada a las elevadas regiones de la sociedad parisiense, llenó su corazón de pensamientos malos, encanachando el cerebro y la conciencia.

—Usted tiene razón, la fortuna es la virtud — se dijo.

Llegado a la calle Nueva de Santa Genevieve subió prestamente a su habitación, bajó para diez francos al cochero y penetró en aquel comedor nanseniano donde vivió, cual animales en el pesebre, a los dieciocho personajes que se disponían a salir. El espectáculo de aquella miseria y el aspecto de aquella sala le causaron un efecto horrible. La transición era dema-

siado brusca. De una parte, las frescas y encantadoras imágenes de la naturaleza social más elegante; figuras jóvenes, amadas, rodeadas de las maravillas del arte y del lujo, cabezas apasionadas llenas de poesía; del otro, siniestros cuadros plagados de fango.

—Está usted muy sombrío, señor marqués — le dijo Vautrin lanzándole una de aquellas miradas de que se servía el taimado huésped para apodarse de los secretos más ocultos en el corazón.

—No estoy dispuesto a tolerar las bromas de los que me llaman señor marqués — respondió el joven—. Aquí, para ser verdaderamente marqués, se necesita tener cien mil francos de renta, y cuando se vive en la casa Vauquer, uno no está autorizado para creerse el niño mimado de la fortuna.

Vautrin miró con aire paternal y displicente a Rastignac, como diciendo: «Infeliz, no tendría contigo ni para un bocado», y después le respondió:

—Vamos, veo que usted está de mal humor porque fué mal recibido por la hermosa condesa de Restaud.

—Sí, me cerró las puertas de su casa porque le dije que su padre comía en nuestra mesa — exclamó Rastignac.

Todos los comensales miráronse de reojo. El padre Goriot bajó la vista y se volvió para enjugarse los ojos, diciéndole a su vecino:

—Usted me echó tabaco en el ojo.

—El que en lo sucesivo se meta con el padre Goriot tendrá que vérselas conmigo — dijo Eugenio mirando al vecino del antiguo fabricante de pastas—. Este hombre vale más que todos nosotros. No hablo de las damas — agregó volviéndose hacia la señorita Tallfeir.

En frase casi sorpresiva, y Eugenio la pronunció de un modo que impuso silencio a todos, siendo Vautrin el único que dijo chancando:

—Para tomar baje su protección al padre Goriot y constituirse en su editor responsable, se necesita saber manejar una espada y tirar bien a pistola.

—¿A lo hará, dijo Eugenio.

—Acaso usted hoy en campaña?

—Puede que sí — respondió Rastignac—. Pero toda vez que yo no procuro adivinar lo que hacen los demás por la noche, no me creo obligado a dar cuenta de mis asuntos a nadie.

Vautrin miró de reojo a Rastignac.

—Cuando se pretende no ser turbado por los muñecos, es necesario entrar de lleno en el escenario y no entretenerse en mirar por los agujeros del telón. Basta. Basta — agregó viendo a Eugenio próximo a irritarse—. Cuando usted quiera hablarnos un rato a solas.

La comida fué sombría y triste. El padre Goriot, absorbido por el profundo dolor que le causaba la fracción del estudiante, no comprendió que la disposición de ánimos había cambiado respecto a él, y que un joven, en estado de imponente silencio a la persecución, había tomado su defensa.

—¿Resultará ahora que el señor Goriot es padre de una condesa? — dijo en voz baja la señora Vauquer.

—Y de una baronesa — le replicó Rastignac.

—No me extraña nada — dijo Blanchán a Rastignac —; le examiné la cabeza, y la única protuberancia que tiene desarrollada es la de la paternidad. Ese hombre será un Padre Eterno.

Eugenio estaba demasiado serio para

que la proma de Blanchón le causase gracia. Quería aprovechar los consejos de la señora de Beauséant y preguntábase dónde y cómo se procuraría dinero. Resucitado por estas ideas quedóse solo en el comedor una vez concluida la comida.

—¿Conque usted a mi hija? — le preguntó Goriot con voz conmovida.

Sacado de la meditación por las palabras del buen hombre, Eugenio le tomó a un lado y contemplóndole con una especie de ternura.

—Usted es un hombre digno y honrado. Más tarde hablaremos de sus hijas.

Dicho esto, levantóse sin querer escuchar al padre Goriot y se retiró a su cuarto, donde, escribió la siguiente carta a su madre:

“Mi querida madre: Estoy en situación de hacer fortuna y necesito ineludiblemente doscientos mil francos. No diga nada a mi padre de esta petición, porque tal vez se opondría a ella, y si yo no tuviese esa suma, sería presa de una desesperación que me llevaría a levantarme la tapa de los sesos. Mamá querida, no he jugado, no he apostado, pero sí me interesa conservar la vida que me dieste, necesito tener esa suma. Voy a casa de mi parienta la vi condesa de Beauséant, que me tomó bajo su protección, tengo que frecuentar el mundo y carezco del dinero para guantes limpios. Sabré estar a pan y agua, ayunaré si es preciso; pero no puedo pasar sin las herramientas necesarias para trabajar la vida de este país. Se trata, para mí, de hacer fortuna o de permanecer en la miseria. Ya sé las esperanzas que tenía cifradas en mí, y quiero realizarlas cuanto antes. Madre mía, vende alguna de tus joyas, que no tardaré yo en reemplazarla. Conozco sobradamente la situación de nuestra familia para saber apreciar tales sacrificios, y ya debes suponer que se trata de un monstruo si te lo exige así un poderoso motivo. Nuestro porvenir está por completo en este subruido, con el cual debo comenzar la campaña, pues esta vida de París es un combate perpetuo.” Etc.

También escribió a sus hermanas pidiéndoles que se reunieran, y para arrancárselas sin que ellas hubieran en ánimo el sacrificio que no dejarían de hacer gustosas por él, interés su delicadeza atacando las cuerdas del honor, que siempre resuenan bien en los corazones jóvenes. Cuando hubo escrito estas cartas sintió un temblor involuntario; pa'paitaba y estremecía.

Victima de desesperada agitación, Eugenio comenzó a pasearse por su cuarto, y el padre Goriot, al verle a través de la puerta, que había quedado entreabierta, entró y le dijo:

—¿Qué tiene usted, señor?

—¡Ah!, veíno mío, yo soy aún hijo y hermanito como usted es padre. Tiene razón en temblar por la condesa Anastasia, porque está en manos del señor de Trailles, que la perderá.

El padre Goriot retiróse balbuceando algunas palabras, cuyo sentido Eugenio no pudo comprender. Al día siguiente, Rastignac fué a echar las cartas al correo. Dijo en el último momento, pero al fin decidióse a echarlas al buzón, diciéndose: ¡Triunfaré!

Algunos días después, Eugenio fué a casa de la condesa de Restaud sin lograr ser recibido. Tres veces más volvió, y las tres encontró la puerta cerrada, a pesar de pre-

escribí y quiero dejarle el placer de comunicarle los acontecimientos de la familia. ¡Ojeda que salgas airoso en tu empresa! ¡Oh!, sí, Eugenio me, triunfa, porque me hiciste conocer un dolor demasiado vivo para que no pueda soportarlo. No supe lo que era ser pobre hasta que desee la fortuna para darsela a mi hijo. Vámos, adios, no me lansas sin noticias tuyas y recibe el beso que te envía tu madre.

Cuando Eugenio concluyó de leer esta carta, lloraba amargamente y pensaba en el padre Goriot retoriendo los objetos de plata y vendiéndolos para ir a pagar la letra de cambio de su hija.

—Tu madre fundió sus joyas — se decía Eugenio —, y tal vez tu tia lloró al vender algunas de sus reliquias. ¡Con qué derecho maldicerías a Anastasia? Por egoísmo de tu porvenir acabas de hacer lo que hizo ella por su amante. ¿Quién es mejor, tú o ella?

El estudiante sintió abrasadas sus entrañas por una sensación de intenso dolor; quería renunciar al mundo, quería dejar intacto aquel dinero, y experimentó esos nobles y hermosos remordimientos secretos, cuyo mérito rara vez es apreciado por los hombres cuando juzgan a sus semejantes. Rastignac abrió la carta de su hermana, cuyas inocentes y graciosas expresiones le refrescaron el corazón.

Querido hermano: Tu carta llegó muy a tiempo. Agata y yo queríamos emplear nuestros ahorros de tan diferentes maneras, que no sabíamos por cuál decidimos. Hiciste como el criado del rey de España cuando tiró los relojes de su amo: nos pusiste de acuerdo. Mi buen Eugenio, Agata no salía de alegría. En fin, estamos todo el día como dos locas, tanto, que mamá nos decía con su aire severo: "Pero, ¿qué os pasa?" Yo únicamente estaba pensativa y apenada en medio de mi alegría, y tal vez será una mal mujer de mi casa porque soy demasiado pastadora. Había comprado dos cinturones y un collar, para poder para sujetar las clavetas en el pecho; pero que tenía menos dinero que esta Agata, que es económica y anota cada escudo sobre escudo. ¡Ella tenía doscientos francos! Yo no tengo más que cincuenta escudos. Me veo bien castigada. Quisiera arrojar a un pozo mi cinturón, porque desde hoy me apenará llevarlo. Te rogaré, pues, Agata se mostré encantadora, diciéndome: "Envidiosos los trescientos cincuenta francos entre las dos"; pero yo no pude resistir el deseo de contar las cosas tal como pasaron. ¿Sabes cómo nos hemos arreglado para obedecer tus órdenes? Tomamos nuestro glorioso dinero, nos fuimos juntas de paseo y una vez en la carrera, como cuando me tuyo la elevada política de su cortejo, me fui a lugar sin largas conferencias, de las cuales fuimos desterradas, así como el señor barón. Grandes conjeturas ocupan los espíritus en el estado de Rastignac. Los principes don Enrique y don Gabriel han condenado la funesta costumbre de saciarse de barrope, de hacer, rascar a sus hermanas, de no querer aprender nada, de divertirse en buscar nidos de pájaros, de meter ruido y de cortar mimbres para hacer látigos, a pesar de las severas leyes del Estado. El nuncio del Papa, llamado vulgarmente el señor cura, les amenaza con excomulgarlos. Tendrás mucho que contarlos cuando vuelvas? Sí, a mí, que soy la mayor, ya sé que no te dirás todo.

Nuestra tia nos dejó entrever que fuiste muy bien recibido entre la alta sociedad. Se habla de una dama, mas se calla el nombre.

Adios, adios. Recibe un beso en la parte izquierda de la frente, en la sien que me pertenece exclusivamente. Dejo la otra hoja para Agata, que me prometió no leer nada de lo que te digo; pero, para estar seguro, permaneceré a su lado mientras te escriba. Tu hermana que te quiere.

LAURA DE RASTIGNAC.

—¡Oh! sí — se dijo Eugenio —, si, fortuna a toda costa. No hay tesoros que puedan darme más curiosidad que darme todas las dichas juntas. ¡Mil quinientos francos! — se dijo después de una pausa. —Es necesario que cada moneda dé resultado.

¡El mundo era suyo! Elastre ya había sido llamado, consultado y conquistado. Al ver al señor Trailles, Rastignac comprendió la influencia que ejerce en los sastres en la vida de los jóvenes. ¡Ay de mí, entre estas dos apreciaciones, no existe término medio: un sastré es un enemigo mortal o un amigo adquirido a costa del pago de la factura. Eugenio encontró en el suyo un hombre que había comprendido la paternidad de su comercio, y que se consideraba como un guión entre el presente y el porvenir de los jóvenes; así que, agradecido, hizo la fortuna de este hombre mediante la siguiente frase:

—Yo sé de dos pantalones que hizo, que valieron a sus dueños la suerte de casarse con jóvenes de veinte mil francos de renta.

¡Mil quinientos francos, y traje a disposición en aquel momento, el pobre meridional no dudó ya de nada, y bajó a adormozar con ese aire indefinible que la posesión de una suma cualquiera comunica a los jóvenes.

—¡Ah! sí las mujeres de París lo supiesen, vendrían aquí, a hacerse amar —decía Rastignac devorando las peras— en clase Rastignac devorando las peras— en clase Rastignac devorando las peras— En ese momento presenció un mozo de la diligencia, preguntó por don Eugenio de Rastignac, y le entregó dos paquetes y un talón para que firmase el recibo. Rastignac vió entonces herido por la fortuna mirada que le dirigió Vautrin al mismo tiempo que le decía:

—Ahora tendrá con qué pagar lecciones de armas y sesiones de tiro. —Llegaron los galeones — le dijo la señora Vaquer mirando los paquetes. La señorita Michonneau temió fijar sus miradas en el dinero y hacer ver su codicia. —¡Qué buena madre tiene usted! — exclamó la señora Couture. —El señor tiene buena madre — repitió Poiré.

—Sí, la mamá se hizo una sangría — añadió Vautrin—. Ahora podrá usted divertirse, frecuentar el mundo, pescar en él buenas dotes y bailar con condesas que llevan flores de marlin pescador en la cabeza. Pero, créame, joven, frecuente el tiro.

Dicho esto, Vautrin hizo el gesto del hombre que mide de arriba abajo a su adversario. Rastignac quiso darle propina al mozo, pero encontrárase sin dinero en el bolsillo, y entonces Vautrin sacó un franco y se lo dio al mozo, diciéndole al estudiante:

—Ahora usted tiene crédito. Aunque aquel hombre me fue insuperable desde el día en que habían cambiado palabras duras al regresar de casa de la señora de Beausant, Rastignac vióse obligado a darle las gracias. Durante aquellos ocho días, Eugenio y Vautrin habían permanecido silenciosos y se observaban

mutuamente. El estudiante se preguntaba en vano por qué. Al sentirse repetido el bolsillo, Eugenio se rebeló y le dijo a Vautrin, que ya se levantaba para marcharse, después de haber saboreado los últimos sorbos del café:

—Haga usted el favor de esperarme. —"¿Para qué?" —respondió el cuarentón calavera con su sombrero de grandes alas y tomando su bastón de hierro con el cual hacía molinets.

—Voy a devolverle el franco —repuso Rastignac abriendo uno de los paquetes y entregando ciento cuarenta francos a la señora Vaquer—. Cuentas claras conservan la amistad —le dijo a la viuda—. Vautrin, en paz hasta el día de san Silvestre. Cambie usted moneda de cinco francos.

—Es cierto, cuentas claras conservan la amistad —repitió Poiré mirando a Vautrin.

—Aquí tiene su franco —dijo Rastignac entregando una moneda a la esfinge con pelo.

—Cualquiera diría que usted teme verme aquí —exclamó Vautrin dirigiendo al joven una profunda mirada y una sonrisa burlona y cínica que irritó a Eugenio.

—Lo ha adivinado usted —repuso el estudiante, que llevaba los dos paquetes en la mano y se había levantado para subir a su pieza.

Vautrin salió por la puerta que daba al salón, y el estudiante se disponía a irse por la que daba al descansillo de la escalera.

—Señor marqués de Rastignacorrana, ¿sabe usted que lo que dice es muy poco cortés? —profró entonces Vautrin cerrando con fuerza la puerta del salón y dirigiéndose al estudiante, que le miró fríamente.

Rastignac cerró la puerta del comedor llevándose consigo a Vautrin al descansillo. Allí el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

—Señor Vautrin: ni soy marqués, ni me llamo Rastignacorrana.

—Es mo batre —dijo la señorita Michonneau con aire indolente.

—¡A batre! —exclamó Poiré. —No lo creo —dijo la señora Vaquer acariando el dinero que acababa de recibir.

—Mírelos, se van hacia el jardín, debajo de los tilos —exclamó Victorina levantándose—. Y sin embargo, ese pobre joven tiene razón.

—Subamos a nuestro cuarto, hija mía —expresó la señora Couture—; esas son cosas que no nos interesan.

Cuando la señora Couture y Victorina se levantaron, encontráronse en la puerta a la gruesa Silvia que les interceptó el paso diciéndoles: —Vas al mismo tiempo?

—Pero, ¿qué es lo que pasa? Veo que el señor Vautrin le dijo al señorito Eugenio: "Explicámonos", y después le tomó por un brazo y ambos se encaminaron al jardín.

En este momento apareció también Vautrin, diciendo con sonrisa burlona:

—Veo que, no se asuste, voy a probar sus pistolas debajo de los tilos.

—¡Oh!, ¡caballero! —exclamó Victorina juntando las manos en ademán de súplica. —¿Por qué quiere matar al señorito Eugenio?

Vautrin dio dos pasos atrás, contempló a Victorina un instante y exclamó con tono un burlón que hizo ruborizar a la joven:

—¿Otra historia? ¿Verdad que es muy lindo ese joven? Hermosa mía, ahora usted me hace concebir un plan. Yo les prometo hacerles felices.

La señora Couture había tomado a su pupila por el brazo y se la llevaba diciéndole por lo bajo:

—Pero, Victorina, hoy está usted inconcebible.

—Yo no quiero que se disparen tiros en mi casa —gritó la señora Vauquer—. A esta hora van a asustar al vecindario y a hacer que venga la policía.

—Vámonos, calma, señora Vauquer —respondió Victorina—. ¡Fremos a un salón de tiro.

Y dicho esto, fue a unirse a Rastignac, al que tomó familiarmente por el brazo diciéndole:

—Cuando yo le haya probado que meto cinco veces la bala en un as de oros a treinta y cinco pasos, ¿no se le quita el valor? Tiene usted aire de un cencerroso y se haría matar como un imbécil. ¿Se vuelve usted atrás? —le dijo Eugenio.

—No me remueva la bilis —respondió Vautrin—. Esta mañana no hace frío. Venga a sentarse allí abajo —dijo señalándole unos asientos pintados de verde—. Allí nadie puede oírlos. Tengo que hablarle. Usted es un joven que me inspira simpatía. Le quiero a usted a fe de Bur... (¡mil rayos!) le he de Vautrin. Ya le diré a usted por qué le quiero. Entretanto le conozco como si fuera mi hijo, y voy a probarlo. Ponga usted sus paquetes ahí —repuso señalándole la mesa redonda.

Rastignac colocó el dinero sobre la mesa y sentóse movido por una curiosidad engendrada por el cambio repentino operado en los modales de aquel hombre que, después de haber hablado de matarle, constituíase en su protector.

—Usted quisiera saber lo que yo soy, lo que hago o lo que he hecho —repuso Vautrin—. Pero es demasiado curioso, hijo mío. Yo he tenido desgracias. Escúchame, primero, y luego me responderá. ¿Quiérvos? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Ahora sigamos. ¿Quiere conocer mi carácter? Pues bien, sepa que soy bueno con aquellos que me hacen bien o que tienen un corazón que marcha al unísono con el mío. A éstos se le tolera todo y pueden darme patadas en las canillas sin que yo lo sienta. ¡Cuidado! Pero, con los que me molestan o me son antipáticos. Es bueno que sepa usted que a mí me importa tanto matar a un hombre como esto —dijo saltando un escupitajo—. Únicamente que procuro matarle en condiciones oportunas. Cuanto más de hombres tiene que hacer, más se desvanecen, se necesitan ser muy estúpido para entregarse al azar. El duelo es una cuestión de cara o cruz, he ahí todo. Yo meto cinco balas seguidas en un as de oros a treinta y cinco pasos; sin embargo, tira contra un hombre a veinte pasos y erré el tiro, y aquel pillastre, que no había ampuado en su vida una pistola, me mató —dijo desahuciándose el chaleco para enseñar su velludo pecho, que causaba espanto;— aquí, ¡sietemesino hizo blanco en mí —añadió poniendo un dedo de Rastignac en un agujero que tenía en el pecho—. Pero en aquella época yo era un niño, tenía su edad, veintitrés años, y era aún algo, en el momento de una mujer, en esa época las tonterías en que usted va a sumirme en breve. Noz hubiéramos batido, ¿verdad? Hubiera usted podido matarme. Imagínese que estoy en el suelo, muerto; ¿qué sería de usted? Tendría que irse a Suiza a comerse el dinero de papá, o a no tener nada. Yo voy a hacerle saber que no tiene mucho. Yo voy a hacerle saber que no tiene una verdadera posición; acerca de cuál se va a hacer con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de la tierra, ha visto

que no hay más que dos partidos que temar: o una estúpida obediencia, o la revolución. ¿Sabe usted lo que necesita para seguir el camino que emprende? Un millón, y pronto, sin lo cual con su cabecita ligera podría ir a caer en las redes de Saint-Cloud. Ahora bien, ese millón, voy a dárselo yo —dijo Vautrin—, pero a condición de que me pague usted a Eugenio. ¡Oh, oh, papá, papá, papá! ¿Qué me dice usted?

—Que le pone mejor cara a papá Vautrin. Vamos, vamos, menos mal. He aquí nuestra situación, joven. Usted tiene en su tierra, a papá y mamá, a la tía, a dos hermanas de diecisiete y dieciocho años, y dos hermanos de quince y de diez. La tía educa a sus hermanas. Los dos hermanos están en la escuela. Los dos hermanos más pequeños, la familia como usted la llama, que bien, el papá ahorra sus ropas, la mamá tiene gran pena para hacerse un traje de invierno y otro de verano, y las hermanas hacen lo que pueden. Yo lo sé todo, estuve en el Mediodía. En tal estado se hallan las cosas en su casa, y si le envían a usted mil francos a los años al año, los hermanos, los hijos, que tres mil. Tenemos una cocinera y un criado, porque papá es barón y hay que guardar el decoro. Nosotros, por nuestra parte, tenemos ambición; la Beausant es parienta nuestra y vamos a vivir; queremos fortuna y no tenemos un centavo; comemos el potaje de macizos. Voy a querérselos, las hermanas, las comidas del arrabal de Saint-Germain, y dormimos en un fonducho deseando tener un palacio. No vitupero sus aspiraciones. Hijo mío, no todo el mundo puede tener ambiciones. Pregunte a las mujeres qué hombres les gustan, y verá que son los ambiciosos. La mujer se considera fuerte, que liz y tan hermosa como yo, que quiere de todos los hombres prefiere a aquel cuya fuerza es enorme, aunque corre peligro de ser explotada por él. Le hago el inventario de sus deseos a fin de proponerle una cuestión. Esta: tenemos un hambre de lobo, nuestros dientes son incisivos, ¿cómo nos arreglaremos para proveer la despesa? Es lo primero que nos preocupa. Los hombres para llegar a ser presidentes de una audiencia y enviar a presidir a pobres diablos que valen más que nosotros, a fin de probarles a los ricos que pueden dormir tranquilamente. Esto es poco agradable y demasiado largo. Hay que padecer durante diez años, de todo, un bufo, frecuentar el mundo, luchar y un procreador para tener causas y contemplar a los magistrados. Si esta profesión le llevase a uno a bien, no diría que no; pero búsqumelo en París cinco abogados que, a los cincuenta años, gaaen más de cincuenta mil francos al año. ¡Bah!, antes que eso, ¿qué quiere usted? El alma, preferiría ser corsario. Nos queda el recurso de la dote de una mujer, pero casarse es echarse un dogal al cuello, y si uno se casa por dinero ¿qué va a ser de nuestros sentimientos de honor y de nobleza? Es preferible empezar hoy la lucha contra las convenciones humanas. He aquí la encrucijada de la vida. ¡Venga, venga! Usted ha elegido ya. ¡Venga! He aquí la primera Beausant y olfateó allí el hijo; fué a casa de la condesa de Restaud, la hija del padre Goriot, y vio allí a la parisiense, y aquel día volvió con esta palabra escrita en la frente, palabra que yo supe leer: ¡Mediocr! Mediocr a toda costa! ¡Brevol! me dice usted, ¿verdad? ¡Mediocr! me dice usted, ¿verdad? ¿cómo buscarlo? Ha esquilimado usted a sus hermanas. Todos los hermanos explotan más o menos a sus hermanas. Los mil quinientos francos arrancados. Dios sabe cómo, en un lugar donde no suonda

el dinero, van a desfilarse como soldados en la lista. Y después ¿qué hará usted? ¿Trabaja? El trabajo comprendo como usted lo comprende en este momento, sólo da para vivir en la pensión de Vauquer, y el problema de una rápida fortuna se proponen resolverlo en este momento cincuenta años, ¿verdad? ¿Cómo se hallan en su misma situación. Es usted una unidad de este número; juzgue, pues, los esfuerzos que tendrá que hacer y lo encarnizado que resultará el combate. Necesitan ustedes comerse unos a otros, ya que no hay cincuenta mil plazas buenas. ¿Sabe usted cómo se hace carrera? Con la corrupción. Hay que penetrar en esta masa de hombres como una bala de cañón o deslizarse como una pecte. La honradez no sirve de nada. El mundo se inclina ante el poder del genio; le odia y procura calumniarle, pero al fin y al cabo se inclina ante él. En una palabra, que al que no se atreva a rodillas cuando él ha podido entretenerse. La corrupción abunda y el talento es raro; así que la corrupción es el arma de las medianías, cuya oposición encontrará usted en todas partes. Vera empleadas con mil docientos francos de sueldo que compran tierras. Verá prostitutas a mujeres por el solo deseo de ir en el coche de un hijo con un pañ de Francia. Vio al pobre y estúpido Goriot obligado a pagar la letra de cambio endosada por su hija, cuyo esposo tiene cincuenta mil francos de renta. Le reto a usted a que dé dos pasos en París sin encontrar intrigas infernales. Apostaría la cabeza contra cinco centavos a que caerá usted con la corrupción, con la honradez, con la virtud, con la riqueza, rica, hermosa y joven. Todas están en guerra con sus esposos con motivo de todo, y créame que no acabaría nunca si hubiera de explicarle los manejos que hacen por los amantes, por el lujo, por los hijos, por la casa o por la cantidad de dinero que se quiere. Pero que papá honrado es su enemigo por su virtud, y rara vez gana por su virtud. Así que el hombre que usted que es el hombre honrado?

En París el hombre honrado es el que se calla y se niega a participar de ciertas cosas. Si quiere usted, pues, hacer fortuna pronto, es necesario ser rico o parecerlo. Si en las cien profesiones que puede abrazar existen cien hombres que medren pronto, el público les llama ladrones. Saque usted de aquí la conclusión. He ahí la vida tal cual es y que no resulta más agradable que la cocina, y hay que mancharse las manos si se quiere sacar partido. Sepa usted, únicamente, desembarazarse bien, y en esto estriba toda la moral de este mundo.

—Si le he dado el mundo es porque el conocimiento que tengo de él me da derecho a ello. ¿Cree usted que lo critico?, nada de eso. Siempre fué lo mismo, y los moralistas no lo cambiarían nunca, porque el hombre es imperfecto. No acuso a los ricos, porque entiendo que el hombre es como yo mismo arriba, que abajo es como yo mismo. Si es le tod un hombre eminente, marche en línea recta con la cabeza alta; pero tendrá que luchar contra la envidia, la calumnia, la medianía, contra todo el mundo. Téntese usted la ropa y vea si podría levantarse cada mañana con más voluntad que la que tenía la víspera. ¿Está usted en las cosas, yo voy a hacerle una pregunta a la que nadie se negaría. Escócheme bien. Aquí donde me ve, yo tengo una idea, que consiste en ir a hacer vida patriótica a una gran propiedad de diez mil hectáreas, situada al sur de los Estados Unidos. Quiero hacermela allí colono, tener esclavos, ganar mucho dinero vendiendo mis buyes, mi tabaco, y mis

vecinos, Eugenio y el padre Goriot, se habían hecho amigos. Su secreta amistad nacía de las mismas razones psicológicas que habían engendrado sentimientos similares entre el estudiante y Vautrin. Habían percibido la compasión, la admirativa bondad y las simpatías juveniles que habían nacido para él en el corazón del estudiante; sin embargo, esta naciente unión no había originado aún ninguna confianza. Si Eugenio había manifestado deseos de ver a la señora de Nucingen, no era porque ella le atraía, sino porque se había acostumbrado en su casa; pero esperaba que alguna indiscreción secundase sus planes. El padre Goriot le había hablado de sus hijas sólo con motivo de lo que él se había permitido decir públicamente el día de sus dos visitas.

—Señor mío —le dijo al día siguiente— ¿cómo ha podido creer que la señora de Nucingen tomase a mal el que usted hubiese pronunciado mi nombre? Mis dos hijas me quieren, y yo soy su padre feliz. Únicamente mis dos yernos se han portado mal conmigo, y como no quisiera que las pobres criaturas tuvieran por culpa mía disputas con sus maridos, preferí verlas en secreto. Este misterio me dio a los otros padres que pueden ver a sus hijas cuando quieren. Yo no puedo, ¿comprende usted?, y entonces, cuando hace buen tiempo, me voy a los Campos Elíseos luego de haber preguntado a las conserjas si mis hijas salen. Cuando me dicen que sí, las espero en el pasaje, mi corazón late con fuerza cuando llegan los coches, las admiro en medio de su lujo, y ellas al pasar me dirigen una sonrisa que me alegra el alma. Y después permanezco allí, porque ellas tienen que volver. Las veo de nuevo: el aire les fue provechoso, sus caras parecen dos flores. Luego digo decir en tono mío: "¡Vaya una mujer, qué bonita!", y esto me regocija a la vez de la razón, porque ¿no son mi sangre? Vivo de sus placeres. Cada uno tiene su manera de querer: la mía no hace mal a nadie, y no sé por qué el mundo se ocupa de mí. Yo soy feliz a mi modo. Le ruego que no hable de mí más que para decir cuán buenos son mis hijas. Las pobres quieren colmarme de toda clase de regalos; pero yo se lo impido diciéndoles: "Guardad vuestro dinero; ¿qué queréis que haga de él? Yo no preciso nada". En efecto, señor mío, ¿qué soy yo? Un mal cadáver, cuya alma está donde están sus hijas. Cuando usted me vea a la señora de Nucingen, ya me dirá cuál de los dos hijos le gusta más —dijo el buen hombre al cabo de un momento de silencio y al ver que Eugenio se disponía a salir para ir a las Tullerías esperando la hora de presentarse en casa de la vizcondesa de Beauséant.

Este paseo fue fatal para el estudiante. Algunas mujeres fijándose en él, era tan consciente de ello, estaba dotado de una elegancia tan distinguida! Al ver que era objeto de una atención casi admirativa, ya no pensó en sus hermanas ni en su vida despojadas, ni en sus virtuosas repugnancias: había visto pasar sobre su cabeza a Satán. Las palabras que dijo Vautrin se habían grabado en su corazón como el inolvidable perfil de una vieja vendedora de joyas que le dice: "Oro y amor a mares". Después de haber calajeado indolentemente, a las cinco Eugenio se presentó en casa de la señora de Beauséant. Hasta entonces la vizcondesa había mostrado con él pena de esas cortas amedulladas y de esa gracia meliflua, propia de la educación aristocrática y que sólo

es completa cuando proviene del corazón. Cuando entró, la vizcondesa de Beauséant le dijo con tono seco:

—Señor de Rastignac, me es imposible recibirle, al menos en este momento. Tengo que ir a ver a mi madre.

Para un observador (y Rastignac ya lo era), esta frase, el gesto, la mirada y la inflexión de la voz era la historia del carácter y de las costumbres de la casta. Eugenio vio la mano de hierro debajo del guante de terciopelo, la personalidad, y el egoísmo bajo los modos, la madera bajo la balsa. Rastignac se había abandonado demasiado fácilmente a creer en las noblezas de la mujer. Eugenio quería ir al baile de la duquesa de Carigliano, y devorando esta borrasca, dijo con conocida voz:

—Señora, si no se trata de una cosa importante, no hubiera venido a importunarle, tenga la amabilidad de permitirme que la vea más tarde; esperaré.

—Pues bien, venga a comer conmigo —dijo la vizcondesa un poco confusa al considerar la dureza con que había pronunciado sus palabras.

Aunque agradecido de este cambio repentino, Eugenio se dijo al marcharse:

—Arrástrate, soportarlo todo. ¿Qué debes ser las demás si la mujer de las mujeres borra en un momento las promesas de su amistad y te abandona como un zapato viejo? El egoísmo impera. Es verdad que su casa no es ninguna tienda, y que yo hago mal en necesitar de ella; pero, en fin, como dice Vautrin, hay que hacerse bala de cañón.

Cuando regresó a casa de la vizcondesa, ella le recibió con aquella amabilidad que siempre le había demostrado, yéndose ambos a un comedor en el cual el vizconde esperaba a su esposa y donde resplandecía ese lujo de mesa que fue llevado al más alto grado cuando la Restauración, jamás espectacular semejante había sido alcanzado por los ojos de Eugenio. El cual comió en la primera vez en una de esas casas en que por las grandezas sociales son hereditarias. Eugenio no había asistido aún más que a bailes. El aplomo que tan eminentemente le distinguía más tarde y que empezaba a adquirir, le impidió quedar alejado; pero al ver aquel salón de baile, esculpida y las mil curiosidades de una mesa surtida, era difícil que el hombre de imaginación ardorosa no prefiriese aquella vida constantemente elegante a la vida de privaciones que quería abrazar por la mañana. Su pensamiento le sumió por un instante en su casa de pensión, y sintió por ésta tan profunda horror, que juró abandonar el mundo, el mundo de la época para meterse en una casa limpia como para huir de Vautrin, cuya pesada mano sentía aún sobre su hombro. En vano miraba la vizcondesa de Beauséant a Eugenio para invitarle a hablar, pues éste no quiso decir nada en presencia del vizconde.

—Me lleva usted esta noche a los Italianos —preguntó la señora de Beauséant a su marido.

—No puede usted dudar del placer que tendría en obedecerla —respondió él con una burlona galantería que engañó al estudiante—; pero tengo una cita en el Variedades.

—Con su amante —se dijo ella.

—No tiene usted a Adèle, ¿es esto?

—Le pregunté el vizconde.

—No —le respondió con mal humor su esposa.

—Pues bien, si usted necesita a toda costa un brazo, tome el del señor de Rastignac.

La vizcondesa miró sonriendo a Eugenio y le dijo:

—Vaya un compromiso para usted! —Chateaubriand dijo que el francés ama el peligro porque ve en él la gloria —respondió Rastignac inclinandose.

Algunos momentos después, estaba sentado en un cupé al lado de la vizcondesa de Beauséant y se trasladaba al teatro de moda, creyendo en alguna hechicería cuando entró en un palco y vio que todos los anteojos dirigíanse a la vizcondesa, cuyo tocado era delicioso.

—Decía usted que tenía que hablarme —le expresó la señora de Beauséant—. ¡Ah! Mire usted, la señora de Nucingen está a tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles están al otro lado.

Mientras decía estas palabras, la vizcondesa miraba al palco en que la señorita de Rochefide debía estar, y, como no vio en él al señor de Adjuda, su cara adquirió un extraordinario brillo.

—Es encantadora —dijo Eugenio luego de haber mirado a la señora de Nucingen.

—Tiene blancas las cejas.

—Sí, pero vaya un tallo más bonito!

—Tiene las manos grandes.

—Y ¡qué ojos más hermosos!

—Pero la cara es larga.

—¡Oh!, es que la forma larga tiene distinción.

—¡Fortunadamente para ella, porque vea usted cómo toma y deja el monculo. La raza Goriot se adivina en todos sus movimientos —dijo la vizcondesa con gran asombro de Eugenio.

La señora de Beauséant examinó con sus anteojos la sala y parecía no hacer caso de la señora de Nucingen, a pesar de no poder mirarla de cerca. En el aspecto del teatro era maravilloso. Delfina de Nucingen estaba sumamente satisfecha al ver que ocupaba exclusivamente al joven, bello y elegante primo de la señora de Beauséant, que sólo tenía ojos para ella.

Señor de Rastignac, si usted continúa mirándola de esa manera, va a dar un escándalo. Nada logrará si deja ver de ese modo a todo el mundo sus sentimientos.

—Prima querida —dijo Eugenio—, usted me ha dispensado ya sobrada protección; mas si quisiera terminar su obra, sólo le pido que me haga un favor que ha de costar poco trabajo y que me causará gran bien. Heme ya prendado.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Por esa mujer?

—¿Quién sino ella podría escuchar mis pretensiones? —dijo Eugenio dirigiendo una pensante mirada a la prima—. La señora duquesa de Carigliano es mi amiga de la duquesa de Berry —repuso después de una pausa—, y como usted tiene que verla, tenga la bondad de presentarme en su casa y de llevarme al baile que da el lunes. Allí encontraré a la señora de Nucingen y me entregará a mi primera escaramuza.

—Con mucho placer —le dijo la vizcondesa—. Si usted siente ya afición por ella, vea que le irán bien los asuntos del corazón. Allí está de Marsay en el palco de la princesa Galathienne. La señora de Nucingen está sufriendo atrocemente de despecho. No hay mejor momento para abordar a una mujer, sobre todo si es mujer de un bonquero. A todas esas damas de la calzada de Antón les gusta extraordinariamente la venganza.

—Pues ¿qué haría usted en su lugar?

—Yo, sufriría en silencio.

En este momento presentóse el mar-

qués de Adjuda en el palco de la vizcondesa de Beausant.

—Dejá a medio hacer mis negocios a fin de venir a encontrarla, y se lo comunico para que no crea que vengo haciendo un sacrificio.

La radiante alegría del rostro de la vizcondesa enseñó a Eugenio a reconocer sus expresiones de un verdadero amor y a no confundirlo con las monadas de la coquetería parisiense. Admiró a su prima, quedose callado y dejó su asiento al marqués de Adjuda, suspirando y diciéndose: —¡Qué noble, qué sublime criatura es una mujer que ama así! Y este hombre la va a traicionar por una mujer.

Dicho esto, sintió en su corazón una rabia de niño; hubiera querido arrastrarse a los pies de la vizcondesa de Beausant y hubiera deseado el poder de los demonios para apoderarse de su corazón. Sentíase humillado de verse en aquel gran museo de la belleza sin su cuadro, sin una querida propia.

—Tener una amante y una posición en la regía es la señal del poder —se decía.

Y miró a la señora de Nucingen como un hombre insultado mira a su adversario. La vizcondesa se volvió hacia él para darle las gracias con una mirada por su discreción. El primer acto había concluido.

—¿Conoce usted bastante a la señora de Nucingen para presentarle al señor de Rastignac? —preguntó la vizcondesa al señor de Adjuda.

—Ya lo creo, y tendrá una gran satisfacción en conocerle —dijo el apuesto portugués tomando el brazo del estudiante, levantándose y trasladándose, en un abrir y cerrar de ojos, al lado de la señora de Nucingen.

—Señora baronesa —dijo el marqués—, tengo el honor de presentarle al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beausant. Usted le ha causado tan viva impresión, que he querido completar su dicha aproximándolo a su lado.

Estas palabras fueron dichas con cierto tono burlesco que disimulaba el pensamiento un poco brutal que, expresado con gracia, no desgracia nunca a una mujer. La señora de Nucingen sonrióse y ofreció a Eugenio el sitio de su marido, que acababa de salir.

—Caballero, no me atrevo a proponerle que se quede a mi lado, porque cuando se tiene la dicha de estar con la vizcondesa de Beausant se debe aprovechar.

—Pero, señora —le dijo en voz baja Eugenio—, me parece que si quiero agradar a mi prima me quedaré a su lado. Antes de la llegada del señor marqués habíamos de usted y de la distinción de toda su persona —le dijo en voz alta.

El marqués de Adjuda se retiró.

—Caballero, ¿de veras se va a quedar a mi lado? ¡Oh!, entonces tendremos el gusto de conocerlos, y yo satisfaré el deseo que me inspiró de verle la señora de Restaud.

—¿Cómo!, ¡tan falsa es, después de haberme cerrado la puerta de su casa?

—¿Cómo!

—Señora, voy a decirle la causa; pero reclamo toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Yo soy vecino de su señor padre, e ignora que la señora de Restaud fuese su hija, y cometí la inocente imprudencia de hablarle de él, disgustando así a su hermana. A su esposo no puede imaginarse cuán de mal gusto han encontrado esta apostasía filial la duquesa de Langeais y mi prima. Yo les conté lo sucedido, y ellas se rieron como locas. Entonces fue cuando, haciendo un

paralelo entre usted y mi hermana, la vizcondesa de Beausant me habló de usted con elogio y me dijo cuán buena era para mi vecino el señor Goriot. En efecto, ¿cómo no ha de quererle usted si la adora de un modo tan apasionado que hasta llegó a sentir celos? Esta mañana hemos estado hablando de usted más de dos horas, y luego, oído lo que su padre me contó, he comenzado a comprender la prima y le decía que usted no podía ser tan hermosa como amante. Queriendo sin duda favorecer tan entusiasta admiración, la vizcondesa de Beausant me trajo aquí diciéndome, con su acostumbrada gracia, que aquí la vería.

—¿Cómo!, caballero —exclamó la esposa de Nucingen—, ¿le debo ya alguna decimena? Un poco más y vamos a ser antiguos amigos.

—Aunque la amistad debe ser a su lado un sentimiento poco vulgar, yo no quiero ser sólo su amigo —dijo Rastignac.

Estas tonterías le agradaron mucho a la señora Nucingen. El gesto, el acento, la mirada de un joven, le parecieron lables y valiosos. Encontró a Rastignac encantador, y luego, como todas las mujeres, no pudiendo responder nada a cuestiones tan francamente planteadas como la del estudiante, le respondió otra cosa.

—Sí, mi hermana obra mal portándose como lo hace con nuestro pobre padre, que fué para nosotros un dios. Ha sido necesario que el señor de Nucingen me ordenase terminantemente que yo no viese a mi padre más que por las mañanas, para que accediese respecto a este punto. Pero fuí mucho tiempo desgraciada. Lloraba. Estas violencias, sucediendo a las brutalidades del matrimonio, fueron una de las cosas que más me daban mi hogar. A los ojos del mundo soy la mujer más feliz de París, pero en realidad la más desgraciada. Usted me va a juzgar loca habiéndole de este modo, pero ya conoce a mi padre, y este solo hecho basta para que no le considere como un extraño.

—¿Jamás habrá usted encontrado persona que esté animada de un deseo más vivo de pertenecerle —dijo Eugenio—. ¿Qué buscan ustedes todas? la dicha —repuso el estudiante con voz que llegaba al alma—. Pues bien, si la dicha de una mujer consiste en ser amada y adorada, en tener un amigo a quien confiar sus deseos, sus caprichos, sus penas, sus gozos, y morarse ante él en toda la plenitud de su alma, con sus bonitos defectos y sus hermosas cualidades sin temor de ser traicionada, créame, que es corazón adicto, siempre ardiente, no puede encontrarse más que en un hombre joven, lleno de ilusiones, que puede morir a una señal suya y que no conoce aún el mundo ni quiere conocerlo, porque usted será el mundo para él. ¡Había pensado tanto en su persona! Pero no la había soñado tan hermosa como es usted en realidad. La vizcondesa de Beausant me ordenó que no la mirase a usted tanto, porque no sabe lo atractivos que resultan sus bonitos labios rojos, su tez blanca y sus cariñosas manos. Yo también estoy cayendo en locuras; pero no haga usted caso.

La señora de Nucingen animaba a Eugenio con sonrisas, mirando de cuando en cuando a de Marsay, el cual no dejaba el palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció al lado de la señora de Nucingen hasta que su esposa fué a buscar para acompañarla a su casa.

—Señora —le dijo Eugenio—, tendré el placer de ir a verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

—Puesto que la señora le invita, tenga

la seguridad de ser bien recibido —le dijo el barón, especie de alcañón, cuya cara redonda anunciaba una astucia calligrosa.

—Las cosas marchan bien, porque observo que al oír que le decía si me amaría bien no se ha asustado. Le he puesto ya el freno al corcel; conque, sepamos gobernarle —se dijo Eugenio yendo a saludar a la vizcondesa de Beausant, que se levantó y se retiró en aquel momento con Adjuda.

El pobre estudiante no sabía que la baronesa estaba distraída, y que esperaba de de Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Satisfecho de su falso éxito, Eugenio acompañó a la vizcondesa hasta el peristilo.

—Su primo no parece el mismo —dijo el portugués a la vizcondesa cuando se despidió Eugenio—. Es flexible como una anguila, y creo que hará carrera. Sólo usted ha podido elegirle una mujer en el momento en que necesitaba consuelo.

—Pero es decésario saber si Delina ama aún al que la abandona —dijo la señora de Beausant.

El estudiante marchó a pie desde el teatro hasta la calle Nueva de Santa Genevieve haciéndose los más bellos proyectos. Había notado la atención con que la señora de Restaud le había examinado, lo mismo en el palco de la vizcondesa que en el de la señora de Nucingen, y presumió que la condesa ya no le cerraría las puertas de su casa; de suerte que pudo adquirir cuatro relaciones mayores entre la elevada sociedad parisiense, toda vez que contaba simpatizar con la maricela.

—Si la señora de Nucingen se interesa por mí, yo le enseñaré a gobernar a su esposo. Este hace negocios de banca y tal vez pueda ayudarme a adquirir de pronto fortuna.

Eugenio no se decía esto precisamente porque aun no era bastante político para cifrar una situación, apreciarla y calcularla; pero estas ideas flotaban en su horizonte en forma de ligeras nubes, y, aunque no tenían la aspereza de las de Vautrin, si hubiesen sido sometidas al examen de las conciencia, no hubieran dado de sí nada puro. Al llegar a casa, Rastignac se había enamorado de la señora de Nucingen, la cual le parecía fina y esbelta como una golondrina. El estudiante llamó con fuerza a la puerta del padre Goriot, diciendo:

—¡Véneño mío, vi a su hija Delina.

—¿Dónde?

—En los Italianos.

—¿Se divirtió mucho? Entre —dijo Goriot, que se levantó en camisa, abrió la puerta y volvió a acostarse—. Hábleme de ella.

Eugenio, que por primera vez entraba en la pieza del anciano Goriot, no pudo reprimir un movimiento de asombro al verle tan chiribitil como había sido antes después de haber admirado el lujo de la hija. La ventana carecía de cortinas. El papel pegado a las paredes estaba desprendido en algunos lugares por efecto de la humedad y dejaba ver el yeso ennegrecido por el humo. El buen hombre yacía en una mala cama, no tenía más que un cobertor y una manta con pedruzcos de vestidos viejos de la señora Vauquer. El piso era húmedo y estaba lleno de polvo. Enfrente de la ventana se veía una de esas viejas cómodas de madera de hinchado vientre, que tienen nanilleros de cobre, y una mesita vieja de madera sobre la cual velase un jarro de agua y todos los utensilios necesarios para afeitarse. En un rincón los zapatos, a la cabecera de la cama una mesa de luz

ella, y necesitases dinero, mucho dinero, para satisfacer su lujo y sus caprichos? — Hombre, tú quieres que razone y me estás sacando la razón.

—Pues bien, Blanchón, yo estoy loco, cútame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de belleza y de candor y quiero hacerlas felices. ¿Cómo adquirir en cinco años doscientos mil francos para dotarlas? Mira, en la vida existen circunstancias en que hay que jugar a la lotería, el todo y en que es necesario no gastar la vida en ganar dinero.

—Hombre, tú me planteas la cuestión que tiene que resolver todo el mundo al entrar en la vida y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Pero, querido mío, para obrar de ese modo es necesario ser Alejandro o exponerse a ir a pique. Yo me considero feliz con la modesta vida que haré en provincias sucediendo sencillamente a mi padre. Los afectos del hombre lo mismo se satisfacen en un pequeño círculo que en una circunferencia inmensa. Napoleón no comía dos veces ni podía tener más de treinta que las que tiene el médico de medicina cuando está de interno en los Capuchinos. Nuestra dicha, querido mío, se mantendrá siempre entre la planta de nuestros pies y nuestro ocupicio; y que cueste un millón al año o cien luises, en nuestro interior la percepción intrínseca siempre es la misma. Me decido por conservar la vida del chino.

—Gracias, Blanchón, me acabas de hacer mucho bien, seremos siempre amigos.

—Oye—repuso el estudiante de medicina—. Al salir de la clase de Cuvier, en el Jardín de Plantas, vi a la Michonneau y a Polret conversando en un banco con un señor a quien conocí por haberlo visto junto al Congreso durante los motines del año pasado, y que me pareció ser algún agente de policía disfrazado de honrado burgués que vive de sus rentas. Examinémos a esa pareja: ya te diré por qué. Adlós, voy a presentarme a la lista que pasan a las cuatro en el hospital.

Cuando Eugenio volvió a la pensión, encontró al padre Goriot esperándole, quien le dijo al verle:

—Aquí tiene una carta de ella. ¿Eh?, qué bonita letra, ¿verdad?

Eugenio abrió el sobre y leyó lo siguiente:

«Bañero: Mi padre acaba de decirme que le gusta a usted la milanesa italiana, y me consideraría muy feliz si se dignase aceptar un asiento en mi palco. El sábado tendremos a la Fodor y a Pellegrini, y estoy segura de que usted no rehusará. El señor de Nucingen se une a mí para rogarle que venga a comer con nosotros sin falta. Si acepta, le haré un favor libérrimo de su obligación de hacermos compañía.

No me responda, venga, y reciba mis saludos.

D. DE N.
—¡Mudérmela usted!—dijo Goriot a Eugenio después que éste hubo leído la carta.—Irás, ¿verdad?—añadió después de haber olfateado el papel.—¿Qué amor despidió! ¡Cómo se conoce que ella lo ha tocado con sus dedos!

—Una mujer no se arroja así en brazos de un hombre—se decía el estudiante—. Quiere valerse de mí para atraer a Mersay. Sólo el desprecio puede mover a hacer estos cosas.

Eugenio no podía olvidar el delirio de vanidad que ciertas mujeres sienten en aquella época, y no sabía que por abrirse una puerta en el arrabal Saint-Germain la mujer de un banquero era capaz de todos los sacrificios. En aquellos momentos

la moda comenzaba a colocar sobre todas las mujeres a aquellas que eran admitidas en el arrabal Saint-Germain, entre las cuales figuraban en primer lugar la señora de Beausant, su amiga la duquesa de Langeais y la duquesa de Maufrigneuse. Rastignac era el único que ignoraba el furor que las mujeres de la calzada de Antin sentían por entrar en el círculo superior donde brillaban las constelaciones de su sexo. Pero se desconfiaba de él, tímido y le comunicó frialdad y el triste poder de imponer condiciones en vez de recibirlas.

—Sí, iré—respondió Eugenio.
De este modo la curiosidad lo llevaba a casa de la señora de Nucingen; mientras que si esta mujer le hubiese despreciado, tal vez habría ido hacia ella llevado por la pasión. Sin embargo, al día siguiente esperó con impaciencia la hora de partir. Para un joven, su primera intriga tiene tanto encanto como su primer amor. Mientras se vestía, Eugenio saboreó todos esos pequeños goces de que no se atreven a hablar los hombres por temor a que se burlen de ellos, pero que halagan al hombre propio. Eugenio pensaba pensando que la mirada de una mujer bonita penetraría entre sus rizos negros, y se permitió tantas monerías infantiles como hubiera hecho una joven vistiéndose para ir al baile, y se miró complacientemente al espejo diciéndose:

—La verdad es que hay muchos hombres menos agraciados que yo.

Una vez arreglado, Rastignac bajó cuando todos los pensionistas estaban sentados a la mesa, y recibió alegremente el sínfin de estupideces que hizo decir su elegante porte.

—Kl, kt, kt, kt—hizo Blanchón haciendo sonar la lengua contra el paladar como para excitar a un caballo.

—Parte de duque y de par—dijo la señora Vaquer.

—¿Va el señor de conquista?—le preguntó la señorita Michonneau.

—¡Coqueró!—gritó el pintor.

—Mis recuerdos a su señora esposa—dijo el empleado del Museo.

—¿Acaso el señor tiene esposa? preguntó Polret.

—Una esposa con compartimientos, que flota en el agua y garantiza el cutis, de veinticinco a cuarenta de precio, dibujo a cuadros, susceptible de lavarse, mitad hilo, mitad algodón y mitad lana y que cura el dolor de muelas y otras enfermedades aprobadas por la Academia de medicina, excelente, por lo demás para los niños, y mejor para contra el dolor de cabeza, los empachos y otras enfermedades de los ojos, del estómago y de los oídos—gritó Vautrin con la volubilidad cómica y el acento de un sacamuelas—. Señores, ustedes me preguntarán que cuánto cuesta esta maravilla; ¡cuestan! No, nada; es un resto de las provisiones hechas en el Glacé. El resto que han querido ver todos los soberanos de Europa, incluso el gran duque de Baden. Conque, ¡adelante, señores! ¡venga música! ¡bum! ¡la! ¡trin! ¡la! ¡pum! El señor del clarinete vea que toca mal y lo voy a arreglar yo—repuso con voz ronca.

—¡Dios mío! ¡Qué gracioso es este hombre!—exclamó la señora Vaquer mirando a la señora Couture—. Nunca me aburriré con él.

En medio de las risas a que dio lugar este discurso cómicamente pronunciado, Eugenio pudo ver la furtiva mirada de la señorita Thérèse. Ella, que acababa de acercarse a la señora Couture para decirle algunas palabras al oído.

—¡Ahí está el cabrió!—entró a decir Silvia.

—Pues, ¿dónde come?—preguntó Blanchón.

En una casa de la señora baronesa de Nucingen.

—Hija del señor Goriot—agregó el estudiante.

Al ir este nombre, todas las miradas se fijaron en el antiguo fabricante de pastas, que contemplaba a Eugenio con una especie de envidia.

Rastignac llegó a la calle de San Lázaro y se metió en una de esas casas de delgadas columnas y molduras púrpuras que constituyen el bonito París, una verdadera casa de banquero llena de costosos adornos, de estucos y de barandillas de mármol. Encontró a la señora de Nucingen en un saloncito lleno de cuadros Italianos cuya decoración pareciera a la de los cafés. La baronesa estaba triste y los esfuerzos que hizo para ocultar su pena interesaron más vivamente a Eugenio, que no notó fingimiento alguno en ello. El estudiante creía hacer feliz a una mujer con su presencia, y la encontraba desconsolada. Este desencanto acentuó su amor propio.

Señora, tengo aún muy poco derecho a su confianza—dijo Eugenio—después de haberla atormentado hablando de su preocupación; pero si le molestase a usted, cuento con su buena fe para que tuviese la franqueza de decirme lo.

—No; quédese, porque si se marchara, yo estaría sola. Nucingen come fuera de casa y yo no tengo quien me acompañe; necesito distracción.

—Pero ¿qué tiene?

—A usted sería el último a quien se lo diría—exclamó Delfina.

—Pues yo quiero saberlo, porque sus palabras me hacen suponer que el secreto me interesa.

—Puede. Pero no se lo diré—repuso la joven—. Son disgustos del hogar que debían permanecer sepultados en el fondo del corazón. ¿No le decía a usted antes que era una desgraciada? Las cadenas de oro son las más pesadas.

—¿Qué puede usted desear? Es usted joven, hermosa, amada, rica.

—No hablemos de mí—dijo Delfina haciendo un movimiento de cabeza—. Corremos juntos y iremos luego a oír deliciosa música. ¡Esto ya es su gusto!—repuso levantándose y mostrándole su traje blanco de cachemira.

—Lo que yo quisiera es que usted fuera toda mía—dijo Eugenio—. Está encantadora.

—Tendría usted una triste posesión—dijo sonriendo con amargura la baronesa—. Nada aquí anuncia el desgraciado. Y, sin embargo, a pesar de las apariencias, estoy desesperada. Las penas me sacan el sueño y no tardaré en envejecer.

—¡Oh!, eso es imposible—exclamó el estudiante—. Siento curiosidad por saber qué penas son esas que resisten a un amor verdadero.

—Ah, si yo me las confiese, usted huiría de mí. Usted sólo me ama por esa galantería que es general en los hombres; pero si estuviese realmente enamorada, su desesperación no tendría límites. Por vé, pues, que estoy obligada a callar. Por favor—repuso—, hablemos de otra cosa. Ven a usted a mis habitaciones.

—No—permanezco aquí—repuso Eugenio sentándose en un sofá ante la fuego, al lado de la señora de Nucingen, cuya mano tomó con decisión.

Ella le dejó obrar y hasta apoyó la suya en la del joven, haciendo uno de esos movimientos de concentrada fuerza

que denotaban la existencia de grandes emociones.

—Escuche usted —dijo Rastignac—, si tiene penas, debe confiármelas, porque yo deseo probarle que la amo desinteresadamente. O habla usted y me dice la causa de su tristeza a fin de que yo pueda disculparla, aunque haya de matar a seis hombres, o de lo contrario no pongo más los pies en su casa.

—Pues bien —exclamó Delfina dándole una palmada en la frente—, voy a ponerle a prueba al instante.—Si —se dijo—, no hay más que este medio.

Y llamó.

—¿Está enganchado el coche del señor? —le preguntó a su ayuda de cámara.

—Sí, señora.

—Pues bien, me lo llevó, y si pide otro, dñele el mío y mis caballos. Me servirán la comida a las siete. Vamos, venga usted —dijo a Eugenio, que creyó zano al verse en el cupé del señor—, de Nueven en el lado de aquella mujer.

—Al palacio Real, cerca del Teatro Francés! —ordenó Delfina al cochero.

Por el camino la baronesa pareció agitada y negóse a responder a las preguntas de Eugenio, que no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta y obtusa.

En un momento se me escapa —se decía el estudiante.

Observando el coche se detuvo, Delfina miró a Eugenio con aire que impuso silencio a sus locas palabras, pues el joven se había irritado, y le preguntó:

—¿Me quiere usted de veras?

—Sí —respondió Eugenio ocultando la inquietud que le dominaba.

—No pienso pensar mal de mí, mándele lo que le mande?

—No.

—¿Está dispuesto a obedecerme?

—Ciegamente.

—¿Ha jugado usted alguna vez? —le preguntó Delfina con voz temblorosa.

—Sí.

—Ahí, ingrato!, tendrá usted suerte. He aquí mi bolsa. Tome lo que contiene.

Hay cien francos, que es todo el capital que posee esta mujer tan feliz. Suba a una casa de juego, juegue los cien francos a la ruleta, y pierdalo todo o tráigame seis mil francos. No sé dónde hay casa de juego, pero tengo entendido que en el Palacio Real hay alguna. Al volver le contaré a usted mis penas.

—¡Lléveme el diablo si sé lo que voy a hacer!, pero la obedeceré a usted! —dijo Eugenio con la alegría que le causaba el siguiente pensamiento: "Se compromete conmigo y no podrá negarme nada".

Eugenio tomó la bonita bolsa, corrió al número 9, donde le indicaron que había una casa de juego, entró en ella y preguntó dónde estaba la ruleta. Con gran asombro de los asiduos concurrentes, el mozo lo llevó ante una mesa muy larga, y Eugenio, sequeado de todos los espectadores, preguntó sin rodeos que cómo se hacía para jugar.

—Usted coloca un luis en uno de los treinta y seis números y éste sale, le darán a usted treinta y seis luses —le dijo un respetable anciano de cabellos blancos.

Eugenio colocó los cien francos en la cifra de su edad, en el veintuno, y antes de que se hubiera dado cuenta nada, oyó un grido de asombro: había ganado su saberlo.

—Retire usted el dinero —le dijo el anciano—, porque con ese sistema no es posible ganar dos veces.

Eugenio tomó un rastrillo que le entregó aquel señor, recogió los tres mil quinientos francos y, sin saber lo que hacía, los colocó en el color rojo. Los mirones le contemplaron con envidia al ver que seguía jugando; la rueda dio vueltas. Eugenio ganó otra vez y el banquero le entregó tres mil seiscientos francos más.

—Ha ganado usted siete mil quinientos francos —le dijo el anciano al oído—. Si quiere creerme, no juegue más, porque el rojo se ha dado ya ocho veces. Si usted es caritativo, espero que pagará este consejo aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Narbonne, que se encuentra en la mayor necesidad.

Rastignac, aturrido, dió diez luses al hombre de los cabellos blancos y bajó con los siete mil francos sin comprender aún el juego, pero asombrado de su suerte.

—¡Ah!, ¿adónde me llevará usted ahora?

—le dijo mostrándole los siete mil francos a la señora de Nucingen, una vez que se encerró en la portezuela.

Delfina le estrechó contra su corazón y le besó vivamente, pero sin pasión.

—Me ha salvado —le dijo derramando abundantes lágrimas—. Voy a decirselo todo, señor mío, porque será mi amigo, ¿verdad? Usted me ve rica, opulenta, y que nada me falta en esta vida. Pues bien, le digo que el señor de Nucingen no me deja disponer de un centavo. El lo paga todo, la casa, los coches, los abonos, me entrega para mis gastos una suma insuficiente y me reduce por cálculo a una miseria secreta. Yo soy demasiado orgullosa para implorarlo. Además, ¿cómo compraré la más baja de las criaturas, como a mí me da el precio que quiere venderme? ¿Qué cómo me he dejado despojar yo, que poseía setecientos mil francos? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes, y tan sencillas cuando comenzamos la vida conyugal! Las palabras con que tenía que pedir dinero a mi esposo me quemaban la boca; no me atreví a nunca, gasté el dinero de mis economías, el que me dio mi pobre padre, y después me empecé. Para mí, el matrimonio es la más horrible de las decepciones y no puedo hablarle de él. Bástele saber que si fuera necesario me arrojaría por la ventana antes de vivir con Nucingen de un modo distinto del que vivimos, es decir, cada uno en su habitación. Cuando fué necesario confesarme mis deudas de joven, adquiridas para comprar ulhajas y satisfacer mil caprichos (mi pobre padre nos había acostumbrado a no negarnos nada), sufrí lo indecible, pero, por fin, tuve valor para decirselo. ¿No tenía yo una fortuna? ¿Nucingen se encolerizó, y me dijo que le arrojara en los horrores. Hubiera querido que me tragara la tierra. Como se había hecho cargo de mi dote, pagó, no sin estipular para lo sucesivo una pensión con la que yo me conformé a fin de tener paz. Después quise halagar el amor propio de alguien que usted conoce. Si fui engañada por él, me he buro, en cambio, justa a la hora de hacer, en fin, me abandonó indignamente. Nunca se debería abandonar a una mujer a la cual arrojaron un montón de oro en un día de angustia. Siempre debía ser amada. Usted, hermosa alma de veintún años, usted, joven y puro, tal vez me pregunte cómo puede aceptar a una mujer que es de un hombre. ¡Dios mío!

—¿No es natural que se reparta todo con Nucingen? ¿No es natural que debamos nuestra dicha? ¿No es natural que, ¿quién puede preocuparse por una partícula de ese todo? El dinero sólo se convierte en algo en el momento en que el sentimiento desaparece. ¿No se está unido por la vida? ¿Quién de

nosotros prevé una separación creyéndose amada? Si ustedes nos juran un amor eterno, ¿cómo tener distintos intereses?

—Usted no puede imaginarse lo que sufrí hoy cuando Nucingen se negó terminantemente a darme tres mil francos, el que se los da todos los meses a su amante, a una corista de la Ópera. Yo quería matarme y las ideas más locas audían a mi mente, llegando a haber momentos en que envidiaba la suerte de una criada, de mi camarera. Pensar en recurrir a mi padre con una suma tan pequeña y yo me sentí arruinado. Mi pobre padre se habría vendido si pudiese valer seis mil francos, y hubiera sido despreciable en vano. Usted me salvó de la vergüenza y de la muerte: estaba ebria de dolor. ¡Ah, amigo mío, le debía una explicación! He sido sumamente loca con usted. Cuando me dejó y le pidi de vista, quería huir a pie; ¿adónde? No lo sé. He aquí la vida de la mitad de las mujeres de París: un lujo exterior y terribles preocupaciones en el alma. Si algunas mujeres se venden a sus maridos para gobernarles, yo al menos soy libre. Podría hacer que Nucingen me cubriera de oro, y, sin embargo, prefiero llorar con la cabeza apoyada en el hombro del hombre a quien amo. ¡Ah!, esta noche el señor de Marsay no tendrá derecho a mirarme como una mujer a quien ha pagado —añadió Delfina tapándose el rostro con las manos para no dejar ver sus lágrimas a Eugenio, el cual le obligó a destaparse la cara para contemplarla, pues en aquel momento estaba demasiado desahogada para ocultar los sentimientos! ¿No es esto horrible? ¡Ah!, usted no podrá arma nunca".

Esta mezcla de buenos sentimientos que hacen tan grandes a las mujeres, y las faltas que la constitución actual de la sociedad les obliga a cometer, trastornaba a Eugenio, el cual pronunciaba palabras cariñosas y consoladoras, añadiendo a aquellas: "joven mujer tan imprudente en medio de su dolor".

—Prométame que no se servirá de lo que le digo como un arma contra mí.

—¡Ah!, señora, ¡soy incapaz de hacerlo!

Entonces Delfina le tomó la mano y se la puso sobre su corazón.

—Gracias a usted ya estoy libre y alegre. Viva oprimida por una mano de hierro. Ahora quiero vivir sencillamente y no gastar nada. Usted me encontrará bien de cualquier modo, ¿verdad, amigo mío? Guarde esto —le dijo entregándole seis billetes de banco—, y, en conciencia, le debo mil francos. No se los pido, he considerado que jugáramos a media.

Eugenio defendióse como una virgen, pero tomó el dinero al ver que la baronesa le decía:

—Si usted no es mi cómplice, le considero como enemigo mío.

—Bueno, será un depósito hecho para el caso de desgracia.

—¿Es aquí la palabra que yo temía —exclamó Delfina palideciendo—, Si quiere ser algo para mí, ¡jureme no volver nunca más al juego. ¡Oh! ¡Dios mío, ¿yo corromperle? Me moriría de dolor si tal sucediera.

Ya habían llegado. El contraste de aquella miseria y sus aquella opulencia audían tan agudamente en cuyos oídos resonaban las siniestras palabras de Vautrin.

—Séntense usted ahí —dijo la baronesa entrando en su cuarto y señalándole un sofá al lado del fuego—. Voy a escribir una carta muy difícil: aconséjeme.

—No escriba —dijo Eugenio—, Meta los billetes en un sobre, ponga la dirección y

envíelos por su camarera.

—¡Ah!, es usted un gran hombre. He aquí lo que es la cuna. Ese rasgo es de Beausant puro —dijo Delfina sonriendo.

—Es encantadora —se dijo Eugenio, que se iba enamorando cada vez más y respiraba la voluptuosa elegancia de una rica cortesana.

—¿Le gusta mi cuarto? —repuso llamándole a su camarera—. Teresa, lleve usted esto al señor de Marsay y entrégueselo a él en persona. Si no lo encuentra me devolverá la carta.

Teresa no salió sin haber lanzado a Eugenio una maliciosa mirada. La comida estaba servida. Rastignac dió el brazo a la señora de Nucingen, la cual lo llevó a un comedor delicioso, donde el estudiante volvió a ver el lujo de la casa que había admirado en casa de su prima la vizcondesa.

—Los días de función en los Italianos vendrá a comer conmigo y me acompañará —le dijo la baronesa.

—Me acostumbraré a esta agradable vida si hubiera de durar; pero soy un pobre estudiante que tiene que hacer fortuna.

—Ya la hará —repuso riéndose la joven—. Mire, todo se arregla: yo no esperaba ser hoy tan feliz.

Cuando la señora de Nucingen y Rastignac entraron en su puleo de los Bufones, ella revelaba un contento que le hacía parecer tan hermosa, que todo el mundo se permitía hacer pequeñas alusiones contra las que las mujeres no tienen defensa y que hacen creer a veces en desórdenes e immoralidades inventadas a placer. Cuando se conoce París, no se cree nada de lo que se dice ni se dice nada de lo que se hace. Eugenio tomó la mano de la baronesa y ambos hablaron con propensiones más menos vivas, comunicándose las sensaciones que la música les causaba. Para ellos aquella noche fue deliciosa; salieron juntos, y la señora de Nucingen quiso acompañar a Eugenio hasta el puente Nuevo negándole, mientras duró el camino, uno de aquellos besos que tan calurosamente le había prodigado ella en el Palacio Real. Al reprocharle Eugenio su inconsecuencia, ella le respondió:

—Hace un momento era agradecerme todo por un favor inesperado, mientras que ahora sería una promesa.

—¿Y usted no quiere hacerme ninguna, ingrata?

Y se enojó. Haciendo uno de esos gestos de impaciencia que encantan a un amante, ella le dió la mano a besar y él la tomó con una indiferencia que hizo mucha gracia a Delfina.

—Hasta el lunes, en el baile —le dijo la baronesa.

Yendo a pie en medio de una hermosa noche de luna, Eugenio fue presa de serias reflexiones. Estaba en un conflicto y contrariado: contento por una aventura cuyo desenlace probable le haría dueño de una de las mujeres más bonitas y más elegantes de París, objeto de sus deseos; contrariado porque veía derribados sus proyectos de fortuna. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisense, menos se decía a pesar de tener la conciencia de ser pobre. Marchaba arrugando los billetes de banco en el bolsillo y haciéndose mil peregrinos razonamientos para apropiárselos. Por fin llegó a la calle Nueva de Santa Genevieve, entró en su casa, subió, y cuando estuvo en el alto de la escalera vio luz en ella. El padre Goriot había dejado la puerta abierta para luz prevenida, a fin de que el estudiante no se olvidara de hablarle de su hija. Eugenio no le ocultó nada.

—Pero ellas me creen, en verdad,

arruinado? —exclamó el padre Goriot en medio de una violenta desesperación de celos —¡Si aun me quedan mil trescientos francos de renta! ¡Dios mío! ¡Pobre! ¿Qué me ha venido aquí? Yo creía que vendido mis rentas, como a préstamo sobre el capital, y con el resto habría tenido lo bastante para mí. ¡Por qué no corrí a confiarme su apuro, vecino? ¡Cómo tuvo usted el valor de ir a arriesgar al juego sus cien francos únicos? Esto me desgarró el alma. He aquí lo que son los vernos. ¡Oh!, si los tuviera en mis manos, los retorcería al cuello. ¡Dios mío! llorar; pero ¿ha llorado?

—Con la cabeza apoyada en mi chaleco —dijo Eugenio.

—¡Oh!, dímelo usted —dijo el padre Goriot—. ¡Cómo! ¿ha habido ahí lágrimas de Delfina, mi querida Delfina, que nunca la comparé a usted otra, no se lo lleve, déjemele. Según el contrato, ella debe gozar de sus bienes. ¡Ah!, mañana mismo me voy a ver al procurador Derville para exigirle que pida cuenta de su fortuna. Soy un perro viejo, conozco las leyes.

—Mire usted, padre; aquí tiene mil francos que ella quiso darme de sus ganancias. Guárdelos con cuidado.

Goriot miró a Eugenio, tendió las manos para estrechar una de las del joven sobre la cual dejó caer una lágrima y le dijo:

—Amigo mío, Dios es justo y usted tiene que medrar por fuerza. Yo entiendo en prividad y puedo asegurarle que hay muchos hombres que se lo parecen. ¿También usted quiere ser mi querido hijo? Bien, pues; váyase a dormir. ¡Ah! ¿conque ha llorado, en tanto que yo estaba aquí tranquilamente, comiendo como un imbécil mientras ella sufría? ¿Yo, que haría lo indecible por evitarles una lágrima a una y a otra?

—Se dijo Eugenio mientras se acostaba —creo que seré hombre honrado toda mi vida. Hay no sé qué placer en seguir siempre las inspiraciones de la conciencia.

Al día siguiente, a la hora del baile, Rastignac fue a casa de la vizcondesa de Beausant, la cual lo llevó a casa de la duquesa de Carignano para presentarlo, siendo bien acogido por la marquésa, en cuya casa encontró a la señora de Nucingen. Delfina hablaba engalanado con intención de agradar a todos, para gustar más a Eugenio, de quien esperaba impacientemente un mirada, creyendo ocultar su impaciencia. Durante aquella fiesta, el estudiante miró toda la fuerza de una situación y comprendió que tenía una posición en el mundo, siendo primo de la vizcondesa de Beausant. La conquista de la hermosa baronesa de Nucingen, que ya le atribuían, le ponían tan de relieve, que todos los jóvenes le dirigían miradas de envidia, las cuales, sorprendidas por él, le hicieron gustar los primeros placeres de la fatuidad. Pasando de salón a otro y atravesando los grupos oyo alabar su suerte. Todas las mujeres le predican que tendría éxito. Delfina, temiendo perderle, le prometió no negarle por la noche el beso que la antevíspera le había negado. En aquel baile, Rastignac recibió varias invitaciones, fue presentado por su prima a algunas mujeres jóvenes, y por elegantes y cuyas casas tenían fama de agradables, y vióse lanzando en la más grande y hermosa vida parisense. Aquel baile tuvo, pues, para él, los encantos de un brillante estreno, y toda la vida debía acordarse de él.

Al día siguiente, cuando le habló de su suerte al padre Goriot delante de los de-

más huéspedes, Vautrin echó a reír de una manera diabólica.

—Y ¿ere usted que un joven a la moda puede vivir en la calle Nueva de Santa Genevieve, en la casa Vaquer, pensión, que es, indudablemente, muy respetable para esos conceptos, pero que no tiene nada de respetable —exclamó con el feroz lógico—. Esta casa es abundante y orgullosa de ser la vivienda momentánea de un Rastignac; pero al fin y al cabo esta en la calle Nueva de Santa Genevieve y desconoce el lujo porque es *patriarcal*, *rama*. Amiguito mío —repuso Vautrin con un acento paternalista, si quiere figurarse que París, en sus salones, un tilburi por la mañana, un cupé por la noche, total nueve mil francos en vehículos, y usted sería indigno de su destino si no gastase tres mil francos en sastre, seiscientos en perfumista, cien cuidados en casa del zapatero y otros cien en cosas de modas. Respecto a la planeadora ha de costarle mil francos más o menos. No lo hablo a usted de lo que perderá en el juego, en apuestas y en regalos, y es imposible contar menos de dos mil francos para el bolsillo. Yo hice esa vida y conozco lo que cuesta. Añada usted a estas primeras necesidades trescientos lúises para comer y mil francos para dormir. Con un anciano lleno de años, ¿veinticinco mil francos al año o cuando en el lodo, siendo la burla del prójimo, y nos desojamos de nuestro porvenir, de nuestros éxitos. ¡Ah!, me olvidaba del ayuda de cámara y del groom, porque ¿va a ser Cristóbal el que ha de llevar sus cartitas amorosas? Hacer tal sería suicidarse. Cree a un anciano lleno de experiencia. Tráslaselo usted a una virtuosa buharra en diciéndole por el trabajo, emprenda otra senda.

Dicho esto, Vautrin guió el ojo señalando a la señorita Taillefer, a fin de recordársela y resumir con su señal los seductores razonamientos que había empleado para comprarle. Casaron varios días, durante los cuales Rastignac hizo vida de disipación: comía casi todos los días con la señora de Nucingen, a la cual acompañaba a todas partes, retirábase a las tres o las cuatro de la mañana, se levantaba a las doce para vestirse, e iba a pasear al Bosque con Delfina cuando hacía buen tiempo, prolongando así las horas sin concebir su valor, y aspirando todas las enseñanzas y todas las seducciones del mundo. Jugaba fuerte, perdía o ganaba mucho, y acabó por acostumbrarse a la exorbitante vida de los jóvenes parisenses. De sus primeras ganancias había enviado mil quinientos francos a su madre y a sus hermanas, acompañando su restitución de bonitos regalos. Aunque había anunciado que desataba abandonar la casa Vaquer, ya estaba en los últimos días de mes de enero y no sabía cómo salir de ella. Los jóvenes están sometidos, casi todos, a una ley inextinguible en apariencia, pero cuya razón proviene de su misma juventud y de la especie de locura que se aferran al placer. Ricos y pobres, si tienen nunca dinero para las necesidades diarias, mientras que no encuentran siempre para sus caprichos. Rastignac estaba en esta situación. Tronado siempre para la señora Vaquer, y rico, en cambio, para las exigencias de la vanidad, su bolsillo sufría regularmente crisis lúndicas que estaban en desacuerdo con los pagos naturales. Para dejar la hedionda e insoportable pensión donde se humillaban periódicamente sus pretensiones, ¿no era necesario pagar un mes por adelantado y comprar muebles para su habitación de elegante? He aquí una cosa imposible. Si Rastignac

...sabía procurarse dinero en el juego para comprar relojes y cadenas de oro pagados con sus ganancias, que iban luego al Monte de Piedad, en cambio de carca de interés y de audiencia, cuando se trataba de pagar la pensión o de comprar las cosas indispensables para la explotación de la vida de elegante. Por aquella época, Rastignac había perdido su dinero y habíase empeñado. El estudiante comenzaba a comprender que era imposible seguir aquella vida sin tener recursos fijos; pero al mismo tiempo, que tenía y se lamentaba de su situación precaria, sentíase incapaz de renunciar a los goces de aquella vida, y quería continuarla a toda costa. Los azares con que había contado para hacer fortuna se volvían quiméricos, y los obstáculos reales se aggrandaban. Al iniciarse en los secretos domésticos del señor de Nucingen, había visto que para vencer al amor en instrumento de fortuna era menester pasar toda clase de vergüenzas y renunciar a las ideas nobles, que son la absolución de las faltas de la juventud. Aquella vida exteriormente espléndida, pero roída por todas las tenias del remordimiento, y cuyos negativos placeres eran caramente expiados en las penitencias angustiosas que le agradaba, enloquecía en ella, preparándose, lo mismo que el *Distraído* de La Bruyère, un lecho en el fango del foso; pero, como el *Distraído*, aun no había hecho otra cosa que mancharse la ropa.

—¿De modo que ya hemos matado al mandrill? —le preguntó un día Blanchon al término de la mesa.

—Todavía no, pero ya está en el estor— respondió Eugenio.

El estudiante de medicina tomó esta palabra por una broma, cuando en realidad no lo era. Rastignac, que por primera vez conía en la pensión después de mucho tiempo, había estado en la penitencia de la comida. En lugar de salir después de los postres, permaneció en el comedor sentado al lado de la señorita Taillefer, a la que de cuando en cuando dirigía expresivas miradas. Algunos pensionistas estaban aún sentados a la mesa comiendo nueces, y otros se paseaban continuando discusiones condescendientes. Como él, todas las noches, cada uno obraba a su capricho. En invierno era raro que el comedor quedase completamente despejado ante de las ocho, momento en que las cuatro mujeres se quedaban solas y se venaban del silencio que su sexo les imponía en medio de aquella reunión masculina. Sorprendido del profundo silencio que reinaba en la sala, Eugenio, Vautrin quedase en el comedor, a pesar de haber dicho que tenía prisa, y se mantuvo constantemente de modo que no fuese visto por Eugenio, el cual debió creerle ausente. Después, en vez de acompañar a los pensionistas que se retiraron los últimos, estacionados tímidamente en el salón: permaneció en el alma del estudiante, y prefería un silencio decisivo. En efecto, Rastignac hallábase en la situación perpleja que han debido conocer muchos jóvenes. Ante o coqueta, la señora de Nucingen había hecho sufrir a Rastignac todas las angustias de una pasión verdadera, desvelando para él la hipocresía y los pros y contras de la vida. Después de haberse comprometido a los ojos del público para tener a su lado al primo de la vizcondesa de Beaucourt, Delina no se decidía a darle realmente los derechos de que gozaba. Hacía un mes que irritaba de tal modo los sentidos de Eugenio, que éste había terminado por enfadarse. Si el estudiante creyó ser el amo durante los

primeros momentos de sus relaciones, la señora de Nucingen había logrado reponerse mediante manejos hábiles. ¿Era esto lo más caído del mundo? No, pero con siempre sinceras hasta en medio de sus mayores falsedades, pues ceden constantemente a algún sentimiento natural. Tal vez Delina, luego de haber dejado que aquel joven tomase de pronto tanto imperio sobre ella, y después de haberle demostrado demasiado cariño, obedecía a un sentimiento de dignidad que le obligaba a recobrar o reprimir las concesiones que le había hecho. Por respeto a sí mismo, Eugenio no quería que su primer combate terminase con una derrota, y persistía en su persecución. Sus ansiedades, su amor propio ofendido y sus desesperaciones falsas o verdaderas, le unían cada vez más a aquella mujer. Todo París le creía dueño de la señora de Nucingen, cuando en realidad no estaba más avanzado que el primer día que la había visto. A veces, al verse sin un centavo y sin porvenir, pensaba, no obstante la voz de la conciencia, en las probabilidades de fortuna que le había hecho ver Vautrin, en su matrimonio con la señorita Taillefer. Se encontraba, pues, en uno de esos momentos en que su miseria hablaba con tanta elocuencia, que cedió casi involuntariamente a los artificios de la esfinge cuyas miradas le fascinaban a veces. En el momento en que Poiret y la señorita Michoncaub subieron a su habitación Rastignac, que se creía solo con la señora Vauquer y la señora Couture, miró a la señorita Taillefer de una manera bastante tierna para hacerle bajar los ojos.

—¿Tiene usted penas, señorito Eugenio?

—le preguntó Victorina después de un momento de silencio.

—¿Que hombre no las tiene? —respondió Rastignac. Si nosotros los jóvenes se asemejan bien seguros de ser amados con una abnegación que nos recompensase de los sacrificios que siempre estamos dispuestos a hacer, tal vez no las tendríamos jamás.

Por toda respuesta, la señorita Taillefer le dirigió una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—Señorita, usted hoy se cree segura de su corazón; pero ¿respondería de no cambiar nunca?

Cual si un rayo brotase de su alma, la cara de la joven iluminóse y sonrió de tal modo, que Eugenio sintió haber perdido tan viva expresión de sentimiento.

—¿Cómo! Si mi alma está tan fuerte y fecunda, ¿admiraría una inmensa fortuna, ¿seguiría amando al joven pobre que la hubiese querido durante sus días de angustia?

Victorina hizo un pequeño gesto de cabeza.

—¿Aunque el joven fuese muy desgraciado?

—Nuevo movimiento de cabeza.

—¿Que tonterías está diciendo usted?

—exclamó la señora Vauquer.

—Déjenos—respondió Eugenio—, nosotros nos entendemos.

—¿Cómo! ¿Hay ya acaso promesa de matrimonio entre el caballero Eugenio, de Rastignac y la señorita Victorina Taillefer?

—le preguntó Vautrin con su gruesa voz presentándose de pronto en la puerta del comedor.

—¡Ah!, nos ha asustado—exclamaron a la vez las señoras Couture y Vauquer.

—¿Por qué elegir—respondió Eugenio, que sufrió la emoción más cruel de su vida al oír la voz de Vautrin—, ¿por qué elegir a la señorita Taillefer?—dijo la señora Couture—. Hija mía, suamos a nuestra habitación.

La señora Vauquer siguió a las dos mujeres a fin de economizar luz y fuego, pasando la velada en su cuarto, y de ese modo Eugenio hallóse a solas con Vautrin.

—Ya sabía que usted se vendría al fin—le dijo éste, mirándole con imperturbable sangre fría—. Pero, escuche usted. Yo tengo tanta delicadeza como puede tener otro, y opino que no debe decirse en este momento, por lo que usted me ha dicho, que me tiene deudas, y yo no quiero que sea la pasión ni la desesperación, sino la razón, lo que le determine a venir a mí. Tal vez necesite usted algún millar de escudos. Téngalos, ¿los quiere?

Y diciendo esto, Vautrin sacó su cartera del bolsillo y acarició las miradas del estudiante ensillando los billetes de banco. Eugenio hallábase en una terrible situación; debía cien luises perdidos bajo su palabra al marqués de Adjudá y al señor de Trailles; no tenía dinero, y no se atrevía a ir a pasar la velada a casa de la señora de Restaud, donde era esperado. Celebrábase en esta casa una de esas reuniones sin condiciones, donde se comen pasteles, se bebe té, pero donde se pueden perder seis mil francos al whist.

—Caballero—le dijo Eugenio ocultando apenas un temblor convulso—, después de lo que usted me ha confiado, ya comprenderá que me es imposible deberle favores.

—Está bien; me hubiera causado pena oírle hablar de otro modo—repuso el tentador—. Es usted un joven apuesto, delicado, activo como un león y cariñoso como una niña. Sería usted una hermosa presa para el diablo. Me gusta esta clase de jóvenes. Dos o tres reflexiones más de elevada política y verá el mundo tal cual es. Representando algunas escenas de virtud, el hombre superior satisface todos sus caprichos con gran aplauso de los necios que componen la turba. Antes de pocos días usted será de los nuestros. ¡Ah!, si quisiera ser discípulo mío le haría llegar a todas partes, y no tendría usted un deseo que no quedase satisfecho al instante. Usted es un joven rico, distinguido, fuerte. Sería usted nuestro niño mimado, nuestro Benjamín, y exterminaríamos al mundo entero por causarle un placer. Todo lo que fuera un obstáculo sería derribado. ¿Tiene escrúpulo porque me toma por un bandido? Pues bien; tenga presente que un hombre tan probo como usted puede ser bandido. Si Vautrin, hacia negocios con los bandidos, sin creerse por eso comprometido. No quiere deberme favores ¿verdad? Pues bien, que no quede en eso—repuso Vautrin sonriéndose—. Tome los billetes y póngame aquí—añadió sacando una lotería—. Aceptada por la suma de tres mil quinientos francos, pagaderos en un año, y luego la fecha y la firma. El interés es bastante crecido para sacarle todo escrúpulo, y puede usted llamarme judío y considerarse libre de todo agradecimiento. Hasta quiero permitirle que me desprecie hoy, seguro de que algún día me querrá. Encontrará usted en mí los inmensos abismos que usted mismo ha reconocido, concentrados que los necios llaman vicios. En fin, no soy ni un peón ni un alfai, sino una torre, hijo mío.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? ¿Qué grado para atormentarme?—exclamó Eugenio.

—No: soy un buen hombre que quiere mancharse las manos para usted, libre de manchar el resto de sus días. ¿Se pregunta el motivo de mi abnegación? Pues bien, ya sé que día se lo diré al oído. Hoy le propongo darle una buena fortuna,

nada más que haciendo una señal que no le compromete en nada, y duda usted.

Eugenio firmó la letra y la cambió por los billetes de banco.

—¡Vamos a ver, razonemos —agregó Vautrin—. Dentro de algunos meses, yo me voy a América a cultivar allí el tabaco, y le enviaré cigarros de amigo. Si llego a ser rico, le ayudaré a usted, y si no tengo hijos (cosa probable, pues no siento deseo alguno de retoñar en este mundo), le legaré mi fortuna. ¿Es esto su amigo de un hombre? Yo le quiero a usted, y como hice ya otras veces, mi pasión es sacrificarme por otros. ¡Ay, hijo mío!, aunque a usted no le parezca vulgar, vivo en una esfera más elevada que la de los demás hombres, y considero las acciones como medios sin mirar nunca al fin. ¿Qué es un hombre para mí? Esto

—dijo haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra los dientes—. Un hombre es todo o nada. Cuando se llama Poiré, es como que nada, y entonces se le puede aplastar como a una pulga, porque hiede; pero cuando se parece a usted, un hombre es un dios, porque ya no es una máquina cubierta de piel, sino un teatro donde nacen los sentimientos más hermosos, y yo sólo vivo para los sentimientos. ¿Un sentimiento no es el mundo en un pensamiento? Vea usted al padre Goriot: para él, sus dos hijas son el universo, el hilo que le dirige en la creación. Ahra bien: para mí, que conozco mucho la vida, no existe más sentimiento real que la amistad de hombre a hombre. ¡Ha visto usted muchas gentes que han buscado valor para acudir sin decir palabra ni hablarle de moral, cuando un compañero les dice: "¡Vamos a matar a uno!" Pues bien, yo hice eso. No le hablaría así a todo el mundo. Pero usted es un hombre eminente, lo comprende todo y se le puede hacer todo. Usted no pasará mucho tiempo sumergido en los sentimientos en que viven los renacuajos que nos rodean aquí. Conque queda dicho: se casará.

Vautrin salió sin querer oír la respuesta negativa del estudiante. Parecía conocer el secreto de esas pequeñas resistencias que los hombres se disculpan a sí mismos.

—Que haga lo que quiera: pero yo no me casaré con la señorita Taillefer —se dijo Eugenio.

Después de haber sufrido la molestia de la fiebre que le produjo la idea de un pacto hecho con aquel hombre que le horrotraba, pero que crecía a sus ojos por el mismo propio de sus ideas y por la audacia con que se oponía a la sociedad, Rastignac se vistió, pidió un coche y fué a casa de la señora de Restaud. Hacia algunos días que esta mujer demostraba gran afecto a Eugenio, cada uno de cuyos pasos era un progreso en el corazón del gran mundo, y cuya influencia llevaba consigo de su aliento día temblor. Rastignac pasó a los señores de Restaud y a Adjudá, jugó al whist y recibió a los señores de la casa. Suerte que la mayor parte de los hombres cuyo porvenir no está aún fijado y que son más o menos fatalistas, cuico ver en su suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en caminar por el buen camino. Al día siguiente por la mañana se apresuró a preguntarle a Vautrin si tenía algo de cambio, y ante su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos y recibió su letra dando muestras de un placer muy natural.

—Todo va bien —le dijo Vautrin.

—Sí, mas recuerde que yo no soy su cómplice —respondió Eugenio.

—Lo sé, lo sé —dijo Vautrin interrumpi-

éndolo—. Usted aun hace negociados y se detiene en la puerta a hacer bifurcaciones.

Dos días después, Poiré y la señorita Michonneau estaban sentados en un banco al sol en un paseo del Jardín de Plantas y hablaban con el señor que con razón había parecido sospechoso al estudiante de medicina.

—Señorita —decía el señor Gondureau—, no veo de dónde nacen sus escrúpulos. Su Excelencia el ministro de la policía general del reino...

—¡Ah! ¿Su Excelencia el ministro de la policía general del reino? —repitió Poiré.

—Sí, Su Excelencia se ocupa de este asunto.

Gondureau, que parecía penetrar a los hombres, yó en seguida en Poiré a un necio burocrata e hizo salir el *Doux ex machina* tan pronto como era necesario deslustrar a Poiré, el cual le pareció el amante de la Michonneau, como la Michonneau le parecía la querida de Poiré.

—Todas veces que Su Excelencia me llama... ¡Ah!, eso es diferente —dijo Poiré.

—Ya yo estoy al señor, cuya opinión parece que le inspira confianza —dijo el falso rentista dirigiéndose a la señorita Michonneau—. Pues bien, Su Excelencia tiene ahora la más completa seguridad de que el tal Vautrin, hospedado en la casa de Vaquer, es un forzoso escudero del presidente de Tolón, donde es conocido con el nombre de Burla-la-Muerte.

—¡Ah! ¿Burla-la-Muerte? —dijo Poiré—. Muy afortunado debe ser para haber merecido ese nombre.

—Sí, ya lo creo —repuso el agente—. Ese hombre lo debe a la suerte que tuvo en no perder la vida en los cuencos de las presas que llevó a cabo. Mire usted, es hombre peligroso y tiene cualidades que le hacen extraordinario, y su condena fué una cosa que le honró mucho a los ojos de los suyos.

—¿Es, pues, un hombre de honor? —le preguntó Poiré.

—A su modo. Consintió en salir responsable de un crimen de otro, una falsificación cometida por un hermoso joven a quien quería mucho, un joven italiano bastante jugador que luego entró en el servicio militar, donde se portó muy bien.

—Pero si Su Excelencia el ministro de la policía está seguro de que el señor Vautrin es Burla-la-Muerte, ¿para qué me necesita a mí?

—¡Ah!, sí —dijo Poiré—, si el ministro, como usted ha tenido el honor de decirnos, tiene alguna seguridad...

—Seguridad no, lo sospecha únicamente. Un usted a comprender la cuestión. Jacobo Collin, apodado Burla-la-Muerte, goza de toda la confianza de tres presidentes, que le han elegido para ser su agente y su banquero, y gana mucho dinero ocupándose de esta clase de negocios, para los cuales se precisa un hombre señalado.

—¡Ah!, ¡ah!, ¿comprende el cuervo, señorita? —dijo Poiré—. El señor le llama al hombre señalado porque debe tener alguna señal.

—El falso Vautrin —prosiguió el agente— recibe el dinero de los presidentes, lo coloca, lo conserva y lo tiene a disposición de los que se escapan, de sus familias o de sus amantes, según lo disponen en su testamento.

—¿De sus amantes? ¿Querrá usted decir de sus mujeres? —advirtió Poiré.

—No, señor; generalmente, el forzado sólo tiene mujeres ilegítimas, a las que nosotros llamamos concubinas.

—¿De modo que viven en estado de concubinato?

—Claro.

—Pues bien, esos horrores no debía tenerlos el ministro —dijo Poiré—. Ya que tiene usted el honor de ver a Su Excelencia, a usted, que parece tener ideas filantrópicas, le corresponde comunicar la conducta inmoral de esas gentes que tan mal ejemplo dan al resto de la sociedad.

—Pero, señor mío, el gobierno no los mete allí para que sean modelo de virtudes.

—Es verdad. Sin embargo, señor, permítame...

—Pero, querido mío, deja hablar al señor —dijo la señorita Michonneau.

—Usted me entiende, señorita —repuso Gondureau—. El gobierno puede tener un gran interés en apoderarse de una caja que le dé ideas de lo que hay que hacer en sumas: Burla-la-Muerte coloca en ella considerables valores, ocultando no sólo las sumas que poseen algunos de sus compañeros, sino también las que provienen de la sociedad de los Diez Mil...

—¡Diez mil! ¡ladrones! —exclamó asustado Poiré.

—No, la sociedad de los Diez Mil es una asociación de bandidos, de gente que sólo trabaja en grande y que no emprende ningún negocio que por lo menos no le dé diez mil francos de ganancia. Esta sociedad se compone de las más distinguidas gentes de mal vivir, pájaros que conocen el código y que nunca se exponen a que les apliquen la pena de muerte cuando los apresan. Collin es el hombre de confianza y el consejero, y con sus inmensos recursos, este hombre supo crear una policía propia y relaciones inmensas que envuelven un impenetrable misterio. Aunque hace un año que le tenemos rodeado de espías, aun no pudimos ver a que hiciera aplicación de la tal política, pues, constantemente, para asustar a los vivos, y tienen en pie un ejército de malos sujetos que están en perpetuo estado de guerra con la sociedad. Aprecar a Burla-la-Muerte y apoderarse de sus fondos será cortar el mal de raíz. Así que esta expedición se ha convertido en un asunto de Estado y de elevada política, susceptible de honrar a los que cooperen a su éxito.

Usted mismo, señor, podría ser otra vez empleado en la administración, desempeñando el cargo de secretario de un comisario de policía, funciones que no le impedirían cobrar la pensión que tiene de retiro.

—Pero, ¿por qué no se escapa Burla-la-Muerte con la caja? —preguntó la señorita Michonneau.

—¡Oh! —exclamó el agente—, adondequiera que fuese, iría seguido de un nombre encerrado de material, si robara al prestado. Además, una caja no se roba tan fácilmente como parece, y, por otra parte, Collin es un hombre incapaz de hacer semejante acción, porque creíase deshonrado.

—Tiene usted razón, señor —dijo Poiré—, quedaría completamente deshonrado.

—Pero con todo esto, ¿no nos dice por qué no vienen a apoderarse de él? —preguntó la señorita Michonneau.

—Está bien, señorita —respondió: pero —le dijo al oído— dígame a su señor que no me interrumpa, porque de lo contrario, no acabaremos nunca. Al venir aquí, Burla-la-Muerte se echó capa de hombre honrado y se incluyó en una modesta pensión de media que el señor Vautrin es hombre considerado que hace negocios considerables.

—Naturalmente —se dijo Poiré para sus adentros.

—Si se llegase a detener a un Vautrin

verdadero, el ministro no quiere cargar con las responsabilidades, ni ser el blanco de la opinión pública. El señor prefecto de policía tiene enemigos, y si llegase a cometer un error, los que desean su plaza aprovecharían de los gritos y clamores generales para hacerse saltar. Se trata de proceder como se procedió en el asunto Cogiard, con el falso conde de Santa Elena, el cual, si hubiera sido verdadero, nos hubiese dado un disgusto. De modo que es menester asegurarse antes.

—Sí, pero para eso usted tiene necesidad de una mujer bonita —se apresuró a decir la señorita Michonneau— para que la Muerte no se dejara abordar por ninguna mujer, pues no le gustan las mujeres.

—Pero suponiendo que yo me prestase a hacerlo por dos mil francos, aun no veo lo que necesitaría hacer.

—Nada más fácil —dijo el desconocido—. Yo le entregaré un frasco que contiene una dosis de licor preparado para el menor peligro. Esta droga lo mismo puede echarse en el vino que en el café. En seguida usted lleva ese hombre a la cama y lo desviste como para aliviarle del ataque, y en el momento en que se queda solo, le registra para ver si le encuentra las marcas.

—Pero ¡si eso no es nada! —dijo Poirot.

—Bueno, ¿consiente usted? —le preguntó Gendreau a la solterona.

—Diga, señor mío, ¿me darán también los dos mil francos en el caso de que no encuentre las letras?

—No, ¿qué será, pues, la indemnización?

—Quinientos francos.

—Hacer semejante cosa por tan poco? El mal es el mismo en la conciencia, y yo quiero tenerla tranquila, señor.

—Yo le garantizo que la señorita tiene mucha conciencia, además de ser persona muy amable y de gran talento.

—Pues bien —repuso la señorita Michonneau— ¿deme usted tres mil francos si es Burla-la-Muerte y nada si es un hombre honrado.

—Conformes —dijo Gendreau—, pero con la condición de que ha de hacerse mañana.

—No, señor mío, mañana no, porque debo consultar a mi confesor.

—¡Tuná! —dijo para sí el agente levantándose; luego prosiguió en voz alta—: Bueno, entonces hasta mañana, y si necesitan hablarme, vayan a la calle de Santa Ana, al extremo del patio de la Capilla Santa y pregunten por el señor chónneau.

Blanchón, que salía de la clase de Cuvier, oyó la original palabra Burla-la-Muerte y el conforne del célebre jefe de la policía secreta.

—¿Por qué no termina usted de una vez y así tendrá trescientos francos de renta vitalicia? —dijo Poirot a la señorita Michonneau.

—¿Por qué? —le contestó ella—. Porque hay que reflexionar. Si el señor Vautrin fuese Burla-la-Muerte, tal vez sería más ventajoso arreglarse con él. Sin embargo, pedirle dinero equivaldría a prevenirle, y sería capaz de escaparse sin dar nada, lo cual sería una gran tontería.

—Aunque se le dijese algo, ¿no nos dijo ese señor que estaba vigilado? —repuso Poirot—. En fin, veo que usted lo perderá todo.

—Por otra parte, ese hombre me es muy antipático y no sabe decirme más cosas desagradables —pensó la señorita Michonneau.

—Yo creo que usted haría muy bien —agregó Poirot—. Como dijo ese señor, que me parece muy simpático y que va muy bien vestido, siempre es un acto de obediencia a las leyes el desembarazar a la justicia de un criminal, pero virtuoso que éste sea. El que tuvo, retuvo. ¿Y si le diese la gana de asesinarnos a todos? ¡Qué diablo! Nosotros seríamos culpables de esos asesinatos, sin contar con que a lo mejor seríamos sus primeras víctimas.

La preocupación de la señorita Michonneau no le permitía oír las frases de Poirot. Una vez que este año le empezaba la sesión de los francos, se hablaba como una máquina con cuerda. Al llegar ambos a la casa Vauguer, la solterona Michonneau vio que Eugenio de Rastignac hablaba con la señorita de Taillefer con tanto interés, que la pareja no notó el paso de los dos ancianos huéspedes cuando cruzaron el comedor.

La cosa no tenía más remedio que acabar así, dijo la señorita Michonneau a Poirot—. Ya hacía ocho días que se miraban de un modo escandaloso.

—Sí —respondió el anciano.

Por la mañana, Eugenio había sido reducido a la mayor desesperación por la señora de Nucingen, y, en su fuero interior, habíase abandonado por completo a Vautrin, sin querer sondear los motivos de la amistad que le demostraba este hombre extraordinario ni el porvenir de semejante unión. Era menester un milagro para sacarle del abismo en que había puesto los pies hacia una hora, cambiando con la señorita Taillefer las más dulces promesas. Victorina creía oír la voz de un ángel, el cielo abríase para ella, y la casa Vauguer se cubría de esos tintes fantásticos que los decoradores dan a los palacios de teatro: la joven amaba, era amada, o al menos ella lo creía así. Vautrin entró alegremente y leyó en el alma de los jóvenes a quienes había unido mediante las combinaciones de su genio infernal, pero cuya alegría se turbó de pronto tarareando una canción con su gruesa voz.

Victorina huyó considerándose tan feliz como desgraciada había sido hasta entonces. ¡Pobre muchacha! Un apretón de manos, su mejilla rozada por los cabellos de Rastignac, una palabra dicha tan cerca de su oído que había sentido el calor de sus labios del estudiante, su talle oprimido por un tembloroso brazo, un beso dado en su cuello, fueron los esponsales de su pasión, esponsales que la proximidad de la gruesa Silvia, amenazando entrar a cada paso en aquel comedor radiante, contribuyó a hacer más ardientes, más vivos y más comprometedores. Los testimonios más hermosos de la abnegación mostrados en las historias más célebres de amor. Aquellos *menudos sufrimientos* le parecían crímenes a aquella piadosa joven que cada quince días se confesaba. En aquel momento, había prodigado más tesoros de alma que los que podría dar entregándose por entero cuando le diese tica y feliz.

El asunto está arreglado —dijo Vautrin a Eugenio—. Los dos petimetres se han piteoteado y todo pasó convenientemente. Cuestión de opiniones. Vuestro pichón insultó a mi halcón. Mañana en el caso de Clignancourt. A las ocho y media, mientras la señorita se bañaba, yo le haré, heredaré el cañío y la fortuna de su padre. Parece extraño que pueda decirse esto, ¿verdad? El pequeño Taillefer es fuerte a espada y confiado, pero recibirá una estocada que yo inventé, una manera de levantar la espada y de pincharle en la frente. Ya le enseñaré a

usted cómo se hace, porque es sumamente útil.

Rastignac escuchaba con aire ausente y no podía responder nada. En aquel momento entraron el padre Goriot, Bianchon y algunos periodistas más.

—Así es como quería verle —le dijo Vautrin—. Ya sabe usted que se le hace. Bien, aguicheño mío, usted gobernará a los hombres porque es fuerte y bien plantado. Cuento siempre con mi estimación.

Vautrin quiso estrecharle la mano, pero Rastignac se apresuró a retirarla, como si él palidiese y creyó ver un mar de sangre ante sus ojos.

—¡Ah!, ¿nos quedan aún algunas mantillas manchadas de virtud? —le dijo Vautrin en voz baja—. Papá de Olban tiene tres millones, yo conozco su fortuna. La dote le dejará limpio hasta a sus propios ojos como el mulo de una desposada.

Rastignac ya no dudó, y resolvió ir aquella misma noche a advertir a los señores Taillefer padre e hijo. En aquel momento, como Vautrin le hubiese exclamado, el padre Goriot le dijo al oído:

—Hijo mío, ¿está usted triste? ¡Ah!, no se apure, yo voy a alegrarle. Venga exclamó el antiguo fabricante de pastas encendiendo un fósforo en uno de los quinqués.

Eugenio lo siguió lleno de curiosidad.

—Entremos en su cuarto —dijo el buen hombre, que le había pedido a Silvia la llave del cuarto del estudiante—. Esta mañana creyó que ella no le amaba, ¿eh? le ha tratado muy mal y usted se fue muy enojado. Ella me esperaba, ¿comprende usted? Teníamos que ir a acabar de arreglar una bonita habitación, a la cual iría usted a vivir dentro de tres días. No me delate, porque ella quiere darle una sorpresa; pero yo no quise ocultarle el secreto por más tiempo. Estará usted en la calle de Artois, cerca de la de San Lorenzo, y allí le encontrará un príncipe, pues le compramos magníficos muebles. ¡Cuántas cosas hemos hecho de un mes a esta parte sin decirle nada a usted! Mi provocador se puso a trabajar y mi hija tendrá sus treinta mil francos anuales, interés de su dote. Por lo demás, yo voy a exigir ahora el empleo de estos ochocientos mil francos en bienes raíces.

Eugenio permanecía mudo y pasébase a lo largo de su pobre y desordenado cuarto. El padre Goriot aprovechó un momento en que el estudiante le volvía la espalda y puso sobre la chimenea una cajita de marroquí rojo sobre el cual estaban impresas en oro las armas de Rastignac.

—Hijo mío —decía el pobre hombre—, con todo esto he mermado mucho mi fortuna; pero no importa, porque, después de todo, lo hice por egoísmo, toda vez que estaba interesado en que usted cambiase de casa. ¿Verdad que no me negará nada si yo le doy algo?

—¿Qué desea usted?

—Eugenio, de su habitación, en el quinto piso, hay un cuartito que depende de ella, y yo viviré en él. ¿Verdad? Me voy haciendo viejo y estoy demasiado lejos de mis hijas. No le molestaré a usted, estaré allí, y así me hablará todas las noches de ellas.

—¿Verdad que no le contraría esto? Cuando entre por la noche yo estaré acostado, le oirá usted decir: "Ahora acaba de ver a mi pequeña Delfina y la llevó al baile para que sea feliz". Si estuviese enfermo, el oírle entrar, salir, ir y volver sería un bálsamo para mí, porque ¡hay tanto de mis hijas en usted! No tendré más que dar un paso para todos los días y donde las verá siempre, mientras que ahora a ve-

ces llevo tarde. Y luego, que ella quizá venga a visitarle, y yo la oiré, la verá con su traje de mañana, trotando alegremente como un cervatillo. Hace un mes que está alegre y satisfecha como cuando era soltera, y esta dicha se la debe a usted. ¡Oh!, haré lo imposible por usted. Hace un momento que me decía: "¡Fai, soy muy feliz!". Cuando me dicen cariñosamente *padre mío*, me hielan; pero cuando me llaman *papá*, me creo veras de niñas y refrescan todos mis recuerdos, pareciéndome que no pertenecí a nadie —añadió enjugándose los ojos—. Hacía ya mucho tiempo que no había oído esta frase y que yo me hubiera dado el brazo. ¡Oh!, si, pronto hará días que no me salía acompañado de mis hijas. Y ¡qué satisfacción experimento en rozar sus ropas, llevar su mismo paso y participar de su calor! En fin, esta mañana llévate a Delina a todas partes, entré con ella en las tundas y la acompañe a su casa. ¡Oh!, conserve usted a su lado. A veces tengo necesidad de alguno de los dos. En favor, y yo estaré a su lado. ¡Oh!, ¡si ese maldito alanciano muriese, si la gota tuviera el buen sentido de subírsele al estómago, mi pobre hija sería feliz, le tendría a usted por yerno y sería ostensiblemente su marido! ¡Bah!, es tan desgraciado no conociendo los placeres del mundo que le absorben de todo. ¡Bah!, ¡Bah!, debe estar de parte de los padres que aman bien. Ella le quiere a usted demasiado —dijo meneando la cabeza después de una pausa—. Por el camino hablaba de usted conmigo diciéndome: "¡No es verdad, padre mío, que es hermoso y que tiene buen corazón? ¡Le habla de mí!". ¡Bah!, me había sin parar desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas, desahogando su corazón en el mío. Durante toda la mañana dejó de ser viejo y me parecía que no pesaba una onza. Le dije que usted me había entregado el billete de mil francos. ¡Oh!, ¡pobrecita!, lloró de emoción. Pero, ¿qué tiene usted sobre la chimenea? —dijo al fin el padre Goriot, que se moría de impaciencia al ver inmóvil a Rastignac.

Eugenio, completamente preocupado, miraba a su vecino con aire distraído.

Aquel duelo que le había anunciado Vautrin para el día siguiente, contrastaba tan violentamente con la realización de sus más caras esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla.

Volvióse hacia la chimenea, vió en ella la cajita cuadrada, la abrió y dentro encontró un papel que tapaba un reloj de Breguet. En aquel papel estaban escritas estas palabras:

"Quiero que piense usted en mí a todas horas, porque..."

DELFINA".

Sin duda esta última palabra hacía alusión a alguna escena que había tenido lugar entre ellos. Eugenio sintióse conmovido al ver sus argmas ematadas en los el interior de la tapa. Aquella joya tanto tiempo desecada, aquella, que llave y los dibujos, respondían a sus deseos. El padre Goriot estaba radiante. Sin duda había prometido a su hija comunicarle los menores efectos de la sorpresa que su regalo causaría a Eugenio, pues el anciano parecía gozar en tercer término de las emociones, dando muestras de no ser el menos feliz. El pobre ya se acercaba a Rastignac por su hija y por el mismo.

—Vaya usted a verla este noche, que le espera. El zote del alanciano cena con su ballarina esta noche. ¡Ah!, ¡ah!, ¡qué asombrado quedó cuando mi procurador

le dijo lo que pasaba! ¿No pretende querer a mi hija hasta la adoración? Que la toque, y lo mato. La sola idea de saber que mi Delfina está en... (suspiró) me haría cometer un crimen. Pero de todas maneras no sería cometer un homicidio, porque ese hombre es una cabeza de buey sobre un cuerpo de cerdo. Me llevaré usted consigo, ¿verdad?

—Sí, buen padre Goriot, ya sabe usted que le quiero.

—Ya lo veo, y sé que no se avergüenza de mí. Déjeme usted abrazarle —dijo estrechando entre sus brazos al estudiante—, prométeme que la hará muy feliz: ¡rá usted a verlo, ¿verdad?

¡Oh!, si, luego que salí para asuntos que no admiten dilación.

—Puedo servirle de algo yo?

—¡Hombre, sí. Mientras voy a casa de la señora de Nucingen, vaya usted a casa del señor Taillefer padre y dígame que me conceda esta noche una hora para hablarle de un asunto de gran importancia.

—¡Bueno, ¿qué le voy a decir? —dijo el padre Goriot, cambiando de expresión—. ¡Hace usted la corte a su hija, como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Por vida de...! No sabe lo que es un puñetazo a lo Goriot, y créame que, si me engañase, sería cuestión de andar a puñetazos. ¡Oh!, pero, no, eso es imposible.

—Le juro a usted que hace un momento que me he convencido de que sólo amo a una mujer en el mundo —dijo el estudiante.

—¡Ah!, ¡qué dicha! —exclamó el padre Goriot.

—Es que el hijo de Taillefer se bate mañana y yo ol decir que le matarán —repuso el estudiante.

—¿Y qué le importa a usted eso? —preguntó Goriot.

—Es necesario decirse para que le impida a su hijo acudir al duelo.

En aquel momento oyóse la voz de Vautrin en el umbral de su puerta, donde cantaba:

Ricardo, rey mío,
La grey te abandona.

—¡Brun! ¡brun! ¡brun! ¡brun!

El mundo recorro,
Doquiera aparezco.

—¡Tra, la lá! ¡Tra, la lá!

—Señores —gritó Cristóbal—, la sopa está servida y todo el mundo espera.

—Toma —dijo Vautrin—, véte a buscar una botella de Burdeos.

—¿Le gusta a usted el reloj? —preguntó el padre Goriot—. Mi hija tiene buen gusto, ¿verdad?

Vautrin, el padre Goriot y Rastignac bajaron juntos, y, a causa de su tardanza, juntos tuvieron que sentarse a la mesa. Durante la comida, Eugenio miró a Vautrin con gran frialdad, a pesar de que nunca había desplegado tanta gracia aquel hombre, que tan simpático le era a la señora Vauquer. Vautrin tuvo graciosas salidas y se atacó a todos los peñonistas, contribuyendo su seguridad y sangre fría a consternar a Eugenio.

—¿Qué hierba ha pisado usted hoy? —le preguntó la señora Vauquer a Vautrin—. Está alegre como unas castañuelas.

—Cuando hago buenos negocios siempre estoy alegre.

—¿Gracias? —dijo Eugenio.

—Sí, entregué una partida de mercancías que me ha de valer una bonita comisión. Señorita Michonneau —dijo al ver que la solterona le examinaba—,

¿tengo acaso monos en la casa para que me nira, usted de ese modo? Si acaso, ya me los quitaré para serle a usted desagradable. Poirot, supongo que usted no se enfadará por esto, ¿eh? —dijo guiñándole el ojo al empleado del Museo.

—¡Por vida de...! debería usted servir de modelo para un Hércules burlón —le dijo el joven pintor a Vautrin.

—No tengo inconveniente en que la señorita Michonneau quiere servir de modelo para una Venus de cementerio —respondió Vautrin.

—¿Y Poirot? —preguntó Bianchón.

—Poirot servirá de modelo de Poirot y será el dios de las peras —exclamó Vautrin.

—De las peras fofas —completó Bianchón.

—Bueno, todo eso no son más que tonterías —dijo la señora Vauquer—, y más valdría que usted nos convidara a ese buen vino de Borgoña que bebe. Eso nos mantendrá alegres, aparte de que es bueno para el estómago.

—¡Ah!, señorita Vautrin —, la señora presidenta les llama a todos. La señora Couture y la señorita Victorina no tomarán en serio nuestros discursos; pero respeten la inocencia del padre Goriot. Les invito a una pequeña *botellarama* de Burdeos que la marca de Lafitte hace doblemente ilustre, dicho sea sin alusión política. ¡Vamos, chino —dijo mirando a Cristóbal, que no se movió de su sitio—. Aquí, Cristóbal. ¡Cómo!, ¿no entiendes por tu nombre? Chino, tráeme los líquidos.

—Aquí tiene usted, señor —dijo Cristóbal presentándole la botella.

Después de haber llenado el vaso de Eugenio y el del padre Goriot sirvióse lentamente algunas gotas de vino, lo probó y se inclinó entre los dos vecinos bebián, exclamó de pronto:

—¡Diable!, ¡cómo sabe a corcho! Esta tómatela tú, Cristóbal, y véte a buscarlos otra; a la derecha, ¿sabes? Somos dieciséis, baja ocho botellas.

—Puesto que usted hace eso —dijo el pintor—, yo pago un centenar de castañas.

—¡Oh!

—¡Hurra!

—¡Bien!

Cada uno lanzó su exclamación, y Vautrin gritó:

—Vamos, mamá Vauquer, dos de champán.

—¡No!, ¡eso sí que no! ¡Por qué no me pides la casa? ¡Dés de champán, que cuestan doce francos los que nos gano yo! Si el señorito Eugenio quiere pagarnos, yo daré una copita de casis.

—Sí, su casis que purga que es un gusto —dijo en voz baja el estudiante de medicina.

—¡Quieres callar, Bianchón? —exclamó Rastignac—. Venga el champán, yo lo pago.

—Silvia —dijo la señora Vauquer—, traiga los bizcochos y los pastelillos.

—Sus pastelillos son demasiado grandes y tienen barba —dijo Vautrin—. Respecto a los bizcochos, vengan.

En un momento circuló el vino de Burdeos, los convidados amiraronse y la alegría aumentó, oyéndose grandes risas en medio de los cuales resonaban algunas imitaciones de diversas voces de animales. Al empleado del Museo habiábase ocurrido reproducir un grito de París que tenía cierta analogía con el maullido del gato cuando está con el celo, e inmediatamente ocho voces gritaron simultáneamente siguientes frases:

—¡Afilar cuchillos y navajas!

—¡Alpiste para los pajaritos!

—¡El traperío!
 —¡Componer fuentes y platos!
 —¡A la barca! ¡a la barca!
 —¡Compró trajes viejos, galones, sombreros!

—¡La cereza!, ¡la buena cereza!

La palma la ganó Bianchón por el acento nasal con que gritó:

—¿Quién compra paraguas?

En pocos instantes allí hubo un ruido capaz de volver loco a cualquier persona y una conversación llena de sandeces, una verdadera ópera que dirigía Vautrin como un maestro de orquesta, vigilando a Eugenio y al padre Goriot, que ya parecían borrachos. Con la espalda apoyada en la silla, ambos contemplaban aquel inusitado desorden con aspecto de gente que bebiera poco, pues ambos estaban preocupados por lo que tenían que hacer aquella noche, y sin embargo sentíanse sin fuerza para levantarse. Vautrin, que seguía los cambios de sus semblantes mirándolos a hurtadillas, aprovechó el momento en que sus ojos vacilaron y parecieron querer cerrarse, para inclinarse al oído de Rastignac y decirle:

—¡Miguito mío, no es aún lo bastante astuto para luchar con el papá Vautrin, el cual le quiere demasiado para permitirle que haga tonterías. Cuando yo vuelvo algo, sólo Dios tiene fuerza para oponerse a mis decisiones. ¡Ah!, ¿quería usted ir a advertir a Taillefer por el momento a obrar como un chiquillo? El horno está caliente, la harina está amasada, el pan está en la pala, mañana tendremos pan, y ¿usted quería impedírnoslo coerlo? No, no se cederá. Si tenemos algún remordimiento, la digestión lo hará desaparecer. Mientras usted duerme, el coronel Franchessin le procurará la herencia de Miguel Taillefer con la punta de su espada. Haciendo a sus hermanos, Victorina tendrá quince mil francos de renta. Tomé informes, y sé que la herencia de la madre asciende a más de trescientos mil francos.

Eugenio escuchaba estas palabras sin poder responder, sentía pegada su lengua al paladar, tenía un sueño invencible y ya no veía la mesa y los condesales más que a través de una densa niebla. El ruido no tardó en apaciguarse, los huéspedes se fueron uno a uno, y luego, cuando las señoras Vauquer y Couture, la señorita Victorina, Vautrin y el padre Goriot quedaron solos, Rastignac vio como el sobase que la señora Vautrin recogía las botellas para volver a llenarlas.

—¡Ah!, ¿qué loca es la juventud! — decía la viuda.

Esta fué la última frase que pudo comprender Eugenio.

—No hay nadie como el señor Vautrin para improvisar estas bromas — dijo Silvia —. Cristóbal ya está como una cuba de caudales, mamá — dijo Vautrin —, me marché al bulevar a admirar al señor Marti en *El Monte Salvaje*, que es una gran obra sacada del *Solitario*. Si quiere venir, la llevaré, y lo mismo digo a estas señoras.

—Muchas gracias — dijo la señora Couture.

—¿Cómo, vecina! — exclamó la señora Vauquer —, ¿se niega usted a ir a ver una pieza sacada del *Solitario*, obra hecha por Atala de Chateaubriand, que tanto nos gusta y que nos hacía llorar el verano pasado como Magdalenas debajo de los tilos; en fin, una obra moral que puede instruir a la señorita?

—¿Dios está prohibido ir al teatro — respondió Victorina.

—Vamos, ¿éstos ya están fuera de combate — dijo Vautrin moviendo de una manera cómica las cabezas del padre Go-

riot y de Eugenio.

Colocando la cabeza del estudiante sobre la silla, para que pudiese dormir cómodamente, le besó cariñosamente en la frente cantando:

*Duerme, duermé, amor mío,
 Que yo velo por ti.*

—Mucho temo que se sienta mal — dijo Victorina.

—Pues entonces quedéase a cuidarlo! — le dijo Vautrin al oído, que tal es el deber de toda mujer sumisa. Este joven la adora a usted y yo le profetizo que usted será su mujercita. En fin — dijo en voz alta —, *¡fueron muy considerados con usted el señor Goriot, feices y tuvieron muchos hijos. He aquí como acaban todas las novelas de amor. Vamos, mamá — dijo volviéndose hacia la señora Vauquer y abrazándola —, arréglese. Entretanto, voy a buscar un coche.*

Y salió cantando:

*Hermoso sol, divino sol
 Que haces nadar los frutos.*

—¡Dios mío! Señora Couture, con este hombre no puede haber tristezas. Vamos — y mirando al fabricante de pastas dijo —: ya ronen el padre Goriot. A este viejo avano nunca se le ocurrió llevarme a ninguna parte. ¡Dios mío!, se va a caer al suelo. Es indecoroso que un hombre pierda la razón de este modo. Me dirán ustedes que no se puede perder lo que no se tiene. Silvia, súbalo a su cuarto.

Silvia tomó al anciano por debajo de los brazos, le hizo andar y lo arrojó como un fardo sobre la cama.

—¡Pobre joven! — decía la señora Couture separando los cabellos de Eugenio, que le caían sobre los ojos —. Es como una damisela, no sabe lo que es un exceso.

—¡Ah! — dijo la señora Vauquer —, en treinta y un años que hace que tengo casa de pensión, puedo decir que hubo aquí muchos jóvenes, pero no recuerdo ninguno tan bello ni tan distinguido como el señorito Eugenio. ¡Qué hermoso está cuando duerme! Pero, señora Couture, sosténgale la cabeza. ¡Bah! la apoya en la señorita Victorina: los jóvenes tienen un Dios que los protege. A poco más se rompe la cabeza contra la silla. ¡Qué buena pareja harían los dos.

—Pero, señora, ¿cómo usted — dijo la señora Couture —, ¿dice unas cosas!

—¡Bah! — repuso la señora Vauquer —. El no nos oye. Vamos, Silvia, ven a vestirme. Voy a ponerme el corsé nuevo.

—El corsé nuevo después de haber comido, señora — dijo Silvia —. No, busque usted quien la apriete, que yo que es yo no quiero ser su asesino. Cometería usted una imprudencia que podría costarle la vida.

—Me es igual; la cuestión es hacer honor al señor Vautrin.

—¿Tan bien está usted con sus herederos?

—¡Vamos, Silvia, basta — dijo la viuda saliendo.

—¡A su edad! — dijo la cocinera contemplando a su ama y mirando después a Victorina.

La señora Couture y su pupila, sobre cuyo hombro apoyábase Eugenio, se quedaron solas en el comedor. Los requintos de Cristóbal resonaban en la silenciosa casa y hacían notar el apacible sueño de Eugenio, que dormía como un niño. Feliz pudiendo realizar uno de esos actos de caridad con los que pueden desahogarse todos los sentimientos de la mujer y que

le permitía, sin pecar, sentir el corazón del joven latiendo junto al suyo, Victorina mostraba en su cara algo martirialmente protector que la embellecía. A través de los mil pensamientos que nacían en su corazón, alboroeaba un tumultuoso impulso nacido a causa de la aproximación de aquel hombre puro y joven.

—¡Pobre hija mía! — dijo la señora Couture estrechándole la mano.

La anciana admiraba aquel rostro cándido y enfermizo, rodeado a la sazón por la aureola de la dicha. Victorina parecíase a una de esas sencillas pinturas de la Edad Media en las cuales olvidó todos los accesorios el artista, el cual reservó la idea de su pincel para la cara amarilla de tono, pero donde el cielo parece reflejarse con sus tintes de oro.

—Y sin embargo, mamá, no bebí más que dos vasos — dijo Victorina parando los dedos a través de la cabellera de Eugenio.

—Pero, hija mía, si fuese un vicioso, hubiese resistido el vino como los demás. Sin embargue hace, en verdad, su mejor elogio.

El ruido de un coche oyóse en la calle. —Mamá — dijo la joven —, aquí está el señor Vautrin. Tome a Eugenio, porque no quisiera ver vista así por ese hombre, que tiene dichos que ensucian el alma y más que nada me gustan a un mujer como si la desvislase.

—No — dijo la señora Couture —, te equivocas. El señor Vautrin es un buen hombre, brusco, pero bueno como el difunto señor Couture; un hombre de mal genio, pero de buen corazón.

Vautrin entró muy despacio y contempló el cuadro formado por aquellos dos muchachos, acariciados por el resplandor de una lámpara. Dijo:

—He aquí escenas que hubieran inspirado hermosas páginas a Bernardino de Saint-Pierre. Señora Couture, ¡qué hermosa es la juventud! ¡Pobre muchacho!, duermes, cuando tal vez otros están labrando su vida — dijo la señora Vauquer volviéndose a la viuda — lo que me encanta de este joven, lo que me conmueve, es el saber que la belleza de su alma está en armonía con la de su cuerpo. Mírela, ¿no parece un querubín apoyado en el hombro de un ángel? A decir verdad, es muy digno de ser amado, y si yo fuera mujer querría morir, pero ¿qué digo?, vivir por él. Señora, admirándole así — dijo aproximándose al oído de la viuda —, no puede uno menos de pensar que Dios los crió al uno para el otro. ¡Oh!, la Providencia tiene vías ocultas y sonda los pechos y los corazones — exclamó en voz alta —. Viéndolos unidos, hijos míos, unidos por una misma patria, por los mismos sentimientos humanos, me digo que es imposible que os veáis nunca separados en el porvenir. Dios es justo. Pero — dijo a la joven — me parece ver en usted líneas de prosperidad. ¿Me quiere usted dar la mano, señorita Victorina? Entiendo en cuimancia, y muchas veces es la buena ventura. Vamos, no me de miedo.

—¿Qué veo? Le juro a fe de hombre honrado que antes de poco será una de las más ricas herederas de París, colmará usted de dicha al que le ama, a su padre la llamará a su lado y se casará con un joven hermoso, con título y que la adora.

En este momento, los pesados pasos de la viuda, que se balanceaba, interrumpieron la profecía de Vautrin.

—Aquí viene mamá Vauquer, hermosa como una estrella y empuerada como una nevada. Me parece que nos hemos acercado demasiado, mamá, y que hay peligro de una explosión. Pero, en fin, ya reco-

geré yo los despojos con el mismo cuidado que si fuese un anticuario.

—Como sabe echar propos a la francesa, ¿eh? —dijo la patrona a la señora Couture.

—Adiós; hijos míos! —repuso Vautrin volviéndose hacia Eugenio y Victorina—. Yo os bendigo —agregó poniendo la mano sobre sus cabezas—. Créame, señorita, los votos de un hombre honrado dan buena suerte, porque siempre son escuchados por Dios.

—Adiós, querida mía —dijo la Vauquer a la señora Couture—. ¿Cree usted que el señor Vautrin pueda tener intenciones respecto a mi persona? —añadió en voz baja.

—Je, je.

—¡Ah!, mamá querida —dijo Victorina suspirando y mirándose las manos cuando las dos estuvieron solas—. ¡Si ese señor Vautrin hubiese dicho la verdad!

—Para ello haría que el monstruo de tu hermano se cayese del caballo —respondió la anciana.

—¡Ah, mamá!

—¡Dios mío! Tal vez es un pecado deear mal al enemigo —repuso la viuda—; pero, en fin, haré penitencia, porque, a decir verdad, de buena gana llevaría a mi hijo a su tumba. ¡Qué coraje! ¡Tener el valor de defender a su madre, cuya fortuna disfruta. ¡Y cuidado que mi prima tenía una buena fortuna! Por desgracia para ti, en el contrato matrimonial no figuró su dote.

—Siempre amargaría mi dicha la consideración de que su logro hubiese costado la vida a nadie —dijo Victorina—. Y para ser feliz fuera necesario que mi hermano desapareciese, preferiría vivir siempre así.

—¡Dios mío! Como dice ese señor Vautrin, que ya ves que es hombre religioso y que no tiene nada de incrédulo, como esos otros que hablan de Dios con menos respeto, su tumba debería ser el diablo, ¿quién sabe las vías ocultas de que dispone la Providencia para llevarnos ahí bien?

Ayudadas por la gruesa Silvia, las dos mujeres transportaron a Eugenio a su cuarto, lo acostaron, y la cochera le desabrochó la ropa para que durmiera más a gusto. Antes de marcharse, cuando su protectora volvió la espalda, Victorina besó en la frente a Eugenio, y después contempló su cuarto, resumió en un solo pensamiento toda la felicidad de aquel día y luego se durmió considerándose la criatura más feliz de París.

La algazara a favor de la cual Vautrin hizo beber a Eugenio y al cual Goriot vino narcotizado decidió la pérdida de aquel hombre. Bianchon, medio borracho, olvidó de interrogar a la señorita Michonneau acerca de Burla-la-Muerte, lo cual hubiera despertado las sospechas de Vautrin, o mejor dicho, de Jacobo Collin, que era una de las celebridades del predio. Por otra parte, el apodo de Venus del cementerio decidió a la señorita Michonneau a entregar al forzado en el momento en que, confiando en la generosidad de Collin, pensaba advertirle el peligro que corría y aconsejarle que se escapase por la noche. La solterona acababa de salir acompañada de Poirat para ir a ver al jefe de policía, creyendo que iba con un alto funcionario llamado Gondureau. El director de la policía judicial la recibió con amabilidad, y después de una conversación en la que quedó todo precisado, la señorita Michonneau pidió la policía que había de servir para llevar a cabo la identificación de la persona. Por el gesto de contento que hizo el gran hombre de la calle de Santa Ana buscando

un frasco en un cajón de su mesa-escritorio, la señorita Michonneau advinó que había en aquella captura algo más importante que la detención de un sencillo presidiario. A fuerza de conjeturas los susos sospechó que, por algunas revelaciones hechas a los traidores de presidio, la policía esperaba llegar a tiempo para apoderarse de considerables valores. Cuando comunicó sus sospechas a aquel viejo zorro, éste echóse a reír y quiso desvanecer la hipótesis de la solterona diciéndole:

—Señaló usted Collin es la sorbona más temble que ha habido nunca entre ladrones, y eso es todo. Los pillastres lo saben, lo consideran como su sostén y su jefe, y todos le quieren. Y este pillastre no dejará nunca su troncho en la plaza de Grève.

Con seguridad que la señorita Michonneau no había comprendido las palabras de la jefa que había empleado Gondureau; sorbona y troncho son dos energías expresiones del lenguaje de los ladrones, que son los primeros que han sentido la necesidad de considerar la esfera humana bajo dos aspectos. Sorbona es la cabeza del hombre vivo, sus consensos, sus pensamientos; y troncho es el tronco, el desprecio destinado a expresar lo poco que es la cabeza una vez separada del tronco.

Collin nos engaña dijo el jefe de policía—. Cuando damos con esa clase de hombres que parecen barras de acero templadas a la inglesa, nos queda el recurso de meterlos si hacen la menor resistencia mientras se les va a cabo el resto. ¡Códigos! ¡Códigos! alguna acción de esta clase para matar a Collin mañana por la mañana. De este modo se evita el proceso, los gastos de custodia y de alimentación, y se desembaraça de un pilla a la sociedad. Las costas, los honorarios de los testigos, las indemnizaciones, la ejecución y todos los demás requisitos que son más de mil francos que serán para usted. Además, economizáse el tiempo. Dando un buen bayonetazo a Burla-la-Muerte, impedimos un centenar de crímenes y evitaremos la corrupción de cincuenta malos sujetos que se mantendrán tranquilos en los alrededores de la prisión correccional. Esta es la verdadera policía, y, según los buenos filósofos, obrar así es prevenir crímenes.

—Y servir al país —dijo Poirat.

—¡Ya lo creo! —replicó el jefe—. Ciertamente que serviremos al país. Por eso digo yo que la gente se muestra injusta con nosotros, que hacemos a la humanidad mil servicios. Nosotros, que somos la policía, que servimos al país, sobreponerse a las preocupaciones sociales. París es París. Estas palabras explican mi vida. Mañana estaré con mis gentes en el jardín del Rey. Envíe usted a Cristóbal a la calle Buffon, a casa del señor Gondureau, que era donde yo vivía antes. Caballero, considéreme como un servidor. Si alguna vez me oye, me lo roban algo, ya sabe que estoy a sus órdenes.

—Vaya —dijo Poirat a la señorita Michonneau—, hay quien al oír hablar de la policía se subleva, y sin embargo ya usted ve que este señor es muy amable y lo que le pide no puede ser en verdad más sencillo.

El día siguiente debía ocupar lugar preferente entre los más extraordinarios de la historia de la casa Vauquer. Hasta entonces el más sobrelleante acontecimiento de aquella vida apacible había sido la aparición metecórica de la falsa condesa de Ambermesnil. Pero todo iba a eclipsarse ante las periferias de aquel gran día, que serviría de tema eterno a las

conversaciones de la señora Vauquer, Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once. La señora Vauquer, que había vuelto del teatro a las doce, quedóse en la cama hasta las diez del siguiente día, y el prolongado sueño de Cristóbal que había acabado el vino que le había dado Vautrin, originó retrasos en el servicio de la casa. Poirat y la señorita Michonneau quejéronse de que el almuerzo se atrasase, y respecto a Victorina y la señora Couture, durmieron hasta las nueve de la mañana. Vautrin salió antes de las once, cuando el mozo le anunció que el almuerzo estaba servido. Nadie se quejó, pues, cuando a eso de las once y cuarto, Silvia y Cristóbal fueron a llamar a todas las puertas diciendo que iba a servirse el almuerzo. Mientras que Silvia y el criado se ausentaron, la señorita Michonneau, que había bajado primero que nadie, derramó la poción en un cuenco de plata de Vautrin, buble en el cual centelleaba el baño de María la crema para su café. La solterona había contado con esta particularidad de la posada para llevar a cabo el cometido. Aunque no sin algunas dificultades, los siete pensionistas se encontraron al fin reunidos. En el momento en que se desayunaba Eugenio se decidiese a bajar, un recadero le entregó una carta de la señora de Nucingen, que decía así:

Amigo mío: No soy vanidosa ni siento rencor contra usted. Le esperé hasta las diez de la madrugada. ¡Esperar al ser que se ama! El que conocí este suplicio no se lo impone a nadie. Ya se conoce que usted ama por primera vez. ¿Qué ha ocurrido? La inquietud se apoderó de mí, y si no me atrevo a descubrirle mi corazón, habría sido a saber qué acontecimiento feliz o desgraciado le ocurrió. Pero ¿salir a aquellas horas a pie o en coche, no era perderse? He sentido la desgracia de ser mujer. Tranquilícame, explíqueme por qué no vino después de lo que le dije mi padre. Me enfadaré, pero le perdonaré. ¿Esté usted enfermo? ¿Por qué vive tan lejos de mí? ¿Un palabra, por favor. Hasta muy pronto, ¿verdad? Si está ocupado, con cuatro letras me bastará. Dígame: "voy" o "sufro". Pero si usted se encontrase mal, mi padre hubiera venido a decirme. ¿Qué habrá ocurrido...?

—Si, ¿qué habrá ocurrido? —exclamó Eugenio entrando precipitadamente en el comedor y guardando la carta sin acabar de leerla—. ¿Qué había es?

—¿Qué había? —dijo Vautrin mientras tomaba el café.

El ex presidiario dirigió a Eugenio esa mirada friamente fascinadora de que disponen algunos hombres eminentemente magnéticos, con la cual, según dicen, cálmase a los locos en los manicomios. Eugenio temió de pies a cabeza. El ruido que hizo oyendo la frase le dio un golpe en la frente del señor Taillefer entró precipitadamente, con aire azorado, exclamando:

—¡Señorita, su señor padre la llama; ocurre una gran desgracia. El señor Federico se batió en duelo, recibió una estocada en la frente, y los médicos desesperan de salvarle. Ya no tiene conocimiento, difícilmente llegará usted a tiempo para despedirse de él.

—¡Pobre joven! —exclamó Vautrin—. ¿Cómo hay quien se bate teniendo treinta mil francos de renta? No hay duda que la juventud es muy loca.

—¡Caballero! —le gritó Eugenio.

—¿Qué pasa, jovenzuelo? —dijo Vautrin acabando de beber magníficamente.

su café, operación que la señorita Michonneau seguía con mirada demasiado atenta para que le interesase el extraordinario acontecimiento que asombraba a todo el mundo. ¿Acaso no hay dulcos todos las mañanas en París?

—Victorina, yo la acompaño —decía la señora Couture.

Y aquellas dos mujeres huyeron sin chal ni sombrero. Antes de marcharse, Victorina, con los ojos ensuciados en lágrimas, dirigió a Eugenio una mirada que significaba: «No creía que nuestra dicha hubiera de costarme tantas lágrimas».

—¿Caramba! ¿Es usted acaso, profeta, señor Vautrin? —preguntó la señora Vaquer.

—Yo lo soy todo —dijo Jacobo Collin.

—¿Es raro! —repuso la señora Vaquer desmenuchando una sartén de frases insignificantes antes de aquel desconcierto a la muerte nos sorprende sin consultarnos, y los jóvenes a veces se van antes que los viejos. Nosotras, las mujeres, tenemos la dicha de no estar expuestas al duelo; pero en cambio sufrimos otras cosas que los hombres no sufren. Tenemos hijos, y el mal de madre dura mucho tiempo. Éste es el premio gordo para Victorina, porque su padre no tendrá más remedio que adoptarla.

—Así es el mundo —dijo Vautrin mirando a Eugenio—. Ayer no tenía un centavo y hoy nada en millones.

—Vaya, señorito Eugenio, veo que usted tuvo buen ojo —exclamó la señora Vaquer.

Al ir esto, el padre Goriot miró al estudiante, y vio que éste tenía en la mano la carta de su hija y la arrugaba.

—¿Cómo!, ¿no ha acabado usted de leerla? ¿Qué significa eso? ¿Será usted también como los otros? —le preguntó el padre Goriot.

—Señora, yo nunca me casaré con la señorita Victorina —dijo Eugenio, dirigiéndose a la señora Vaquer con un tono de horror y de desprecio que sorprendió a los asistentes.

El padre Goriot hubiera querido besarle la mano, pero contentóse con estrecharla.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Vautrin—. ¡Col tempo! —dijo al decir los italianos.

—Espero contestación —dijo a Rastignac el recadero de la señora Nucingen.

—Dígame que irá.

El recadero se fué. Eugenio estaba en tal estado de irritación, que no le permitía ser prudente.

—¿Qué hace? —decía en voz alta hacia el conserje mismo—. No hay pruebas.

Vautrin se sonrió. En aquel momento la poción comenzaba a hacer sus efectos. Sin embargo, el presidiario era tan robusto, que se levantó, miró a Rastignac y con voz hueca le dijo:

—Joven, cuando menos uno se lo figura, se está labrando como un cuerpo muerto.

—¿Hay, pues, una justicia divina? —dijo Eugenio.

—¿Qué le pasa al pobre señor Vautrin?

—Una apoplejía! —gritó la señorita Michonneau.

—¡Silvia, hija mía, vaya a buscar al médico, corral! —dijo la viuda—. ¡Ah!, señor de Rastignac, suba a escape a la habitación del señor Blanchon, porque es fácil que Silvia no encuentre a nuestro médico, el señor Grimpel.

Rastignac, satisfecho de tener un pretexto de abandonar aquella caverna empantofada, se fué corriendo.

—Vamos, Cristóbal, corra a la farmacia a pedir algo contra la apoplejía.

Cristóbal salió.

—Pero, padre Goriot, ayúdenos a llevarle allá arriba —dijo, la señora Vaquer agarrando a Vautrin y disponiéndose a llevarlo a su cama.

—Yo no les sirvo de nada, y, por consiguiente, me voy a ver a mi hija.

—Vete, viejo egoísta; ¡ojalá que te vayas morir como un perro!

—Vaya usted a ver si tiene éter —dijo a la patrona la señorita Michonneau, la cual, ayudada por Poiret, le había desabrochado las ropas a Vautrin.

La señora Vaquer bajó a su habitación y dejó duena del campo a la señorita Michonneau, la cual había recibido orden de que diese al presidiario una fuerte palmada en la espalda a fin de ver si en medio de la rubicundez que le produjese el golpe, aparecían dos letras, las cuales serían señal de que el tal señor Vautrin era el presidiario fugado.

—Vamos, síquele usted la camisa y déle vuelta en seguida. Sirvame usted al menos para algo, y no se quede ahí como un muerto —dijo agratamente la Michonneau a Poiret.

Vuelto Vautrin, la señorita Michonneau le dio una palmada en la espalda, y las dos fatales letras aparecieron en blanco en medio del color rojo que había producido el golpe.

—Bien pronto ganó usted su gratificación de tres mil francos —exclamó Poiret manteniendo en pie a Vautrin, mientras la señorita Michonneau le bajaba la camisa—. ¡Uf!, ¡cómo pesa! —repuso acostándose.

—¡Cállese usted! ¿Y si tuviese una caja? —apresuróse a decir la solterona, cuyos ojos examinaron con tanta avidez todos los muebles del cuarto, que parecían atravesar los muros—. ¡Si pudiésemos abrir ese *secretet* con un pretexto cualquiera!

—¡Oh!, acaso haríamos mal —respondió Poiret.

—No, el dinero robado que ha pertenecido a mucha gente no es de nadie. Pero nos falta tiempo, ya oigo a la Vaquer.

—Aquí está el éter —dijo la patrona—. ¡Vaya por Dios!, hoy es día de aventuras. Pero este hombre no tiene aspecto de estar enfermo, porque está blanco como un pollo.

—¿Cómo un pollo? —repitió Poiret.

—Sí; y el corazón le late con regularidad.

—¿Con regularidad? —dijo Poiret asombrado.

—Sí, me parece que no está muy mal.

—¿Le parece? —preguntó Poiret.

—Hombre, ¿no ve que está como dormido? Silvia fué a buscar un médico.

Miró la señorita Michonneau, mire cómo aspira el éter. ¡Bah!, es un *sepsa* (un espasmo). El pulso está bien. Es fuerte como un turco. ¿Ve usted, señorita, qué pecho más robusto? Este hombre vivirá cien años. Y la peluca ve que se le sacien años. ¡Tomal, como que está negada, tiene peluca pestiza porque es rojo. Siem-

ples el decir que los rojos son todos buenos o malos. ¿Será éste bueno?

—Sí, para colgarlo de un árbol —dijo Poiret.

—¿Querrá usted decir del cuello de alguna mujer bonita —exclamó vivamente la señorita Michonneau a Vaya, señor Poiret, retírese, que cuidar enfermos es una necedad.

—¿Y además, ¿de qué nos sirve usted aquí? Váyase a paseo, que ya la señora Vaquer y yo cuidaremos a Vautrin.

Poiret se fué muy despacio sin murmurar. Rastignac había salido para tomar,

aire, porque se ahogaba. Había querido impedir aquel crimen cometido a una hora dada. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué debía hacer? Tenía ser cómplice de aquel asesinato, y la sangre fría de Vautrin le asustaba.

Sin embargo, si Vautrin muriese sin hablar... —decíase Rastignac al mismo tiempo que corría a través de los pasos del Luxemburgo, cual si fuese perseguido por una jauría de perros cuyos ladridos le parecían air.

—¡Hola!, ¡leiste El Piloto? —le dijo Bianchón.

El Piloto era una hoja radical dirigida por el señor Tissot, que se tiraba por provincias algunas horas después de los periódicos de la mañana y que siempre anticipaba las noticias.

—El trase el relato de un hecho sensacional. El hijo de Taillefer se batió en duelo con el conde de Franchesi y recibió en la frente una herida de dos pulgadas de profundidad. Mira tú por dónde Victorina pasa a ser una de las más ricas herederas de París; ¿eh?, si hubiésemos sabido esto... ¿Qué gran lotería es la muerte! ¿Verdad que Victorina le miraba a ti con buenos ojos?

—Bianchón, yo no me he de casar nunca con ella. Amo a una mujer deliciosa y soy amado.

—Dices eso como si te batiesen en retirada para no ser infiel. Pero, dime, ¿qué mujer puede valer el sacrificio de la fortuna de la señorita Taillefer?

—Hombre, parece que hoy todos los demonios del infierno me persiguen —exclamó Rastignac.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás loco? —dijo Bianchón—. Dame la mano, que te tomaré el pulso. Tienes fiebre.

—Mira, ahora que me acuerdo, corre a la pensión, porque acaba de estar como muerto por un accidente ese bandido Vautrin —le dijo Eugenio.

—Hombre! Tus palabras me confirman ciertas sospechas que yo tenía —expresó Bianchón, dejando solo a Rastignac.

El largo paseo del estudiante de derecho fué solemne, y durante él tuvo en cierto modo una verdadera lucha con su conciencia. Se probó, se examinó, titubeó; pero por lo menos su probidad salió templada de aquella áspera y terrible discusión.

Recordó las confidencias que le había hecho la víspera el padre Goriot, se trasladó con el pensamiento a la habitación tomada para él al lado de Delfina, sacó la carta de ésta, la volvió a leer y la besó con placer.

—Este amor es mi tabla de salvación —decía—. Es pobre anciano sufrió mucho, y no quiere contar sus penas; pero ¿quién no las adivina? Sí, cuidaré de él como un padre y le procuraré mil goces.

Si ella me ama, vendrá a menudo a mi casa a pasar los días a su lado. Esa gran condesa de Restaud se estaba infame que no me curaría a su padre. Mi querida Delfina es mejor para él y la considero digna de ser amada. ¡Ah!, esta noche al fin será feliz —dijo sacando el reloj y admirándose—. Todo me salió bien. Cuando dos se quieren de verdad y para siempre, les está permitido ayudarse. De modo que bien puedo yo recibir esta sin escrúpulo. Por otra parte, yo seguramente me daré a mí mismo.

—¿Podré devolvérselo centuplicado. En esta unión no hay crimen ni nada que pueda hacer fruncir las cejas a la virtud más severa. Nosotros no engañamos a nadie, y lo que envilece al hombre es la mentira. ¿Mentir no es abdicar?

Ella ya hace tiempo que está separada de su marido, y, por otra parte, yo le diré a ese alcaide que me ceda a su mujer,

ya que él no puede hacerla feliz.

El combate de Rastignac duró mucho, y, aunque hubiesen salido vencedoras las virtudes de la juventud, una invencible curiosidad le llevó al obscurer, a eso de las cuatro y media, a la pensión Vauquer, pensión que había jurado abandonar para siempre. Eugenio quería saber si había muerto Vautrin. Después de haberle administrado un vomitivo, Bianchón hizo llevar al hospital las materias vomitadas por Vautrin, a fin de analizarlas químicamente. Al ver la insistencia de la señorita Michonneau para arrojarlas al estercolero, las dudas del estudiante aumentaron. Por lo demás, Vautrin quedó pronto restablecido para que Bianchón no tuviese la seguridad de que algo de lo que se había tirado contra el alegre bromista de la posada. Cuando Rastignac volvió, Vautrin hallábase ya de pie al lado de la estufa del comedor. Altrados antes que de costumbre por la noticia del duelo de Taillefer, los pensionistas, curiosos por conocer la causa del hecho y por la influencia que había de tener en el destino de Victorina, hallábanse reunidos todos, menos el padre Goriot, y comentaban la aventura. Cuando Eugenio entró, sus ojos se encontraron con los del imperturbable Vautrin, cuyas miradas penetraron de tal modo en su corazón, que le hicieron temblar.

—Hijo mío —le dijo el presidiario evadido—, la muerte tardará en vencerme. Según estas señoras, soporté victoriosamente una apoplejía que hubiera podido matar a un bucy.

—Hombre, ¡ya podría usted decir a un toro! —exclamó la señora Vauquer—. ¿Le disgusta acaso encontrarse vivo? —preguntó Vautrin al oído a Rastignac, cuyos pensamientos creyó adivinar—. Ese proceder sería propio de un hombre muy ladino.

—¡Caramba! —dijo Bianchón—, la señorita Michonneau hablaba ayer de un rayo. ¡Llamado Burla-la-Muerte, y ese nombre le sonaba perfectamente a usted.

Esa palabra produjo un efecto en Vautrin, el cual palideció y vaciló, y su mirada magnética cayó como un rayo de sol sobre la señorita Michonneau, la que sintió que las piernas le flaqueaban. La solterona sudaba la gota gorda, y Polret apresurase a interponerse entre Vautrin y ella al ver la peligro; tan ferozmente significativa había vuelto la cara del forzado, abandonando la benigna máscara con que ocultaba su verdadero modo de ser. Sin comprender aún nada de aquel drama, todos los pensionistas guardaron silencio. En este momento oyéronse pasos de varios hombres en el corredor y al ruido de algunas sillas contra la acera. En el instante en que Collin la buscaba maquinalmente una salida, cuatro hombres se presentaron a la puerta del comedor. El primero era el jefe de policía, y los otros tres oficiales.

—¡En nombre de la ley y del rey! —dijo uno de los oficiales, cuyas palabras fueron ahogadas por un murmullo de asombro.

El silencio no tardó en reinar en el comedor y los pensionistas se separaron para dejar paso a los tres hombres, que llevaban la mano en el bolsillo del costado acariciando sendas pistolas cargadas. Dos gendarmes que seguían a los agentes corrieron en la puerta del salón y los dos la que daba a la escalera. El puso los fusiles de varios soldados resonaron en el arroyo; así que toda esperanza de huida para Burla-la-Muerte, en quien se habían fijado todas las miradas, desapareció. El jefe de policía encaminóse hacia él,

y comenzó a darle en la cabeza un cachete con tanta violencia, que hizo saltar la peluca de Collin y dejó al descubierto su horrible cabeza. Provisto de tres y cortos cabellos que le daban un espantoso aspecto de fuerza y de astucia, aquella cabeza y aquella cara, que armonizaban con el busto, fueron iluminadas por los ojos como si los fuegos del infierno los hubiesen alumbrado. Entonces todo el mundo comprendió el pasado, el presente y el porvenir de Vautrin, sus doctrinas implacables, el imperio que le daba el cinismo de sus pensamientos y de sus actos, y la fuerza de una organización acostumbrada a todo. La sangre subióse a la cabeza, sus ojos brillaron como los de un gato y dio un salto con tan feroz energía que todos los pensionistas lanzaron un grito de terror. Al ver este gesto de león, los agentes sacaron las pistolas. Collin comprendió el peligro viendo brillar el caño de las armas y de pronto dió prueba de un gran fuerza de voluntad. ¡Horrible y majestuoso espectáculo! Su fisonomía ofreció un fenómeno que sólo pudo compararse con el de la caldera llena de ese vapor humano que se levanta en montañas y que es disuelto en un instante por una gota de agua fría. La gota de agua que enfrió su rabia fue una reflexión rápida como el rayo. Collin sonrió, contempló su peluca y le dijo al jefe de policía:

—Ya estoy en tus buenos tiempos. —Y tendió las manos a los gendarmes llamándolos con un movimiento de cabeza.

—Señores gendarmes, póngame las esposas o los grillos. Torno a estos señores por testigos de que no opuse resistencia.

Un murmullo admirativo, arrancado por la rapidez con que la lava y el fuego salieron y entraron en aquel volcán humano, se oyó en el comedor.

—Con esto no podrás hacer lo que pretendes, señor farsante —repuso el presidiario dirigiéndose al célebre jefe de policía.

—Vamos, que se desvista —dijo con desprecio el hombrecito de la calle de Santa Ana.

—¿Para qué? —preguntó Collin—. Hay damas, y yo no niego nada y me rindo. —añadió Burla-la-Muerte haciendo una pausa y luego, mirando a la asamblea con un orador que va a decir cosas sorprendentes:— Escriba usted, papá Lachapelle —repuso dirigiéndose a un anciano ex cabellos blancos que se había sentado a un extremo de la mesa después de haber leído la pluma y el papel—, conozco ser Jacobo Collin, apodado Burla-la-Muerte y condenado a veinte años de trabajos forzados. Acabo de probar que tengo merecido mi apodo. Si yo hubiese levantado únicamente la mano —dijo a sus compañeros de prisión—, estos tres espías me hubieran descuartizado en el propio hogar de mamá Vauquer.

—¡Dios mío! ¡Esto es para matar a cualquiera! —exclamó la señora Vauquer al oír estas palabras—. ¡Y yo que ayer estaba con él en el Teatro de la Alegría!

—Filosofía, mamá —repuso Collin—. ¡Acaso una desgracia haber ido ayer a mi palco? ¡Crean ustedes ser mejores que nosotros? Nosotros tenemos menos crímenes en la conciencia que ustedes en el corazón, miembros podridos de una sociedad gangrenada; el mejor de ustedes no me gana a nobleza —añadió fijando sus ojos en Rastignac, al cual dirigió una graciosa sonrisa que contrastaba singularmente con la ruda expresión de su rostro—. En caso de aceptación, tengo en-

tendido que el trato continúa, ángel mío, ¿me comprende?

Y se puso a tararear esta canción:

*Me encanta mi querida
Con su gran sencillez,*

El presidio con sus costumbres y lenguaje, con sus bruscas transiciones de lo horrible a lo cómico, sus espantosas grandezas, su familiaridad y su bajeza, fue de pronto comprendido por aquel hombre que no fue ya un hombre sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y brutal. En un momento, Collin pasó a ser un poema infernal, donde se pintaron todos los sentimientos humanos menos el arrepentimiento. Su mirada era la del arcángel caído que quiere seguir en guerra. Rastignac bajó los ojos aceptando aquel parentesco criminal como una expiación de sus malos pensamientos.

—¿Quién me ha delatado? —preguntó Collin paseando su terrible mirada por la asamblea—. ¿Fuiste tu, vieja bruja? —dijo fijando sus ojos en la señorita Michonneau—. Si, tú fuiste la que provocó mi accidente. Diciendo dos palabras, podría hacer que estuvieses muerta dentro de ocho días; pero te perdono porque soy cristiano. Además, tú no creas la que me has vendido. Pero, ¿quién? ¡Ah! ¿estás registrando el cuarto? —exclamó al oír que los oficiales de policía judicial abrían los armarios y apoderábanse de sus efectos—. Los pajaritos volaron ayer y no sabré nada. Mis libros de comercio están aquí —dijo golpeándose en la frente—. Ahora ya sé quien me ha delatado. Sólo pudo ser ese maldito Hilo de Seda, ¿verdad, padre apesador? —le dijo al jefe de policía—. Le cosa concuerda demasiado con la permanencia de los billetes de banco allí arriba. Pero ya no hay nada, amigos míos. Respecto a Hilo de Seda, están muertos golpeándose la nuca desde que toda la gendarmería lo custodió. ¿Qué le habéis dado a esa bruja? ¡Mí! —preguntó a los agentes de policía.

Vieja cascada, Pompadour andrajosa, Venus de cementerio, yo te hubiera dado más, y si me hubieses advertido, ahora tendrías seis mil francos. ¡Ah!, no lo especimes siquiera, sino hubieras acudido a mí. Pero si, lo hubieras dado por evitar un viaje que me contraría y que me hace perder dinero —decía mientras le esposaban—. Esta gente se va a complacer en retenerme una infinidad de tiempo para aturdirme. Si al menos me enviases pronto a presidio, no tardaría en recomenzar mis ocupaciones, porque todos trabajan para que general Burla-la-Muerte se evadiese. ¡Hay que decir de vosotros que tenga como yo más de diez mil hermanos dispuestos a sacrificarse? —preguntó con orgullo—. ¿Sabéis de qué depende esto? De que aquí hay algo bueno —dijo golpeándose el corazón—. Yo no hice nunca traición a nadie. Mira, lechuza —mira —dijo, dirigiéndose a la solchona— todos me miran con terror, mientras que tú les inspiras amor, flogos el premio de tu acción. ¿Sois tontos vosotros? ¡No habéis visto nunca a un presidiario? —preguntó después de una pausa dirigiéndose a los pensionistas—. Un presidiario del temple de Collin es un hombre que vale más que los otros. Yo luché solo contra el gobierno con sus tribunales, oficinas y gendarmes y me burlo de él.

—¡Diantre! —dijo el pintor—, qué buen cuadro podría sacarse ahora.

—Dime, menino del señor verdugo, gobernador de la VTUHA (nombre que los

presidarios dan a la guillotina); sé buen muchacho — agregó dirigiéndose al jefe de policía —, dime si fue Hito de Seda el que me vendió. Sentiría que pagase por otro, lo cual sería injusto.

En ese momento, los agentes, que todo lo habían inventariado y abierto en su cuarto, hablaron en voz baja al jefe de policía. El proceso verbal había concluido.

—Señores —dijo Collin dirigiéndose a sus compañeros de pensión— van a llevarme; todos ustedes se portaron bien conmigo, y yo se lo agradezco y les digo adiós. Ya me permitirán que les mande higos de Provenza.

Dicho esto, dio algunos pasos y volvió para mirar a Rastignac.

—Adiós, Eugenio — le dijo con voz amable y triste que contrastaba con el baxo tono de sus palabras —. Si necesitas ayuda, te dejo un amigo adicto.

A pesar de las esposas, Collin pudo ponerse en guardia, y gritando «¡uno! ¡dos!» tiróse a fondo.

—En caso de desgracia, dirígete allí. Hombre y dinero, puedes disponer de todo.

Aquel extraño personaje dijo estas últimas palabras con tono bastante burlón para que sólo pudiesen ser entendidas por Rastignac. Cuando los gendarmes y los agentes de policía abandonaron la casa, Silvia, que humedecía con vinagre las sienes de su ama, miró a los asombrados pensionistas y les dijo:

—De todos modos, el señor Vautrin era un buen hombre.

Esta frase rompió el encanto que les producía a todos la afluencia y diversidad de sentimientos nacidos a causa de aquella escena. En aquel momento los pensionistas, después de examinar a uno a otros, fijáronse en la señorita Michonneau, a la cual, arguyendo de trita como una momia, estaba acurrucada junto a la estufa con los ojos bajos, como si temiese que la sombra de la pantalla de la lámpara no bastase para ocultar la expresión de sus miradas. Aquella figura, que desde hacía ya tiempo les era antipática, acabó por ser comprendida. Un murmullo que, por la perfecta unidad de su sonido, denotaba una repugnancia unánime, resonó sordamente. La señorita Michonneau lo oyó, y no se atrevió a moverse. Bianchón fué el primero que acercándose a su vecino, le dijo en voz alta:

—Si esa mujer sigue viviendo con nosotros, yo me largo al instante.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los presentes, menos Poiret, aprobaron la proposición del estudiante de medicina, el cual, mediante la adhesión general, dirigióse a Poiret, diciéndole:

—Usted que está en buenas relaciones con ella, háblele y hágale comprender que debe irse al instante.

—¡Al instante! — repitió Poiret asombrado.

Después dirigióse a la solterona y le dijo algunas palabras al oído.

—Yo pagué el mes y estoy aquí por mi dinero, como todo el mundo — dijo la Michonneau dirigiendo una mirada de vóbor a sus compañeros de pensión.

—Que no quede por eso — dijo Rastignac —. Nosotros le satisfaremos el importe.

—Sí, el señor apoya a Collin y se comprende — respondió dirigiendo una furiosa e interrogadora mirada al estudiante.

Al oír estas palabras, Eugenio dio un paso para precipitarse sobre la solterona y estrangularla. Aquella mirada, cuya

perfidia comprendió, acababa de iluminarle el espíritu.

—Déjela usted, hombre — gritaron los pensionistas.

Rastignac cruzóse de brazos y permaneció mudo.

Acabemos de una vez con la señorita Judas — dijo el pintor dirigiéndose a la señora Vauquer—. Señora, si usted no pone a la puerta a la señorita Michonneau, todos dejamos su barraca y diremos en todas partes que sólo da albergue a delatores y a bandidos. En el caso contrario, todos guardaremos silencio acerca de este acontecimiento, que, después de todo, podría pasar en cualquier parte, mientras no se marque en la frente a los presidarios y no se les prohíba disfrazarse de personas decentes.

Al oír estas palabras, la señora Vauquer recibió milagrosamente la salud, levantóse, se cruzó de brazos y abrió los ojos, sin señales de lágrimas.

—Pero, señores, ¿ustedes quieren arruinarme? ¡Oh! Dios mío, ya se fué el señor Vautrin, al cual no puedo ni menos de llamar por su nombre de hombre honrado. Con su marcha me queda una habitación vacía, ¿y quieren que me queden dos más en una época en que todo el mundo tiene casa?

—Señores, tomemos los sombreros y vayamos a comer a la plaza de Sorbona, a casa de Filoteaux — dijo Bianchón.

La señora Vauquer calculó de un vistazo cuál sería el partido más ventajoso, y acercándose a la señorita Michonneau, le dijo:

—Vamos, hermosa mía, ¿desea usted la muerte de mi establecimiento? Ya ve a qué extremo me reducen estos señores. Vaya a su cuarto por esta noche.

—No, no — gritaron los pensionistas—, queremos que se marche al instante.

—Pero si no ha comido aún la pobre — dijo Poiret con lastimero tono.

—Que se vaya a comer adonde quiera — gritaron varias voces.

—¡A la puerta con la espía!

—¡A la puerta los espías!

—Señores — exclamó Poiret —, respéten ustedes a una persona del sexo.

Los espías no tienen sexo — dijo el pintor.

—¡Vaya un sexorama!

—¡A la puertorama con ella!

—Señores, esto es indecoroso! Cuando se despiden a una persona se deben guardar las formas. Nosotros hemos pagado y nos quedamos — dijo Poiret poniéndose en pie y sentándose en una silla al lado de la señorita Michonneau, que escuchaba los ruegos de la patrona.

—¡Pillín! — le dijo el pintor con aire cómico —. ¡Más que pillín!

—Bueno, si ustedes no se van, nos iremos nosotros — dijo Bianchón.

Y todos los pensionistas hicieron un movimiento hacia el señor Poiret.

—¿Usted quiere usted arruinarme? — dijo la señora Vauquer—. Si se queda, harán alguna violencia con usted.

La señorita Michonneau se levantó.

—Se irá!

—¡No se irá!

—Se irá!

—No se irá!

Estas palabras, pronunciadas alternativamente, y la hostilidad de los dichos que empezaban a oírse acerca de la señorita Michonneau, la obligaron a marcharse, después de algunas estrofulaciones hechas en voz baja por la patrona.

—Me voy a casa de la señora Buneaud — dijo con aire amenazador.

—Váyase adonde le plazca, señorita —

expresó la señora Vauquer, que vió una cruel injuria en la elección de una posada que competía con la suya y que, por lo tanto, le era odiosa—. Váyase a casa de la Buneaud, que allí tendrá un vino capaz de hacer reventar a cualquiera y platos comprados a los revendedores.

Los pensionistas se pusieron en dos filas guardando el mayor silencio. Poiret miró a la señorita Buneaud y a la señorita Michonneau y mostróse tan indeciso por si seguiría o quedarse, que los pensionistas, satisfechos con la marcha de la señorita Michonneau, se miraron riéndose.

—Je, je, je.

—Poiret — le gritó el pintor—, vamos hombre, ¡ánimo!

El empleado del Museo púsose a cantar cómicamente una conocida canción.

A la Habana me voy
Te vengo a decir...

—Vamos, que se muere usted de gana, *trahit sua quemque voluptas* — dijo Bianchón.

—Cada cual sigue a la suya, traducción libre de Virgilio — dijo uno de los concurrentes.

La señorita Michonneau hizo ademán de tomar el brazo de Poiret mirándole, y éste, no pudiendo resistir a esta llamada, fué a unirse a la solterona. Este hecho provocó una explosión de risas y de aplausos.

—¡Bien, por Poiret!

—¡Bravo, Poiret!

—¡Apolo Poiret!

—¡Marte Poiret!

—¡Valeroso Poiret!

En ese momento entró un recadero y entregó una carta a la señora Vauquer, la cual dejóse caer sobre una silla después de haberla leído, diciendo:

—Parece que el fuego de Dios quiere destruir mi casa. El hijo de Taillefer murió a las tres, y ahora sufro el castigo por haber deseado el bien a esas señoras en detrimento de aquel joven. La señora Couture y Victorina me piden su ropa y se marchan a vivir a casa de su padre. El señor Taillefer permite a su hija que contraye a la señorita Buneaud como dama de compañía. Cuatro habitaciones vacías y cinco huéspedes menos. La desgracia se metió en mi casa — añadió sentándose y amenazando llorar.

El ruido de un coche que se detenía a la puerta resonó de pronto en la calle.

—¿Alguna noticia nueva aun? — dijo Silvia.

Goriot presentóse de pronto con una cara tan radiante de alegría, que hubiese hecho creer a cualquiera en la regeneración.

—¡Goriot en coche! — dijeron los pensionistas—. ¡Esto es el fin del mundo!

El buen hombre encaminóse directamente hacia Eugenio, que permanecía pensativo en un rincón, y tomándole de un brazo vigorosamente, le dijo:

—Venga.

—¿No sabe usted lo que pasa? — le preguntó Eugenio—. Vauquer era un presidiario escapado y la policía acaba de detenerle, y el hijo de Taillefer ha muerto.

—¿Y qué nos importa todo eso? — respondió el padre Goriot—. Hoy como con mi hija en la habitación de usted. Ella nos espera allí, vamos.

Y tan violentamente tiró a Rastignac del brazo, que le hizo andar a la fuerza y pareció secuestrarlo.

—¡Comamos! — gritó el pintor.

Todo el mundo tomó su silla y sentóse

a la mesa, cuando la gruesa Silvia dijo de pronto:

—Hombre, todo es desgracia, hoy se me quemaron las judías; pero, en fin, tendrán que comerlas así.

La señora Vaquer no tuvo valor para pronunciar ni una sola palabra al ver únicamente a su mesa diez personas en lugar de las dieciocho de costumbre; pero todo el mundo procuró consolarla y alegrarla. Si al principio hablaron de Vautrin y de los acontecimientos del día, luego no tardaron en obedecer a la marcha serpentina de su conversación y se pusieron a charlar de duelos, de presidio, de la justicia, de las leyes y de las cárceles, tanto, que al terminar estaban ya a mil leguas de Jacobo Collin, de Victorien y de su hermano. Aunque sólo eran diez, gritaron más que veinte, parecían ser más numerosos que de ordinario; ésta fué la única diferencia que hubo entre esta comida y la de la víspera.

La indiferencia habitual de este mundo egoísta que al día siguiente debía tener en los acontecimientos cotidianos de París alguna otra víctima que devorar, imperó, y hacia la misma señora Vaquer se dejó calmar por las frases de esperanza que la gruesa Silvia le dirigió.

Aquel día debía de ser hasta la noche una fantasmagoría para Eugenio, el cual, a pesar de la fuerza de su carácter y de la firmeza de su razón, no sabía como clasificar sus ideas cuando se halló en el coche al lado del padre Goriot, cuyas palabras denotaban una inusitada alegría y resonaban en su oído, después de tantas emociones, como las palabras que oímos en sueños.

—Esta mañana se acabó todo. Cenaremos los tres juntos, ¡juntos! ¿Comprendo esto? Hace ya cuatro años que no he comido con nadie pequeño en familia, que va a ser más toda la noche. Estamos en su habitación desde esta mañana. Trabajé como un obrero, en mangas de camisa, y ayudé a llevar los muebles. ¡Ah!, usted no sabe lo cariñoso que ella es en la mesa. Se ocupará de mí, diciéndome: "Papá, coma usted esto, que está bueno". ¡Oh!, entonces yo ya no podré comer. ¡Oh!, cuánto tiempo hacía que no estaba tan tranquilo con ella como voy a estarlo esta noche.

—Pero, ¿se ha trastornado hoy el mundo? — preguntó Eugenio.

—¿Trastornado? — dijo el padre Goriot—. En ninguna época estubo tan bien el mundo. Yo no veo más que caras alegres, las caras, gentes sonrientes que se abren apretones de manos y que se abrazan y personas felices como si fuesen a comer a casa de sus hijos una buena comida que ella misma encargó delante de mí al dueño del Café de los Ingleses. Pero, ¡ah!, al lado de ella el acibar me sabría tan dulce como la miel.

—Creo volver a la vida — dijo Eugenio.

—Pero ¡apure usted, cohecho! — gritó el padre Goriot abriendo la ventanilla delantera—. Vaya más aprisa, y si me lleva en diez minutos donde usted sabe, le daré cinco francos de propina.

Al dar esta promesa, el cohecho atravesó París con la rapidez del rayo.

—¿Qué poco aprisa este cohecho! — decía Goriot.

—Pero, ¿adónde me lleva usted? — le preguntó Rastignac.

—A su casa.

El coche detúvose en la calle de Artois. El buen hombre bajó primero y le dio diez francos al cohecho con la prodigalidad de un hombre viudo que, en el paro-

xismo de su placer, no tiene en cuenta nada.

—Ya podíamos subir — dijo a Rastignac haciéndole cruzar un patio y conduciéndole a la puerta de una habitación situada en el tercer piso, en la parte trasera de una casa nueva de hermosa apariencia.

El padre Goriot no necesitó llamar. Teresa, la camarera de la señora Nucingen, les abrió la puerta. Eugenio encontrérase en una deliciosa vivienda de soltero compuesta de una antecala, un saloncito, un dormitorio y un gabinete con vistas al jardín. En el saloncito, cuyo mobiliario y adornos podía sostener la comparación con lo más bonito y elegante que se conocía, vio a la luz de las bujías a Delfina, que se levantó en un sofá colocado al lado del fuego, dejó su abanico sobre la chimenea y le dijo con voz cariñosa:

—¿Conque ha sido necesario ir a buscarlo?

Teresa salió. El estudiante tomó a Delfina en sus brazos, la estrechó fuertemente contra su corazón y lloró de alegría. Este último contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver el mismo día en que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, determinó en Rastignac un acceso de sensibilidad nerviosa.

—Ya sabía yo que te quería — dijo el padre Goriot en voz baja a su hija, mientras que Eugenio, abatido, yacía en el sofá sin poder pronunciar palabra y sin darse cuenta siquiera de las sensaciones que sufría.

—Pero, venga y verá — le dijo la señora Nucingen tomándole por la mano y llevándolo a un cuarto cuyos alfombras, muebles y menores detalles le recordaban, en pequeño, el mobiliario de Delfina.

—Aquí falta una cama — dijo Rastignac.

—Sí, señor — asintió ella ruborizándose y reechándole la mano.

Eugenio la miró y, aunque joven, comprendió todo el pudor verdadero que encerraba el corazón de una mujer amante.

—Usted es una de esas criaturas a quienes se debe adorar siempre — le dijo Delfina al oído—. Sí, puesto que nos comprendemos tan bien, me atrevo a decirle: como cuanto más vivo y sincero es el amor, más misterioso y velado debe ser. No descubramos nuestro secreto a nadie.

—¡Oh!, yo prometo no ser alguien — dijo el padre Goriot gruñendo.

—Usted ya sabe que es nosotros.

—¡Ah!, eso es lo que yo quería. No haréis caso de mí, ¿verdad? Yo iré y vendré como un espíritu que está en todas partes y que se sabe que no puede presentarse jamás. Bien, Delfina, bien, ¡no tuve razón en decirle: "Hay una habitación muy bonita en la calle de Artois, alquilémosla"! Tú no querías. ¡Ah!, yo soy el autor de tus goces, como soy el autor de tus días. Los padres tienen que dar siempre para ser felices. El dar siempre es lo que constituye a un padre.

—¿Cómo! — dijo Eugenio.

—Sí, ella no quería; temió que quisesen tonterías, como si el mundo valiese lo que vale la dicha. Pero todas las mujeres sueñan con hacer lo que hace ella.

El padre Goriot hablaba solo ya, por que la señora Nucingen había llevado a Rastignac al gabinete, donde se oyó un ligero ruido de un beso. Este gabinete estaba en armonía con la elegancia de todo el piso, en el cual nada faltaba.

—¿Se han adivinado bien sus deseos, caballeto? — preguntó Delfina volviendo al salón para zentarse a la mesa.

—¡Ay de mí! Sí, demasiado bien. Este lujo tan completo, estos hermosos muebles realizados y todas las cosas de una vida de hombre joven y elegante, las siento demasiado bien para merecerlas; pero, no puedo aceptarlas de usted, y aun soy demasiado pobre para...

—¡Ah! ¡Oh! ¿Se resiste usted ya? — exclamó Delfina con cierta autoridad burlesca, haciendo una mueca que hacía pensar en las mujeres cuando quieren burlarse de algún escrúpulo para disiparlo mejor.

Eugenio se había consultado demasiado solemnemente aquel día, y acababa de corroborar sus nobles sentimientos la presencia de Vautrin, demostrándole la profundidad del amor en que había estado a punto de caer, y que ahora que cediese a aquella cariñosa refutación de sus generosas ideas. Una tristeza profunda se apoderó de él.

—¿Cómo! — dijo la señora de Nucingen — ¿Se negaría usted a aceptar? ¿Sabe lo que significa semejante negativa?

Usted se niega a recibir y no se atreve a mirarse a mí. ¿Cómo puedo yo traicionar a mi cariño? Si me ama usted, ¿cómo amor, ¿por qué duda ante tan poca cosa? Si conociese usted el placer que he experimentado en ocuparme de este hogar de soltero, no titubearía y me pediría permiso. Tenga en mí poder dinero suyo y lo he empleado bien, eso es poco. Cree usted ser grande y es pequeño. Además, plé de usted cosas de más importancia.

añadió el ver una apasionada mirada de Eugenio, y en cambio hace mil reniños para recibir cosas que nada valen. Si usted no me quiere, entonces, sí, no acepte. Mi suerte está en una palabra. Hable usted. Bueno, padre, dígame algo — añadió volviéndose hacia su padre después de una pausa — ¿Cree acaso que estoy tan celosa de su amor como él mismo?

Escuchando esta bonita disputa, el padre Goriot sonreía como un ingenuo.

—Niño, usted está a la entrada de la vida — dijo Delfina tomándole una mano a Eugenio. Encuentra usted una barrera insuperable para muchas gentes, un mano de mujer se la abre, ¿y usted? ¡Oh!, drará, el éxito está escrito en su frente y hará una gran fortuna. ¿Y no podrá entonces devolvérme lo que hoy le presto yo? ¿Las damas no daban antaño a sus caballeros muduras, espadas, cascos, colas de mala y enbollos para que pudieran ir a combatir en sus nombres, ¿verdad, no? Pues bien, Eugenio, las cosas que yo le ofrezco son las armas de la época, útiles necesarios para el que quiere ser algo. Bonito es el granero que usted habita, que se parece al cuarto de papá. Vamos, ¿no comemos? ¿Quiere entristecerme? Responda — agregó sacudiéndole el brazo —. Dime, niño, papá, decítele usted, o me voy y no vuelvo nunca más.

—Yo no voy a decirle — dijo el padre Goriot saliendo de su éxtasis—. Señorito Eugenio, usted iba a pedir dinero prestado a unos judíos, ¿verdad?

—¿Qué remedio me queda? — contestó el joven.

—Bueno, pues ya le he pescado a usted — repuso el buen hombre sacando del bolsillo una vieja cartera de cuero. Yo me hice judío y pagué todas las facturas. Aquí lo tiene usted. No debe un centavo de todo lo que hay aquí, lo cual no es gran cosa, pues asiendo a lo sumo a cinco mil francos. Yo se lo presto, y a mí supongo que me lo rechazará, porque no soy mujer. Me le reventará y ya me devolverá la suma cuando pueda.

Algunas lágrimas brotaron a la vez de

los ojos de Eugenio y de Delfina, los cuales se miraron sorprendidos. Rastignac tendió la mano al buen hombre y se la estrechó.

—¿No sois vosotros mis hijos? — dijo Goriot.

—Pero, papá — repuso la señora de Nucingen —, ¿cómo se arregló usted?

—¡Ah!, ya verás — respondió el anciano —. Cuando te decidí a traerle a tu lado y te vi comprando cosas como una recién casada, me dije: "Se va a encontrar apurada". El procurador afirma que el pleito con tu esposo para que te devuelva tu fortuna durará lo menos seis meses. Así que vendí mis mil trescientos cincuenta francos de renta perpetua, conseguí quinientos mil francos, tomé mil doscientos francos de renta vitalicia y pagué vuestras compras con el resto del capital, hijos míos. Yo tengo arriba un cuarto que me cuesta cincuenta escudos al año, y con dos francos diarios tendré bastante y aun me sobrará. Yo no gusto apenas nada ni necesito casi nada. Hace ya quince días que me decía para mis adentros: "Ahora vais a ser felices". ¿Verdad que lo sois?

—¡Oh! papá, papá — exclamó la señora de Nucingen abrazándose al cuello de su padre, cubriéndolo de besos, acariciando sus mejillas con sus rubios cabellos y bañando de lágrimas aquel rostro viejo radiante de alegría. — Padre querido, usted es un padre y no hay otro igual en la tierra. Eugenio le quería a usted ya; ¿qué será ahora?

—Pero hijos míos — decía Goriot, que hacía diez años que no había sentido latir junto al suyo el corazón de su hijo —; pero, Delfina, ¿quieras matarme de alegría? ¡Mi pobre corazón se estalla. Vaya, señores, no Eugenio, ya estamos en paz — agregó el anciano estrechando a su hija con delirio.

—¡Ay!, ¡me hace daño! — dijo Delfina.

—¿Te hago daño — dijo Goriot palideciendo.

Para describir la expresión que puso aquel Cristo de la paternidad sería preciso hacer comparaciones con las imágenes que los príncipes de la paleta han inventado para describir la pasión sufrida, en beneficio de los mundos, por el Salvador de los hombres. El padre Goriot besó cariñosamente la cintura que había sido oprimida por sus dedos, diciendo:

—No, no, yo no te hago daño; eres tú la que me disgustas con tus gritos. Todo esto cuesta más caro — dijo al oído a su hija besándola con precaución —; pero hay que engañarle para que no se enoje.

Eugenio estaba petrificado ante la inagotable abnegación de aquel hombre, y lo contemplaba expresando esa sencilla admiración que es la fe de la juventud.

—Seré digno de todo esto — exclamó Rastignac.

—¡Oh!, Eugenio mío, ¡qué hermoso es lo que acaba usted de decir! — profirió Delfina besando en la frente al estudiante.

—Por ti ha despreciado a la señorita Taillefer y sus millones — dijo a su hijo el padre Goriot —. Si, ahora, me pedia a usted, una vez muerto su hermano será rico como Crespo.

—¡Oh!, ¡por qué lo dice usted? — exclamó Rastignac.

—Eugenio — le dijo Delfina al oído —, esa noticia me causa pena, y contribuiré a que le quiera toda mi vida.

—He aquí el día más feliz que pasó desde que os heñ casado — exclamó el padre Goriot. — El buen Dios puede hacerme sufrir cuanto quiera, porque con tal que no sea por vosotros, me diré siem-

pre: "En febrero de este año fui por un momento más feliz que cualquier hombre durante su vida entera". Filina, mírame — dijo a su hija —. Es muy linda, ¿verdad? Dígale, ¡ha visto usted nunca mujeres que tengan colores tan hermosos y tan bonitos hocicos? No, ¿verdad? Pues bien, ¡yo soy el autor de esa encantadora mujer. Y en lo sucesivo, si usted la hace feliz, se pondrá mil veces más hermosa. Vecino, si necesita usted mi parte de cielo, ya se la doy: yo me iré al infierno. Comamos, comamos, porque no sé lo que me dige.

—¡Padre padre!

—¡Hija mía! — dijo Goriot levantándose; aproximóse a su hija, le asió la cabeza, besó sus cabellos y susurró diciendo: — ¡Si superas con cuán poco me puedes hacer feliz! Ven a verme alguna vez, yo estaré allí arriba y no tendrás más que dar un paso. ¿Me lo prometes?

—Sí, papá querido.

—¿Y verás?

—Sí, papito.

—Bien, bien, me agrada tanto escucharte, que te lo haría repetir mil veces. Comamos, ahora.

La velada entera fue empleada en estas puerilidades, y el padre Goriot no se movió el menos loco de los tres; se acostaba a la derecha de su hija para besárselo, se miraba en sus ojos, rozaba la cabeza contra su bata, hacía, en fin, locuras como pudiera hacerlas el más joven y tierno amante.

—¿Ve usted? — dijo Delfina a Eugenio —. Cuando mi padre está con una de nosotras, hay que ser los tres. ¡Sí, lo cual no debes de ser veces molesto.

Eugenio, que ya había sentido varias veces el impulso de los celos, no podía vituperar estas palabras, que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

—¿Y cuándo estará acabada de arreglar la habitación? — preguntó Eugenio mirando en torno suyo. — ¿Tendremos que separarnos esta noche?

—Sí, pero mañana usted vendrá a comer conmigo — le dijo ella con aire malicioso —. Mañana es día de Italianos.

—Yo iré al paraíso — dijo el padre Goriot.

Eran las doce de la noche, y el coche de la señora de Nucingen esperaba abajo. El padre Goriot y el estudiante volvieron a la casa Vaquer hablando de Delfina con un entusiasmo creciente, que produjo un curioso combate de expresiones entre aquellas dos violentas pasiones. Eugenio no podía menos de ver que el amor del padre eclipsaba al suyo por su persistencia y por su idolatría. El dolor era siempre puro y heroico para el padre, y su adoración extendiase al pasado y al porvenir. Al llegar a la pensión, encontraron a la señora Vaquer en el rincón de la estufa, entre Silvia y Cristóbal.

La posadera estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago, y esperaba a los dos únicos huéspedes que le quedaban, desahogando su pena con la cocinera. Aunque lord Byron haya atribuido hermosos lamentos a Tasso, éstos están muy lejos de igualar a los de la señora Vaquer.

—Silvia, mañana por la mañana me habrá que hacer más que tres tazas de café. ¡No es para morirle al ver mi casa desierta? ¿Qué es la vida sin mis pensionistas?, nada. He aquí mi casa desprovista de sus hombres, que eran su vida. ¿Qué delito cometí para merecer estos desastres? Habíamos hecho provisión de judías y de patatas para veinte personas. ¡La policía en mi casa! Tendremos que

comer patatas solas, y habrá que despedir a Cristóbal.

El sabayono, que dormía, despertóse de pronto y dijo:

—¿Señora?

—¡¿Díbre muchacho! Es fiel como un perro — exclamó Silvia.

—En un momento tan malo, porque todo el mundo tiene casa, ¿de dónde van a venir los pensionistas? Yo me volveré loca. Y esa bruja Michonneau que se me lleva a Poiret. ¡Qué le dará para que ese hombre le sea tan adicto y la siga como un perro faldero?

—¡Ah!, ¡diantre! — dijo Silvia moviendo la cabeza —, ¡esas solteronas tienen unas artes!

—Y ese pobre señor Vautrin, que dicen que es presidiario. Vamos, Silvia, yo no puedo creerlo. ¡Un hombre tan alegre, que gastaba y pagaba como un príncipe!

—¿Y que era generoso — agregó Cristóbal.

—Debe haber algún error — aventuró Silvia.

—Pero, no, él mismo lo ha confesado — repuso la señora Vaquer —. ¡Y decir que todas esas cosas pasaron en mi casa, en un barrio donde no transita una alma! A fe que me parece estar soñando, porque, mira, hemos visto morir a Luis XVI, hemos visto caer al Emperador; lo vimos volver a caer otra vez, todo lo cual estaba dentro de lo posible, mientras que no hay medio de destruir las posadas, porque se puede pasar sin el rey, pero nadie pasa sin comer. Y cuando una mujer honrada que se apellida Confianza da de comer convenientemente a los demás, ¿cómo se acabó el mundo?

—Pero si esto es el fin del mundo! — Y pensar que la señorita Michonneau que le causó todo este daño, va a recibir, según dicen, mil escudos de renta — exclamó Silvia.

—No me habíes de sea infame — repuso la señora Vaquer —. Y por si esto no fuera bastante, aun se va a casa de la Buneaud. La creo capaz de todo, y en sus buenos tiempos creo que habrá hecho horrores: matar, robar. ¡Oh!, debía de estar en presidio reemplazando a ese pobre hombre.

En ese momento llamaron el padre Goriot y Eugenio.

—¡Ah!, ¡ah! están mis dos fieles — dijo la viuda suspirando.

Los dos fieles, que sólo tenían un ligero recuerdo de los desastres de la posada, anunciaron sin ceremonia a su patrona que se iban a vivir a la Calzada de Antin.

—¡Ah!, Silvia — dijo la viuda —, ¡esto es lo que me que faltaba! Señores, me acaban de dar un golpe de muerte. Me parece tener en el estómago una barra de hierro. ¡Oh!, este día me hará envejecer diez años. ¡Palabra de honor que me volveré loca! ¿Qué hacer de las judías? ¡Ah! Cristóbal, si me quedo sola te irás mañana.

—Pero, ¿qué tiene? — preguntó Eugenio a Silvia.

—¡Diantre, que todo el mundo se fué, debido a lo que pasó, y esto le ha trastornado la cabeza! Vamos, ya la oigo que llora. Más vale que se desahogue. Esta es la primera vez que la veo derramar lágrimas desde que estoy a su servicio.

Al día siguiente la señora Vaquer habíase vuelto a su casa, y si parecía afligida como mujer que había perdido todos sus pensionistas y cuya vida estaba trastornada, gozaba de toda su razón y demostró lo que era el dolor verdadero, el dolor profundo, el dolor causado por los intereses heridos y las costumbres destruidas.

La miró que un amante echó a los lugares habitados por su amada al abandonarlos, no es ciertamente muy triste que la que la señora Vauquer dirigió a la mesa vacía. Eugenio consolaba diciéndole que Bianchón, cuyo internado acababa pocos días después, iría sin duda a reemplazarle; que el empleado del Museo había manifestado muchas veces deseos de tener la habitación de la señora Couture y que en pocos días habría sustituido el personal.

—¡Dios le oiga, señorito! Pero lo dudo, porque la desgracia se metió aquí. Ya verá usted como antes de diez días nos visitará la muerte — dijo dirigiendo una lúgubre mirada al comedor. — ¿A quién vendrá a buscar?

—Entonces vale más largarse — susurró en voz baja Eugenio al padre Goriot.

—Señora — dijo Silvia asustada —, ya hace tres días que no he visto a Mistigris.

—¡Ah! ¡Dios mío! Si mi gato ha muerto, si nos ha abandonado, yo...

La pobre viuda no pudo acabar la frase, juntó las manos y dejóse caer en su sofá anonadada por este terrible pronóstico.

A eso de las doce, hora en que los carteos llegaban al barrio del Panteón, Eugenio recibió una carta, cuyo elegante sobre ostentaba las armas de Beauséant. Aquella carta contenía una invitación dirigida a los señores de Nucingen para el gran baile anunciado hacía un mes, que debía celebrarse en casa de la vizcondesa. A esta invitación iban unidas cuatro letras para Eugenio:

Caballero: He pensado que usted tendría un placer en ser el intérprete de mis sentimientos para con la señora de Nucingen; le envío la invitación que me ha pedido, y tendrá mucho gusto en conocer a la hermana de la condesa de Restaud. Traigame a esa bonita persona, y haga de modo que no le conquiste todo su afecto, toda vez que usted me debe alguno en cambio del que yo le profeso.

VIZCONDESA DE BEAUSÉANT.

—Pero la señora de Beauséant me dice claramente que no quiere ver al hijo de Nucingen — se dijo Eugenio volviendo a leer la carta.

Y marchó inmediatamente a casa de Delfina, muy satisfecho de poder procurarle un goce cuyo premio sin duda iba a recibir. La señora de Nucingen estaba en el baño, y Rastignac la esperó en el gabinete con esa impaciencia propia de un joven ardiente. Esta clase de emociones no se repiten dos veces en la vida de los jóvenes.

—La señora está en su cuarto — fué a decirle Teresa, haciéndole estremecerse.

Eugenio encontró a Delfina tendida sobre el sofá en el rincón del fuego, fresca como una rosa.

—¿Conque ya estamos aquí? — dijo ella con emoción.

—¿A que no sabe lo que le traigo? — le preguntó Eugenio sentándose a su lado y tomándole el brazo para besarle la mano.

La señora de Nucingen dio muestras de contento leyendo la invitación, fijó sus ojos en Eugenio y se abrazó a su cuello llenada de un delirio de vanidosa satisfacción.

—Y ¿es a usted (a ti) — le dijo al oído —, pero Teresa está en mi tocador y hemos de ser precedentes), es a usted a quien yo debo esta dicha? Sí, me atrevo a llamar a esto dicha. Obtenida por usted, ¿no es algo más que un triunfo de amor propio? Nadie quiso presentarme en ese

mundo. En este momento tal vez me encuentre usted ligera, pequeña y frívola como una parisienne; pero piense, amigo mío, que estoy dispuesta a sacrificarme todo, y que si deseo más ardientemente que nunca frecuentar el arrabal Saint Germain, es porque usted, amigo mío, lo frecuenta.

—¿No opina que la vizcondesa de Beauséant parece decir que no cuenta ver al barón de Nucingen en su baile? — inquirió Eugenio.

—Es claro — dijo la vizcondesa devolviendo la carta a Eugenio—. Esas mujeres tienen el genio de la impertinencia; pero no importa, iré. Mi hermana tiene que ir también y sé que prepara un traje delicioso. Eugenio — le dijo en voz baja —,

Anastasia va para disipar espantosas sospechas. ¿No sabe usted los rumores que corren? Esta mañana Nucingen vino a decirme que ayer se hablaba mucho de él en el círculo, con gran descaro. ¡Oh!, Dios mío, ¡de qué poco depende el honor de las mujeres y de las familias! Me sentí atacada y herida en mi pobre hermana. Según ciertas personas, el señor de Trailles ha firmado letras por valor de cinco mil francos, y como han venido, iba a ser perseguido. En esta situación se dice que mi hermana vendió sus diamantes a un judío; aquellos hermosos diamantes que le vió usted y que provienen de la madre de Restaud. En fin, hace dos días que no se habla más que de esto, y como

Anastasia desea atrasearse todas las miradas en casa de la vizcondesa, Beauséant presentándose con todos los diamantes. Pero yo no quiero quedar por debajo de ella, pues siempre ha querido rebajarme y nunca fué buena para mí, a pesar de que le hice muchos favores y de que siempre le daba dinero cuando ella yo lo tenía. Pero dejemos el mundo. Hoy voy a estar constantemente feliz, sobre todo cuando estoy a tu lado — agregó en voz baja.

A la una de la mañana Rastignac estaba aún en casa de la señora de Nucingen, la cual, al darle el adiós de los amantes, le dijo con melancólica expresión:

—Soy tan miedosa, tan supersticiosa (dé usted el nombre que quiera a mis presentimientos) que temo pagar mi dicha con alguna espantosa catástrofe.

—¡Niña! — le dijo Eugenio.

—¡Ah!, ¿me toca a mí esta noche ser la niña? — dijo Delfina riéndose.

Rastignac volvióse a la casa Vauquer con la seguridad de abandonarla al día siguiente, y por el camino se entregó a esas ideas que tienen todos los jóvenes cuando sienten aún en los labios el gusto de la dicha.

—¿Qué hay? ¿Qué tal? — preguntó el padre Goriot cuando Rastignac pasó por delante de su cuarto.

—Mañana se lo diré a usted todo — respondió Eugenio.

—¿Todo, ¿verdad? — gritó el buen hombre —, ¿verdad, usted, qué mañana daremos principio a nuestra vida feliz?

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo esperaban al mozo de cuerda para abandonar la pensión, cuando, a eso de las doce, el ruido de un coche que se detenía precisamente a la puerta de la casa Vauquer, resonó en la calle. La señora de Nucingen bajó de su coche, preguntó si su hijo estaba aún en casa, y por la respuesta afirmativa de Silvia subió apresuradamente las escaleras. Eugenio hallábase en su habitación sin que su vecino lo supiese, porque, mientras almorzaban, había rogado al padre Goriot que se llevase sus efectos, diciéndole que se encontraban a las cuatro en la calle de

Artois. Pero mientras el buen hombre fuera a buscar un mozo de cuerda, Eugenio, después de asistir a la lista en la clase, había vuelto, sin que nadie le hubiese visto, para pagar a la señora Vauquer, pues tenía que el padre Goriot se encargaría de satisfacer su deuda. La palabra había salido. Eugenio subió a su cuarto para ver si dejaba algo olvidado y celebró haber tenido este pensamiento al ver en el cajón de su mesa la aceptación a favor de Vautrin de la letra que él había arrojado allí indiferentemente el día que la había pagado. Como no tenía dinero, iba a venderla, pero cuando lo reconoció la voz de Delfina, y no queriendo hacer ruido, detúvose para oírle, pensando que su amada no debía tener ningún secreto para él. Desde las primeras palabras, Eugenio encontró demasiado interesante la conversación entre el padre y la hija para no escucharla.

—Ah, papá querido, ¿qué me dice que usted haya pedido cuenta a mi marido de mi fortuna bastante a tiempo para que me esté arruinada. ¿Puede hablar?

—Sí, no hay nadie en la casa — dijo el padre Goriot con alacridad voz.

—Pero ¿qué tiene, padre mío? — le preguntó la señora de Nucingen.

—Acaba de darme un cachazo en la cabeza — respondió el anciano —. Dios te perdona, hija mía. Si supieses lo que te quiero, no me habrías dicho bruscamente semejantes cosas, sobre todo no sabiéndolas de cierto. ¿Qué ha ocurrido para que hoyas venido tan aprisa a buscarme aquí, cuando dentro de algunos instantes estaré en casa de mi hijo de Artois?

—Papá, ¿quién es dueño de contener la primera impresión que nos causa una catástrofe? Estoy loca. Su procurador nos hizo descubrir un poco antes la desgracia que sin duda estallará más tarde. Su experiencia comercial nos va a ser necesaria, y he acudido a buscarle como el que, en caso de desgracia, se agarró a cualquier objeto que encubriera su malestar en la superficie. Cuando el señor Derville vió que Nucingen oponía mil dificultades, le amenazó con un pleito, diciéndole que no tardaría en obtenerse la autorización del presidente de la audiencia. Nucingen vino esta mañana a mi cuarto para preguntarme si quería ser su ruina y la mía. Yo le contesté que no sabía nada de todo ello, que era dueña de una fortuna, de la cual debía estar en posesión, y que todo lo que atañía a ese asunto era cosa de mi procurador, porque yo estaba y estaría ignorante de todas esas cosas. ¡No era esto lo que usted me había encargado que le dijese?

—Sí — respondió el padre Goriot.

—Pues bien — repuso Delfina —, Nucingen quiso ponerme al corriente de sus negocios. Al parecer, empleó su capital y el mío en empresas que empiezan ahora y que le han absorbido por completo todos los fondos. Si yo le obligo a entregarme la dote, tendrá que presentar un balance; mientras que si quiero esperar un año, se comprometo, por su honor, a devolverme una fortuna doble o triple que la mía colocando mi capital de manera que yo sea dueña de él. Papá querido, me pareció que me hablaba con sinceridad, me he asustado, me pidió perdón por su conducta, me devolvió mi libertad y me permitió a mi marido, con la condición que le deje enteramente en libertad de dirigir las empresas en mi nombre. Para probarle su buena fe, me permitió llamar al señor Derville siempre que quiera, para que juzgue de si están bien redactadas las actas en virtud de las cuales me ha

con un nada basta. En fin, lo cierto es que él estaba conmigo más amante y más cariñoso que nunca y yo seguía siempre feliz. ¡Pobre Máximo! Según me dijo, en su anterior se iba despidiendo de mí: quería levantarse la tapa de los sesos. Al fin yo permaneci dos horas a sus pies, le atormenté tanto, y tanto le supliqué, que me dijo que debía cien mil francos. ¡Oh!, papá, ¡cien mil francos! Perdí la cabeza. Usted no los tenía, y yo lo había devorado todo.

—¿Y, no hubiera podido dártelos, a menos que hubiese ido a robar. Pero habría ido, Nasia; iré.

Al oír estas palabras pronunciadas lúgubramente y que acusaban la agonía del sentimiento paternal reducido a la impotencia, las dos hermanas guardaron silencio.

—¿Qué egoísmo hubiera permanecido impasible ante aquel grito de desesperación que, como una piedra lanzada al abismo, revelaba su profundidad?

—Los hallé disponiendo de lo que no me pertenecía, padre mío —dijo la afligida condesa derramando abundantes lágrimas.

—¿De modo que todo es cierto? —preguntó Delfina conmovida, rompiendo en llanto y apoyando la cabeza en el hombro de su hermana.

Anastasia inclinó la frente, la señora de Nucingen la abrazó tiernamente, y, apoyando la cabeza contra su corazón, le dijo cariñosamente:

—Aquí siempre serás querida sin ser juzgada.

—¿Angustias mías —dijo Goriot con voz débil—, ¿por qué es debida a la desgracia vuestra unión?

—En fin, para salvar la vida de Máximo, para salvar toda mi dicha —repuso la condesa animada por aquellos testimonios de sincero y franco cariño—, llevé a casa de ese usurero que usted conoce, de ese hombre fabricado por el infierno, de ese señor Gobseck, a quien yo me enterece, los diamantes de familia que tanto me aprecia el señor Restaud, los suyos, los míos, todo, y los he vendido, ¡vendido! ¿comprende usted? Y le salvé a él; pero yo puedo decir que estoy muerta. Restaud lo supo todo.

—¿Por quién? ¿Cómo? ¡Dímelo, que lo maté! gritó el padre Goriot.

—Ayer me mandé un recado de que fuese a su cuarto, y fui... Anastasia me dijo con una voz que me bastó para adivinarlo todo, ¿dónde están sus diamantes? "En mi cuarto". "No, me dijo mirándome, están aquí, en mi cómoda". Y me mostró el estuche que había cubierto con su pañuelo. ¡Sabía usted de dónde venir!" me preguntó. Entonces yo fui de rodillas, lloré y le pregunté de qué muerte quería verme morir.

—¿Dijiste eso? —exclamó el padre Goriot—. ¡Por vida de Dios! ¡E! que es haga daño a una o a otra mientras yo viva, que esté seguro de que le calcinaré los huesos! ¡Oh! sí, lo haré picadillo, como a Anastasia.

El padre Goriot enmudeció, porque las palabras espiraban en su garganta.

—Al fin, querida mía, me pidió algo que es más difícil que la muerte, ¡¡¡¡¡Dios a toda mujer de oír lo que yo oí!

—¡Yo asemejaré a ese hombre! —dijo el padre Goriot tranquilamente—. Pero no tiene más que una vida, y me debe dos francos, ¿qué pasó? —repuso mirando a Anastasia.

—Mi marido —continuó la condesa después de una pausa— me miró y me dijo: "Anastasia, lo espanto todo en el silencio, y permaneceremos juntos porque tenemos

hijos. No mataré al señor de Traillès, porque podría errar el tiro batiéndome en duelo, y si me deshiciera de él por otros medios, tendría que chocar con la justicia humana. Materle en los brazos de usted sería deshonrar a los hijos. Pero, para no ver perecer a los hijos de usted, ni a su padre, ni a mí mismo, le impongo dos condiciones. Responda usted: ¿tengo algún hijo mío?" Yo le contesté que sí. "¿Cuál?" me preguntó. "Ernesto, nuestro primogénito". "Bien. Ahora jure obedecerme en lo sucesivo en un solo punto". Yo juré. "Firmará usted la venta de sus bienes tan pronto como yo se lo pida".

—No firmes —gritó el padre Goriot—, nunca firmes eso! ¡Ah, señor de Restaud, usted no sabe lo que es hacer a una mujer feliz, y porque ésta va a buscar la dicha donde la halla, la castiga, debiendo castigarla o sí mismo por su necia impotencia. Pero, ¡alto, que estoy yo aquí y me opondré a su camino! Nasia, no tengas cuidado, ¡Ah! ¿conque él quiere a su heredero? Buena, buena. Yo le aseguraré a su hijo, que es mi nieto. ¡Por vida de...! ¡Puedo ir a ver a ese muchacho! No tengas cuidado, que lo llevaré a mi aldea y lo cuidaré. Yo le haré capitular a ese monstruo diciéndole: si quieres a tu hijo, devuélvele la fortuna a mi hija y déjala que obre a su antojo.

—¿Pecó mi...? —dijo el padre Goriot—. —Sí, padre tuyo. ¡Ah!, soy un verdadero padre. ¡Por vida de...! que se guarde ese pilastre de maltratar a mis hijas, porque me parece que llevo sangre de tigre en las venas para devorar a esos dos hombres. ¡Ah!, hijas mías, ¿es ésta vuestra vida? ¡Sí!, pues ella es mi muerte. ¿Qué será de vosotros cuando yo no viva? Los padres deberían vivir tanto como los hijos. ¡Dios mío, qué mal arreglado tienes este mundo! Y sin embargo, según dicen, tú tienes un hijo y deberías impedir que nosotros sufriésemos por los nuestros. ¡Cómo!, ángeles queridos, ¿sólo a vuestros dolores se debe vuestra presencia? ¡No me dais a conocer más que vuestras limitadas penas! Pero en fin, ¡ya voy a me queáis. Venid, venid siempre a quejarse aquí, que mi corazón es muy grande y puede recibirlo todo. Sí, en vano lo dividiréis, porque cada pedazo será un corazón de padre. Quisiera tener vuestras penas, sufrir por vosotras. ¡Ah!, qué felices erais cuando pequeñas.

—¿Aquellos fueron nuestros únicos buenos tiempos —dijo Delfina—. ¿Dónde están ya los días en que saltábamos por encima de las bolsas del granero?

—Padre mío, no es esto todo —dijo Anastasia al oído de su padre, que dió un salto—. Los diamantes no fueron vendidos en cien mil francos, Máximo es perseguido y sólo restan pagar doce mil francos. Me prometió ser juicioso y no jugar más. Su amor es lo único que me queda en el mundo, y lo pagué demasiado caro para no morir por él. Le sacrificaré mi fortuna, mi honor, mi descanso, mis hijos. ¡Oh!, haga usted al menos que mi Máximo quede libre y honrado y pueda permanecer en el mundo, donde sabrá crearse una existencia. Ahora sólo puede pensar en hacerse feliz, y no debe preocuparse de temerosos hijos que quedarán sin fortuna. Si le meten en Santa Pelagia todo está perdido.

—¡No los tengo, Nasia! ¡Nada, nada; esto es el fin del mundo! ¡Oh!, no hay duda que el mundo se acaba. ¡Marchaos, escapaos! ¡Ah!, aun me quedan mis cadenas de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en mi vida. Además, tengo mil docientos francos de renta vitalicia.

—Pues ¿qué hizo usted de sus rentas porpósitos?

—¡Lástima, reservándome esta pequeña renta para mis necesidades. Tenía necesidad de doce mil francos para arreglarle una habitación a Delfina.

—¿En tu casa, Delfina? —dijo la señora de Restaud a su hermana.

—¡Oh!, ¿qué más da? Lo cierto es que los doce mil francos están gastados. —¿Pero, asino, para el señor de Rastignac, ¡Ah!, mi pobre Delfina, detente, mira como estoy yo!

—Querida mía, el señor de Rastignac es un joven incapaz de arruinar a su querida.

—Gracias, Delfina. No esperaba oír eso, en el estado en que me hallo; pero, en fin, nunca me quisiste.

—Si que te quise, Nasia —gritó el padre Goriot—, ahora mismo me lo dicen. Hablábanos de ti, y sostenía que tú eras hermosa y que ella sólo era bonita.

—¿Ellas? Lo que es fría como un mármol —repitió la condesa.

—Aunque así fuese —dijo Delfina poniéndose roja de rabia—, ¿cómo te portaste tú conmigo? Renegaste de mí, me has cerrado todas las puertas de todas las casas adonde yo descaba ir, y no perdona ocasión de disgustarme. ¿He venido yo a casa como tú a arrancarle a nuestro pobre padre su fortuna mil a mil francos y reducirle al estado en que se encuentra? He aquí tu obra, hermana mía. Yo vi a mi padre cuando pudo, no le he echado nunca de mi casa, y no vine a laméle las manos cuando le he necesitado. Ni siquiera sabía yo que hubiese empleado los doce mil francos por mí. Ya sabes que soy mujer ordenada. Además, cuando papá me hizo regalos, no fué porque yo se los pidiese.

—Tú eras más feliz que yo; el señor de Marsay era rico y supiste aprovechar de ello. Siempre fuiste vil como el oro. Además, me haré de cuenta que no tengo hermana ni...

—¡Cállate, Nasia! —gritó el padre Goriot.

—Eres un monstruo, y sólo una hermana como tú puede repetir lo que ni siquiera al mundo eres —le dijo Delfina.

—¡Hijas mías, hijas mías, callos, o me mató ahora mismo aquí en vuestra presencia!

—En fin, Anastasia, eres desgraciada y te perdono —continuó la baronesa—. Pero conste que yo soy mejor que tú. Decírmelo lo que me dices en el momento en que me sentía capaz de todo para socorrerte, ¡hasta en el momento en que me casé, cosa que no haría por mí por... eso sólo es digno de todo el mal que tú me hiciste de nueve años a esta parte.

—¡Hijas mías, hijas mías, sos dos ángeles, abrazaos! —dijo el padre.

—No, déjeme usted —dijo la condesa rehuyendo el abrazo de su padre—. Delfina tiene una enfermedad de mi marido, cosa que no haría por mí por... eso sólo es digno de todo el mal que tú me hiciste de nueve años a esta parte.

—Prefiero pasar por deudora del señor de Marsay que confesar que el señor de Traillès me cuesta más de doscientos mil francos —respondió Delfina.

—Delfina! —gritó la condesa dando un paso hacia ella—.

—Yo te dije la verdad, mientras que tú me calumnias —replicó fríamente la baronesa.

—Delfina, eres una...! El padre Goriot abalanzóse hacia la condesa y le impidió hablar tapándole la boca con la mano.

—Dios mío, papá, ¿qué ha tocado usted esta mañana?

—¡Ah! sí, es verdad, hice mal —dijo el padre limpiándose las manos en el pantalón—. No sabía que vendríaís y estaba preparándome para la mudanza.

El padre Goriot sentíase feliz de haberse atraído un reproche que dirigía contra él la cólera de su hija, y repuso sentándose:

—¡Dios! me habéis destrozado el corazón! Hijas mías, ¡me muero! Me hierve la cabeza como si tuviera fuego. ¡Sed juiciosas y querecos, porque si no me haréis morir! Delfina, Nasia, vamos, las dos tenéis razón y las dos tenéis la culpa. Vamos, Delfina —agregó fijando en su baronesa sus ojos bañados en lágrimas—, necesito doce mil francos en las manos, ¿por Dios, no os miréis de ese modo, pues me hacéis mucho daño!

Después, arrodillándose delante de Delfina, le dijo al oído:

—Pídele perdón por darme gusto; ¡no ves que es más desgraciada que tú?

—¡Pobre Nasia! —dijo Delfina asustada de la descompuesta y loca expresión que imprimió el dolor al rostro de su padre—. ¡Te obrará mal, abrázame.

—¡Ah!, ¿derramarais un bálsamo sobre mi corazón! —gritó el padre Goriot—. Pero ¿dónde encontrar doce mil francos? ¡Si yo me vendiese como sustituto!

—¡Ah! no, padre mío —dijeron las dos muchachas rodeándole.

—¡Dios! le compensaréis de ese pensamiento, que no podríamos pagar con vuestra vida! ¿Verdad, Nasia? —repuso Delfina.

—Además, papá querido, eso sería una gota de agua —advirtió la condesa.

—Pero, ¿no tiene uno medio de vender su sangre? —gritó el anciano, desesperado—. ¡Yo me entrego al que se salve! ¡Nasia, mataré a un hombre por él, haré como Vautrin, iré a presidio! Yo... —se detuvo como herido por un rayo, y después prosiguió, mesándose los cabellos:— Pero no, nada. Si yo supiese dónde pudiera robar... Pero ¡no!, ¡hasta robar es difícil! Además, para asaltar el Banco se necesitaría gente y tiempo. Vamos, ya no me queda más que morir.

—¡Si no, ¡si no, si no! —dijo Nasia para nada, ni siquiera soy padre. Nasia necesita, me pide, y yo no puedo darle nada. ¡Ah!, ¡viejo chocho, te has creado una renta vitalicia y tenías hijos! ¿Conque ya no las quieres? ¡Pues parece, parece como un perro viejo! ¡Si, soy aún menos que un perro, porque un perro no obraría como yo! ¡Oh!, ¡mi cabeza va a estallar!

—Pero papá, sea usted razonable —gritaron las dos jóvenes rodeándole para impedirle que se rompiera la cabeza contra las paredes.

El anciano sollozaba. Eugenio, asustado, tomó la letra de cambio suscrita a Vautrin, cuyo sello servía para una suma mayor, corrigió la cifra, hizo una letra de cambio de doce mil francos a la orden de Goriot y entró.

—Señora, aquí tiene usted el dinero —dijo presentándole el papel—. Estaba durmiendo, su conversación me ha despertado, y de este modo he podido saber lo que le debía al señor Goriot. Pueden ustedes negociar esta letra, y yo la pagaré puntualmente.

La condesa, inmóvil, tenía la letra en la mano.

—Delfina —dijo al fin pálida y temblando de rabia, de cólera y de furor—, Dios es testigo de que te lo perdona todo, pero esto ¡nunca! ¿Cómo!, ¿estaba el señor ahí? ¡Tú lo sabías y tuviste la bajeza de vengarte permitiendo que adi-

vinase mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza, mi honra! ¡Bah!, ¡eres nadio, te odio, te haré todo el daño posible, te...!

La cólera le cortó la palabra y su garganta se secó.

—Pero ¡sí es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador! —gritaba el padre Goriot—. ¡Abrázale, Nasia! Mira cómo le abraza yo —repuso estrechando a Eugenio con una especie de furor—. ¡Oh!, hijo mío, será para ti más que un padre y quisiera ser Dios para poner el universo a tus pies. Pero bésale, Nasia, porque no es un hombre, es un ángel, un verdadero ángel.

—Padre mío, ¿déjale, porque en este momento está loco —dijo Delfina.

—¡Loca, loca! Y tú ¿qué estás? —preguntó la condesa.

—Hijas mías, si continuáis de ese modo me muero —gritó el anciano cayendo sobre su cama como herido por un rayo—. ¡Me matáis!

La condesa miró a Eugenio que permanecía inmóvil, asombrado ante aquella escena violenta.

—Caballero —le dijo Anastasia interrogándole con el gesto, con la voz y con la mirada sin hacer caso de su padre, cuyo chaleco acababa de desabrochar Delfina.

—Señora, pagaré y guardaré silencio —respondió Rastignac sin esperar la pregunta.

—Delfina, mataste a nuestro padre! —dijo Delfina señalándole el cuerpo de su padre a su hermana, la cual desapareció precipitadamente.

—Se lo perdono, porque su situación es espantosa y volvería loco a cualquiera —dijo el anciano abriendo los ojos—. Condió a Nasia, se cariñosa con ella, prométele a tu pobre padre, que se muere —dijo Goriot a su hija estrechándole las manos.

—Pero, ¿qué tiene usted? —le preguntó Delfina asustada.

—Nada, nada —respondió el padre—, esto me pasará. Tengo algo que me oprime la frente, ¡jaqueca. ¡Pobre Nasia!, ¡qué porvenir!

En este momento entró la condesa y arrojóse a los pies de su padre, gritando:— ¡Perdón!

—Vamos, aun me haces más daño con esto.

—Caballero —dijo la condesa a Rastignac con los ojos arrasados en lágrimas—, el día que me hizo ser injusta; ¿será un hermano para mí? —repuso tendiéndole la mano.

—Nasia, mi querida Nasia —le dijo Delfina abrazándola—. Mi querida Nasia, olvidémoslo todo.

—No, yo me acordaré siempre —contestó Anastasia.

—¿Queréis míos —exclamó el padre Goriot—, me quisáis el velo que cubría mis ojos, vuestra voz me reanima, daos un abrazo, ¡te salvará esa letra de cambio, Nasia?

—Así lo espero. ¿Quiere usted poner su firma, papá?

—¡Toma!, ¡es verdad!, qué tanto soy en olvidar eso; pero no te enojas por ello, porque ¡me encantaba tan mal! Mándame a decir que saliste del apuro. Pero, no, ya iré yo. Pero, no, no, no, ¡iré, porque si viese a tu marido lo mataría. Respecto a apropiarse de tus bienes, yo estaré aquí, Anda, hija mía, corre y procura que Máximo sea juicioso.

—Esa pobre Anastasia siempre fue de carácter violento, pero tiene buen corazón.

—Ha vuelto por el endose —dijo Eugenio a Delfina al oído.

—¿Cree usted?

—No quisiera creerlo. Sin embargo, le aconsejo que desconfíe de ella —respondió Eugenio levantando los ojos como para dirigir al cielo pensamientos que no se atrevía a expresar.

—Sí, siempre fué un poco comediante, y mi pobre padre se dejó engañar.

—¿Como sigue usted, mi buen padre Goriot? —preguntó Eugenio Rastignac al anciano.

—Tengo sueño —respondió éste.

Eugenio ayudó al padre Goriot a acostarse, y cuando el buen hombre se durmió teniendo entre sus manos la mano de Delfina, ésta se retiró diciéndole al estudiante:

—Esta noche, en los Italianos, ya me dirás cómo está. Mañana espero que te mudaras de casa. Vamos a ver tu cuarto. ¡Oh!, ¡qué horror! —dijo entrando—. ¡Pero si estabas pegado que mi padre! Eugenio, te portaste bien, y ahora te querría más si fuese posible. Pero, hijo mío, si quieres hacer fortuna, has de mirar más por el dinero, y no entregarse así, sin más ni más, doce mil francos al conde de Trailles, ese jugador, mi hermana no quiere comprenderlo, y él habría ido a buscar los doce mil francos al mismo sitio donde sabe ganar o perder montones de oro.

Un gemido le hizo volver a la habitación de Goriot, que estaba aparentemente dormido; pero cuando los dos amantes se aproximaron a él oyeron estas palabras:

—Mis hijos no son felices.

Que durmiese o que estuviese despierto, el acento de esta frase conmovió de tal modo a Delfina, que ésta aproximóse a la cama en que yacía su padre y le besó en la frente. Al sentir la impresión de esos labios, el anciano Goriot abrió los ojos diciéndose:

—Es Delfina.

—Sí, ¿cómo se encuentra? —le preguntó la joven.

—Bien, no te inquietes por mí, que luego saldré. Andad, andad, hijos míos, sed felices.

Eugenio acompañó a Delfina hasta su casa; ¡no inquietó por el estado en que había dejado a Goriot, negose a comer con ella y volvió a la casa Vauquer, encontrando al padre Goriot de pie y dispuesto a sentarse a la mesa. Bianchon se había colocado de manera que podía examinar bien la cara del antiguo fabricante de pastas, y cuando vio que éste tomaba el pan y lo oía para saber con qué harina estaba hecho, hizo un gesto siniestro, porque observó en aquel movimiento una ausencia total de lo que podría llamarse conciencia del acto.

—Venga a mi lado, señor interno —dijo Eugenio a Bianchon.

Este acercó su lado con gusto, cuando vio que iba a estar cerca del anciano Goriot.

—¿Qué tiene? —le preguntó Rastignac.

—Si no me engaño, está muerto. Debí pasarle algo extraordinario, y me parece que está bajo el peso de una apoplejía serena fulminante. Aunque la parte superior del rostro se inclinan hacia la frente a pesar suya, mira. Los ojos están en ese estado que denota que el suero ha invadido el cerebro. ¡No parece que están llenos de un polvo fino! Mañana por la mañana sabremos quizá algo más.

—No hay ningún remedio?

—Ninguno. Tal vez se podrá retardar la muerte si se encuentran los medios de

determinar una reacción hacia las extremidades, hacia las piernas. Pero si mañana por la noche no cesan los síntomas, el pobre hombre está perdido. ¿Sabes tú que es la causa de la enfermedad? Debí tener algún gran disgusto que lo ha anodado.

—Sí, —dijo Rastignac recordando la disputa de las dos hijas—. Pero al menos Delfina ama a su padre —se decía Eugenio.

Por la noche, en los Italianos, Rastignac tomó algunas precauciones para no alarmar a la señora de Nucingen; pero, a las primeras palabras de Eugenio, aquélla le respondió:

—No se apure usted, mi padre es fuerte; únicamente que esta mañana lo hemos disgustado un poco. Nuestras fortunas corren peligro. ¿Ha pensado en la extensión de esta desgracia? Si el carlino de usted no me hiciere insolente a lo que habría considerado poco ha como una angustia mortal, yo no viviría. Hoy ya no temo otra desgracia que la de perder el amor que me hizo sentir el placer de vivir. Aparte de este sentimiento, todo me es indiferente; nada me interesa en el mundo. Usted es todo para mí. Si me halaga la idea de ser rica, me para aguarle más. Para vergüenza mía, en estos instantes me siento más amante que hija. ¿Por qué? No lo sé. Toda mi vida está concentrada en su amor. Mi padre me dió su corazón; pero usted lo hizo latir. Podrá viñuparme el mundo entero, pero no me importa con tal que usted, que no tiene derecho a querermi, me abuelva de los crímenes a que me condena un sentimiento irresistible. ¿Me cree usted una mujer desnaturalizada? ¡Oh!, no, es imposible dejar de amar a un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía yo impedir que él viese al fin las consecuencias naturales de nuestros deplorables matrimonios? ¿Por qué les he permitido? ¡No le tocaba a él reflexionar por nosotros? Hoy ya sé que sufre tanto como nosotras mismas; pero ¿qué podemos hacer para evitarlo? ¿Consolarle?, no lo lo-garíamos. El dolor que le causó nuestra resignación es mayor que el daño que le harían nuestros reproches y nuestras quejas. Hoy situaciones en la vida en que todo es amargura.

Eugenio permaneció mudo, embargado por la ternura que le inspiraba la sencilla expresión de un sentimiento verdadero. La señorita Nucingen le llamó la atención el silencio que guardaba Eugenio y le preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—Escucho aún las palabras que usted acaba de decir. Hasta ahora creía amarme más de lo que usted me ama.

Delfina sonrió y procuró hacerse fuerte contra el placer que sintió, para dejar la conversación en los límites impuestos por las consecuencias. Aquella mujer no había oído nunca expresiones tan vivas de un amor joven y sincero, y con algunas palabras más no hubiera podido conte nerse.

—Eugenio, —dijo, cambiando de conversación—, ¿no sabe usted lo que pasa? Mañana todo París estará en casa de la vizcondesa de Beauséant, los Rochefide y el marqués de Adjudá se han entendido para que no se sepa nada; pero el rey firma mañana el contrato de matrimonio, y su prima está ignorante de lo que ocurre. No podrá menos que recibir, y el marqués no estará en el baile. Esta aventura es hoy objeto de todas las conversaciones.

—Y el mundo se ríe de una infamia y toma parte en ella. ¿Ignora usted que

esto causará tal vez la muerte a la vizcondesa Beauséant?

—¡No! —dijo Delfina sonriendo—. Usted no conoce a esa clase de mujeres. Mañana todo París estará en su casa, y yo no fallaré. A usted le debo esta enorme dicha.

—No será esto alguno de esos falsos rumores que corren con tanta frecuencia en París? —preguntó Rastignac.

—Mañana sabremos la verdad.

Eugenio no fué a dormir a la casa Vauquer por hallarse sin valor para dejar de gozar de su nueva habitación. Si la vispera se había visto obligado a abandonar a Delfina a la una de la madrugada, aquel día fué Delfina la que le dejó a eso de las dos para volver a su casa. Al día siguiente el estudiante durmió hasta bastante tarde, y esperó hasta la una a la señora de Nucingen, que fué a almorzar con él. Los jóvenes sienten tal avidez por gozar de estas pequeñas dichas, que Eugenio casi había dividido al padre Goriot. Acostumbrase a cada una de aquellas elegantes cosas que le pertenecían fué para él gran placer, sin contar con que la señora de Nucingen estaba allí realizando el valor de aquel lujo. Sin embargo, a eso de las cuatro los dos amantes acordáronse del padre Goriot, al pensar en la dicha que éste se prometía yendo a vivir a aquella casa. Eugenio advirtió que era necesario transportarle a ella y dejó a Delfina para correr a la casa Vauquer.

Ni el padre Goriot ni Bianchón estaban sentados a la mesa.

El padre Goriot está derrengado —le dijo el pinto—. Y Bianchón está a su lado. El buen hombre vió a una de sus hijas, a la condesa; quiso salir y su enfermedad empujó. La sociedad va a verse privada, ciertamente, de uno de sus más hermosos adornos.

Rastignac corrió precipitadamente hacia la escalera.

—¡Eh!, ¿señorito Eugenio!

—¡Señorito Eugenio! La señora le llama —gritó Silvia.

—Señorito Eugenio —le dijo la viuda—, el señor Goriot y usted debían marcharse el 15 de febrero, y ya hace tres días que ha pasado el 15, estamos a 18. Tendrá, pues, que pagarme un mes por usted y por él, pero si usted me responde del padre Goriot, me bastará solamente con su palabra.

—¿Por qué? ¿No tiene usted confianza en él?

—¿Confianza? Si el buen hombre llegase a morir, sus hijas no me darían un centavo, y todas sus ropas no valen diez francos. Se había vestido como un pollo, y estaba tan rejuvenecido que ¡Dios me lo perdone!, yo he creído que se había puesto colorado.

—Yo respondo de todo —dijo Eugenio temblando de horror y presintiendo una catástrofe.

Subió a la habitación del padre Goriot. El anciano yacía en su cama y Bianchón estaba a su lado.

—¡Buenos días, padre! —le dijo Eugenio.

El buen hombre le sonrió cariñosamente y le respondió fijando en él sus vidriosos ojos.

—¿Cómo está usted?

—¡Bien, ¿y usted?

—¡Bien.

—No lo fatigues mucho —dijo Bianchón llevando a Eugenio a un rincón del cuarto. —¿Qué hay? —le preguntó, inquieto, Rastignac.

—Sólo un milagro puede salvarle. La congestión serosa ha tenido lugar, le puse

sinápsimos, y, afortunadamente, los siento.

—¿Puede transportarse?

—Imposible; hay que dejarlo aquí, ahorrándole todo movimiento físico y toda emoción.

—Amigo Bianchón, le cuidaremos entre los dos —dijo Eugenio.

—Ya mandé llamar al médico-jefe de mi hospital.

—¿Qué?

—Mañana por la noche no dirá si hay alguna esperanza. Me prometió volver después de hacer sus visitas. Desgraciadamente este maldito hombre ha cometido esta mañana una imprudencia acerca de la cual no quiere explicarse. Es testarudo como un quile. Cuando le ha testado, y yo y dueña me quedamos a responder, y si tiene los ojos abiertos, emponder y se quejarse. Salí por la mañana, y fué a pie a no sé qué sitio de París, llevándose todas las cosas que tenía de algún valor. Sin duda ha debido hacer algún maldito tráfico. Vino una de sus hijas.

—La condesa? —dijo Eugenio—. ¿Una alta, morena, de ojos grandes y vivos, pie bonito y flexible tallo?

—Sí.

—Déjame un momento a solas con él —dijo Rastignac—. Voy a confesarle; a mí me lo dirá todo.

—¿Por qué voy a comer; pero procura no agitarle demasiado, porque aun hay alguna esperanza.

—No tengas cuidado.

—Mañana si que van a divertirse, porque van a un gran baile —dijo el padre Goriot a Eugenio cuando ambos estuvieron solos.

—Pero, papá, ¿qué hizo usted esta mañana para estar tan agobiado y verse obligado a guardar cama?

—Nada.

—¿Vino Anastasia? —le preguntó Rastignac.

—Sí —respondió el padre Goriot.

—Pues bien, no me oculte nada, ¿qué es lo que vino a pedirle?

—¡Ah! —repuso el anciano haciendo un esfuerzo para hablar—, era muy desgraciada, hijo mío. Nasia no tiene un centavo desde la cuestión de los diamantes, y para este baile había encargado un traje que debía sentarle a las mil maravillas. Su costurera, una infame, no quiso concederle crédito, y su camarera había pagado mil francos a cuenta por el traje. ¡Pobre Nasia!, ¡haber llegado a ese extremo! Esto me desgarró el corazón. Pero la camarera, al ver que ese Restaud retiraba su confianza a Nasia, temió perder su dinero y se entendió con la costurera para que no le entregase el traje hasta que se le devolviese los mil francos. El baile es mañana, el traje está listo y Anastasia, que está desesperada, vino a pedirme los cubiertos para empuñarlos. Su marido quiere que vaya a ese baile para enseñar a todo París los diamantes que aseguran que ella vendió. Ahora bien, ¿puede acaso decirle ella a ese monstruo: "Déjame el resto de mi miserable vida por rescatar esa culpa. Míre usted, tuve valor para soportarlo todo; pero esa falta de dinero me laceró el corazón. ¡Oh!, ¡oh!, me vestí inmediatamente, vendi cubiertos y cadenas por seiscientos francos y empuñé por cuatrocientos, en casa de papá

Gobseck, mis títulos de renta vitalicia. ¡Bah!, comeré pan. Esto me bastaba cuando era joven, y lo mismo me ocurrirá ahora. Así, al menos, mi pobre Nasia pasará una noche feliz. Tengo un billete de mil francos aquí, debajo de mi almohada, y considerando únicamente que tengo aquí, debajo de mi cabeza, lo que ha de causar un placer a mi pobre Nasia, me siento revivir. ¡Ahora podría poner a la puerta a su camarera Victoria. ¡Habríase visto criados que no tienen confianza en sus amo! Mañana ya estará bien. Nasia vendrá a las diez, y no quiero que me crean enfermo porque iré a ir a mis asuntos que quedarán a cuidarme. Nasia me abrazará mañana como a su hijo, y sus caricias me harán revivir. ¡Qué!, ¿no habría gastado mil francos en botica? Pues prefiero dárseles a mi curatelo, a mi Nasia. Al menos yo podré consolarla en su miseria, y esto me absolverá de la culpa de haberme quedado sin dinero. Escribo a fondo del abismo, y yo no tengo ya fuerzas para sacarla. ¡Oh!, volveré a dedicarme al comercio, e iré a Odesa a comprar granos. Los trigos de allí valen tres veces menos que los nuestros, y si la introducción de cereales en grano está prohibida, los hombres que hicieron las leyes no pensaron en prohibir las fabricaciones que entra como elemento principal el trigo. ¡Oh!, esta mañana se me ocurrió esto, y creo que he de hacer un buen negocio con los almídonos.

—Éstá loco —se dijo Eugenio mirando al anciano—. Vamos, cálmese, no hablo ya más.

Eugenio bajó a comer cuando Bianchón subió, y luego ambos velaron alternativamente al enfermo, ocupándose el uno en leer sus libros de medicina, y el otro en escribir a su madre y a sus hermanas. Al día siguiente, según Bianchón, los síntomas que se declararon en el enfermo fueron de feliz augurio, pero exigieron cuidados que sólo gran caudal de prodigios los dos estudiantes y el curatelo creemos ocioso hacer. Las sanguijuelas aplicadas al raquítico cuerpo del anciano fueron acompañadas de cataplasmas, de baños de pies y de manobras médicas que exigían la fuerza y la abnegación de los dos jóvenes. La señora de Restaud no se presentó, pero, en cambio, envió a buscar los mil francos por un recadero.

—Yo creí que vendría ella misma; pero me alegro de que no lo haya hecho, porque así se evita el disgusto de verme enfermo —dijo el pobre padre celebrando esta circunstancia.

A las siete de la noche, Teresa presentó para entrar a Eugenio una carta de Delfina, que decía:

«¿Qué hace usted, amigo mío? ¿Me verá olvidada ya al empezar a amar? En nuestras íntimas confidencias, ¿me acordará ya cuando tenía la alma desolada? ¿Me acordará ya no ser de aquellas que permanecen siempre fieles al ver los muchos matices que tienen los sentimientos. Como ha dicho usted al escuchar la plegaria de Moisés: "Para unos, es una misma nota; para otros, es el infinito de la música". No olvide que le espero esta noche para ir al baile de la casa de la señora de Restaud. El contrato del señor de Adjuda se firmó esta mañana en la corte y la pobre viudita no lo supo hasta las dos. Todo París irá a su casa, como gride el pueblo a la plaza de Greve el día de una ejecución. ¡No es horrible ir a ver si esta mujer sufrirá su dolor y su dolor! Me acordará, amigo mío, yo no iría si hubiese estado alguna vez en su casa; pero es seguro

que no volverá a recibir nunca más, y si no aprovecho esta ocasión, todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Mi situación es muy diferente a la de los demás. Por otra parte, yo voy allí por usted. Le espero. Si no está a mi lado dentro de dos horas, yo no sé si le perdonaré jamás esta felonía.

Rastignac tomó una pluma y respondió de este modo:

Estoy esperando al médico para saber si su padre tiene esperanzas de vida. Está moribundo. Iré a comunicarle a usted la sentencia, y mucho me temo que sea una sentencia de muerte. Usted verá si, después de esto, puede ir al baile. Mil afectos.

El médico presentóse a las ocho y media, y, sin que su opinión fuese favorable, dijo creer que la muerte no era inminente, anunciando mejorías y revalidas de las cuales dependerían la vida y la razón del enfermo.

—Sería preferible que muriese en seguida —acabó por decir el doctor.

Eugenio confió el padre Goriot a los cuidados de su amigo y fué a comunicar a la señora de Nucingen las tristes nuevas que debían suspender toda alegría en ella.

—Dígame que no deje de divertirse —le gritó el padre Goriot, que parecía amodorrado, pero que en el momento en que Rastignac salió se irguió en la cama.

El joven presentóse lleno de dolor en casa de Delfina, encontrándola peinada, calzada y dispuesta a ponerse su traje de baile.

—¿Cómo!, ¿aun no está usted vestido?

—Pero, señora, su padre...

—¿Otra vez mi padre? —exclamó interrumpiéndole—. Supongo que no querrá ir a usted enfermo; lo que yo debo a mi padre es al cual concierne a sobre. Ni una palabra, Eugenio. No le escucharé hasta que no esté vestido. Teresa lo ha preparado todo, mi coche está dispuesto, tómelo y venga en seguida. Hablaremos de mi padre por el camino. Hay que marchar temprano, porque si nos sorprende la fila de coches, quizá no podamos llegar a las once.

—Señora...

—Ande, no diga nada —pidió Delfina entrando en su gabinete para ponerse un collar.

—Pero ande usted, señorito Eugenio, mire que se enojará la señora —dijo Teresa empujando al joven, que estaba realmente asombrado ante aquel elegante ardid.

Fué a vestirse haciéndose las más tristes reflexiones. Eugenio veía el mundo como un océano de lodo, en el cual se hundía un hombre hasta el cuello si osaba poner sobre él su planta.

—No se cometen más que crímenes mezquinos. Vaugén es más grande —se dijo el estudiante.

Había visto los tres grandes expresiones de la sociedad: la obediencia, la lucha y la revolución; la familia, el mundo y Vautrin, y no se atrevía a decidirse. La obediencia era enojosa, la revolución imposible y la lucha incierta. Su pensamiento llevó al seno de su familia, recordando las emociones puras de su infancia, tranquila y los días pasados en medio de los seres que le eran queridos. Al conformarse con las leyes naturales del hogar doméstico, aquellos seres queridos encontraban en él una dicha continua y sin angustias. No obstante sus buenos pensamientos, Eugenio no se sintió con valor para ir a confesar a Delfina el estado de las almas puras, ordenándole la virtud

en nombre del amor. Su educación, comenzada ya, había dado sus frutos. Amaba egoístamente, su tacto le había permitido reconocer la naturaleza del corazón de Delfina, presunta que ésta era capaz de pasar sobre el cuerpo de su padre para ir al baile, y él no se sentía con fuerzas para desempeñar el papel de moralista, no tenía valor para desagradarla ni poseía la virtud de abandonarla.

—Nunca me perdonaría el haber tenido razón en contra de ella en esta circunstancia.

Después comentó las palabras de los médicos, se congratuló al pensar que el padre Goriot no estaría tan peligrosamente enfermo como se creía y, por fin, buscó razonamientos asesinos para justificar a Delfina. Esta no conocía el estado en que se encontraba su padre, y el mismo enfermo la enviaría al baile si ella fuese a verlo.

Eugenio quería engañarse a sí mismo, y estaba dispuesto a sacrificar su conciencia por su amante. Hacía dos días que había cambiado por completo. La mujer le había comunicado sus desórdenes, había eclipsado a la familia y lo había confundido todo en provecho propio.

Al poseer a aquella mujer, Eugenio notó que hasta entonces no había hecho más que desealar y que no la había amado hasta el día siguiente: el amor tal vez no es más que el agradecimiento del placer. Infame, o sublime, adoraba a aquella mujer por las voluptuosidades con que la había dotado, del mismo modo que Delfina amaba a Rastignac tanto como Tántalo había amado al agua que había ido a satisfacer su hambre o a extinguir su sed.

—Buena, ¿cómo está mi padre? —dijo la señora de Nucingen a Eugenio tan pronto como estuvo de vuelta, vestida en traje de baile.

—Muy mal —respondió el estudiante—, y si quiero dar una prueba de cariño, corramos a verle.

—Buena, sí, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé juicioso, no me prediques moral y vamos.

Los dos amantes partieron, y Eugenio permaneció silencioso durante una gran parte del camino.

—Pero, ¿qué le pasa? —le preguntó Delfina.

—Oigo el estertor de su padre —le respondió con seriedad el estudiante.

Y dicho esto, púsose a contar con la calorosa elocuencia de un joven la feroz acción que había cometido la señora de Restaud por vanidad, la crisis mortal que había ocasionado a su padre, su debilidad, su fuerza, y lo que costaría el traje de baile de Anastasia. Delfina lloraba; pero de pronto pensó: "Voy a estar fea", y sus lágrimas se secaron.

—Iré a velar a mi padre y no me separaré de la cabecera de su cama —repuso al pronto.

—¡Ah!, así era como quería verte —exclamó Rastignac.

Los faroles de quinientos coches iluminaban los alrededores del palacio de Beaussant. A ambos lados de la puerta, sobreabundantemente alumbrada, veíase un gendarme a caballo, y el gran mundo fluía en tan gran número que se veía a aquella gran mujer en el momento de salir de las habitaciones del piso bajo del palacio ya estaban llenas cuando la señora de Nucingen y Rastignac se presentaron. Desde el día en que toda la corte llevó la casa de aquella gran señorita a quien Luis XIV arrebató a su amante, ningún desastre del corazón fué más ciego que lo era el de la virreina de Beaussant.

En esta circunstancia, la última hija de la casa casi real de Borgoña, más hermosa superior a su mal y domino hasta el último momento al mundo, cuyas vanidades había aceptado únicamente para que sirviesen al triunfo de su pasión. En las salas ruidosas de París andaban los salones con sus joyas y sus sonrisas. Los hombres más distinguidos de la corte, los embajadores, los ministros, emperifollados con cruces, placas y cordones multicolores, rodeaban a la vizcondesa. La orquesta hacía resonar los motivos de su música bajo las doradas bóvedas de aquel palacio. La señora de Beauséant mantenía de pie en su salón para recibir a sus pretendidos amigos. Vestida de blanco y sin ningún adorno en sus cabellos, sencillamente peinados, parecía tranquila y no denotaba dolor, orgullo ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. Dijo que era una Niobe de mármol. Su manera de sonreír a sus amigos influyó a veces burlona; pero, de todos modos, rupo mostrarse tan impavida, que los más insensibles la admiraron, imitando en esto a las jóvenes romanas que aplaudían al gladiador que sabía sonreír al explotar. El mundo parecía haberse vestido de gala para despedir a una de sus soberanas.

—Tenía que usted no viniese —le dijo a Rastignac al entrar.

—Señora —le respondió Eugenio, conmovido, creyendo que estas palabras encerraban un reproche—, vine para ser el último en marchar.

—Bien —le dijo su prima estrechándole la mano—, tal es usted aquí el único de quien yo pueda fiarme. Amigo mío, ame usted a una mujer a quien pueda amar siempre y no abandone nunca a ninguna —agregó tomando el brazo de Rastignac y yendo con él a sentarse en un canapé situado en el salón de juego—. Vaya a casa del marqués, Jacobo mi ayuda de cámara, le llevará a usted allí y le entregará una carta para él. Le pido mi correspondencia, y espero que me la devolverá toda. Una vez que tenga mis cartas, suba a mi habitación y espereme allí.

Dicho esto, la señora de Beauséant fué al encuentro de la duquesa de Langeais, su mejor amiga. Rastignac partió al palacio de Rochefort, y se quitó el marqués de Adjuda, le entregó la conocida carta, y éste, luego de leerla, subió a su habitación y entregó una caja al estudiante, diciéndole:

—Ahí están todas.

El marqués de Adjuda sintió deseos de hablar a Eugenio, ya para interrogarle acerca de los acontecimientos del baile o para confesarle que ya estaba arrepentido de su matrimonio, como hizo más tarde; pero un rasgo de orgullo brilló en sus ojos y tuvo el deplorable valor de guardar secreto acerca de sus más nobles sentimientos.

—No le diga nada de mí, mi querido Eugenio —dijo estrechándole cariñosamente la mano a Rastignac y haciéndole señas de que se fuese.

Eugenio volvió al palacio de Beauséant y fué introducido en el cuarto de la vizcondesa, donde vio los preparativos de marcha. El estudiante sentóse al lado del fuego, contempló la cajita de cedro y cayó en profunda melancolía. Para él, la señora de Beauséant tenía las proporciones de las diosas de la *Ilíada*.

—¡Ah!, amigo mío —dijo la vizcondesa entrando y apoyando su mano en el hombro de Rastignac.

Después, Eugenio vio que su prima, nalgada en llanto, tomaba de pronto la cajita

y la arrojaba al fuego.

—¡Están bailando! Todos fueron puntuales, y sólo la muerte llegará tarde. Silencio, amigo mío —dijo la vizcondesa colocando una mano sobre la boca de Rastignac cuando éste se disponía a hablar—, nunca más volveré a ver París y el mundo. A las cinco de la mañana me voy a sepultar en el interior de Normandía. Desde las tres de la tarde me vi obligada a hacer los preparativos, firmar actas, arreglar asuntos, y no podía enviar a nadie a casa de...

Se detuvo.

La seguridad que le encontrarían en casa de ella.

Y volvió a detenerse anonadado por el dolor. En momentos de esta índole, todo es sufrimiento y hay palabras cuya pronunciación es imposible.

—En fin, esta noche contaba con usted para que me hiciese este último favor. Quisiera darle una prueba de mi amistad. Pensaré muy menudo si usted me pareció noble y bueno, joven y cándido, en medio de este mundo donde son tan raras estas cualidades. Yo deseo que usted piense alguna vez en mí. Mire —dijo fijando una mirada en derredor suyo—, he aquí el cofre donde guardaba mis guantes. Siempre que abría esta caja antes de ir al baile o al teatro, me consideraba hermosa porque era feliz, y nunca la cerraba sin dejar en ella algún pensamiento gracioso: hay mucho de mí ahí dentro; ese cofrecito encierra a toda una señora de Beauséant que no existe ya. Aceptelo; yo daré orden de que lo lleven a la casa de la calle de Artois. La señora de Nucingen está muy hermosa y no quisiera que quedara bien. Amigo mío, si no nos vemos más, esté seguro de que haré fervientes votos por usted, que tan bueno fué. Bajemos; no quiero que crean que lloro; me queda una eternidad por delante, donde de estaré sola y donde nadie me pedirá cuenta de mis lágrimas. Una última mirada a este cofre.

Dicho esto, la señora de Beauséant se detuvo, y después de ocultar un momento la cara en las manos, enjugóse los ojos, se los lavó con agua fresca y tomó al estudiante del brazo, diciéndole:

—Vamos.

Rastignac nunca había sentido una emoción tan violenta como la que le causó la vista de aquel cofre tan noblemente contenido. Al entrar en el baile, Eugenio dio una vuelta con la vizcondesa de Beauséant, última y delicada atención de esta graciosa mujer, y al poco rato vio a las dos hermanas, a la señora de Restaud y a la de Nucingen. La condesa estaba hermosa, ostentando por última vez todos sus diamantes, que debían ser de fuego para ella. Por donde que fuesen su orgullo y su amor, no podía sostener la mirada de su marido. Este espectáculo, que no tenía nada de grato, contribuyó a entristecer más a Rastignac, el cual vio, bajo los diamantes de las dos hermosas, el inmundo catre en que yacía el padre Comodin activo, engañado por su melancólica actitud, no tardó en abandonar su brazo diciéndole:

—Vaya usted, no quiero quitarle un placer.

Eugenio fué reclamado por Delina, la cual estaba satisfecha del efecto que producía, y ansiaba poner a los pies del estudiante los homenajes que recogía en aquel mundo donde esperaba ser adoptada.

—¿Cómo encuentra a Nasia? —le preguntó Delina.

—Bien, me dispuso hasta el producto

de la muerte de su padre —dijo Rastignac.

A las cuatro de la mañana la multitud comenzó a desfilar y la música dejó de oírse. La duquesa de Langeais y Rastignac halláronse solos en el salón. La vizcondesa, creyendo encontrar solo al estudiante, acudió allí, después de haber dicho adiós al señor de Beauséant, el cual fué a retirarse repitiéndole:

—Querida mía, usted hace mal en retirarse del mundo a su edad. Quédesse con nosotros.

Al ver a la duquesa, la señora de Beauséant no pudo contener una exclamación.

—Clara, he adivinado lo que intenta —dijo la señora de Langeais—. Quiero marchar para no volver nunca más; pero no lo haré sin haberme oído y sin que nos hayamos comprendido.

Y dicho esto, tomó a su amiga por el brazo, la llevó al salón vecino, y allí, contemplándola con ojos velados por las lágrimas, la estrechó entre sus brazos y la besó en las mejillas.

—No quiero separarme de usted fríamente, querida mía, porque mis remordimientos serían demasiado grandes. Cuente conmigo como con usted misma. Esta noche fué usted grande, me he sentido digna de usted y quiero probarlo. Querida mía, perdóname si no me porté siempre bien con usted; yo amené a haber dicho cosas que hayan podido molestarla; yo quisiera poder recoger mis palabras. Un mismo dolor reúne nuestras almas, y no sé cuál de las dos será más desgraciada. El señor de Montriveau no estaba esta noche aquí, ¿comprende usted? Clara, los que viven en este baile no la olvidarán jamás. Yo intento dar el último esfuerzo, y si fracaso, iré a encerrarme en un convento. ¿Adónde se va usted?

—A Normandía, a Courcelles, a amar y a orar hasta el día en que Dios me saque de este mundo. Señor de Rastignac, venga —dijo la vizcondesa con voz conmovida, creyendo que el joven cedería.

El estudiante hincó una rodilla en tierra, tomó una mano de su amiga y la besó.

—Adiós, Antonieta —repuso la señora de Beauséant—, que sea usted muy feliz. Respecto a usted —dijo al estudiante—, ya sé que lo es, porque aun es joven y puede creer en algo. Al retirarme del mundo, quisiera que usted me consuelo de haber dejado en torno mío sinceras y religiosas emociones, como algunos moribundos privilegiados.

Rastignac abandonó el palacio a las cinco de la mañana, después de haber visto a la señora de Beauséant en su berlina de viaje y de haber recibido su último adiós con lágrimas que probaban que las personas más elevadas se elevaban por las leyes del corazón ni vivir sin penas como quieren hacer creer algunos halagadores del pueblo.

Con tiempo húmedo y frío, Eugenio encaminóse a pie a la casa Vaquer. Su educación tocaba a su término.

—Me parece que no podremos salvar al pobre padre Goriot —dijo el joven Blanchon tan pronto Rastignac entró en su cuarto.

—Amigo mío —le dijo Eugenio después de haber mirado al anciano dormido—, sigue adelante en el modesto destino a que aspiras. Yo estoy en un infierno y me voy obligado a permanecer en él. Por mucho mal que se diga y se crea, créelo. No hay Juvenal que pueda describir el horror cubierto de oro y de pedrerías.

Al día siguiente, Rastignac fué despertado a las dos de la tarde por Blanchon, el cual, como tuviese que salir, le rogó que cuidase al padre Goriot, cuyo estado

había empeorado mucho durante la madrugada.

—Quizá no le queden al pobre hombre ni diez horas de vida —dijo el estudiante de medicina—, y sin embargo no podemos cesar de combatir el mal. Va a ser necesario prodigarle costosos cuidados; nosotros podremos ser sus enfermeros; pero yo, por mi parte, le confieso que no tengo un centavo. Registré los armarios y los bolsillos del enfermo, pero no encontré nada. Le he interrogado un momento en que disponía de razón y me dijo que carecía por completo de recursos. ¿Qué leen? —

—Me quedan veinte francos —respondió Rastignac—; pero iré a jugar y ganare.

—¿Y si pierdes? —

—Les pediré dinero a sus yernos y a sus hijas.

—¿Y si te lo niegan? —repuso Bianchon. En este momento, lo más urgente es encontrar dinero: es necesario aplicar al enfermo un sinapismo desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si grita, aun habrá esperanzas. Ya sabes cómo se hace. Por otra parte, Cristóbal te ayudará. Voy a posar por la farmacia para decirle al boticario que respondo de todos los medicamentos que tomemos. Es lástima que el pobre hombre no haya podido ser trasladado a nuestro hospicio, porque allí estaría mejor. Vámonos, ven y no te separes de él hasta que yo haya regresado.

Los dos jóvenes entraron en el cuarto donde estaba el anciano. Eugenio quedó admirado al ver el cambio que se había operado en aquella faz convulsa, livida y profundamente débil.

—¿Cómo está usted, papá? —le dijo inclinándose hacia la cama.

Goriot fijó en Eugenio sus ojos empujados y le miró atentamente sin reconocerle. El estudiante no pudo sostener aquella mirada, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Bianchon, ¿no sería conveniente poner cortinas en las ventanas?

—No, las circunstancias atmosféricas ya no le afectan. Sería demasiado feliz si sintiese frío o calor. Sin embargo, necesitamos fuego para hacerle tisanas y preparar otras cosas. Voy a enviarle lámpara. Ayer y esta noche quemé la tuya y toda la turba que tenía el pobre hombre. Este cuarto es húmedo, véase correr el agua por las paredes y apenas si logró secarlo. Cristóbal lo barrió, porque estaba hecha una verdadera cuadra, y oía demasiado mal.

—Dios mío! —dijo Rastignac—, ¿y sus hijas?

—Mira; si quiere beber, dale de esto —dijo el estudiante a Rastignac enseñándole un gran pote blanco—. Si le oyes quejarse y el vientre está ardiente y duro, dile a Cristóbal que le ayude y al administrador. Ya sabes. Si por casualidad tuviese una gran exaltación, hablase mucho y diese pruebas de demencia, dale, que no es mala señal; pero envía a Cristóbal al hospicio Cochin, porque nuestro médico, mi compañero o yo vendríamos a aplicarle moxas. Esta mañana, mientras tú dormías, tuvimos una gran consulta con un discípulo del doctor Gall y con el médico-jefe del Hospital provincial. Estos señores creyeron reconocer curiosos síntomas y vamos a seguir el curso de la enfermedad a fin de instruirnos en ciertos puntos científicos. Bastante importante. Uno de estos señores pretendió que si la presión del sobre fuese mayor sobre un órgano que sobre otro,

podría originar hechos particulares. Escúchale, pues, bien, caso de que hablase, a fin de decirnos a qué género de ideas pertenecían sus palabras; sin son efectos de memoria, de penetración, de juicio; si se ocupa de materialidades o de sentimientos; si calcula, si recuerda el pasado; en fin, no dejes de hacernos un relato fiel de lo que ocurra. Es posible que la invasión tenga lugar de pronto, y entonces morirá imbécil, como está en este momento. Todo es raro en esta clase de enfermedades. Si la bomba estallase por aquí —dijo Bianchon señalando el occipital del enfermo—, hay ejemplos de fenómenos singulares, el cerebro recobra algunas de sus facultades y la muerte es más lenta. Por otra parte, las aeroidades pueden apartarse del cerebro y tomarse por medio de la autopsia. Hay en los incurables un anciano tonto en el cual el suero siguió la columna vertebral y sufrió horriblemente, pero vive.

—¿Se han divertido mucho? —preguntó el padre Goriot reconociendo de pronto a Eugenio.

—¡Oh!, no piensa más que en sus hijas —dijo Bianchon—. Esta noche me dijo más de cien veces: "Están bailando; ella tiene su traje", las llamaba por sus nombres, y lléveme el diablo si no me hacía llorar con sus exclamaciones: "¡Dentro!", "¡Definita mía!", "¡Nasial!", "¡Su decimo haría volver a las piedras."

—Delfina! —dijo el anciano—, está ahí, ¿verdad? ¡Oh!, ya lo sabía.

Y sus ojos recobraron una gran actividad para mirar las paredes y la puerta del cuarto.

—Bajo a decir a Silvia que prepare los sinapismos, el momento es favorable —dijo Bianchon.

Rastignac quedó solo al lado del anciano, sentado al pie de su cama y con los ojos fijos en aquella cabeza cuya vista causaba espanto y dolor.

—¡La señora de Beauséant huye, éste se muere! —exclamó Eugenio—. Las almas hermosas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. En efecto, como han de aliarse los buenos sentimientos con una sociedad mezquina y superficial?

Las imágenes de la fiesta a que había asistido acudieron a su mente y contrastaron con el espectáculo de aquel lecho de muerte. Rastignac presentóse de pronto.

—Mira, Eugenio, acabo de ver a nuestro médico-jefe y volví corriendo. Si presenta síntomas de razón, si habla, acuéstate sobre un sinapismo de manera que la mostaza le agarre desde la nuca hasta los riñones, y mándanos a llamar.

—Querido Bianchon —dijo Eugenio—, ¿qué se trata de un hecho científico —repuso el estudiante con todo el ardor de un neófito.

—Vámonos —dijo Eugenio—. ¿Seré yo el único que cuido a este pobre anciano por carino?

—Si me hubieses visto esta mañana, no hablarías así —repuso Bianchon sin ofenderse por el dicho—. Los médicos que han ejercido ya no ven más que la enfermedad, pero yo aun veo al enfermo.

Dicho esto salió, dejando solo con el anciano a Eugenio, el cual temía una crisis que no tardó en declararse.

—¡Ah!, ¿es usted, hijo mío? —dijo el padre Goriot reconociendo a Eugenio.

—¿Está mejor? —le preguntó el estudiante tomándole una mano.

—¡Muy oprimida mi cabeza como si la tuviera encerrada en un círculo de hierro. ¡Ha visto a mis hijas! Vendrán en seguida, tan pronto como sepan que

estoy enfermo, y a mi vez me iré. ¡Dios mío!, quisiera que esta noche un joven me diese un beso en la turba que tenía.

—Ya sube Cristóbal a ver que le envíe ese joven le quite suave Eugenio.

—Bueno, pero ¿cómo va la leña? Yo no tengo un centavo para lo todo, y ahora ¡dijo! de caridad. ¿Era, mi amor, de mi hija? (¡Ah!, ¡cuánto le gustaba Cristóbal, Dios le recompensara, yo no podré hacerlo, pero queda nada.)

—¿Pagaré bien a ti y a tu hijo Eugenio al oído al eriado.

—Te dijeron mis hijas que iban a venir, ¿verdad, Cristóbal? Anda, corré a ver allá, y te daré cinco francos. Pero que no me encuentren bien, y me quita abrazarlas, y a las una vez más abraza. Diles esto, pero sin asustarlas demasiado.

Cristóbal partió, obedeciendo a una señal de Rastignac.

—¡Oh!, yo las conozco, vendrán —puso el anciano—. Si yo muero, quita a tener este pobre diablo. Na quisiera que muriera por no verlas llorar. ¡Mj buen Eugenio, morir no verlas ya más. ¡Cuanto voy a aburrirme sin ellas en el otro mundo! Para padre, el infierno es no estar con sus hijos, y yo ya he hecho mi aprendizaje desde que ellas se casaron. ¡Mi pariente estaba en la Jusianna. Diga usted: si voy al cielo, ¿podré venir a verlas en espíritu a la tierra? He oído decir estas cosas; ¿son ciertas? En este momento creo verlas tal como eran en la calle de la Jusianna. Bajaban por la mañana y me decían: "Buenos días, papá". Y entonces yo las embusaba y decía: "¡Hija mía, mil fiestas y ellas me correspondían. Amorzábamos todas las mañanas juntos, como antes; en fin, que era padre y gozaba de mis hijas. Cuando estaban en la calle de la Jusianna no razonaban, no conocían el mundo y me querían bien. ¡Dios mío!, ¿por qué no habrán sido siempre esas pequeñas?" (¡Oh!, ¡cuánto sufrí, mi cabeza estalla!) ¡Ah!, ¡ah!, hijas mías, sufre horriblemente, y cuando lo digo, muy grande debe ser mi dolor, porque vosotras me habíais hecho grande para el mal; ¡Dios mío! Si yo tuviese únicamente sus manos entre las mías, ¡qué sentiría!

—¿Y ellas vendrán? —dijo el anciano—. ¿Este Cristóbal es tan bestia? Debía de haber ido yo mismo. El va a tener la dicha de verlas. Pero usted estuvo ayer en el baile, dígame, ¿cómo estaban? No sabían nada de mi enfermedad, ¿verdad? ¡Oh!, las pobrecitas no hubieran sabido. ¡Yo me sentiría en el infierno, porque sus promesas. ¡Y a qué maridos se han entregado! Cúreme usted, cúreme usted, (¡Oh!, ¡cuánto sufrí! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!)

¿Ve usted? Es necesario que sane, porque precisan dinero y yo sé dónde. ¡Ir a ganar. Iré a hacer una misa. ¡Ojalá! ¡ganaré mucho dinero, porque yo entiendo el negocio. ¡Oh!, ¡qué dolor más horrible!

Goriot guardó un instante de silencio, pareciendo reunir todas sus fuerzas para soportar el dolor.

—Si ellas estuviesen aquí no me quejaría; ¿por qué, pues, he de quejarme ahora?

A estas palabras siguió un amodorrado momento que duró algún rato. Cristóbal presentóse entrelanto, y Rastignac, que creía dormido al padre Goriot, le dejó que diese cuenta de su misión en voz alta.

al día, primero fui a casa de la hija, y como no pude hablarle por los asuntos importantes que me ocurrían, me fui a casa del señor de Restaud. Él me dijo lo siguiente: "Muere el señor Goriot? Es lo mejor que puede hacer. La señora de Restaud tiene que ventilar conmigo asuntos importantes e irá tan pronto como acabe". El señor tenía trazas de muy mal humor. Iba ya a salir cuando la señora le dijo la antelara por una puertecita que yo no veía y me dijo: "Cristóbal, dile a mi padre que estoy disputando con mi marido, y que es cuestión de vida o de muerte para mis hijos; pero que tan pronto como acabe, iré". Respecto a la señora Jaronska, no pude verla ni hablarle. Ella me dijo la camarerá, — la señora volvió el baile a las cinco y cuarto, está durmiendo, y si la despertó antes de las doce me reñirá. Cuando me llame le diré que su padre está peor. Siempre es pronto para dar malas noticias". En vano rogué y sollicité ver al señor barón, porque éste había salido.

—¿Cómo! ¿no vendrá ninguna de sus hijas? — exclamó Rastignac. — Voy a escribirles.

—¡Ninguna! — exclamó el anciano irguiéndose en la cama —. Tienen negocios, duermen, no vendrán; ya lo sabía. Es necesario morir para saber lo que son los hijos... ¡Ah, amigo mío!, no se case usted nunca, no tenga hijos. Les da usted la vida y ellos le pagan con la muerte. ¡Dios mío! ¿cómo puede uno vivir así? ¡Arrojé a la celda de él. No, no vendrán. Hacer ya diez años que lo sé. A veces me lo decía a mí mismo, pero no me atrevía a creerlo.

Y diciendo esto, dos lágrimas asomaron a sus ojos, permaneciendo adheridas, sin caer, a sus enrojecidos párpados.

—¡Ah!, si yo fuese rico, si yo hubiese guardado mi fortuna, si no se la hubiese dado, ellas estarían aquí, me lamerían las mejillas con sus besos, vivirían en un palacio, tendrían buenas habilitaciones, coches, criadas, y una y otra llorarían mi muerte en unión de sus maridos y de sus hijos. Tendría todo esto; pero ¡nada, nada! El dinero lo da todo, hasta hijos. ¡Oh, dinero mío, ¿dónde estás? Si tuviese tesoros que dejar, ellas me velarían y yo las oiría y las vería. ¡Ah!, hijo mío, mi único hijo, prefiero mi abandono y mi miseria. Al anciano, cuando un desgraciado es amado, está seguro de que le aman. No, quisiera ser rico, porque las vería. Y a fe, ¿quién sabe? Ambas tenían corazones de roca. Yo sentía demasiado amor por ellas para que ellas lo sintiesen por mí. Un padre siempre debe ser rico y sostener a sus hijos por la brida cual si fueran caballos falsos, y cuando ellos se le niegan, ¡ay!

—¡Miserables!, ¿cómo pagan mi conducta para con ellas hace diez años? Si supiese usted con cuánto mimo me trataban los primeros tiempos de su matrimonio! ¡Oh!, ¡estoy sufriendo un cruel martirio!. Como acababa de darles ochocientos mil francos a cada una, ni ellas ni sus maridos podían darse cuenta conmigo. Me recibían diciéndome: papito por aquí, papito por allá, y siempre me tenían puesto un cubierto en su inesa a fin de que comiese con sus maridos, que me trataban con mucha consideración. ¡Claro!, ¿cómo que uno creía que tenía algo? ¡Por qué? No lo sé, porque yo no les había dicho nada de mis asuntos. Pero un hombre que da ochocientos mil francos a una hija y a sus hijas es digno de ser cuidado. Y con cuánto miramiento me trataban! Pero no era a mí, era a mi dinero. Me he convencido de que el mundo no tiene nada de

hermoso. Me llevaban en coche al teatro, asistía cuando quería a sus veladas, se me permitían que me confundían que yo era su padre. No crea usted que soy tonto, no se me escapaba nada. Todo aquello era astucia y me laceraba el corazón; pero el mal no tenía remedio; no estaban tan gustos en su mesa como en la de abajo, y yo no sabía qué decir. Pero cuando algunas de sus visitas preguntaban al oído a mis yerros que yo quién era aquel señor, ellos contestaban:

—Es el padre del dinero, es rico", y entonces las gentes de mundo exclamaban: "¡Diable!", y me miraban con respeto por mi dinero.

"Si a veces les molestaba un poco, en cambio pagaba bien sus molestias y ocultaba bien mis deseos. Pero ¿quién es perfecto en este mundo? ¡Ah! ¡ni cabeza es una flaga! Mi querido Eugenio, sufro en este momento lo que es preciso sufrir para morir, y sin embargo esto no es nada en comparación con el dolor que me causó la primera irafrada con que Anastasia me hizo comprender que acababa de decir una estupidez que la humillaba; sus miradas me habrían matado. En aquel momento hubiera querido subirlo todo; pero lo que supe fue que estaba de más en la tierra. Al día siguiente fui a casa de Delfina para consolarle, y allí cometo otra tontería que la hace encolerizarse.

"Estuve unos días como loco, sin saber lo que debía hacer, y no me atrevía a ir a verlos por temor a sus reproches. Y heme ya a la puerta de mis hijas. ¡Oh!, ¡Dios mío!, tú que conoces las miserias y los sufrimientos que yo he soportado, tú que contaste las punaladas que recibí en todo este tiempo, que me hizo encanecer y envejecer, ¿por qué me haces sufrir tanto hoy? Yo expié bien el pecado de quererles dar el mundo, y ellas me han devuelto el mundo de mi cariño convirtiéndose en mis verdugos. ¡Oh!, pero los padres son tan tontos, yo las amaba tanto, que volví a ellas como el jugador al juego. Mis hijas eran mi vida, mis queridas, eran todo para mí. Cuando alguna necesitaba algo, joyas, dinero, sus camareras me lo decían, y yo se lo daba para que bien recibido.

"Me dieron algunas lecciones acerca de la manera de presentarme al mundo; pero, de todos modos, lo cierto es que comenzaban a avergonzarse de mí. He aquí lo que es educar bien a los hijos. Y, sin embargo, a mi edad ya no podía ir a la escuela. ¡Oh!, ¡Dios mío!, ¡sufrí horriblemente! Los padres, ¡los maridos! ¡Si me abriesen la cabeza sufriría tanto! ¡Mis hijas, mis hijas! ¡Anastasia! ¡Delfina! ¡Quiero verlas! ¡Enviad a buscarlas por los gendarmes, a la fuerza! ¡La justicia está de mi parte! ¡Todo está de mi parte, la naturaleza, el Código Civil!

"¡Protesté! ¡La patria pecerá si los padres se piden! ¡Los padres se piden! La ciudad, el mundo, se basan en la eternidad, y todo se derrumba si los hijos no quieren a sus padres. ¡Oh!, ¡verías, oírías, no importa que me digan lo que quieren, con tal que oiga su voz! Esto calmaría mis dolores; Delfina sobre todo. Cuando estén aquí, dígales que no me miren fríos, como acostumbra. ¡Ah!, mi buen amigo Eugenio, usted dirá que es encontrar el oro de la mirada trocada de pronto en plomo gris. Desde el día en que sus ojos dejaron de mirarme con cariño, siempre ha sido invierno para mí, sólo tuve penas que devorar, y las he devorado. Vivi para ser humillado, insultado, para sufrir tanto, que soportaba inauditas afrentas por temor de perder un insignificante favor. ¡Recuérdese un padre partiendo de su hijas! Yo les di mi vi-

da y ellas no me concedían hoy una hora. "Tengo sed, hambre, mi corazón arde, y ellas no venían a refrescarme ni aponerme, porque comprendo que me mueren. Pero ¿cómo ignorar ellas lo que es marchar sobre el cadáver de su padre? ¡Hay un Dios en los cielos que nos venga a los padres, a pesar nuestro. ¡Oh!, ¡vendrán! ¡Venid, queridas mías, venid aún a besarme, un último beso, el viático de vuestro padre! ¡Venid, Dios por vosotros, que le dirá que habéis sido buenas hijas, y que os defenderá siempre! Después de todo, sólo inocentes. Amigo mío, ellas son inocentes. Dígaselo usted a todo el mundo, y que nadie las inquiete por lo que a mí atañe. Toda la culpa es mía, que las acostumbré a pisotearme, porque me gustaba. Y esto no importa a nadie, ni a la justicia humana ni a la divina. Dios sería injusto si las condenase por mi culpa. Yo no supe obrar, y cometi la torpeza de abdicar a mis derechos. Me habría envenado por ellas. ¿Qué quiere usted! El natural más hermoso, las dos mejores almas, habrían succumbido ante la corrupción que supone la debilidad paterna. ¡Nada! ¡Un miserable me hizo sufrir y me castigado. Yo solo he causado los desordenes de mis hijas y las he echado a perder. Hoy quieren el placer como querían antes los bombones. Siempre les he permitido satisfacer sus caprichos de chiquillas. ¡A los quince años tenían coche! Nada les negué, yo soy el único culpable, pero culpable por amor. Su voz me conmovió. Ya las oigo ya vienen. ¡Ah!, si vendrán. La ley quiere que el hijo vaya a ver morir a su padre, la ley está de mi parte.

"Además, esto no costará más que una carrera, y si es necesario yo la pagaré. Escríbalos usted diciéndoles que voy a dejarlos en París, para que me honren en la Ópera a hacer señas de Italia. Yo entiendo de eso. Con mi proyecto se pueden ganar millones. Nadie ha pensado en ello. Las pastas no se estropean con el transporte como el trigo y como la harina. ¡Oh!, ¡Oh!, ¿y el almídon? Hay para ganar millones. Dígaselo usted, millones, y no tema mentir, que yo, aunque vinieran por avión, no me iré. ¡Dígaselo usted, puede verlas. Yo quiero a mis hijas, son mías — dijo irguiéndose sobre la cama y mostrando a Eugenio su despeluznada y amenazadora cabeza".

—Vamos, papá Goriot, acuéstese usted que yo voy a escribirles — dijo Eugenio; — y si no vienen, yo iré a buscarlas tan pronto como regrese Bianchón para quedarse con usted.

—¡Si no vienen! — repitió el anciano sollozando —. ¡Oh!, si no vienen, estaré muerto de rabia, porque siento que la rabia se apodera de mí. En este momento voy mi vida entera, he sido engañado; ellas no me quieren ni me han querido nunca. ¡Dígaselo usted, que lo demuestren, que me den un signo de vida, que vendrán y cuando yo las vea, me moriré! ¡Dígaselo usted! Si no han venido ya, me moriré, y cuando más lo piensen, menos se decidirán a causarme este pequeño goce. Las conozco; nunca supieron adivinar ni mis penas, ni mis dolores, ni mis necesidades, y tampoco adivinarán mi muerte. Ni siquiera han conocido mi cariño. Si, ahora lo comprenden. Para mis hijas, su confusión de desgarrarme las entrañas que voy a ver todo lo que yo hacía por ellas. Si me hubiesen pedido que me arrancase los ojos, yo les habría dicho: "Arrancádmelos". Soy demasiado estúpido. Ellas creen que todos los padres son como el mío. Es preciso hacerse valer siempre. Sus hijos me pengaría. Pero, si ellas mismas debían estar en París, ¿cómo se van a ir aquí adivinando que comprometen sus ago-

nía, que cometen todos los crímenes en un solo. Dígame que el no venir es un parricidio. ¿No han cometido muchos crímenes sin ir a la cárcel? Grite como yo: "¡Ah! ¡Delfina! Venid a ver a vuestro padre, que ha sido tan bueno para vosotros y que sufre!" ¡Nada! ¡Nadie! ¡Moriré, pues, como un perro! He aquí mi recompensa, el abandono. Son unas infames, unas desalmadas. Yo las abomino, las detesto, las maldigo y por eso, a estas horas, levantaré de la tumba para maldecirlas, porque en fin, amigos míos, ¿tengo yo la culpa? Ellas se portan muy mal. ¡Ah!, ¿qué le dicho? ¿No me ha anunciado usted que Delfina estaba aquí? Es la mejor de las dos. Eugenio, usted es mi hijo, ¿me la, sea un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¿Y sus fortunas? ¡Ah!, ¿no, miol, ¿yo muero! ¿Y usted, Delfina? ¿Córtenle la cabeza y déjenle únicamente el corazón.

—Cristóbal, vaya a buscar a Bianchón y tráigame un cabriolé — exclamó Eugenio asustado al ver el carácter que tomaban las quejas y los gritos del anciano—. Mi buen padre Geriot, yo voy a buscar a sus hijas y las traeré.

—¡Usted a la fuerza! ¡A la fuerza! ¡Llame usted a la tropa, a los gendarmes! ¡Todo, todo! — dijo dirigiendo a Eugenio una última mirada en que brilló la razón—. Diga al gobierno y al juez que me las traigan, que yo lo quiero.

—Pero usted las ha maldecido.

—¿Y, ¿quién dijo eso? — preguntó el anciano, estupefacto—. Usted sabe que yo lo quiero, que las adoro. Si las veo, me curo, me pongo bueno. Corra, vecino mío, hijo querido, corra; yo quisiera pagarle este favor, pero sólo puedo prodigarle las bendiciones de un moribundo. ¡Ah!, quisiera al menos ver a Delfina para decirle que le recomiendo. Si la otra no puede venir, tráigame usted a ésta, dígame que usted no la amará más si no viene. Le quiere tanto que vendrá. ¡Aguar!, mis entrañas arden. Póngame algo en la cabeza. ¡Ah!, la mano de mis hijas me curaría, lo comprendo. ¡Dios mío! ¿Quién recobrará su fortuna si yo me voy? ¿Quién irá a Odesa para hacer patatas.

—Beba usted esto — dijo Eugenio levantando al moribundo con el brazo izquierdo, mientras con el derecho le llevaba una tisana a la boca.

—Usted si que debe querer a su padre y a su madre — dijo el anciano estrechando una mano de Eugenio entre las suyas—. ¡Comprende usted lo terrible que es morir sin ver a sus hijas! Tener siempre y no ver nunca; he aquí lo que me ocurre desde hace diez años. Mis dos yernos mataron a mis hijas. Si, desde que se casaron murieron para mí. ¡Padres, pedid a las Cámaras que dicten una ley acerca del matrimonio! En fin, no case usted nunca a sus hijas si es que las quiere. El yerno es un desalmado. Lo que le maldijo todo en la vida es no más matrimonio! Esto es lo que no priva de nuestras hijas, obligándonos a morir sin ellas. ¡Haced una ley acerca de la muerte de los padres! ¡Esto es espantoso! ¡Venganza! Mis yernos son los que no las dejan venir. ¡Matados! Muerte a Restaud! Muerte al anciano!, que son mis asesinos. La muerte a mis hijas, ¡esto es lo que ha acabado! Muero sin ellas! ¡Nasía! ¡Delfina!

—Vamos, vendió! Vuestro papá sale... —

—Mi buen padre Geriot, cúlmease, vamos, esté tranquilo, no se agite, no piense usted en eso.

—No verlas. He aquí mi agonía.

—Ahora las verá!

—¿De veras? — gritó el anciano con

entusiasmo—. ¡Oh!, ¡voy a verlas, oír su voz! Moriré feliz. Bien, sí, cuando las haya visto ya no quiero vivir, porque después de todo, mis penas iban creciendo. ¡Pero verlas, tocar sus ropas, es tiempo! Pero que sienta yo algo suyo. Dejéme tocar sus cabellos... Quiero...

Antes de terminar la frase, su cabeza cayó sobre la almohada como si recibiese un golpe de maza, y sus manos agitándose sobre la frazada, como para asir los cabellos de su hijo.

—Yo las bendí... go — dijo haciendo un esfuerzo, y cayó desvanecido.

En ese momento entró Bianchón:

—Encontré a Cristóbal y me dijo que iba a buscar un coche.

Después miró al enfermo, le levantó los párpados, y los dos estudiantes pudieron ver un ojo fijo y empuñado ya.

—No creo que vuelva en sí — dijo Bianchón tomándole el pulso y colocando una mano sobre el corazón—. La máquina sigue adelante; pero, en la situación que se halla, esto es una desgracia; sería preferible que muriese.

—¿A fe que sí — dijo Rastignac.

—Pero, ¿qué tienes!, estás pálido como un muerto.

—Amigo mío, acabo de oír quejas y gritos... ¡Hay un Dios! ¡Oh!, sí, hay un Dios que nos procurará un mundo mejor que esta maldita tierra. Si esto no hubiera sido tan trágico, lloraría como un niño; pero no puedo hacerlo, porque mi corazón y mi estómago están horriblemente conmovidos.

—¿Bueno, vamos a necesitar muchas cosas. ¿De dónde sacaremos el dinero?

—Toma, empuñalo en seguida — dijo Rastignac sacando su reloj—. No quiero detenerme en el camino, porque tengo que perder un minuto. Espero a Cristóbal, y como no tengo un centavo, tendré que pagar el coche a la vuelta.

Rastignac bajó a toda prisa la escalera y encaminóse a la casa de la condesa de Restaud. Por el camino, su imaginación, impresionada por el horrible espectáculo que acababa de presenciar, caldeó su indignación. Cuando llegó a la antecámara y preguntó por la condesa, le respondieron que no estaba visible.

—Es que vengo de parte de su padre, que se muere — le dijo al ayuda de cámara.

—No importa, recibimos severas órdenes del señor conde.

—Si el señor de Restaud está, dígame el estado en que se encuentra su suegro y adviértale que necesito hablarle ahora.

Eugenio esperó un rato, y mientras tanto pensaba:

—Acaso se estará muriendo en este instante.

El ayuda de cámara introdujo al estudiante en el primer salón, donde el señor de Restaud le recibió.

—Señor conde — le dijo Rastignac—, su señor suegro expira en este momento en un infame chiribitil sin tener un centavo para leña, y desea ver a su hija.

—Caballero — le respondió el conde de Restaud con frialdad—, ya usted habrá podido ver el poco cariño que siento por usted. ¡Dios mío! El carácter de la señora de Restaud, fué la desgracia de mi vida y voy en él al enemigo de mi reposo. Me es completamente indiferente que viva o que muera. Estos son los sentimientos que me animan respecto a él. El mundo podrá vituperarme; pero no me importa, yo desprecio la opinión. Ahora tengo que hacer cosas más importantes que pensar en lo que opinarán de mí los estúpidos o

los indiferentes. Respecto a la señora de Restaud, ahora no está en situación de salir. Dígame, ¿quiere a su padre, que tan pronto como haya cumplido sus deberes para conmigo y para con sus hijos, ir a verle. Si ella quiere a su padre, puede estar libre dentro de algunos instantes.

—Señor conde, usted es dueño de su esposa y no me toca a mí juzgar su conducta, pero, ¿puede contar con su lealtad? Pues bien, si es así, proméame únicamente le decirle que a su padre no le queda un día de vida y que ya la maldijo al ver que no estaba a la cabecera de su cama.

—Dígame usted mismo — respondió el señor de Restaud sorprendido de los sentimientos de indignación que denotaba en el acento de Eugenio.

Rastignac, conducido por el conde, penetró en el salón donde estaba la condesa, a la que encontró anegada en lágrimas y sepultada en una poltrona como mujer que deseara morir. A Eugenio le dio lástima. Antes de mirar a Rastignac, Anastasia dirigió a su marido miradas que databan una postulación de fuerzas, atadas a causa de una dignidad moral y física. El conde hizo una inclinación de cabeza, y entonces la condesa dijo:

—Caballero, lo oí todo. Dígame a mi padre que si conciese la situación en que me hallo me perdonaría. No contaba con este suplicio, que es superior a mis fuerzas; pero resistiré hasta el fin — le dijo a su marido—, porque soy madre. Dígame a mi padre que mi conducta con él es irreproachable, a pesar de las apariencias — le gritó al estudiante con desesperación.

Eugenio saludó a los dos esposos, y adivinando la terrible situación de aquella mujer, retiróse sin decir nada. El señor de Restaud le demostró la inutilidad de su paso, y comprendiendo que Anastasia no era libre, corrió a casa de la señora de Nucingen, a la que halló en la cama.

—Amigo mío, estoy enferma y espero al médico. Me agarró el frío al salir del baile, y tengo tener un fuerte resaca.

—Aunque tuviese usted la muerte en los labios — tiene que venir al lado de su padre — le dijo Eugenio interrumpiéndola—. Si pudiese oír el más ligero de sus agudos gritos, ya no se sentiría enferma.

Eugenio, mi padre no está tal vez tan enfermo como usted dice; pero de todas suertes, no quiero aparecer culpable a sus ojos y haré lo que desee. Vaya, ¿qué le sea morir a su padre si mi enfermedad se agravase con esta salida. Pero no importa, ire tan pronto como haya venido mi médico. ¡Ah!, ¿por qué no lleva ya mi reloj? — dijo Delfina al ver que Eugenio no llevaba su cadena.

Eugenio se puso colorado.

—Eugenio, me disgusta grandemente saber que usted lo ha vendido o perdido. El estudiante inclinóse sobre la cama de Delfina y le dijo al oído:

—¿Quiere saberlo? Pues bien, súpale: su padre no tiene con qué comprarse el sudario que ha de cubrir esta noche su cadáver. Como no tenía dinero, el reloj está empeñado.

Delfina, que de pronto de la cama, corrió a su secreter, tomó de él un portamonedas y se lo entregó a Rastignac exclamando:

—¡Oh!, voy, voy a instante, Eugenio, deje que me vista. El no ir sería una monstruosidad. Vaya delante, que yo le alcanzaré. Teresa dé a su camarera — dígame al señor de Nucingen que deseo hablarle al instante.

Eugenio, satisfecho de poder anunciar

al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi alegre a la calle Nueva de Santa Genoveva y echó mano a la bolsa para pagar inmediatamente al cochero. El portanonedas de aquella mujer tan joven, tan rica y tan elegante no contenía más de setenta francos. Al llegar al cuarto del padre Goriot, encontró a este sostenido por Bianchon, y operado por el cirujano del hospital en presencia del médico. Le quemaban la espalda con moxas, último remedio de la ciencia, pero remedio inútil.

—¿Las siente? —le preguntó el médico. Como el padre Goriot hubiese entrevisto al estudiante, le preguntó:

—Sí, Delfina me sigue.

—Vamos —dijo Bianchon—, hablaba de sus hijas, a las que ni un segundo olvida.

—Cese usted —dijo el médico al cirujano—, no hay nada que hacer, no hay medio de salvarle.

Bianchon y el cirujano colocaron al moribundo sobre su infesta cama.

—Sin embargo, sería necesario cambiarse de ropa —dijo el médico—. Aunque no hay esperanza, es preciso respetar en él la naturaleza humana. Luego volveré, Bianchon —dijo al estudiante—. Si se queja, póngale opio sobre el diafragma.

El cirujano y el médico salieron. —Vamos, Eugenio, valor, amigo mío —le dijo Bianchon a Rastignac cuando se hallaron solos—. Pongámonos una camisa limpia y cambiémosle la ropa de la cama. Vete a decirle a Silvia que suba sábanas y que venga a ayudarnos.

Eugenio bajo y halló a la señora Vauquer ocupada en poner la mesa con Silvia. A las primeras palabras que le dijo Rastignac, la viuda aproximóse a él tomando esa actitud especial del corazón honesto, confiando que no quiere perder su dinero ni enfadarse con el consumidor.

—Mi querido señorito Eugenio —le dijo—, usted sabe como yo que el padre Goriot no tiene un centavo. Dar sábanas a un hombre que está a punto de morir, es perderlas, tanto más cuanto que habrá que emplear alguna en la mortaja. Me debe usted ya ciento cincuenta y cuatro francos, agregue cuarenta francos de sábanas y algunas otras cosas como la candela que le dará Silvia, y ya tiene usted doscientos francos que una pobre viuda como yo no está en estado de perder.

—Dígame, sea usted justo, señorito Eugenio —Bastante he perdido en estos cinco días en que la suerte se está en mí. Daré de buena gana diez escudos porque ese hombre se hubiera marchado, como me anunció. Esto perjudica a los demás pensionistas, y si no fuese por usted lo hubiese llevado al hospital. En fin, póngase en mi lugar. Ante todo mi establecimiento, que es mi vida.

Eugenio subió rápidamente a la habitación del padre Goriot.

—Bianchon, ¿dónde está el dinero del reloj?

—Sobre la mesa hay trescientos sesenta y tantos francos. Lo que falta lo empleé en pagar lo que debíamos. La papetería del empeño está junto al dinero.

—Tenga usted señora —dijo Rastignac después de haber bajado a toda prisa las escaleras—. Córrese. Al señor Goriot le queda poco tiempo de estar en su casa.

—Sí, el pobre hombre saldrá con los pies para adelante —dijo la patrona contando los doscientos francos con aire entre alegre y melancólico.

—¡Cuidemos —dijo Rastignac.

—Silvia, saca sábanas y sube a ayudar a

estos señores. Supongo que usted no olvidará a Silvia, que hace ya dos noches que vea —dijo la señora Vauquer en voz baja a Eugenio.

Tan pronto como Rastignac volvió la espalda, la vieja aproximóse a su cocinera para decirle al oído:

—Toma las sábanas viejas del número 7. ¡Qué diablos! para un muerto son demasiadas.

Eugenio, que había subido algunas escaleras de la escalera, no oyó estas palabras.

—Vamos —le dijo Bianchon—, cambiémosle la camisa, mantente derecho.

Eugenio se puso a la cabecera de la cama y sostuvo al moribundo, al que Bianchon sacó la camisa. El padre Goriot hizo un gesto como para guardar algo sobre su pecho y lanzó algunos e intercalados gritos como los animales cuando dan muestras de un gran dolor.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Bianchon—. Pide una cadena de pelo y un medallón que le sacamos para ponerle las moxas. ¡Pobre hombre!, hay que volver a ponerla, está sobre la chinera.

Eugenio fue a tomar una cadena hecha con aballos cebraños pertenecientes, sin duda, a la señora de Goriot, y de un lado del medallón leyó: Anastasia, y del otro: Delfina. Aquella era la imagen de su corazón que descansaba siempre sobre su pecho. Los rizos que contenía el medallón eran tan finos, que debieron haber sido cortados durante la infancia de sus dos hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, el anciano lanzó un prolongado ¡ah! que denotaba su inmensa satisfacción. Esa era una de las últimas muestras de su sensibilidad, que parecía retirarse al centro desconocido de donde parte y adonde se dirigen nuestras simpatías. Su cara convulsa tomó una expresión de alegría, y los ojos, que hasta entonces se habían cerrado, se abrieron con una fuerza que denotaba un sentimiento que sobrevivió al pensamiento, derramaron lágrimas sobre el moribundo, el cual lanzó un agudo grito de placer diciendo:

—¡Nasía! ¡Fifinal!

—Aun vive —dijo Bianchon.

—¿Para qué le sirve? —dijo Silvia.

—Para sufrir —respondió Rastignac. Después de haber hecho una señal a su compañero para que le trajese el medallón arrojándose para pasar los brazos por debajo de las pantorrillas del enfermo, mientras que Rastignac hacía otro tanto por debajo de la espalda. Silvia estaba allí para sacar las sábanas y mudárselas cuando el moribundo estuviese levantado. Engañado por la duda por las lágrimas, Goriot hizo un último esfuerzo y extendió los brazos, encontró a cada lado de la cama las cabezas de los estudiantes, las asíó violentamente por los cabellos y se le oyó decir débilmente: «¡Ah!, ¡ángelos míos!», dos palabras, dos murmullos acentuados por el alma, que voló después de producidos.

—¡Pobre hombre! —dijo Silvia enterrecida al oír aquella exclamación que denotaba un supremo sentimiento, exaltado por última vez por la más horrible y más involuntaria de las mentiras.

El último suspiro de aquel padre debía ser un suspiro de alegría, la expresión de toda su vida, pues también se engañaba. El padre Goriot fue colocado cuidadosamente sobre su cama. A partir de aquel momento, su fisonomía conservó la doblada huella del combate que se libraba entre la muerte y la vida. Su destrucción ya no era más que cuestión de tiempo.

—Va a permanecer así algunas horas y morirá sin dar muestras de ello, sin exterior siquiera.

tamente invadido.

En aquel momento oyese el paso de una joven jadeante.

—¿Qué demonio haces corriendo así? —dijo Rastignac preguntando a una Delfina.

Pero, no, no era ésta, sino Teresa, su camarera, que se apresuró a decirle:

—Señorito Eugenio, con motivo del dinero que la pobre señora le pedía para su padre, se promovió en casa una violenta escena entre el señor y la señora. Esta se ha enojado y tuvo que ir el médico a sangrarla, porque grita como una loca: «¡Mi padre se muere! ¡Quiero ver y pal!».

—Bueno, Teresa, aunque viniera ahora sería inútil, porque el señor Goriot no tiene conocimiento.

—¡Pobre señora! ¿Tan malo está? —dijo Teresa.

—Como ya son los cuatro y media y no me necesitan, voy a arreglar la comida —dijo Silvia, que tropezó en la escalera con la señora de Restaud.

Aparición grave y terrible en verdad fue la de la condesa, la que contempló el lecho de muerte mal iluminado por una sola candelita, y derramó abundantes lágrimas al ver el rostro de su padre, donde aun palpaban los últimos chispazos de vida.

Bianchon retiróse por discreción.

—No me escapé bastante a tiempo —dijo la condesa a Rastignac.

El estudiante hizo con la cabeza un signo afirmativo lleno de tristeza. La señora de Restaud tomó la mano de su padre y la besó.

—¿Dígneme usted, padre mío. Decía que mi voz le haría salir de la tumba; pues bien, vuelva un momento a la vida para bendecir a su arrependida hija. Oiga. Esto es terrible, porque su bendición es la única que puedo recibir en la tierra en lo sucesivo. Todo el mundo me odia. Sólo usted me ama. Hasta mis propios hijos me odiarán. Lévenme consigo, que yo les enseñaré a amar y le cuidaré. ¡Ya no oyes! ¡Yo me vuelvo hoy a la vida, cayendo de rodillas y contemplando aquellos despojos con expresión de delirio—. Nada falta a mi desgracia —dijo mirando a Eugenio—. El señor de Trailles se marchó dejando enormes deudas, y supe que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y yo le hice dueño de mi fortuna. He perdido todas mis riquezas. ¡Ay de mí! ¿Por qué hice tracción al único corazón que me adoraba? —añadió señalando a su padre—. ¡Oh!, le he desconocido, le he rechazado, le he causado mil males, qué infame soy!

—El lo sabía —dijo Rastignac.

En este momento el padre Goriot abrió los ojos por efecto de una convulsión, y el gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fue menos horrible que el movimiento de ojos del moribundo.

—¿Me habrá oído? —gritó la condesa—. No —se dijo, sentándose al lado de la cama.

Como la señora de Restaud hubiese manifestado deseos de estar al lado de su padre, Eugenio bajó para la esperanza de un alimento. Los huéspedes de la pensión estaban reunidos.

—¿Conque parece que vamos a tener arriba un muertecito? —preguntó el pintor.

—Carlos —le dijo Eugenio—, me parece que ya podría usted bromar con algo más de ligereza.

—repuso el pintor—. ¿Qué importa esto, si Goriot ya no tiene conocimiento según dice Bianchon?

—Vamos —repuso el empleado del Mu-

seo — ¡Oh, morirá como ha vivido.

— ¡Mi padre ha muerto! — gritó la condesa.

— ¡Oh, este terrible grito, Silvia, Rastignac y Bianchón subieron y hallaron desmayada a la señora de Restaud. Después de haberla hecho volver en sí, la transportaron al coche que la esperaba. Eugenio confió su cuidado a Teresa, ordenándole que la llevase pronto a casa de la señora de Nucingen.

— ¡Oh!, está bien muerto — dijo Bianchón al bajar.

— ¡Vamos, señores, a la mesa, que va a enfriarse la sopa! — dijo la señora Vauquer.

Los dos estudiantes sentáronse el uno al lado del otro.

— ¡Qué es necesario hacer ahora? — preguntó Eugenio a Bianchón.

— ¡Yo le cerré los ojos y dispuse todo convenientemente. Cuando el médico fuese venga a certificar la defunción que nosotros declararemos, lo coseremos a una mortaja y lo enterraremos. ¿Qué quieres que se haga?

— ¡Ya no valdrá a oler el pan de este mundo — dijo un huésped imitando el acento que solía hacer el pobre viejo.

— ¡Pardiez!, señores, dejen ya al padre Goriot. No sé a qué viene hablar tanto de él. Uno de los privilegios de la buena ciudad de París, es que se puede nacer, vivir y morir sin que nadie haga caso de uno. Aprovechémosnos pues, de las ventajas de la civilización. Hoy hay sesenta muertos en París. ¿Quiéren ustedes apañarse de las hecatombes parisienses? Si el padre Goriot ha muerto, mejor para él. Si tanto le quieren, vayan arriba a velarlo y déjennos comen tranquilamente.

— ¡Oh!, sí, mejor para él que se haya muerto, porque al parecer, el pobre hombre tuvo muchos disgustos durante su vida — dijo la viuda.

Esta fue la única oración fúnebre que se pronunció por un ser que, para Eugenio, representaba la Paternidad. Los quince pensionistas pusieron a charlar como de ordinario. Cuando Eugenio y Bianchón comieron, el ruido de las cucharas y las diversas expresiones de aquellas caras glotonas e indiferentes les helaron de horror. Salieron para ir a buscar un sacerdote que rogase y velase por el muerto durante la noche. Tuvieron que tributar los últimos honores a aquel buen padre con el poco dinero que podían disponer en las nueve de la noche, el cuerpo fue colocado dentro de una sábana, entre dos hachas, en aquel cuarto desnudo, y un sacerdote fué a sentarse a su lado.

Como Rastignac hubiese preguntado al sacerdote el precio del entierro y de los funerales, antes de acostarse puso cuatro letras al barón de Nucingen y al conde de Restaud, rogándoles que enviase a sus administradores a fin de sufragar los gastos del entierro de su suegro. Le entregó las cartas a Cristóbal, y después acostóse rendido de fatiga. A la mañana siguiente, Rastignac y Bianchón tuvieron que ir en persona a declarar la defunción, cuyo certificado quedó extendido a las doce. Dos horas después, ninguno de los dos jóvenes había mandado dinero, nadie se había presentado en nombre de ellos y Rastignac habíase visto obligado a pagar ya los gastos del sacerdote. Como Silvia hubiera pedido diez francos por amortajar al difunto y coserlo a una mortaja, Eugenio y Bianchón calcularon que si los parientes del muerto se negaban a intervenir en

nada, ellos no podrían, con gran pena, sufragar los gastos. El estudiante de medicina encargóse, pues, de poner el mismo cadáver en un ataúd de pobre que mandó traer del hospital, donde le saldría más barato.

— ¡Hazlo a esos pilastres una jugarreta — le dijo Bianchón a Eugenio—. Vete a comprar un nicho en el cementerio del Père-Lachaise por cinco años, y encarga un entierro de tercera clase. Si las hijas y los yernos se niegan a pagarte lo que hayas gastado, haz grabar este epitafio en su tumba:

— ¡Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado a expensas de dos estudiantes.

Eugenio no siguió el consejo de su amigo hasta después de haber estado infructuosamente en casa de los señores de Nucingen y de Restaud, cuya puerta no pudo traspasar, porque los criados, cumpliendo órdenes severas, le dijeron:

— Los señores no reciben a nadie; su padre ha muerto y están sumidos en el más vivo dolor.

Eugenio tiene bastante experiencia del mundo parisiense para saber que no debía insistir, y sintió oprimido su corazón al ver que le era imposible hablar a Delfina; pero le escribió estas palabras:

— «Venda usted una alhaja para que su padre sea conducido decentemente a su última morada».

Después de encerrar esta misiva en un sobre, se la entregó al criado del barón, rogándole que se la diese a Teresa para su ama; pero qué sé la entregó al barón de Nucingen, el cual la arrojó al fuego. Después de haber dispuesto lo necesario para el entierro, Eugenio volvió a la pensión y se acordó de la última voluntad de su padre, que le había legado el portal de la posada en el ático cubierto apenas con un paño negro y colocado sobre dos sillones.

Un mal hisopo, que nadie había tocado aún, permanecía sumergido en una fuente de cobre plateada llena de agua bendita. La puerta no estaba siquiera cubierta con un paño negro. Aquella era la muerte de los pobres, que no tiene fausto, ni comitiva, ni amigos, ni parientes. Rastignac, obligado a ir al hospital, había escrito cuatro letras a Rastignac dándole cuenta de lo que había hecho en la iglesia. El interno le decía que como una misa era muy cara, era preciso contentarse con un sencillito responso, y él le había enviado a Cristóbal con una carta a las pompas fúnebres. En el momento en que Eugenio acababa de leer la escuela de Bianchón, vió en manos de la señora Vauquer el medallón de oro que contenía los cabellos de las hijas del difunto Goriot.

— ¡Como se atrevió usted a agarrar eso? — le preguntó.

— ¡Hombre, ¿querrá usted enterarlo con él? Si es de oro — dijo Silvia.

— ¡Y qué? — repuso Eugenio con indignación—. Que lleve al menos consigo la única cosa que puede representar a sus dos hijas.

Cuando llegó el coche fúnebre, Eugenio ordenó a los mozos que subiesen al ataúd, lo desclavó y colocó religiosamente sobre el pecho del muerto una imagen que se remontaba a la época en que Delfina y Anastasia eran jóvenes, vírgenes y puras y no razonaban, como había dicho Goriot en medio de sus gritos de agonía. Rastignac y Cristóbal, acompañados de

dos enterradores, fueron los únicos acompañantes del coche que llevaba al pobre hombre a San Esteban del Monte, iglesia poco distante de la calle Nueva de Santa Genoveva. Llegado allí el cadáver, fué depositado en una vieja y sombría capilla, en torno de la cual buscó en vano el estudiante a las dos hijas de Goriot o a sus maridos. Estuvo solo con Cristóbal, que se creía obligado a tributar los últimos honores al hombre que le había hecho ganar algunas buenas propinas. Al oír a los dos sacerdotes, al sacristán y al monaguillo, Rastignac estrechó la mano a Cristóbal sin poder pronunciar palabra.

— ¡Sí, señorito Eugenio — dijo Cristóbal—, era un hombre bueno y honrado que jamás decía una palabra más alta que otra ni hacía daño a nadie. Los dos sacerdotes, el sacristán y el monaguillo, tributaron al difunto las plegarias que se pueden obtener por setenta francos en una época en que la religión no es bastante rica para rezar de balde. El clero cantó un salmo, el *Luzero*, y el *De Profundis*. La ceremonia duró veinte minutos, y al terminar, sólo había un sacerdote y el monaguillo, que consintieron en recibir consigo a Eugenio y a Cristóbal.

— Como no hay comitiva y ya son las cinco y media, podremos ir más aprisa para no retrasarnos.

Sin embargo, en el momento en que de nuevo fué colocado el cuerpo en el coche fúnebre, dos coches, cuyas portecuelas ostentaban las armas de la nobleza, pero que estaban vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, presentáronse y siguieron al cortejo hasta el cementerio del Père-Lachaise. A las seis, el cuerpo del padre Goriot fué colocado en su nicho, en torno de la cual estaban ya los criados de sus hijas, los cuales desaparecieron con el clero tan pronto como éste pronunció la corta plegaria pagada con el dinero del estudiante. Una vez que los dos enterradores hubieron arrojado algunas paletadas de tierra sobre el ataúd para enterrarlo, irguéronse, y uno de ellos, dirigiéndose a Rastignac, le pidió la propina. Eugenio metió mano en el bolsillo, lo encontró vacío y se vió obligado a pedirle prestado un franco a Cristóbal. Este hecho tan sencillo en sí mismo, determinó en Eugenio un horrible acceso de tristeza.

El día comenzaba a declinar, un húmedo crepúsculo oscurecía los nervios. Eugenio se inclinó sobre la tumba y seputó en ella su última lágrima de joven, esa lágrima arrancada por las santas emociones de un corazón puro, una de esas lágrimas que, desde la tierra donde caen, rebotan hasta los cielos. Después cruzóse de brazos y contempló las nubes. Al volver de este modo, Cristóbal decidió a dejarlo solo.

— ¡Ahora nos veremos los dos! — dijo. Y como primer acto del duelo, se lanzó a la Sociedad, donde Rastignac se fué a comer con la baronesa de Nucingen.

Fin de

“EL PADRE GORIOT”

UNA TRANCA DE DIEZ PESOS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

(Aparte):

¡Le tamoado el peso,
melico, a esta guayaba.

(Observa. Idéntico juego. Vuelve a la carga.
Con tono disipante):

¿Compraré la casita
o volveré a la estancia?

(Al vigilante, mientras deferentemente lleva la mano al rotoso sombrero):

¿Cómo dijo, señor?

(El vigilante lo mira sin contestarle, sin oírle):

¿Qué?... ¿Qué dice?...

("Para la oreja"). Luego, componiéndose el pecho compadronadamente):

¡Pensaba!...

(Breve pausa. Levanta la cintura de la bombacha, aprieta la faja. Se requilva el sombrero. Hace gestos de pícaro y de guapo):

¡Se apichonó el melico!

(Contoneándose):

¡También con la topada!...

(Se anima con un trago):

Yo lo gozo un ratito
y salga lo que salga...

(Dirigiéndose a uno de los parroquianos):

¿Cómo era la milonga,
aquella, que empezaba...?

(Finge recordar y, mutando una imaginaria guitarra, canta con voz descompulsada):

¿Se ha fijado como brillan
hay los botones, cuñao?
Si vale más el recao
que el manecorrón que lo ensilla...

(Con la última sílaba, se envuelve súbitamente, el brazo en alto, como atajándose un golpe que nadie piensa amagarle. El vigilante y el patrón apenas lo miran. Los restantes, ni eso. Dirigiéndose al vigilante en tono altivo):

¡Epa!... No lo provooco
ni le he faltao en nada.

(Conciliador):

No se enoje, mi calio.

(El vigilante rie silenciosamente, manteniendo su inmovilidad):

¡No me ponga esa cara!...
¿Cómo dice?

(El mismo juego anterior):

¡Caracho,
que tiene la voz baja!...
Le juro, mi sargento,
que no oigo ni palabra.

(El vigilante apenas le hace un ademán con la mano, como indicándole que no moleste. Luego se vuelve al dueño. El mismo reacción. Torna a levantar la cintura de la bombacha, aprieta la faja, requilvase el sombrero. Muy altivo):

¿Y por qué voy a irme
derechito a mi casa,
si aun queda una botella
y en la botella caña?...
Si no he faltado a nadie?...
Si le pagado hasta... el agua...

Me quedo en el boliche,
mientras me dé la gana.

(El vigilante se yergue. Parece que va a dar un paso hacia el Manao. Este, instantáneamente, le vuelve la espalda y levanta los brazos, en la actitud del sujeto que sabe que va a ser "palpado de armas". No hace tal cosa el vigilante, que quiebra la cadencia nuevamente, recordándole contra el mostrador. Pero el Manao sigue protestando):

¿Y airo?... ¿Pa' qué me soha
mirando y risonado?

(Provocativo):

¿Fruicia coma jareta
por temar a mis armas?

(Sarcástico):

No cargo más que aquellas
que, usando viejas mañas,
el comensario y vos
me pondrán en el acta.

(Bravucón):

Para los entrecveros
con guapos de tu laya,
una de mis chameletas
bien manciada, basta...

(Altivo):

Pa' tigres, solamente
uso el poncho y la daga.

(Con "terrible modestia"):

¿Ves estas cicatrices
de cien trenzadas bravas?

(Con reserva y petulancia):

Mezale a los finaos
que marcaron mi cara...

(Ahora todos los personajes rien silenciosamente):

Dejá de jeringarme
y despegá la cancha...

(Despectivo):

Con vos, pa' disgraciarme
tengo poca disgracia.

(Severo):

Pero si andás buscando
que se arme la jarama,
acercate no más...

(Eufático):

¡Vas a ver qué pavada!...

(Burlón):

¿Pensás que soy de arriar
necio que el viento al agua,
soplándole a su gusto,
despacio o con rabia?

(Jactancioso):

¿No, m'hijito...? ¿Díandele
te saldrá tan harata?

(Como cachuchando):

¿Quién soy yo?... ¿Dónde vivo?

(Como escupiendo):

Preguntale a tu mamá...

(Instantáneamente trastabilla, cual si hubiera recibido un fuerte empujón. Nadie se ha movido, sin embargo):

No rempujés, melico,
y no metá mis cañas...

(Pega un saltito ridículo, alejándose del

lunovil y riéndose vigilante. Se prepara para la pelen):

¡A ver!... ¡Venite al humo!...

¡Demostará tus agallas!...

(Como para sí):

¡Aíra sí que se arrió
la de copar la banca!...

(Se quita una alpargata que esgrime como un facón, mientras enrolla un inviable poncho en el antebrazo izquierdo. Retorndo, el vigilante que lo mira riéndose, igual que todos los demás personajes, sin que ninguno abandone el puesto indicado):

Me está sobrando el cuero,
lo juego en la parada...

(Desprecitivo):

Y a vos —si no es jabón—,
¡qué te va a sobrar nada!...
¿Me buscaste las pulgas?
Vas a ver cómo saltan...

(Frenético):

¡Atropellame, flajo!

(A los otros que, repitiéndonos una vez más, no se han movido, y forcejeando cual si, en efecto, lo agorvaran):

¡No me sujeten, manías!

(Autoritario):

Dejen espacio libre.

(Al vigilante, estallando):

¡Pelá, si tenés alma!
¡Hacé un dentre siquiera
pa' demostrar entrañas!

("Sobrado"):

Si viniste a llevarme,
andá pidiendo cachaeta.
¡Y ni aun ansina!... ¡tuando!...
¿Llevarme?... ¡Ni a la trastra!...

(Compasivo):

De veras que no enviudo
ni un chiquito la cancha.

(Se detiene asombrado. Un horrachero, que llega al máximo, le multiplica la imagen del vigilante que enfrenta. Ahora ve dos, cuatro, diez. El actor, con su talento interpretativo y repetidos señales con la alpargata que esgrime, dará la sensación requerrida):

¡Oya!... ¡Más vigilantes!...

(Al verdadero, al real):

¿Para que te ayudara,
llamaste a la partida?

(Irónico):

¡Mirá todos qué hazaña!

(Resuelto):

No importa. En montonera
verá como disparan.

(Épico):

Así, en montón, se arren
tropillas y misadas.

(Atropella y empieza a pelear, repartiendo apatallidos a diestro y siniestro —al aire, por supuesto—, sin descuidar, con rápidos quites, la defensa de imaginarios hachazos y puñaladas. Gritando):

¡Atajá este revés
en medio de las guampas!...

(Como si el "otro" se quejara):

No, si te voy a dar
confites por la gracia.

(A otro):

¡Para vos, un planazo!...

(A otro):

¡A vos, de punta y hucha! ..

(A otro):

¡Un tajo pa tu jein!

(A otro):

Un ojal pa tu panaza...

(En un giro indignado):

¡¡No velen tierra a los ojos,
pundilleros canallas!!...

(Se limpia los ojos, eval si realmente lo hubieran enneguecido con tierra. Amenazando al fantasmagórico y desolado adversario):

¡En cuanto to alcance

te dejo como tarja!...

Cantarán las lechuzas

sobre el techo 'e tu casa.

LA NIÑA MILAGROSA..

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 27)

pose como modelo para una serie de afiches de propaganda de ciertas farmacias miteadas. La propuesta es aceptada, y a los pocos meses la pequeña Evelyn para nuestra su carita ancha aparece a todo los Estados Unidos, estampada en innumerables cartones. Es que comienza la popularidad de la futura Ann Shirley. Es que el celuloide ya la está llamando...

Pasaporte para Hollywood

Entonces quedamos en que nuestra heroína inicia la braga por la vida a los catorce meses de edad, como modelo, sin enterarse ella misma casi...

Evelyn crece día a día. Pasan los años. Siguen trabajando de modelo. Unas veces para avisos de pastas dentífricas, otras para propaganda de golosinas... Los dibujantes tienen especial predilección por esta muchachita sencilla, que a todo el mundo sonríe dulcemente. La invitan a visitar sus casas, a jugar con sus retoños, a acompañarlos a los teatrillos de títeres.

—Creo que no se podía encontrar en aquel entonces chicas más confiables y felices que yo entre todas las niñas, hasta las más encubradas, de Nueva York... ha dicho Ann Shirley en alguna oportunidad.

EL NIETO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

El peñascito, que tenía más de dos varas en cuadro, formaba una serie de cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos declives con las cimas cubiertas de nieve y en la parte baja serpeadas por un arroyuelo de agua verdadera que venía a morir en un estanque con surtidor de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito y, para ocultarlo, velase agrupado en torno del mismo el caserío de cartón que fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos mirones de cartulina ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el viridjo molido hacia papel de escarcha, venían en sendos camello y Baltasar, majestades Gaspar, Melchior y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde del arroyo había un grupo de verdaderas, en un altísimo, junto a la hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada cabeza y peana veridosa abermellonada sobre el musgo aterciopelado destacaban sobre el musgo aterciopelado

(Pasa la mirada en círculo, eval si los enemigos los rodearon a distancia):

¡Ando está el toro qu'iba
a llevarme a la rastra?

(De súbito se encoge, tambalea. La alparagada cae de su mano trémula. Con voz tremenda que pronto se torna dolorida, estertorosa):

¡Ay!... ¡Perros!... ¡Me han herido
a traición, por la espalda!...

(Indignado):

¡Cobardones chirinos!
¡Tan sólo así —malhaya—
fueron matando a todos
los de mi raza gancha!

(Y, efectivamente, con redondo al suelo. Se revuelca por unos instantes y se aquietta, por fin, mientras todos los restantes personajes, riendo, recién, sonoramente):

Pero el secreto de su triunfo en la vida, su mejor pasaporte para entrar en Hollywood por la puerta grande, está en la enorme simpatía que irrada.

Alguien que en una ocasión va a Coney Island y le saca una fotografía, le dice: "Eres tan fotogénica que pareciera que hubieses nacido especialmente para el cine". Eran palabras proféticas.

La primera película en que interviene lleva por título "La niña milagrosa".

Y eso es ella precisamente en la Meca del cine: una niña milagrosa. Porque en aquella época, cuando Evelyn ingresa en el mundo del celuloide, los directores andan desesperados buscando chicas para interpretar papeles semirrománticos, para encarnar a personajes color rosa. Ella cae como del cielo... Y se convierte en Evelyn Dawn, de la noche a la mañana.

El principal actor de "La niña milagrosa", el fornido William Farnum, llega a ser al poco tiempo el dilecto amigo y excelente guía de la nueva y juvenil estrella.

En vista de la victoria obtenida en su primer film, Pola Negri, la vampira latina, la reclama para que actúe junto a ella en "La bailarina española". Otro gran éxito se adjudica

salía una pareja de guardia civil, cuyos tricorneos enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorillo de cartón se leía la palabra "vino". El portal de Belén era grandiosa fábrica greco-romana de corcho con sus columnas estrididas; dentro estaba el pésbre, guarnecido de verdadera paja, y sobre ella el Niño Jesús, enteramente desnudo y boca arribo; a sus lados el bucy y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración. San José con traje amarillo y la Virgen con un manto más brillante y rojo que un manto, ambas cabezas coronadas por desconuados resplandores que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicos de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luego, por todas partes ciñó, dolo y adornándolo todo, ramas de amara, de espino, de abeto, de tomillo, de tuya,

VIGILANTE.

¡Qué peludo tremendo!...

PATRÓN (orgulloso)

¡Es herije mi cuñal!...

UNO (asombrado)

¡Ahí, no más, en el suelo,
se durmió con la tranea!

OTRO

El pobre hablaba solo...

UN TERCERO

¡Creiba que pelaba!...

VIGILANTE (como antes)

¡Qué peludo tremendo!...

PATRÓN (idem)

¡Es herije mi cuñal!...

TELÓN

la artista adolescente. La celebridad ya le devuelve todas sus sonrisas. Decide cambiar de nombre escénico. De ahora en adelante se llamará Ann Shirley.

"Niña milagrosa"

Uno tras otro se suceden los triunfos. 1939 significa un jalón espléndido en su brillante carrera, pues es durante ese año cuando Ann filma "Ana, la de las faldas verdes", aquella inolvidable producción en la que realizó una labor insuperable. Esta cinta y "Madre" figurarán entre sus más preciados galardones. ¿Y cómo no nientar, siquiera "de pasada", la destacada actuación que le cupo en "El legado de un médico", "Volvamos al ayer", "Juventud indómita" y muchas otras que se sueltan largo citar?

Hay diferentes tipos de mujer entre las jóvenes figuras del séptimo arte norteamericano. El de "mujer fatal", al estilo de Gene Tierney o Lana Turner; el de la exótica, a lo María Montez o Ella Raines; el de deportiva, como Esther Williams o Jinx Falkenburg, y el de... el de "chica de su casa", el de modesta candorosa, dulce, cuya belleza es una belleza sedadora, apacible. A este último grupo pertenecen, a juicio nuestro, Evelyn Paris, "Ann Shirley", la estrella que un día fué "la niña milagrosa" de Hollywood. *

de romero, grandes trocos de musgo y un sinnúmero de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética...

Cuando el general vió el nacimiento, faltó poco para que tomase un rabel; si no lo hizo fue porque no quedara mal parado el principio de autoridad.

A la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en el patio a uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

—Envidia, nada más que envidia... señora —dijo dirigiéndose a su ama— el criado adulador; mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberberchinado en que les compre muñecos.

La dama sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabezita baja y las manitas a la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó a correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la

escalera del servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

A la noche, terminada la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fué horrible. El nacimiento estaba encendido; pero, a pesar de los lucos, fríos y desamparados, Parese que los muñecos de barro habían ido al sentirle llegar; faltaban más de la mitad. Los reyes magos, reducidos a dos: de la pareja de civiles, un número; la mula del pesebre, ausente; los borregos, pastores y zagalas, en cuadro: el castro de Belén, medio derribado para arrancar algunas fincas, y ¡oh cosa inverosímil, San José permanecía junto a su divino hijo, mas la Virgen había desaparecido.

—¡Pepeito! ¿Qué ha pasado aquí? —gritó enojado el abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo: no muy contento, pero sereno.

—¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es ese el aprecio que has hecho?

—No he roto nada —repuso Pepeito—. Los chicos de abajo lloraban mucho porque no tenían nacimiento... y les he dado la mitad. ¡No me están doliendo a todas horas y en todas las lecciones que todos somos hijos de Dios, y que Dios da a los ricos para que den a los pobres? Pues ya está hecho... aunque no me compres más.

El general tomó a su nieto, alzóndolo hasta sí, le dió un beso, sino un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cuarto juntamente enternecido y pesadoso.

—¿Qué tiene usted? —le preguntó su hijo al verle entrar en el despacho con los ojos llorosos.

—Fuego, fuego que tú me has salido liberal y a pesar de los pesares... tu chico me has salido socialista.

AQUI SE INVENTAN CRIMENES

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 10)

Auge del detectivismo

La popularidad universal que alcanzó el héroe de Conan Doyle fué poderoso estímulo para policías y detectives profesionales, singularmente para los de Scotland Yard, a quien su actuación tocaba más de cerca y a los que no perdía ocasión de zaherir.

Desde su aparición, el detectivismo adquirió un auge extraordinario, y los policías de todo el mundo procuran emular las glorias del flemático caballero inglés de traje a cuadros y pipa siempre humeante.

La popularidad de Sherlock Holmes empezó a declinar cuando Conan Doyle, su creador, pasó del detectivismo al espiritismo. Indudablemente aquél era motivo para desilusionar a los lectores, que habían dado sus preferencias a un héroe cuyos éxitos se basaban en el análisis minucioso de las hechas, pero lo que debió ocurrir, en realidad, fué que había pasado su tiempo: el detectivismo, al que había dado tan grande impulso, seguía adelante, en tanto él se quedaba en el lugar que ocupó al aparecer, un lugar de avanzada entonces, pero que estaba ya rebasado.

De aquella especie de prueba o púgilato, que habían sostenido los alumnos de Scotland Yard con Sherlock Holmes, Scotland Yard salió remozado y fortalecido, pues el auge del detectivismo influyó grandemente en su progreso.

Al estallar la última guerra, había lle-

perfecto. Pero Scotland Yard también hubo de sufrir las consecuencias de la terrible contienda. Las fuerzas policíacas de la Gran Bretaña, al igual que todas las demás profesiones, dieron su contribución directa a la causa de las Naciones Unidas.

En un principio, la mayoría de los agentes jóvenes se unió a una u otra rama de las fuerzas armadas. Más tarde, los oficiales de Scotland Yard estuvieron en Europa con los ejércitos libertadores, ayudando a poner orden en el caos producido por la espantosa conflagración. Y a esto hay que añadir que, durante los años de guerra, no hubo admisión de nuevos agentes, lo que dió por resultado que el advenimiento de la paz se desempeñase en una estación de policía desempeñando con un personal excesivamente reducido.

Pero los directores de Scotland Yard no pierden el tiempo, y ya se están aplicando las medidas necesarias para que las fuerzas policíacas inglesas vuelvan a ser lo que eran antes de la guerra y se superen en lo posible, procurando que los policías y detectives estén capacitados y equipados como no lo estuvieron nunca.

Continuidad de una brillante tradición

Con esta finalidad, ha iniciado sus cursos en Hendon, Middlesex, la nueva Escuela Policial Metropolitana de Detectives, en la que no se ha cesitado esfuerzo para que sea la mejor de su género, ni se ha dejado nada al azar en la selección de los hombres encargados de velar por los prestigios de Scotland Yard y dar continuidad a su brillante tradición.

Según el reglamento de la nueva escuela, ningún hombre puede ser adiestrado como detective, sin antes haberse desempeñado algún tiempo como agente de policía. Cuando se prueba su capacidad. Solo así puede aspirar al ingreso en la nueva escuela, pues para ello necesita contar con el informe favorable del jefe departamental donde haya prestado sus servicios.

Actualmente se dictan dos cursos por separado: uno es intensivo, para detectivos inspectores y detectives argentes, y dura ocho semanas; el otro dura diez semanas y es para simples agentes.

Dirige la escuela el Detective-Superintendente Leonard Rundle, que lleva 31 años de excelentes servicios en la Policía Metropolitana. Es ayudado en sus tareas por cuatro detectives inspectores. Y, además, la escuela cuenta, entre sus profesores, con médicos, abogados, hombres de ciencia, abogados eminentes, expertos conferenciantes y catedráticos.

Durante las semanas del curso, los alumnos deben asimilarse muchos conocimientos mediante la atenta lectura de diversos libros. Esta parte del programa resulta acaso poco atractiva y tal vez pesada; pero el efecto es contrario a lo que se piensa: práctica, de extraordinario interés. En ella se incluye lo que podríamos llamar la puesta en escena de crímenes imaginarios. Cada detalle es cuidadosamente estudiado de antemano, y, en el caso de un supuesto crimen, un maniquí es utilizado como presunto cadáver.

Los estudiantes son llevados a la escena del "crimen" y puestos en seguida a la tarea del examen de rutina. Actúan bajo la escrutadora mirada del inspector, y se les califica con puntos, tanto por la manera con que realizan el examen de rutina, como por la exactitud de las deducciones a que llegan.

Lo que ya no puede enseñar Sherlock Holmes

entrón, el doctor Watson anota las materias en las cuales lo parece que su amigo Sherlock Holmes es muy fuerte.

En literatura, filosofía, astronomía y política, pone "nada" o "conocimientos muy superficiales". Pero la cosa cambia ya al llegar a la botánica, donde si bien apunta su "desconocimiento absoluto de horticultura práctica", dice al mismo tiempo: "¡Excesivamente todo lo que se refiere a la botánica, el opio y toda clase de venenos".

Pues bien: la nueva escuela cuenta con una sección dedicada ampliamente a las drogas peligrosas, bajo la dirección de expertos en la materia, y con un muestrario vastísimo de todas las especies.

En cuanto a química, anota el doctor Watson: "conocimientos profundísimos". Pero, por profundos que fueran los conocimientos de Sherlock Holmes en química no podrían competir, ni con mucho, con los que se enseñan en esta nueva escuela, que además de disponer de las mejores inteligencias entre sus profesores, cuenta con el equipo más completo y moderno, de un costo considerable.

Uno de los aparatos más extraordinarios que forman parte de ese equipo, es un espectrógrafo, por medio del que puede hacerse un examen visual de pistas o claves fingerprintas, demasiado pequeñas para ser sometidas al análisis químico. Gracias al espectrógrafo, una diminuta mancha de pintura puede convertirse en un detalle de la mayor importancia.

También forma parte del instrumental de la nueva escuela un microscopio de comparación, aparato muy necesario si se trata de esclarecer un crimen realizado con arma de fuego. Por medio de este microscopio, dos balas pueden ser estudiadas en detalle, una junto a la otra, y estableciendo un balance con el tamborete, si las dos han sido disparadas con la misma arma.

Pertenece igualmente a este equipo una lámpara ultravioleta de extraordinario interés. Bajo sus rayos, las características especiales de diversos tejidos, las manchas, lares y distintas sustancias químicas, quedan inequívocamente reveladas.

Entre los aparatos especiales del crimen, con los que no puede soñar Sherlock Holmes, pero que le hubieran encantado, están bajo la dirección del doctor J. Davidson.

Tampoco pudo soñar con los adiestramientos físicos a que son sometidos en esta escuela los futuros detectives, nada menos que bajo la dirección del coronel Hastings Fairburn, hombre fuertemente adiestrado en los comandos británicos durante la guerra. En esta materia, los recuerdos de Sherlock Holmes se reducen a lo siguiente: "mañea bien el bastón y la espada, y es diestro en el boxeo".

Quizás sea en este punto donde mejor se advierte lo que va de ayer a hoy, donde más claramente se nos revela Sherlock Holmes como una figura perteneciente al pasado, con el automatismo de los personajes de viejas películas, que no podemos mirar sin una sonrisa.

Y aun reciben otras enseñanzas los alumnos de esta nueva escuela de detectives. Pero de ellas nada podemos decir, porque se trata de enseñanzas que necesariamente han de permanecer en secreto, ya que su divulgación sería de gran provecho para los delincuentes, quienes así podrían ponerse en guardia contra procedimientos cuya eficacia está precisamente en que los ignoren.

Con todo esto, es de suponer que, en el futuro, ningún aficionado pueda competir

EL VIENTO. BROMISTA...



Eolo se impacienta.

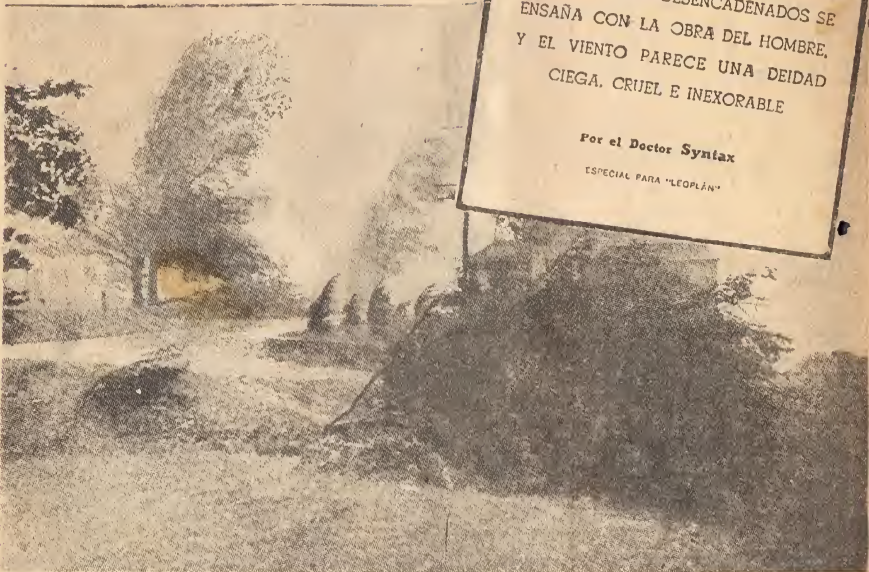
En la naturaleza casi siempre reina la armonía. El movimiento de los astros está sometido a leyes rigurosas, lo mismo que en nuestro planeta el flujo y reflujo de las mareas. Pero si esto sucede en los océanos, no ocurre otro tanto en el aire. En este dominio parece como si Eolo, el dios del viento, hastiado de correr siempre a la misma velocidad, se impacientara y diese rienda suelta a su furor desatando tormentas, ciclones y huracanes. El viento, que generalmente sopla a una velocidad de diez a cincuenta kilómetros por hora, alcanza en esos momentos culminantes los cien, ciento treinta y hasta ciento cincuenta kilómetros; entoncez vuelan los techos de algunas casas y los árboles se retuercen como bajo la acción de inverosímiles convulsiones.

En todos estos despliegues de fuerza cólica, el viento huracanado barre extensas zonas, pero, de cuando en cuando, en ciertas regiones, sobre todo en el sur y el centro de los Estados Unidos, pareciera que busca concentrarse en un punto determinado girando a grandes velocidades. Cuando ello ocurre, las gentes que ven aproximarse lenta, pero inexorable, a la siniestra nube negra, corren despavoridas tratando de salir fuera de su trayectoria, pues bien saben que se encuentran frente a la forma más destructora del viento: el tornado.

Los que han visto un tornado, nunca olvidan el espectáculo. Desde una densa acumulación de nubes negras se extiende hasta el suelo una proyección semejante a una enorme trompa de elefante que se retuerce como una serpiente. Algunas veces avanza zigzagueando y otras en línea recta, a razón de treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta kilómetros por hora; pero la nube en realidad está formada por un remolino de viento que gira a la fantástica velocidad de quinientos o seiscientos kilómetros por hora y deja tras de sí una huella de trescientos a quinientos metros de ancho, donde no queda nada en pie, tal como si sobre ella hubiera pasado una gigantesca aplastadora. En el centro del tornado la presión del viento es tan baja que en las zonas circundantes. Esta es una de las causas que explican los estragos causados por este fenómeno



O ASESINO



A VECES, LA INEXPLICABLE FURIA DE
LOS ELEMENTOS DESENCADENADOS SE
ENSAÑA CON LA OBRA DEL HOMBRE,
Y EL VIENTO PARECE UNA DEIDAD
CIEGA, CRUEL E INEXORABLE

Por el Doctor Syntax

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

cólico, pues cuando la tromba pasa al lado de un edificio cerrado, la presión atmosférica afuera es menor que dentro del edificio, lo cual hace que éste "explote". El viento que gira vertiginosamente alrededor de esa área de baja presión es capaz de levantar en vilo a personas, animales o automóviles, y de arrancar ventanas y techos de los edificios y dejarlos caer a gran distancia.

Aunque el tornado es caprichoso y puede aparecer en cualquier hora del día y en cualquier época del año, empero generalmente tiene lugar o se forma durante las tardes de los meses de verano.

Criminal, Jugueteón y Bromista

Por lo mismo que el tornado es un remolino, obra a modo de un enorme estilete manejado por una deidad perversa y fantasista, que ora se complace en destruir, ora en asustar, ora en dar bromas pesadas y hasta inocentes a sus víctimas. Algunas veces el tornado arranca los arcos de un tronco de caballos que tira de un carro, sin lastimar a los equinos. Puede también que haga jirones el traje de un hombre sin causarle mayor daño.

Uno de los tornados que han tenido efectos más destructores fue el que asoló la ciudad de Saint Louis en los Estados Unidos, el 27 de mayo de 1896. Al caer la tarde de ese día, el viento comenzó a soplar con violencia. Cuando el tornado penetró en la ciudad, la zona que iba destruyendo a medida que

avanzaba tenía más de mil quinientos metros de ancho, pero gradualmente fue disminuyendo. La base del remolino no tocaba el suelo, como generalmente acontece, sino que pasó a diez metros de altura. Las ramas altas de los árboles fueron arrancadas, no así las bajas, en tanto que los edificios fueron destruidos o sufrieron grandes daños; pero únicamente del segundo piso para arriba. La planta baja y el primer piso de las casas, a no ser por los escombros que cayeron de arriba, quedaron intactos. Durante la media hora que duró el paso del tornado por St. Louis mató a quinientas personas, hirió a más de setecientas y causó perjuicios por más de diez millones de dólares.

El 27 de marzo de 1890, un tornado de terrible violencia "cruzó" la ciudad de Louisville, estado de Kentucky, E.E. U.U., matando a sesenta y cinco personas e hiriendo a doscientas; el ancho del área destruida que dejó tras de sí no pasaba de trescientos metros, pero en esa

zona devastada, grandes árboles fueron arrancados de cuajo, edificios de piedra se desmoronaron y algunos fragmentos de madera fueron lanzados con tal violencia contra chapas de metal, que se incrustaron en ellas. Debido al fenómeno de la presión atmosférica que ya hemos mencionado, los corchos saltaban de las botellas. Según lo manifestado por los habitantes de la ciudad, el ruido que producía el tornado equivalía al que podrían haber hecho mil trenes expresos en marcha.

Se ha generalizado la creencia de que en estos últimos tiempos aumenta el número de tornados, pero ello probablemente se debe a que

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



EL TORO COLORADO

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 11)

energía contra los músculos y se encontró corqueado en la rama, a tiempo que el toro cabeceaba para ensartar en una de sus astas, agudas como puñales.

El "colorado" mugió, como rabioso por haber mordido el golpe, y se puso a escarbar el suelo, levantando nubes de polvo.

Rojas, extendido sobre la rama protectora, medio inconsciente por la fatiga, sólo atinó a sujetarse con brazos y piernas a su precario asiento. Lentamente, su respiración se fue serenando y su nublada vista fue recorriendo la claridad. De su muñeca aun pendía el taleño, y puntal seguía en su cinto. Dio un suspiro de satisfacción, pero, acto seguido, tuvo que reconocer que, con semejantes armas, no podía enfrentarse con la fiera. Miró hacia abajo y observó que el toro se hallaba parado, a corta distancia, inmóvil ahora y los ojos clavados en el árbol.

Flaco, de remos largos y nerviosos y enorme pecho, el cubierto el húncido cuerpo con largo pelo de un color rojo descolorido, el viejo toro ofrecía, a pesar de su aparente decrepitud, un aspecto imponente.

Sus "guarnas" desconformes, verdaderas piezas de museo, muchas veces se habían teñido con la sangre de sus víctimas. Infinidad de caballos desparzados jalonaban la larga senda de crímenes que representaba la vida de este viejo saltador de la pampa. Según se decía, en su haber también se contaban dos víctimas humanas. El sanguinario Mujica, viejo poblador del pago, sostenía, convencido, que el toro colorado no era otro que Zupay, el diablo, que había abandonado la selva santiagueña para asolar la campaña pampeana.

Al contemplar la sinistra cadadura del toro, que ahora se había puesto a rondar el árbol, y cuyos ojos, extrañamente vivaces, no se apartaban del hombre, Rojas llegó a pensar que, realmente, había algo diabólico en la conducta del animal. Era evidente que el toro se había propuesto sitiarlo. Al recordar que, en ocasiones similares, tal sitio se había prolongado por dos días, el mozo sintió que su temor cedía el puesto a una sorda irritación que crecía a medida que el tiempo pasaba.

El sol estaba ya en el cenit y el implacable sitiador no daba muestras de querer aljarse. Era imposible que Rojas pudiera mantenerse por mucho tiempo en la incómoda posición en la cual se hallaba. Además sentía hambre y sed y el ridículo de su situación hizo que su irritación se transformara en cólera; se puso a gritarle insultos al toro, hasta cansarse. Después, viendo la inutilidad de su acción se serenó. Era necesario reflexionar. Por un largo rato permaneció sumido en honda meditación, recostado sobre la gruesa rama. De pronto, con gesto decidido, se incorporó y con torpe cautela, lentamente, tomó una piedra y luego otra, se quitó las algaratas y las colocó en una horqueta del ramaje. Después, con las mismas precauciones, para no perder el equilibrio, se remangó las bombachas hasta más arriba de las rodillas, dejando en descubierta las musculosas y velludas pantorrillas. Hecho esto, descansó, recostándose sobre la rama.

Al poco rato reanuló sus preparativos. Se levantó las mangas de la camisa hasta los codos, ajustó cuidadosos y firmemente la faja y cuidó que el puñal quedara afirmado en su sitio, en la cintura.

Finalmente, desanudó el pañuelo que llevaba atado al cuello y se lo sujetó en la cabeza, a guisa de vincha. Después de esto, se desahogó de un gran suspiro, la despijó de sus ramitas y espigas y, extrayendo de un bolsillo de su bombacha un pañuelo de seda, de color rojo vivo, primorosamente bordado, lo ató en la punta de la vara.

Andrés Rojas sonrió satisfecho, al terminar

sus extrañas maniobras. Después, inclinándose, alargó el brazo hacia abajo y agitó el improvisado banderín. El toro, que había interrumpido su ronda y se hallaba a corta distancia, pasando disipadamente, levantó la cabeza y avistó la señal roja. Bufó con fuerza y se acercó al trote, balanceando la testa formidablemente armada. Al encontrarse cerca del pañuelo provocador, cambió con rapidez fulminante, pero el banderín manejado por el mozo desapareció en los aires, y la bestia, desconcertada, lanzó un corto mugido.

El juego se repitió varias veces, y el toro se movía debajo del árbol con rápidos movimientos, persiguiendo el pañuelo que, siempre, esquivaba sus corceles.

Poco a fin, Rojas recogió el banderín y el toro se quedó inmóvil, atento a la reaparición del pañuelo. Ahora se hallaba colocado, exactamente, debajo de la rama gruesa que sostenía al mozo. Este, con gran cuidado, recogió las piernas hasta apoyar los pies en la rama, y de

prera hacia el fachinal cercano, poblado de espinosos piquillines y chañares, con la aviesa intención de dejar al jinete ensartado en las zarzas, librándose así de su carga. Pero una verdadera lluvia de lonjizas cayó sobre su cabeza, cegándolo en tal forma que perdió el rumbo y salió al descampado, donde reanudó sus inútiles esfuerzos por volver al jinete.

La tiránica lluvia se reanició con renovada furia. Una nube de polvo, levantada por las pezuñas de la enloquecida bestia, se levantaba sobre el solitario escenario. El toro había cesado de bramar. Parecía ahora concentrado silenciosamente y toralmente en la lucha sin cuartel que libraba contra el hombre, y el observador instintivo animal le señalaba el tremendo peligro de muerte que se aferraba a su lomo. El terror le fue ganando poco a poco. Un alisa irrefragable de vivir lo lanzó en loca carrera, hacia adelante, hacia el mozo que tantas veces se había albergado y sustraído de la persecución de los hombres.

Pero su fiero enemigo no le dio tregua. Ahora el pesado "tulerio" empezó a golpear duramente en sus astas y en su cabeza. El naciente mango del rebenque, confeccionado con madera de alpacado, dura y pesada como el hierro, caía en mazazos acompasados sobre el temiz del bruto, aturdiéndolo y acentando en él el convencimiento de su derrota.

Largo y trémulo mugido se escapó de las babeantes fauces del toro. Ya no galopaba. Un vacilante y pesado trote había sucedido a los hriosos corceos y ágiles cabriolas, y el animal avanzaba a tropezones hacia su trágico destino. Su aspecto era lamentable. La sangre, brotante de numerosas heridas, le cubría las vidriosas pupilas, y la lengua le pendía negra y reseca, variando el azul. Uno de los cuernos, estillado, casi desprendido de su base, le colgaba sobre un lado de la cabeza.

Andrés Rojas estaba exhausto. El sudor le zorra a chorros por el cuerpo y tenía el rostro desfigurado por el polvo que lo cubría. En esa máscara negra y grotesca, sus dientes blanqueaban en una sonrisa de triunfo que separaba sus resacas labios. Los ojos chispeaban con resaca indomable. Redobló la carga de sus golpes y la bestia cedió, al fin.

Un lúgubre bramido anunció su derrota definitiva. Cayó hacia adelante, dobló las rodillas, y su orzora orgullosa testa golpeó el suelo con ruido sordo. El hombre afeitó, por fin, la férrea presión de sus piernas y se apacó de su vencida cabalgadura. Las piernas, acalambradas, se negaron a sostenerlo, pero la voluntad lo umativo en pie. Se volvió hacia el toro tambaleante y, de un tremendo puntapié en las costillas, lo turbó. El bruto cayó sobre un costado y quedó sin movimiento. Su respiración era estertorosa. Un total agotamiento lo fijó, indefenso, en el suelo.

El paísa se sentó para descansar. Las piernas le dolían horriblemente. A pesar de la fatiga que los agobiaba, comenzó a gemir a gritos, se agacharon las pantorrillas hasta que la dolorosa contracción de los músculos cesó y los miembros recuperaron su flexibilidad primitiva.

Luego se levantó. Una expresión de triunfo contra su rostro en una mueca jublosa. Accediéndose al toro caído, que gemía débilmente, le espetó:

—¡Ojano! al duro! Aura va a sentir lo que es gieno...

Desnudo el cuellito, y agachándose sobre el bruto vencido, calmosamente, fríamente, lo degradó, y después, de un hachazo, le cortó la cola, tronchándola casi en su raíz.

Y mientras la bestia toratada mugía con fúnebre entonación y trataba, en vano, de levantarse, el hombre se irguió con los sangrientos despojos en la mano y los arrojó lejos, entre las malezas, mientras decía:

—Pa! los carachos...

EL ARCHIPIELAGO DE LAS SIRENAS

es una novela de posión y de muerte.

Su autor

W. SOMERSET MAUGHAM,

uno de los más grandes novelistas contemporáneos, es bien conocido por los lectores de

LEOPLÁN

que apreciarán, sin duda, esta obra que se desarrolla en medio del bello y sugestivo decorado de uno isla del Pacífico.

APARECE EN LEOPLÁN EL 16 DEL ACTUAL

pronto, con agilidad felina, se arrojó del árbol, cayendo a horcajadas sobre el lomo del toro colorado.

La temeraria acción debió sorprender a la bestia, que permaneció un instante como petrificada, dando tiempo a su extraño jinete para acomodar las piernas que se ceñaron, como garfios de acero, sobre los secos flancos de su extraordinaria cabalgadura.

De poca duración fue el estupor del toro. Un instinto y pronunciado bramar anunció su reacción ante el peligro y, dando un violento bote, se "arrazó" a corcear con tal vigor que Andrés Rojas tuvo que desplegar toda su destreza de domador para mantenerse sobre el lomo del animal.

Pero el hombre estaba animado por una indomable voluntad de vencer. El pesado rebenque, manejado con brazo hercúleo, azotaba incansablemente los flancos y la cabeza del toro, que brinaba con furia para desembarazarse de su peligrosa carga; ensayaba todos los saltos y contorsiones imaginables; mugía y se revolvía con velocidad y agilidad desconcertantes, pero el implacable enemigo permanecía, inconvertible, sobre su lomo y le infligía terrible y doloroso castigo.

El toro apeló, entonces, a su "repentinamente, dejó de corcear e inició una ca-

maras: "Domador de pulgas". La gente se aglomeraba en tal forma frente al lugar que no me fué posible entrar entonces. Continuando su exposición, siguió el doctor Z:

—Existen aún y existieron muchos de estos héroes anónimos del circo. El oficio se heredaba de padres a hijos, y la enseñanza requería una paciencia ilimitada y continua. En el caso de mi cliente, había aprendido el oficio de su padre, mas este fué un secreto que me reveló solamente cuando se trató de defenderlo. Imagínese al hombre más pacífico y tranquilo del mundo, al ser más cándido e ingenuo que jamás pueda, convertido de la noche a la mañana en asesino! El caso me interesó desde un principio.

—Vaya por partes —exclamé yo, lleno de curiosidad al escucharlo—. Quisiera enterarme del asunto desde el principio.

—Se llamaba Stephan —comenzó el doctor Z—. Era un hombrecillo tímido y rubio, que contaría unos cuarenta y cinco años de edad; sus siete empujones eran: cancer, pero tenía un aspecto juvenil y fuerte. Amaba con pasión a los animales y había vivido siempre en los circos. Hasta la época de su "desgracia", ningún acontecimiento notable le había ocurrido en su vida... Después de la muerte de sus padres, que murieron, naturalmente, de vejez, habíase hecho un tanto solitario y reconcentrado, aun dentro del ambiente en que vivía.

—Se imaginará usted, doctor —me decía—. Yo me pasaba las horas enteras amestrando mis pulgas. Había conseguido de ellas verdaderos milagros de arte. Figúrese que Amanda, mi pulga estrella, subía en un carrozo y las demás pulgas arrastraban el coche, haciendo de caballos. Daban toda la vuelta a la mesa y se detenían frente a mí. Enseñarles esto me costó años de trabajos e innumerables noches de insomnio...

—Yo lo escuchaba, divertido a pesar mío. En verdad existen en la tierra oficios inconcebibles y tremendos. Pero nunca había hallado nada más prodigiosamente útil y solitario que este domador de pulgas —continuó el doctor Z—. El no había comprendido jamás lo ingrato de su tarea, hasta el día en que se enamoró.

Aquí empezaba a humanizarse el singular cliente del doctor Z. Yo era toda oídos.

—Se enamoró perdidamente, y por primera vez, de la mujer que sería su desgracia. Era una inglesa, blanca como la leche, de cabellos rubios como el sol. Se llamaba Arabella. Siendo inglesa, no es raro que se llamara así —agregó el doctor Z, con un dejo de ironía en la voz—, y era dama de compañía de una verdadera dama del lugar. Por esta razón —continuó el doctor Z—, Stephan se avergonzó por vez primera de su oficio. ¿Cómo iba a confesárselo a una señorita tan distinguida? Las mujeres no entienden de ciertas cosas... Guardando, pues, silencio sobre su verdadera vida, se vió precisado a mentir. Esto ya era un martirio para él, cuya naturaleza era franca y abierta. Fué un segundo error; el primero había sido el enamorarse como un colegial. Miss Arabella le creía ayudante del administrador, algo casi tan importante como el mismo. Así, cuando pasaba horas enteras con la pulga Amanda, miss Arabella lo creía entregado a los pocos problemas del "debe y el haber". Poco a poco, debido a que Stephan disponía de exceso tiempo para dedicarlo a su amada, comenzaron las rencillas y las dificultades. Además, y esto era gravísimo, como él mismo confesó, se



Un domador

Cuento, por **Ana Niera**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

De todos los casos que me ha tocado defender —exclamó el doctor Z—, éste fué el más difícil y extraordinario. Fuera de lo común, por la índole y el móvil del crimen, y lleno de dificultades psicológicas que sortear. Se trataba de un domador, único en su género...

—¿Qué clase de fieras domaba? —inquirí yo, llena de interés.

—Las más difíciles de manejar y que va

no se exhiben en los circos. ¡Era un domador de pulgas!

Yo di un salto en mi silla. ¿Pero es que existen aún domadores de pulgas, y han existido? Recordaba que en mi último viaje a Europa, había ido en Berlín al célebre circo Burnum. Junto a la carpa de Fatma, la domadora, recuerdo haber visto un moderno anuncio con un nombre, no preciso cuál, y debajo de él el título de

LAS ISLAS DEL PARAISO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

cibir la barca: el sacerdote, el médico —que atiende también en la taberna, con el dispensario en un extremo y el bar en el otro—, granjeros, pescadores, amas de casas, niños, y los dueños de los pequeños comercios de ramos generales.

Kilronan, la localidad "capital" de las islas Aram, tiene el encanto pintoresco de una ilustración de cuento de hadas. Pronto me enteré de la forma excelente en que el gobierno vela por los 2.000 isleños: pensiones para los ancianos y los ciegos, subsidios para los niños, subvenciones cuando las tormentas tornan imposible la pesca u otros trabajos, y hasta un regalo de Navidad de cinco libras esterlinas por cada niño que hablan buen gaélico. Esto alivia mucho la dureza de una existencia que antaño era penosa para muchos.

Quedaba todavía por resolver el misterio de la falta de pago de los impuestos. En esa gran isla, Inishmore, las personas pagan. ¿Por qué no en las otras dos? El recaudador de impuestos de Kilronan me dijo:

—Ha sido fácil. Tuve que mostrarme muy firme. Pero ahora el 98 % pagan, y comprenden que si reciben beneficios de las autoridades nacionales, es justo que paguen por ellos.

—¿Y por qué no hace lo mismo en las otras dos islas? — pregunté.

Hizo un gesto ambiguo, y meneó la cabeza.

—No vale la pena — respondió.

Cuestión de impuestos

Por los otros isleños me enteré que hace más de 20 años, cuando el Eire era gobernado por Gran Bretaña, los impuestos fueron cobrados por soldados. Hubo acuchillamientos y perturbaciones constantes; las mujeres formaban brigadas para arrojar piedras, y ofrecían una resistencia

más formidable todavía que la opuesta por los hombres.

Pero, por los habitantes de las otras dos islas, supe cuál era el motivo "real". Me dijeron que los trataban bien en lo que se refería a pensiones, subsidios, etc. Era cierto que tenían su escuela y su iglesia, y hasta una línea telefónica con tierra firme. Pero no tenían puerto ni muelle. Las autoridades locales de Galway y el gobierno no tenían la obligación de construir un puerto. Hasta que lo hicieran, no pagarían impuestos.

—Y si construían el puerto, ¿pagarían? — pregunté.

Hubo un murmullo general. Eran pobres, muy pobres. Luego, un viejo pescador contestó por todos:

—Si nos dan el puerto, tendrán los impuestos.

Pero su maliciosa sonrisa, parecía querer decir: "Jamás".

A medida que pasaban los días en esas islas bañadas por el sol, donde el tiempo no existe, donde nadie tiene un reloj (el sol y el estómago le dicen a uno cuando es hora de levantarse, comer o dormir), me sentí más avergonzada de mi curiosidad "ciudadana" por esas personas curiosas. Porque allí, donde los automóviles, tranvías y cinematógrafos son desconocidos; donde la única actividad bulliciosa es el alegre baile de los sábados por la noche, bajo la mirada benevola del cura, y donde el teatro consiste solamente en obras en gaélico, escritas y representadas por los mismos isleños, ¿qué necesidad tenían de un muelle para que desembarcaran con más facilidad otros visitantes de las ciudades, con sus ideas de la bomba atómica y sus híbridos problemas de paz? En los breves meses de verano, libres de tormentas, llegan docenas y docenas de turistas, pero los isleños los explotan suavemente, se benefician sin excesos, y miran sus tascas altas y sus ropas incómodas más bien con lástima que con envidia.

ellas a un buque, la tripulación tomaba sus fusiles y los descargaba sobre la columna de agua. Por supuesto estas sólo son creencias equivocadas. Generalmente, por el contrario, las trombas no representan un peligro grave para los buques.

Lo mismo que el tornado, la tromba marina hace gala de su espíritu bromista; por ejemplo, el 17 de mayo de 1763 se permitió el lujo de brindar al capitán Cook, célebre explorador y navegante, la ocasión de contemplar seis trombas en ese día. Otras veces la tromba marina atrae en el vértice de su remolino a pequeños peces y los eleva a gran altura, para depositarlos más tarde, cuando el viento amaina, a gran distancia de la costa, dejando estupefactos a los habitantes de los campos o de las ciudades, que no saben cómo interpretar el fenómeno.

El tifón.

Una extensa región del océano Pacífico, entre las Filipinas y el Japón, suele ser azotada por vientos que también describen círculos, aun cuando en mucho más amplios que el tornado, pues cubren una superficie de mil kilómetros o más. El círculo entero avanza a razón de veinte o treinta kilómetros por hora, pero los centros que lo forman pueden alcanzar la velocidad de trescientos kilómetros en ese mismo intervalo.

El mundo está lejos

Ocasionalmente, me formularon preguntas acerca de Londres y las condiciones en Europa, pero siempre sin envidia por las cosas del mundo exterior, moderno.

Unos cuantos muchachos de Aram hicieron la guerra como marineros, y a su regreso han dado cuenta de los sufrimientos del mundo. Había genuina compasión en el rostro de un agricultor, mientras cortaba un gran pedazo de jamón curado en casa y decía:

—El hambre en Europa, en la India y otras partes, debe ser terrible.

Alzó la vista y añadió:

—El mundo tal vez nos llame simples. No hemos cambiado en centenares de años. Todavía nos procuramos nuestros propios alimentos y tejemos nuestra ropa. No tenemos excoitaciones, aparte de las que nos da la naturaleza. Y sin embargo, algunos visitantes nos preguntan cómo podemos soportarlo. Sin embargo, somos nosotros los que nos preguntamos cómo puede soportarse la vida fuera de aquí.

Seguí su mirada hasta que se posó en un pequeño grupo de hombres y niños tendidos al sol. En sus semblantes tranquilos y apacibles se reflejaba el proverbio de Aram: "Siempre hay un mañana". Eran felices. ¿Qué más podían apetecer?

Cuando tuve que marcharme, los isleños vinieron a despedirme, y hallé difícil ocultar la impresión que se despertaba en mi interior. Un anciano me estrechó la mano y me dijo:

—Se sentirá muy sola lejos de Aram.

Y era cierto. Durante años, como tantas otras personas que viven en ciudades populosas, apretadas, entre infinidad de problemas y de intereses encontrados, con preocupaciones diarias y complicaciones voluntarias e involuntarias, había pensado que al vez hubiera en el mundo algún lugar como éste, incontaminado y feliz. Por fin lo había encontrado, y tenía que decirlo. ☼

EL VIENTO, BROMISTA... O...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 102)

ahora se les estudia científicamente. En alguno que otro año los perjuicios ocasionados por estas tormentas no alcanzan siquiera a cinco mil dólares, pero en otros un solo tornado que convierte en ruinas un distrito densamente poblado o una ciudad puede ocasionar pérdidas por muchos millones de dólares.

Trombas marinas

El mismo fenómeno que se produce en tierra firme puede ocurrir sobre la superficie del agua, en el océano. Cuando un tornado que viene de tierra adentro se interna en el mar, automáticamente se convierte en una tromba marina. Algunas veces la tromba forma un remolino de agua que se eleva sobre la superficie dos o tres metros, pero el agua pulverizada alcanza una altura considerablemente mayor. Antaño se creía que toda la tromba estaba formada por agua sorbida al océano y se decía que cuando un buque entraba en contacto con ella cientos de toneladas de ese líquido caían sobre él desde gran altura, destruyéndolo. También se creía que era posible desahcar la tromba a tiros, y por eso cuando se acercaba una de

Cuando un buque se encuentra en el trayecto del tifón recibe primeramente el impacto de los vientos que forman el círculo, luego entra en una zona de lluvia chica, el centro del círculo, y después nuevamente es sacudido por rachas de viento correspondientes a los vientos del otro lado del círculo, que ahora soplan en sentido contrario.

Este viento huracanado levanta olas enormes, que no sólo hacen zozobrar buques, sino que también barren islas enteras, causando la muerte a millares de personas.

Uno de los tifones de efectos más desastrosos fué el que asoló la costa de Chittanong, el 25 de octubre de 1897. La tormenta provocó un gran maremoto que lo destruyó todo a su paso. Los infelices habitantes de la región no tuvieron tiempo de refugiarse en los árboles y se cuenta que el número de muertos alcanzó a doce mil. Desgraciadamente no corrieron mejor suerte los que lograron sobrevivir a la catástrofe, pues casi todos ellos succumbieron más tarde, víctimas del hambre y de enfermedades contagiosas.

La ciencia del hombre que acumula reservas enormes de electricidad, que ha conquistado el éter y logrado desintegrar el átomo, nada puede hacer para aplacar la ira del viento. El hombre es tan impotente hoy frente a un tornado o un tifón como su antepasado de hace mil años. ☼

"PUROS CIELOS DE DIOS,..."

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 25)

mientras viviese. Murió don Juan Cobo en 1835. Durante ese tiempo, en el cual Mendoza sufrió todos los trastornos de la guerra civil, con su secuela de terror y persecuciones, ninguno de sus gobernantes, sin excluir a los más bárbaros caudillos, dejó de respetar lo acordado en 1814, en beneficio del "propagador del álamo", por el Cabildo, bajo la égida de San Martín, entonces gobernador de Cuyo. Era como si su gran amor a los árboles pusiera a aquel hombre por encima de las pasiones políticas, o como si todos sintieran ante él el común amor a la patria, en algo común a todos: el paisaje.

Puros cielos de Dios, plácidos montes, montañas carmesí, río sonoro!...

El agua es en Mendoza como una deidad antigua, que baja de las cumbres vestida de blanco. De ella depende su fertilidad y su riqueza. Pero sus siete ríos parecen detenerse al pie de la montaña, con el temor de llevar adelante su caudal. Y las tierras llanas claman por él.

Antes de la conquista, los primitivos pobladores —huarpes, mentullanes, huichiles, tunuyanos—, ya conocieron ese anhelo del agua de la tierra sedienta, tan hermosamente fecunda cuando la recibe. Y el cacique Guaimallán hizo venir técnicos del imperio del Inca, para el trazado del primer canal, que lleva su nombre, en el límite oriental de la ciudad de Mendoza. Fué el precursor. Hoy se aplican en la provincia todos los conocimientos en materia de irrigación y funciona un organismo que la administra.

El agua fué en Mendoza motivo de conflictos, de angustias, de pleitos, de dramas, como el que se encierra, simbólicamente, en la vida de Fernando Fader, uno de los más ilustres hijos de aquella provincia. El gran pintor perdió todo cuanto poseía con la esperanza de convertir en fuerza motriz al cauce del río Mendoza. Alfredo R. Bufano nos ha contado su historia en un bello romance:

Te estoy viendo, don Fernando, entre mis ásperos cerros,

UN ANGEL EN EL BAÑADO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

Aquiles escucha los decires más curiosos. El viejo Melitón González habla con fruición y no exento de extrañeza. Su voz es una caricia para los oídos: "Válgame mi Dios, con este frailecito... Y había sido de a caballo... Pensar que pasaba por mi lado y yo no lo tenía en cuenta".

La vieja del rancho, hecha un demonio asustado, a cada persona que llega le repite lo mismo, con aspavientos en los ademanes y en los gestos: "Esto ha sido un milagro... Un milagro para que tengamos en algo a este hombre que no queríamos".

Como un contracanto a las voces que se oyen, surge la voz metálica de una mujer enlutada que nadie conoce ni sabe de qué lugar llegó: "Tenemos un ángel en el bañado, que nos lo guarde Dios".

El cura Juan Bautista regresa, y antes de que se desmonte, le forman corro. Se tira cansado del caballo, y como fué ese mismo caballo el que recogió de la calle, a la

apristinando a las aguas con tus pulpos y tus sueños. Pero la gloria quería que fueses de ella y del tiempo. y las aguas se llevaron tu pan, tu casa y tu lecho, y te quedaste desnudo como la luna y el fuego.

Acoso el perderlo todo, fué sin duda para que salvese lo que más valía en él: su arte. Las desdichas de su fortuna le hicieron volver, con más ahínco, a su obra pictórica, como a seguro puerto. Allí, lejos del mundo de los negocios que le había sido hostil, buscó consuelo en aquella fiesta de colores que le ofrecía el paisaje de su tierra natal. Fiesta de colores a la que él era como un invitado de honor; más aun: que parecía celebrarse sólo para él, y que él descubría a los demás a través de sus lienzos, por la magia de sus pinceles.

Fiesta de colores de la que no puede gozarse si no allí mismo, lo que da al paisaje un valor en sí, que compete con la riqueza de su suelo. Es como una primicia de la tierra, que no se puede envasar, ni gustarse lejos, sino que hay que ir a buscarla allí. Por eso se levantan en medio del paisaje grandes hoteles para los turistas, como las grandes bodegas se levantan junto a los viñedos...

Imposible detenernos en lugares como Potrerillos —lugar de encantamiento—, sin que acuda a nuestra mente el recuerdo del insigne artista. Además, que allí nos encontramos con los dos motivos fundamentales de su existencia: el paisaje y el río. De allí precisamente se llevan a la ciudad de Mendoza las aguas del río de su nombre, esas aguas tan necesarias para su vida y su próspera fortuna. Y la naturaleza agreste se urbaniza con las obras sanitarias y los depósitos de agua, que son como las reservas de oro de la capital mendocina. Pero aquello es sólo un punto perdido en el paisaje, que se extiende ante nuestros ojos inmensamente, maravillosamente... En él hallan su fuente de inspiración pintores y poetas, como hallan también su fuente de riqueza quienes cultivan los frutos de la tierra.

La gente lo entrega con toda la libertad que tenía. Tiene que desistir del descanso, porque la gente lo cerca, no lo deja que camine, que vaya a echar sus huesos sobre un banco de la capilla. El le dice con humildad que no le den al suceso más profundidad ni alcance del que tiene: que de la misma manera lo hubiera hecho cualquier hombre como él que fuese un campesino de a caballo, que él era del sur de Buenos Aires.

La gente lo mira como a un ser sobrenatural, con extrañeza. Pero él es el más extrañado o el único que se extraña del acontecimiento inusitado que tiene frente a sus ojos. Nunca vió junto a la capilla una reunión semejante. Oye la palabra "milagro", la oye de todas las bocas, y dicen también que él es la nueva resurrección de Jesús. Rodado de todos, siente el gozo, se frota las manos con gusto, parece luego buscar a Dios en la comba cética y repite en un tono beatífico: "Ya el bañado no está maldito... Ya sus almas han dejado de ser yermas".

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Por JAN-KIEL



EL GUSANO DE SEDA



Los gusanitos de seda nacen a los quince o veinte días de ser colocados los huevos. Y el ciclo completo de su vida, desde que salen del huevo hasta que se transforman en crisálidas, dura 32 días y comprende cinco etapas: la 1ª, termina al 5º ó 6º día; la 2ª, al 4º ó 5º; la 3ª, al 5º ó 6º; la 4ª, del 6º al 8º; y la 5ª, del 8º al 12º.

DEL JARDIN Y LA HUERTA



Como ya la tierra va estando más templada al llegar octubre, es necesario regar el jardín todas las tardes... Se seguirán plantando amarillos, dalias y gladiolos. También se deben injertar de escudete los rosales tempranos... En cuanto a las labores de la huerta, se sembrarán en almácigo: apio, repollo y puerro, y al aire libre las hortalizas de verano.



LA GRANJA

LA CRIANZA DE

FIGURANDO los pavos entre las mayores aves de corral, su crianza y explotación están produciendo en los actuales momentos pingües ganancias a quienes se dedican a ellos, pues por la abundancia y bondad de su carne se cotizan a precios elevados.

Los pavipollos

Durante los dos primeros días de vida los pavipollos no necesitan alimento, pues la yema del

huevo que han absorbido antes de romper la cáscara les basta para sostenerse ese tiempo. El tercer día necesitan agua, algo de verdeo y arena gruesa donde picotear. Después, en los días sucesivos, deben soltarse a pastorear, con lo que podrán sostenerse sin necesidad de darles raciones de refuerzo. Debe procurarse que siempre estén con algo de hambre.

Si el alimento natural escasea o, no se dispone de campo donde soltar a

los pavipollos, entonces se les suministrarán raciones ligeras cinco veces por día, en las que abunden los granos de cereales y el afrecho.

Mezclas

Los criadores especializados en la crianza de pavipollos les suministran diversas clases y mezclas de alimentos:

1º Huevos duros desmenuzados y corteza de pan de maíz, durante los



RAZAS CAPRINAS



Aunque en nuestro país no se le da a la cría e intensificación de cabras la importancia que merece, existen dos razas que están bastante propagadas: son la Saanen, propia para las zonas montañosas, y la Anglo-Nubian, que vive bien en regiones desérticas, arenosas y calientes.

por Emilio Pérez



PAVIPOLLOS

ocho primeros días.

2º Pan viejo empapado en leche, y afrecho, todo mezclado.

3º Cortezas de pan de maíz desmenuzadas en leche cuajada, condimentada con sal y pimienta.

4º Trigo, avena y maíz, quebrados en partes iguales.

5º Harina de maíz y afrecho, mezcladas en la siguiente proporción: tres partes de afrecho y una de harina.

6º Afrecho o semita, una parte; sorgo, media parte; trigo y avena descascarados, media parte.

A todas estas fórmulas puede agregárselas, si se dispone de ello, suero de manieca. También es un buen método dar a los pavipollos, como bebida, leche por la mañana y agua por la tarde.

Además, y cuando ya la edad les va acercando al momento en que deben salirles las carántulas, es necesario que

cuenten siempre con abundante cantidad de cobolla picada y mezclada en las raciones de comida. Asimismo, como complemento indispensable que les ayuda a digerir bien los alimentos, necesitan tener siempre a su disposición piedras pequeñas.

Siguiendo estas someras prácticas alimenticias, los pavipollos crecerán gordos y lucidos y se obtendrá de ellos, cuando se lleven al mercado, buenos precios, que compensarán con creces los gastos demandados por su crianza. *



PREPARANDO A UN CAMPEON

Esta joven granjera está alicalandando a su caballo favorito, para presentarlo a un concurso en las mejores y más lucidas condiciones. Afirma, en alabanza de su caballo, que es bien cierto el proverbio árabe que dice: el alazán tostado, antes muerto que cansado.



MISCELANEA

Una buena manera de cazar enjambres es cuando se posan en la rama de un árbol. Entonces se pulverizan las abejas con un poco de agua, y cuando éstas, por efectos del agua, se agrupan, se corta la rama y se sacude sobre la columna que se les destina.



★ ★ ★

Los terrenos ricos en materias orgánicas producen más si se aran profundamente.

★ ★ ★



Una gallineta come por año aproximadamente 40 kilos de alimento seco, ya en mezcla o ya en grano. Además, necesita el verdeo suficiente.

★ ★ ★

La batata sólo se conserva bien en la tierra. Conviene, en consecuencia, ir arrancándola a medida que se necesita, ya sea para el consumo, ya para la venta.



★ ★ ★

Como los patos duermen en el suelo, es indispensable que éste esté cubierto de paja, la que debe renovarse todas las veces que sea menester.



BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

UN DOMADOR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 109)

y sero como él, Stephan empezó a sentir unos ciertos silencios y devoradores.

"El hecho de no hallarse en condiciones para apresurar la boda, unido a la pasión que sentía por Arabella, fueron tornándolo cada día más irascible y neurasténico. Fue entonces cuando comenzó a dudar de la sinceridad de la joven. Creía ver en ella ciertas ocultaciones que no le agradaban. ¿Qué clase de vida llevaba aquella señorita cuando sus ojos no podían vigilarla? ¿Era cierto que estaba permanentemente cegera ve la anciana señora que la empleaba? Había en aquella casa, continuamente, huéspedes de todas clases, parientes de la anciana y amigos de éstos... Miss Arabella era la única joven para atenderlos.

"Cierta vez —me dijo Stephan—, tuve la certeza de que me engañaba. No podría decirle exactamente por qué. Hay ocasiones en que la perfidia asoma a los ojos, o se vende en el tono de la voz amada. Comencé a espiarla y tuve la evidencia de que había un entendimiento grande con el tipo de la duena de casa... Pero no tenía forma de decirlo ni podía probarlo. Era aquella una tortura espantosa; yo la amaba, ¿comprende usted?, y mi respeto era todavía grande a pesar de todo lo que me temía...

"Yo soy hijo de aldeanos —continuó Stephan—, pero en mi aldea, el honor de las mujeres es una cosa sagrada. No me atrevía a pensar que aquella mujer a quien había pedido que se casara conmigo, me engañara con otro... Esto no lo hacían las mujeres de nuestro pueblo. Por lo demás, ¿cómo no la engañaba yo tam-

bién, ocultándole mi verdadera ocupación? ¿No era una ilusión insensata la mía, la de querer encadenar a mi vida de ciudad a la existencia de aquella mujer que parecía nacida para el lujo y el placer? Yo le hubiera perdonado todo, doctor, habría seguido siempre cerrando los ojos a la evidencia, convenciéndome de que "aquello" no podía ser, a pesar de mis celos... Hacía semanas enteras que no dormía, pero todo esto no tenía importancia, desde el momento en que estábamos juntos. Vería por otra vez su voz cristalina y dulce; sentir sus manitas suaves entre las mías de hombre fuerte... ¿Qué otra cosa podía yo desear? Yo la amaba, doctor, y eso era todo..."

—Al llegar aquí, el pobre Stephan estaba ya desesperado. Se acercaba el momento terrible de la confesión del crimen. Había comenzado a transpirar y su voz se quebraba al hablarlo.

"—Para colmo de desgracias —continuó mi cliente—, mi número no atraía ya tanto público como al principio. Debido a mi estado de ánimo, posiblemente mis pulgas no me obedecían como antes. Esta era una tortura más. Piense que yo no sabía ganarme la vida de otra manera, que desde niño había visto esto y nada más que esto. Los demás números del circo me parecían inferiores comparados al sacrificio que significaba el adiestramiento de estos insectos tan pequeños y tan mal comprendidos por la gente..."

Yo miré a Z. La incomprensión que sufrían las pulgas era algo en lo que nunca me había detenido a pensar. Y por lo visto, él también se dejaba llevar por el entusiasmo de su cliente, pues

siempre hablando por boca de él, continuó:

"—Arabella, por ejemplo, tenía horror a los bichos. A toda clase de insectos. Recuerdo que las lucérnagas, tan hermosas, la ponían nerviosa cuando volaban a su alrededor, en las noches de primavera. ¿Cómo confesarle, entonces, que yo me ocupaba de un oficio que le habría causado náuseas? Una tarde vino a verme después de una disputa en la que casi rompimos nuestro compromiso. Yo le había dicho frases durísimas, arrastrado por los celos que me devoraban. Ella, casquivana, quiso ver hasta dónde llegaba el poder que ejercía sobre mí.

"Y se presentó inesperadamente en mi casa, adonde no había ido nunca. Yo, doctor, estaba tan ajeno a ello, que tenía a Amansio sobre la mesa, y estábamos ensayando un número nuevo.

"En el instante en que entró mi novia, yo estaba en la pequeña cocina que tenía contigua al comedor. Fue todo rápido e inesperado.

"Ella gritó de pronto:

"—¡Una pulga! —y antes de que yo pudiera hacer algo, se quitó el zapato y la mató. Entonces, doctor, lo vi todo rojo: me pareció que me estaba algo dentro del cerebro, y abalanzándome sobre ella comencé a apretarle el cuello hasta que la estrangulé."

—Aquí termina la confesión de Stephan —continuó Z—. De más está decirle que traté de reducir la condena en lo posible, y lo conseguí, pues le había tomado simpatía a mi cliente. Muchas veces voy a verlo a la cárcel y a menudo he pensado en hacer un acopio de pulgas y llevarlas, para tener una atención con él. *

Aquí le contestamos

CARILANO FERNÁNDEZ, Tapiales. — El mejor sistema para injertar esos frutales es el llamado de escudete.

FOMINO R. HUYA, Deán Funes. — Es indudable que las fases de la luna ejercen alguna influencia en la eclosión de huevos y en las siembras. Suele ocurrir que se adelanta algunas horas el nacimiento de los pollos y que afloran con cierta anticipación las plantas al llegar la luna llena. El explicarle las causas nos ocuparía un espacio del que no disponemos.

LUISA, Belén. — En efecto, existen fórmulas para preparar esa fibra; pero el prepararla usted, le resultaría difícil y costoso. Le aconsejamos que la compre, pues le será mucho más conveniente y económico.

A. R. G. Misiones. — El medio de conservar esos jugos sin que se alteren es mediante la pasteurización.

ARMANDO RIOS, Concordia. — El falán se cultiva y crece en estuero. Sin embargo, es necesario que el espacio destinado a encierro sea grande y esté en lugar tranquilo.

JUAN F. RIOS, Capital. — Celebramos que le agraden tanto las novelas que publica "Leo-

plán". En lo que se refiere a sus amables sugerencias, las tendremos en cuenta a su debido momento.

EL CEN DEL CAMPO. — Puede escribirlo a la Casa del Teatro, Santa Fe 1243.

HELENA, La Plata. — Cálculos es el nombre de unos cestos de mimbre que se usaban en la antigüedad clásica para poner la lana. También servían para otros usos. El domador era atributo de la diosa Minerva ya que ésta les enseñó a las mujeres el arte de hilar, tejer y bordar. Era asimismo atributo de Ceres, diosa de la recolección, porque en tales cestos se recogían los frutos y las flores, e igualmente de Proserpina que lo llevaba al ser raptada por Plutón. En general era emblema de poder y fecundidad en manos de la Fortuna.

Luz-Soz, La Paz (Bolivia). — No, "sebnia" es un pañuelo que usan principalmente las mujeres en Marruecos. Es de varias clases. Los tres más comunes son: "Sebnia buda". Es blanca y muy fina; las mujeres casadas se cubren con él la parte superior de la cabeza. "Sebnia de herir". Es de seda y lo llevan también las moras casadas, atado debajo de la barba. "Sebnia de-debail". Es listada —una lista de seda encarnada, verde, etc.; otra de oro y otra de plata—. Una de las listas de oro viene a caer en la frente, sobre la orla de plata de la "sebnia" (fal). Sobre estas dos listas de oro y plata forman otra negra con la misma "sebnia", y una vez efectuada esta operación, sueltan a la espalda los dos extremos tejidos de oro. Con tal prenda se atavían únicamente las moras casadas.

N. N. DE MENDOZA. — La parafina es un cuerpo blanco, de aspecto alabastro, que se forma en la destilación seca de hulla, y que,

turba. No reaccionan con ningún reactivo químico, siendo tanto más apreciada cuanto más alto sea su punto de fusión. Se emplea en la fabricación de velas y barnices, y para impregnar vasijas de madera y toneles de cervecería. Según su procedencia (de petróleo, helmutina, oquerita, cera mineral, pez mineral) varía su punto de fusión, siendo éste más elevado 50°. Existe parafina líquida (el llamado aceite de parafina), masa mantecosa denominada vaselina, y la parafina sólida, de aspecto cristalino. Esta última es la que tiene más valor empleándose ya sola, ya mezclada, para fabricar velas. Esperamos que estos datos sean de utilidad a usted.

LEOPLANISTA DE CHIBUT. — La última novela de Alejandro Dumas publicada en esta revista (Nº 292) fue "Las aventuras de John Davys". De Pierre Benoit, la última fue "La señorita de la Perle" (Nº 293). Muy agradecidos por sus amables palabras.

FRANCISCO ANÍBAL MARTÍNEZ, Casbas. — El pueblo de Herrera de Alcántara pertenece a la provincia de Cáceres, España. Se halla situado cerca de la frontera portuguesa.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

"LEOPLAN"

Anual..... \$ 9.60
Semestral..... \$ 5.—

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. Lo correspondiente debe dirigirse siempre a:

Esmeralda 116, Buenos Aires.

MAS encantadoras que nunca!... con una permanente onda al frío, (pluma, croquiñole)



La Ondulación Permanente al frío y semifrío aclamada en todo el mundo, es maravillosa.

PERMANENTES las más **BELLAS**
al vapor, "Auto termo"
Roberts y Eléctrica, a \$ **6.50**
SIN PROPINAS

TINTURAS colores **CENIZA**
las más hermosas, tonos
impecables, a \$ **8.-**
SIN PROPINAS

PEINADOS ULTRA MODERNOS
al agua, ejecutados por
expertos profesionales, a \$ **2.-**
SIN PROPINAS

MANICURAS. Servicio Impeccable
empleando crema calcio
y buen esmalte, a ... \$ **2.-**
SIN PROPINAS

MAQUILLAJE y BAÑO FACIAL
atendidos en camarines
individuales, a \$ **2.50**
SIN PROPINAS

PERMANENTE ONDA AL FRIO
para cualquier clase de cabello,
largo, corto, ondas y rulos; es
limpio, sencilla, segura, cómoda
y natural; es la más bella de las
Permanentes.

Sres. Profesionales: Consulten sobre
la permanente en frío.



LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

S. R. L. - Capital \$ 400.400

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 ★ U. T. 35-6645 - 1231

CASA MATRIZ PIEDRAS 79 c/e. Av. de Mayo U. T. 34-1019	SUC. CENTRO LAVALLE 735 U. T. 31-5720	SUC. FLORES Rivadavia 7150 U. T. 66-0030	SUC. ONCE Rivadavia 2579 U. T. 48-2267	SUC. BELGRANO CABILDO 2342 U. T. 76-4017	SUC. BOEDO BOEDO 783 U. T. 45-4160	Suc. M. del PLATA SANTA FE 1746 U. T. 6732
--	---	--	--	--	--	--

PRODUCTOS NOBLES GUILLERMINA SCHWARTZ LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ; TINTURAS "POLICROM" dan aspecto juvenil. Es una tintura impecable, en tonos casi naturales. Facilita la ondulación permanente. De resultados positivos. "POLICROM" es la tintura de "La Esmeralda" y de los buenos profesionales. En tamaños de \$ 2.-, \$ 3.50 y \$ 6.- Al interior, contra reembolso.

En venta en Laboratorios "La Esmeralda", C. Pellegrini 425, y Franco Inglesa. CONSULTAS sobre estética y belleza, diríjase a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza "La Esmeralda".

POR MES PUEDE USTED ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO - AMERICANAS